

SOLER LÓPEZ, RAMÓN (1806-1836)

LOS BANDOS DE CASTILLA

O

EL CABALLERO DEL CISNE

TOMO I

INDICE:

PRÓLOGO

CAPITULO I

Introducción

CAPITULO II

El torneo

CAPITULO tercero

El ermitaño

CAPITULO IV

Doña Jimena

CAPITULO V

Los dos rivales

CAPITULO VI

Rápida ojeada a la corte de Castilla

CAPITULO VII

El abad

CAPITULO VIII

Un barón del siglo XV

CAPITULO IX

Los dos hermanos

CAPITULO X

El canto del trovador provenzal

PRÓLOGO

La novela de los Bandos de Castilla tiene dos objetos: dar a conocer el estilo de Walter Scott, y manifestar que la historia de España ofrece pasajes tan bellos y propios para despertar la atención de los lectores, como las de Escocia y de Inglaterra. A fin de conseguir uno y otro intento hemos traducido al novelista escocés en algunos pasajes e imitádole en otros muchos, procurando dar a su narración y a su diálogo aquella vehemencia de que comúnmente carece, por acomodarse al carácter grave y flemático de los pueblos para quienes escribe. Por consiguiente la obrita que se ofrece al público debe mirarse como un ensayo, no sólo por andar fundada en hechos poco vulgares de la historia de España, sino porque aún no se ha fijado en nuestro idioma el modo de expresar ciertas ideas que gozan en el día de singular aplauso. No es lícito al escritor el crear un lenguaje para ellas, ni pervertir el genuino significado de las voces, ni sacrificar a nuevo estilo el nervio y la gallardía de las locuciones antiguas. Sólo le queda el recurso de buscar en la asidua lectura de las obras de aquellos varones reputados como los padres de la lengua, el modo de que se preste a los sutiles conceptos, a las comparaciones atrevidas, y a los delicados tintes del lenguaje romántico, por hallarse algo de esto en el místico fervor de Yepes, San Juan de la Cruz, Ribadeneira y otros autores ascéticos. Pero el que dedicándose a trabajo tan ímprobo consume largas vigiliias tras del hallazgo de esas correspondencias con blando tacto, examen culto, y filosófico criterio, deberá ceñirse a desempeñar el frío papel de preceptista, puesto que difícilmente le quedará tiempo, ni calor en la imaginación para entregarse al divino entusiasmo de la poesía, ni para forjar la máquina de una novela.

Mucho halagará nuestra propia emulación entrar en la escabrosa contienda del mérito comparativo de la literatura clásica y la literatura romántica, a no creer sobrado larga, si bien no ajena de este lugar, la explanación de los diversos principios en que una y otra se fundan. Este es el expediente que desde muchos años está sobre la mesa, y acaso sólo falta que sean universalmente conocidas las obras de Tomas Moore, lord Biron y Walter Scott, para que se pronuncie debidamente la sentencia. Manifestar las bellezas que sobresalen en el estilo de Homero y las que más recomiendan el de Osián; reconocer el origen de donde dimanar las primeras, y porque tan a menudo se amalgama y confunde en las segundas la naturaleza y el arte, la imaginación y el juicio, lo terrestre y lo divino, el hombre montaraz y el hombre civilizado; indicar la misteriosa armonía que percibe la mente humana entre objetos al parecer tan opuestos y contrarios, y proceder sobre todo con aquella buena fe que hiciese traslucir en nuestro arrojo no tanto un impulso de vanagloria como un espíritu de celo y de verdad, fuera el plan que nos habríamos propuesto, si nos permitiesen los límites de un prólogo el desenvolver estas ideas, y tomar parte en una cuestión para nosotros célebre a la vez y desconocida.

Libre, impetuosa, salvaje por decirlo así, tan admirable en el osado vuelo de sus inspiraciones, como sorprendente en sus sublimes descarríos, puédesse afirmar que la literatura romántica es el intérprete de aquellas pasiones vagas e indefinibles, que dando al hombre un sombrío carácter, lo impelen hacia la soledad, donde busca en el bramido

del mar y en el silbido de los vientos las imágenes de sus recónditos pesares. Así pulsando una lira de ébano, orlada la frente de fúnebre ciprés, se ha presentado al mundo esta musa solitaria, que tanto se complace en pintar las tempestades del universo y las del corazón humano: así cautivando con mágico prestigio la fantasía de sus oyentes, inspírales fervorosa el deseo de la venganza, o enternéceles melancólica con el emponzoñado recuerdo de las pasadas delicias. En medio de horrorosos huracanes, de noches en las que apenas se trasluce una luna amarillenta, reclinado al pie de los sepulcros, o errando bajo los arcos de antiguos alcázares y monasterios, suele elevar su peregrino canto semejante a aquellas aves desconocidas, que sólo atraviesan los aires cuando parece anunciar el desorden de los elementos la cólera del Altísimo, o la destrucción del universo.

Muy distantes de creer que nos quepa ni una ligera parte del fuego inmortal que la arrebató, solamente procuramos remedar el tono de los pocos ingenios que se han mostrado hasta ahora dignos de seguir sus huellas. Si no lo hemos conseguido en la presente composición, ni tampoco lo lograríamos en las que detenidamente escribimos, insiguiendo el mismo plan, sobre los reinados de Pedro el Cruel, Alfonso el Sabio, e Isabel de Castilla, nunca deberá atribuirse a falta de animación e interés en estos famosos cuadros de nuestros anales, ni menos a desaliño u poco gusto de los acabados modelos que nos propusimos.

Pero con el mismo movimiento de imparcialidad que hemos confesado estas ventajas en orden a las épocas que acabamos de distinguir, diremos también que la de don Juan el II no es la más a propósito para una novela histórica, a causa de no resplandecer en ella un carácter esencialmente marcado por grandes vicios, admirables virtudes o sobresaliente valor, como oportunamente nos ofrece el siglo del rey don Pedro y el de Isabel la Católica. Con semejante recurso aunque lánguida sea la narración y poco digno de interesar a los lectores el plan del argumento, brilla y anímase la escena cuando aparece el personaje dominante de la historia, por poco que se advierta algún tino y robustez en el pincel que lo describe. No de otra manera nos sorprenden en los cuadros del Greco aquellas figuras de líneas colosales, que sin guardar proporción con las demás las prestan algo de su propio espíritu y energía por el maravilloso efecto de una contraposición bárbara o sublime.

Inténtase suplir a tal inconveniente introduciendo en la obra a don Enrique de Aragón, hijo del infante del mismo nombre, a pesar de que no fue públicamente conocido hasta después de la muerte de don Álvaro de Luna, y delineando con rasgos algo heroicos y valientes al último conde de Urgel. Y al efecto de reunir estos adalides donde figurasen de un modo digno del vengativo y marcial aliento que los animaba, y desplegando cada uno el carácter que le era propio, píntase la batalla de Aivar contra el sentir de los historiadores que pretenden que los castellanos no tomaron parte en ella, no obstante convenir todos en que la corte del rey don Juan, por sugerencias de don Álvaro de Luna, decididamente protegía al malogrado príncipe de Viana. Si es positivo que acudiera por aquel tiempo a socorrerle don Enrique de Castilla, no sólo preséntase como errónea la opinión de que sin haber hecho cosa alguna tomase a deshora la vuelta de Burgos con sus tropas por la contradicción notable que en sí encierra; sino también por las escasas

noticias de tan memorables sucesos, y lo discordes y descuidados que anduvieron los cronistas acerca de ellos, como lo lamenta y lo reprende el elocuente Mariana.

Por más que han sido varios los pareceres sobre la inocencia de don Álvaro de Luna, y que famosos ingenios lo defienden, y otros no menos nombrados lo acusan, créimos deber seguir el dictamen más fundado, pintando en aquel condestable de Castilla un cortesano supersticioso, soberbio, avariento y vengativo, a quien enconaban y desesperadamente enfurecían los que, llevados del empeño de derribarle, no perdonaban medio ni ocasión de conseguirlo. De esta manera, sin adulterar los hechos de aquella época en términos que la presenten bajo otro aspecto de que realmente tuvo, y esforzándonos en desenvolver nuestro plan no desfigurando el carácter de los más esclarecidos varones que florecieron en ella, hemos procurado dar impulso a la narración por entre el estruendo de las disensiones y revueltas que hacen conocidamente curioso el reinado de don Juan el II.

CAPITULO I

Introducción

¿Por qué se niega a mis esfuerzos la armónica medida de la poesía? He de expresar mis ideas en sencillo y desaliñado idioma, y ni la llama del amor, ni el fuego de la juventud son bastantes a inspirarme el lenguaje del Olimpo. ¡Yo te invoco, oh musa de la sencillez y de la verdad! Abandona por un momento la deliciosa montaña donde moras, y haz que fluyan de mis labios aquellas voces que enternecen el espíritu y elevan la imaginación, blandas como los céfiros del abril, penetrantes y ruborosas como los ojos de las Gracias. Venid, oh jóvenes, que ocultáis bajo el casco vuestros rizados cabellos: llegaos a escuchar las proezas de los antiguos paladines. ¡Ah! Tal vez en ellos debierais estudiar aquella mezcla de fiereza y de dulzura, de cortesanía y de valor, que les hacía tan amables en el campo de batalla. Sometíales el blando acento de una voz querida, y enardecíales el eco de la trompa guerrera: la patria les inspiraba valiente energía, el amor pura y constante ternura: los aplaudían los pueblos, recompensábalos la belleza, y los respetaban sus enemigos.

Ninguno hubo entre ellos tan gallardo y esforzado como el joven don *Ramiro de Linares*: hijo único del conde de Pimentel, vasallo del Rey de Aragón, ha jurado desde su más tierna infancia odio eterno a los duques de Castromerín, casa del reino de Castilla, desde muchos años enemiga de la suya. Ocupado empero en las continuas guerras que suscitan a su país los moros y los castellanos, pasa la vida entre el estrépito de las armas, con nuevas hazañas, la brillante reputación que ya le han adquirido su temeridad y sus victorias.

Pero al mismo tiempo tenía Ramiro un corazón sobradamente tierno, lleno de pundonor y de generosidad. ¡Qué de veces no suspiró en su interior por un verdadero amigo! Después de haber vuelto de la guerra ceñido de honrosos laureles, se le veía huir de los hombres, y abandonarse en paseos solitarios a serias y peligrosas cavilaciones. La autoridad de su

padre y las persuasivas instancias de sus compañeros de armas, apenas podían distraerle de aquella inclinación desabrida y melancólica. Gustaba perderse por antiquísimas selvas, o montar a caballo vestido de sus lucientes arneses para correr en busca de extraordinarias empresas.

¡No pocas veces admiraron su pujanza, su fogosidad e intrepidez los monarcas de Aragón y los príncipes de Castilla! Conocido únicamente en sus justas y torneos por *el caballero del Cisne*, se atrajo los aplausos de ambas cortes, y gozó en secreto de que le admirasen sin conocerle hasta los más encarnizados enemigos de la casa de Pimentel.

El más temible de ellos, el orgulloso duque de Castromerín, era uno de los que constantemente ensalzaban la audacia y la destreza del incógnito. Al contemplarle derribando a cuantos competidores se presentaban en la arena creía verse a sí mismo en los floridos años de su juventud, y se acordaba enternecido del hijo que desgraciadamente perdiera en la célebre batalla de Olmedo. Ahora sólo le quedaba una hija para consuelo de la vejez y esperanza de su esclarecida familia: en ella cifraba su felicidad, y hacía la educar con el mayor esmero en el mejor de sus castillos, llamado de Castromerín, como a la heredera de tan ilustre casa, y a la que había de ser algún día la gala de la corte castellana. Elevábase hacia las montañas de Asturias aquel robusto edificio, célebre por los ataques que en otro tiempo había resistido, y por encerrar ahora tan amable depósito. Nada en efecto era comparable a la hermosura de Blanca: talle suelto y airoso, suaves y graciosas facciones, ojos penetrantes, tímidos, a veces algo melancólicos, anunciaban una de las bellezas más seductoras de aquella edad. Una señora de ilustre origen, llena de luces y de virtudes, cuidaba de perfeccionar su juventud: cada día iba descubriendo en ella nuevas gracias, y llevada de la irresistible magia de tan raras cualidades, vino a profesarla un cariño verdaderamente maternal; por manera que se juzgaba dichosa en adornar con algunas flores el blando carácter de tan querida discípula.

Sin embargo, cierta desazón secreta turbaba el sosiego de la hija de Castromerín. Su padre la destinaba para esposa de don Pelayo de Luna, hijo del condestable de Castilla, y el carácter algo áspero y turbulento de este guerrero, no podía gustar a una joven de genio flexible y suaves inclinaciones. A menudo depositaba sus temores en el pecho de su respetable aya, y aún se esforzaba a serenarse o a fingirlo tal vez, al oír los saludables consejos de su cariñosa amiga.

-Ya habéis oído a mi padre, Leonor, decíale una tarde mientras se paseaban por los vastos jardines del solitario castillo: quiere que vuelva a presentarme en la corte, y reciba en ella los obsequios del hijo de don Álvaro de Luna. Me separa de vos, amiga mía, cuya amistad me es tan agradable para unirme a una persona que excita mi temor, si no mi aborrecimiento.

-Sin embargo, respondió su aya, don Pelayo tiene fama de esforzado y de prudente.

-No cabe duda, replicó su pupila: quisíerale empero menos valeroso y más templado, menos sagaz y más ingenuo, en una palabra, mejor esposo y no tan célebre guerrero.

-¡Feliz no obstante la joven que disfruta de un legítimo cariño entre los brazos de un héroe!

-¿Y podéis dar este noble dictado al hijo del condestable? Yo sería la primera en concedérselo si bastase para ello poner en fuga a las huestes granadinas, señalarse en los torneos, y hacerse admirar de los reyes de Castilla y de los monarcas de Aragón. Pero es preciso añadir a un esfuerzo y destreza poco comunes, aquellas prendas de amor a la humanidad, de protección al desvalido, que tanto ensalzan la noble institución de la caballería. Perdonadme, amada Leonor, si os digo que cuando oigo contar las bellas acciones del caballero del Cisne, llego hasta derramar lágrimas por tan humano, valiente y pundonoroso aventurero. Al ver tremolar a lo lejos su penacho blanco en los torneos, ya sabemos quien ha de ser el vencedor, y sin embargo no admiramos tanto su pujanza y gallardía, como su comedimiento y generosidad.

-Buena lanza es el del Cisne, mas no temiera su encuentro el valiente don Pelayo.

-¿Y no me diréis, interrumpió Blanca, quien pueda ser aquel valeroso incógnito?

-Sólo haciendo mérito de conjeturas, hija mía, respondió Leonor; bien que me parece fundada la que en razón del penacho blanco y del color de la armadura que viste, me lo hace creer muy amigo de la casa de Pimentel.

Esta indicación hizo temblar involuntariamente a Blanca, que bajó los ojos y guardó silencio. Su aya que la quería en extremo se apresuró, notando su abatimiento, a distraerla.

-Si tanta repugnancia os causa, le dijo, el recibir por esposo a don Pelayo, aún podéis hacer que recaiga en otro la elección. Bien os es conocida la pasión con que ama el duque vuestro padre cuanto pertenece a los usos de la caballería, y el respeto, poco menos que religioso, que profesa hasta a sus más insignificantes prácticas, instituciones y leyes. Una lanzada recia, un sacrificio heroico entusiasman al noble señor de Castromerín y le arrancan aplausos. Prueba es de ello el calor con que habla de las proezas del caballero del Cisne, y la ternura con que lo contempla en las justas cual si viese en él al hijo que tiernamente amaba. Pues bien, querida mía, decidle que la heredera de Castromerín no debe ser sino la recompensa de quien sepa merecerla; que gustaríais de que se publicase un torneo en que sólo justasen los que por su cuna aspiran a tan alta alianza, y fuese vuestra hermosura la prez del último mantenedor. Y no temáis que el duque deje de acceder a semejante deseo, y de conformarse a una usanza general en la cristiandad, por cuyo medio se disputan en el día nobles paladines las más esclarecidas de la Europa.

-Seguiré vuestro aviso, amada señora, pues mi suerte, como suele decirse, está pendiente de un cabello. Difícil será que se presente alguno que haga perder la silla al soberbio don Pelayo: si tal es mi destino, lloraré, noble amiga mía, sufriré en silencio, pero mi padre será obedecido.

Pocos días se pasaron hasta que la linda Blanca propusiera al duque lo que su aya le había sugerido para dulcificar su pena. Oyola, aunque grave, secretamente satisfecho, y no hallándose ligado con promesa alguna, se propuso no dar a su hija sino al héroe que supiese merecerla, sobremanera lisonjeado del medio que le había propuesto, y de que se manifestase tan digna del espíritu de heroicidad y energía que hiciera célebres a sus ascendientes. A lo menos, exclamaba, el esposo de Blanca será un héroe: ¡ah! Él sabrá

vengarme de los matadores de mi hijo, y humillar el desenfrenado orgullo del odioso Pimentel.

Obtuvo el permiso del monarca para celebrar el torneo en la misma ciudad de Segovia, y a presencia de toda la corte que a la sazón se hallaba en ella. Invitose desde entonces a los que quisieran dar pruebas de su pujanza en tan noble concurrencia, y el clarín de la fama resonó por los ángulos de España y aún fuera de sus límites con la agradable noticia. De las cortes de Carlos de Francia y de Eduardo de Inglaterra, salió la flor de los más ilustres caballeros para hallarse en la reñida contienda, y hasta los aguerridos árabes de la península se propusieron acudir a un espectáculo célebre por la belleza de la hija de Castromerín, y la nombradía de los campeones que se disponían a disputársela. Iban sucesivamente llegando a la corte de los sucesores de Pelayo, los Multon, los d'Erlach y los Montmorency, al mismo tiempo que los Moncadas, Paredes, Figueroas y Pizarros. Oíase por todas partes el sonido de clarines y el tropel de los caballos: veíase multitud de escuderos con las ricas armaduras de sus señores, y atravesar por donde quiera pajes, heraldos y palafreneros. Resultaba cierta confusión belicosa de la reunión tantos héroes de extrañas y diversas naciones, llenos de lauros e hirviendo en sentimientos de pura y acrisolada hidalguía. Y al considerar al propio tiempo los laudables motivos que les habían hecho emprender el viaje a la corte de Castilla, esto es, el deseo de dar nuevas pruebas de valor y de respetuosa admiración a la virtud y a la hermosura; no podía negárseles un justo elogio, ni dejar de tributárseles el merecido aplauso.

Todos aguardaban con notoria impaciencia que llegase el día de las justas, y el pueblo, entonces entusiasmado admirador de aquellos terribles espectáculos, anunciaba ya en un sinnúmero de romances y canciones vulgares, los famosos hechos de armas que preparaba a los reyes de Castilla la flor ilustre de la caballería.

Por último lució la deseada aurora, y una muchedumbre inmensa ocupaba desde el amanecer todos los sitios de donde podía verse la contienda. En un frondoso valle contiguo a las murallas de Segovia, habían construido un vasto palenque rodeado de inmensa gradería, a fin de que el pueblo se acomodase en ella. Elevábanse de trecho en trecho diferentes galerías para las clases distinguidas, entre las que sobresaliera la que habían de ocupar los monarcas de aquel reino con lo más espléndido de su corte. Un trono de marfil cubierto de rico velo de púrpura se veía brillar al pie del magnífico solio del soberano para que se sentara en él la heredera de Castromerín, cuya hermosura había de animar a los que iban a combatir por su causa, y desempeñar por lo tanto en aquel famoso día la *Reina de la belleza y de los amores*. Rodeábanlo algunos pajes y doncellas de talle gentil y agradables facciones, vestidos con primor y aliño, como destinados a realzar las gracias de la Reina del torneo.

Tres tiendas de campaña colocadas en el extremo opuesto, frente por frente de esta magnífica galería, encerraban a los campeones que habían de sostener la lid contra cuantos se adelantasen a combatirles. La de en medio era ocupada por el principal de ellos, el valiente don Pelayo, y las colaterales por dos de sus amigos que habían querido sostenerle en tan audaz y honroso empeño, participando de sus riesgos, y del lauro que no dudaban coronaría sus sienas. Llamábase el uno *el caballero Monfort*, quien se hiciera célebre en las guerras del Ampurdán contra lo Francia, y el otro don Rodrigo de Alcalá, señor del castillo de Arlanza, no menos famoso que el primero. Tres picas clavadas en el

suelo sostenían ante las tiendas sus argentados escudos, a los cuáles debía dirigirse el caballero que aspirara a medirse con estos combatientes, hiriendo con su lanza el de aquel a quien eligiese por competidor.

Íbanse poco a poco llenando las galerías, y colgaban ya de sus barandas orientales tapices y soberbias alfombras, en las que se veían relucir ingeniosos motes, en torno de bien bordados emblemas, timbres o divisas. No se vieron ocupadas por los nobles espectadores que habían de presenciar la fiesta desde ellas, hasta mucho después que las gradas del anfiteatro estaban cubiertas de gentes de todas clases y condiciones. Más allá del palenque habían formado una segunda plaza donde debiesen estar los guerreros competidores, llena rato había de caballeros armados de punta en blanco, cubiertos de ricos arneses, y ostentando en lo alto de sus yelmos plumas de diversos matices. Guardaba la puerta que conducía a la liza una tropa de armados, ya con el objeto de mantener el buen orden entre los espectadores de las graderías, ya para dar más aparato y formalidad al marcial alarde que iba a hacerse. Sus picas, cascos y corazas de limpio acero, en que reflejaban los rayos del sol naciente, la magnificencia de los más ilustres cortesanos, entre quienes se distinguía el duque de Castromerín; y la gala, ostentación y riqueza de las damas que coronaban las prolongadas galerías, presentaban a la vista un cuadro tan esplendoroso e imponente, que llegaba casi a deslumbrarla.

En esto ya empezaba el sol a elevarse majestuosamente anunciando un día despejado y apacible, y el numeroso concurso daba muestras de la impaciencia y curiosidad que le aguijoneaba. Llegaron entonces los monarcas de Castilla acompañados de don Álvaro de Luna, llevando tras de sí la más lúcida comitiva y precedidos de soberbia escolta: aparecieron en el circo, por orden suya, los dos maestros del campo encargados de examinar los títulos de los combatientes, y de que se guardasen escrupulosamente las leyes de la caballería; después de lo cual adelantáronse los heraldos a publicar las reglas del torneo.

«¡Nobles y valientes caballeros! decían, sabed que los tres mantenedores aceptan el combate de cuantos salgan a retarles.

»El que quiera medirse con alguno de ellos hiera el escudo del que elija por rival: si lo hace con el cuento de la lanza, será el combate con armas embotadas o corteses, mas si con el acero, con armas afiladas y a todo trance.

»La que acataréis como a Reina de la hermosura y de los amores, Blanca de Castromerín, será la noble prez del más firme mantenedor. ¡Vedla, nobles y esforzados caballeros! y entusiásmese vuestro alto valor a la vista de tan precioso galardón.»

Óyese al decir esto una música suave, y aparece la Reina de la hermosura como una brillante deidad ante la numerosa concurrencia. Elévase de todas partes un murmullo de admiración: el pueblo la aplaude, acátanla los nobles, y con la lanza golpean su propio escudo los caballeros en ademán de la osadía que a sus bizarros pechos inspira tan esclarecido premio. Brillaba el pudor en la frente virginal de la doncella, adornada con olorosa guirnalda de flores, la modestia resplandecía en sus ojos, y en su rico aderezo el oro y las piedras preciosas. Tal era la religiosidad con que se cumplían entonces las leyes de la caballería, tal el respeto que inspiraba la Reina del torneo, que al verla al pie del

trono real, el mismo soberano bajó de él, y dándole la mano mientras hincaba la rodilla, la acompañó y colocó en el magnífico asiento preparado para recibirla. No se hizo empero demostración tan generosa sin que la aplaudiesen con entusiasmo los concurrentes, ensalzando a la par que las gracias de Blanca, el espíritu caballeresco del rey don Juan de Castilla.

CAPITULO II

El torneo

Pero el agudo son de los clarines puso fin a tan públicas demostraciones. Viéronse entrar en la liza tres caballeros vistosamente armados adelantándose con gentil denuedo hacia la galería donde estaban los reyes: inclináronse ante ella, y dirigieron luego los caballos a las magníficas tiendas de los valientes mantenedores.

Hirieron al llegar con el cuento de las lanzas los escudos de los combatientes, y oyéronse en el mismo instante los ecos de una música militar, compuesta de trompas, clarines, añafles y roncós atambores. Salieron los que sostenían las justas al bélico son dirigiéndose hacia el circo, en donde ya les aguardaban sus contrarios. Era por demás la gala y la riqueza que ostentaban aquellos paladines en los trajes y armaduras: descollaba entre ellos don Pelayo, montado en fogoso alazán, llevando un peto y espaldar que deslumbraban con el oro y las piedras preciosas. Tremolábanle en el alto crestón de la celada pomposos plumeros, y veíanse en su pesado escudo los Titanes escalando el Olimpo, con este jactancioso mote: *en nada les cedo*. Pero el caballero Monfort, más modesto y no menos esforzado, llevaba una armadura azul llena de dibujos y perfiles de oro, y por cimera en el casco un águila imperial, tendiendo las alas en medio de un gracioso grupo de plumas blancas y amarillas. Parecía el escudo de luciente acero: se levantaba en medio el pastor París, en ademán de entregar la manzana a una de las tres diosas, y a sus plantas se leía *no a la más hermosa, a la más modesta*. No menos arrogante que sus dos compañeros ostentaba el agigantado don Rodrigo de Alcalá la más lúcida armadura y bien dispuesta gallardía. Manejaba con suma destreza un caballo cordobés, y la pesadísima adarga que en su brazo parecía muy ligera, reflejaba los rayos del sol ya marchando puro y resplandeciente desde el contrapuesto horizonte. Notábase en su centro a un corpulento león profundamente dormido, y este letrero en torno: *jay de ti cuando despierte!* La arrogancia y el ceño de estos guerreros, singularmente del hijo del condestable y don Rodrigo de Alcalá, a causa de ser primogénito el primero, y grande amigo el segundo de don Alvaro de Luna, les había hecho odiosos al pueblo, que los temía como a los tiranos de su país. Abroquelados con el favor de que gozaba en la corte este poderoso valido, despreciando siempre por inclinación y por jactancia todo principio de humanidad, y tratando a cautivos y a vasallos con una aspereza de que hay pocos ejemplares; habíanse atraído con harta razón el odio de los cristianos y el aborrecimiento vengativo de los moros.

Y mientras el rey don Juan iba a dar la señal de que se empezasen las justas:

-¿No observáis, Rodrigo, decía don Pelayo, el desaliño y flojedad de los primeros que se atreven a combatirnos? Vive Dios que estoy por retar a los tres a un tiempo para no degradarme con tan fácil triunfo.

-Pues a fe, respondió el señor de Arlanza, que no deja de haber altivez en sus motes y divisas. Advertid sino en el escudo del que se ha colocado en el centro a un guerrero, venciendo a un oso, con la letra debajo: *tal será tu suerte*. Y no le va en zaga el de la derecha: volveos un poco, por vida de Santiago, y veréis a un águila volando en campo azul, con las palabras *aún más me elevo*.

-Y si no me engaño, interrumpió Monfort, el que contra mí viene lleva el Ave Fénix por divisa.

-Ea pues, amigos míos, replicó el hijo de don Álvaro, yo me encargo de vencer al vencedor del oso, y os suplico que no dejéis de hacer otro tanto con el Fénix inmortal y el águila que se eleva. Poca gloria adquiriremos si no se presentan campeones más gallardos, y al parecer valerosos que los que vamos a arrancar de la silla.

Arrojó en esto el rey don Juan el bastón de mando en la arena, y al mismo tiempo alzó alegres alaridos el impaciente concurso, ansiosos de presenciar las altas proezas y los prodigios de valor que se prometía de tan gloriosa jornada. Rompieron en seguida los clarines, y arrancando de una y otra parte los combatientes, vinieron a encontrarse con no vista furia en medio del palenque. Nada pudo distinguirse de pronto a causa de la nube de polvo que levantaron los caballos; pero viose al momento que la lanza de don Pelayo había derribado a su competidor, y Rodrigo de Alcalá hecho perder los estribos a su rival. Sólo el que combatió con el esforzado Monfort sostuvo el honor de su partido por haber corrido contra su antagonista sin probar uno ni otro la más ligera desventaja. Aplaudió el pueblo la pujanza de los mantenedores, y no dejó sin recompensa la destreza o la fortuna del único competidor, que salió con bizarría de aquel primero y horroroso encuentro. Veíanse las damas tremolando millares de pañuelos y bandas de diferentes colores: los caballeros disponiéndose a tomar la defensa y ocupar el lugar de sus amigos, y el concurso en general dando las mayores muestras de complacencia, de interés y de entusiasmo.

Diversas comparsas de valientes caballeros se presentaron después de esta, con la esperanza de derribar a los mantenedores, pero sea que fuesen en realidad más diestros y esforzados, o que peleasen con más encono y bravura, ello es que en cuantos encuentros hubo llevaron constantemente la ventaja. En balde animaba el pueblo con altas aclamaciones y otros indicios de interés a sus contrarios, deseoso de ver por tierra el orgullo de Pelayo de Luna y Rodrigo de Alcalá; y en balde un melancólico abatimiento marchitaba la belleza de la noble heredera de Castromerín: la lanza del primero había derribado en la arena a los héroes de Castilla, de Francia, de Alemania y de Inglaterra, y a varios jóvenes guerreros de la célebre Granada. Yacía como postrada a sus soberbias plantas la flor de la caballería, y cuando se alzaba la visera, traslucíase en su insultante sonrisa la ferocidad y el desprecio.

Tales muestras de pujanza y gallardía arredraron a varios de los que se habían propuesto entrar en la lid, por lo cual había ya un buen espacio de tiempo que ningún guerrero se

presentaba en la arena. Ufanos en sus tiendas don Pelayo y sus compañeros, provocaban con ojos airados a la descontenta muchedumbre: el duque de Castromerín ardía en deseos de abrazar a su triunfante yerno: miraba de cuando en cuando a la desconsolada Blanca como para felicitarla del esposo que tan cuerda y acertadamente le eligiera, y daba la enhorabuena al orgulloso condestable por los nuevos lauros que coronaban las sienes de su primogénito. Íbase pasando en la inacción y el desaliento un día tan gloriosamente comenzado, y empezaba a correr la voz por entre el despechado concurso de que la generación presente era débil y afeminada, faltando ya las buenas lanzas que años antes aterraron a los moros en las Navas, y arrebataron el santo sepulcro de manos de los sarracenos.

Pero todos estos movimientos de angustia y de impaciencia fueron a deshora interrumpidos por los ecos de un clarín anunciando un caballero por la puerta del Oriente. Animose con esto aquella inmensa muchedumbre cual si repentinamente despertara de un letargo, y todos clavaron los ojos en la entrada del palenque por donde iba a comparecer el guerrero que se atrevía a querer arrebatar de manos de los mantenedores de las justas un triunfo que ya parecía indisputable, atendida su fortuna, habilidad y pujanza.

En esto se ve tremolar en la puerta del circo un hermoso penacho blanco, y levántase al mismo tiempo un grito de sorpresa y de alegría al reconocer en el nuevo paladín al famoso caballero del Cisne. Montado en arrogante caballo, luciendo a la vez la riqueza de sus armas, la soltura y la gallardía de su gentil persona, ostentando en su brillante escudo aquel terrible Cisne que tanto temían encontrar en la lid sus enemigos, y cubierto de la honrosa reputación que se había granjeado en batallas y torneos; presentose ante aquella entusiasmada asamblea con todo el prestigio del heroísmo, de la juventud y de la gloria. Llevaba como siempre calada la visera, aunque ya en secreto había declarado su nombre a los maestros del campo, puesto que era una condición a la que debían sujetarse cuantos entrar quisiesen a pretender la mano de Blanca de Castromerín.

El pueblo empezó a aplaudirle por la esperanza de hallar en el caballero del Cisne el único que sostuviera el honor de la jornada, y humillase la jactancia de los que se llevaban la palma del torneo, si bien gran parte del concurso por interesarse en su suerte temía verle justar con el intrépido don Pelayo. Los mantenedores se prepararon contra un enemigo más temible que cuantos se habían presentado hasta entonces, y la desconsolada hija de Castromerín lloraba de ternura y de complacencia al ver brillar este último rayo de esperanza en medio de los azares que la llenaban de angustia. En tanto el caballero del Cisne dio la vuelta en rededor del palenque, y al llegar ante la galería de los reyes hizo poner al caballo de rodillas inclinando la cabeza hasta la arena. Aplaudiose esta muestra de habilidad en el arte de la equitación, como igualmente otras muchas no menos diestras e inesperadas, de que hizo alarde antes de dirigirse a las tiendas de los mantenedores para herir el escudo del campeón con quien desease medirse.

«Hierre el broquel del caballero Monfort, gritábanle desde la arena, es el más humano y menos temible de los mantenedores;» pero el noble aventurero, sin hacer caso de semejantes avisos, encaminábase con gentil denuedo hacia la tienda que ocupaba don Pelayo, y llenó de admiración a los concurrentes dando tan recio golpe en el cóncavo escudo de este guerrero con el hierro de la lanza, que resonó por los cuatro ángulos del palenque.

Pasmado don Pelayo de la audacia del joven incógnito salió a la puerta del pabellón, y como mofándose le dijo: ¿no sabes que acabas de retar al que ha derribado veinte campeones más capaces que tú de mantenerse en la silla? ¿O estimas en tan poco la vida que así te empeñas en perderla?

-Monta a caballo y sígueme, respondió el del Cisne.

-A seguirte voy, afeminado mancebo, pero será para castigar tu orgullo con la muerte, replicó enfurecido don Pelayo.

Y en esto montando en su brioso alazán bajó al circo donde ya le esperaba colocado en uno de sus extremos su atrevido y acaso imprudente rival. Detúvose en el opuesto, y aguardaron ambos en medio del silencio universal de los espectadores que los clarines diesen la señal de acometer. Óyense de repente sus terribles ecos, y avanzan los dos paladines con polvoroso ímpetu, puestas las lanzas en ristre, y se encuentran con sin igual violencia en medio de su velocísima carrera. La lanza de don Pelayo dio en el escudo del caballero del Cisne, que era el blanco a donde se dirigía, y rompiéndose con la fuerza del golpe, hízole bambolear un momento sobre la silla, mientras la del incógnito, haciéndose también astillas al dar en medio de la adarga de su contrario, obligó al caballo de este a sentar las ancas en la arena, bien que lo levantó al punto la habilidad y el esfuerzo del paladín que lo montaba. Ambos guerreros volvieron las riendas para correr segundas lanzas, no habiendo probado uno ni otro conocida ventaja en las primeras, y no dejaron de arrojar en el breve momento de su choque una mirada, al parecer de fuego, por entre las barras de la visera.

Entusiasmados aplausos resonaron en toda la extensión del palenque al presenciar este singular encuentro, reputado por el más diestro, el más sagaz y bien sostenido de toda la jornada. El pueblo, los caballeros, las damas, la corte misma dieron muestras nada equívocas del júbilo e interés que les inspiraba el joven guerrero, que había venido a disputar al valeroso don Pelayo una corona, que nadie se atrevía a arrebatarse. Sólo el ver a los dos caballeros en disposición de embestirse por segunda vez, puso fin a tan bulliciosos enajenamientos. En efecto, uno y otro volvían a ocupar los extremos de la plaza donde habiendo tomado nuevas lanzas de manos de los escuderos, aguardaban con la mayor impaciencia el bélico son de los clarines. Parten nuevamente a sus ecos el rápido impulso de los caballos, y vuelven a chocar en medio de la ensangrentada arena con igual ímpetu y bravura, aunque no con la misma fortuna o destreza. La lanza de don Pelayo se había roto con tanta fuerza contra el broquel de su antagonista, que le hizo perder de todo punto los estribos; pero el incógnito, que desde el principio de la carrera amenazaba también con la suya al escudo de su rival, cuando lo tuvo a poca distancia cambió de repente la dirección, y eligiendo al yelmo por blanco, lo acertó diestramente de medio a medio, derribando con tan inesperado bote al caballo y al caballero que rodaron por la arena envueltos en una nube de polvo.

Aquí llegaron a su colmo los aplausos y aclamaciones de todo el concurso, que no se cansaba de celebrar una lanzada tan a tiempo, tenida por la más difícil en el arte de justar, en razón del tino que requería el clavar la punta de la pica en medio de la frente del contrario.

Desembarazarse de los estribos, ponerse en pie y empuñar la espada, fue obra de un momento para el aburrido y furibundo don Pelayo. Salta de su bridón al notar lo el caballero del Cisne, y dirigiéndose a su enemigo con el acero desnudo, trábese un combate más sangriento, sagaz y peligroso. Los dos héroes se acercan, se observan, se embisten: los golpes responden a los golpes; el eco los repite tal vez a un mismo tiempo. Crúzase los aceros, tñense en sangre, chispean; la vista más perspicaz y diligente no puede distinguir todos sus movimientos. Los petos y espaldares ofrecen ya una resistencia débil a las terribles diestras; saltan ensangrentados a sus golpes pedazos de las brillantes armaduras. Un silencio el más profundo reina en los concurrentes: pñtase en los semblantes la agitación y el temor: las damas no tremolan sus cintas, bandas, ni pañuelos; los caballeros contemplan atónitos aquel combate singular, y hasta el pueblo se estremece al ver los recios y denodados golpes que se descargan los dos encarnizados combatientes. Pero ¿quién será capaz de decir lo que pasaba en el corazón de la Reina del torneo? Pálida y sin aliento seguía con alterada vista los movimientos del caballero del Cisne: a veces iba a lanzar una exclamación de dolor, a veces se cubría el rostro con las manos: no le era posible ocultar el interés que tomaba en un combate que iba a decidir de su suerte.

Entretanto los paladines seguían combatiendo con el mismo furor: suelto y ligero el caballero del Cisne, fatigaba sin cesar a su membrudo contrario, débil por una parte a causa de la sangre que había vertido, y algo trastornado por otra con el golpe de caída. De repente se ve la espada del incógnito brillar como un relámpago por encima del alto penacho de don Pelayo, caer después ruidosamente sobre el yelmo, y dividirlo en mil partes de una cuchillada que hace estremecer la barrera, dejando la cabeza del enfurecido caballero desarmada e indefensa.

Álzase en aquel vasto recinto nuevos y tumultuosos clamores celebrando la victoria del caballero del Cisne, mientras este al ver a su enemigo sin casco, iba sólo parando los golpes, que le tiraba con el mayor furor, pero sin dirigirle ninguno.

-No seas tan soberbio en desdeñar combate, díjole el hijo de don Álvaro echando espuma por la boca: ninguna falta me hace el yelmo para vencerte.

-Más caso hago de mi honor que de tus bravatas, le respondió el incógnito: cubre esa cabeza que tan mal has defendido, y prometo descubrirtela otra vez.

-¡Villano! replicó don Pelayo, mil vidas que tuvieras no me podrían pagar tus insolencias.

Así diciendo corre hacia él con la espada levantada, pero llegando los maestros del campo a todo escape, se pusieron en medio de los combatientes, diciendo al ciego y embravecido paladín, que según las leyes del torneo debía confesarse vencido.

-¡Vencido! ¿y por quién?

-Por el caballero del Cisne.

-¿Y él ha de lograr la mano de la hija de Castromerín? exclamó rechinando los dientes don Pelayo. Antes que tal suceda yo sabré castigar su arrogancia y osadía.

-Pero no en este lugar, añadieron los maestros del torneo.

Con esto retiróse a su pabellón para descansar en él y devorar la rabia que le causaba el vencimiento, y el caballero del Cisne montando en su arrogante caballo, se encaminó a la tienda del impetuoso don Rodrigo, en cuyo escudo golpeó también con el hierro de la lanza. Ufano el señor de Arlanza de su estatura colosal, y de las prodigiosas fuerzas que alcanzaba, corrió al encuentro de su enemigo como anhelando vengar el ultraje que recibiera don Pelayo; mas derribó el incógnito tan mal parado de la caída, que los escuderos hubieron de llevarle en brazos a su tienda.

Más cortés el terrible incógnito con el caballero Monfort hirió su escudo con el cuento de la pica, y combatió, al parecer, sólo para dar muestras de una brillante destreza, como las diera anteriormente de serenidad y pujanza. Sin empeñarse en derribar a su contrario lo dejaba sin aliento por medio de varias suertes ingeniosas y difíciles. Rechazábalas Monfort lleno de cólera y bravura, siempre amenazando al escudo de su rival y aplicando a cada lanzada todos sus bríos con la esperanza de hacerlo rodar por la arena; pero el caballero del Cisne no sólo burlaba diestra y ligeramente sus esfuerzos, sino que hacía que redundasen en perjuicio de su mismo enemigo por lo mucho que lo fatigaba y enfurecía. Al fin, en una de las varias carreras que dieron perdió Monfort los estribos sin nunca haber podido mover de la silla a su contrario y los maestros del torneo lo declararon por vencido, puesto que el combate no era a todo trance, sino con armas embotadas o corteses.

Dueño ya del campo el caballero del Cisne, y cubierto de gloria y de lauros, bajó del fatigado bridón y dirigióse, conducido por los maestros del torneo, a las gradas del trono real. Hincó en ellas la rodilla, y pidió permiso a los reyes para ir a poner sus triunfos a las plantas de la hija de Castromerín.

-Es muy justo, respondióle el monarca, y ella tiene únicamente el privilegio de mandaros que os levantéis la visera.

-También la alzaré ahora mismo, dijo el del Cisne, si tal es la voluntad de V. A.

-Ningún poder tiene nuestro cetro, repuso generosamente el monarca, donde se halla la Reina de la hermosura y de los amores. Corred a sus plantas, afortunado guerrero, y sabed que nos complacemos de que le haya concedido el cielo un esposo tan digno de su belleza, nacimiento y virtudes.

Al decir esto besóle el incógnito la mano, y encaminóse al pie del solio ocupado por Blanca de Castromerín. Allí postrado ante aquella beldad celestial se levantó la visera, quitóse el yelmo, y enseñó a todo el concurso un semblante el más amable, gracioso y varonil. Caíanle sobre la espalda los ensortijados cabellos, y un hermoso carmín cubría sus nobles facciones. Miró un momento a la Reina del torneo, y quedóse como en éxtasis al aspecto de aquella delicada hermosura. Blanca, dando gracias al Altísimo por verse libre de don Pelayo, y teniendo elevados al cielo sus dulcísimos ojos, radiantes con la expresión de un divino arrebató, parecía uno de los ángeles de Milton escuchando en las delicias de un santo entusiasmo la sublime armonía de las harpas celestiales. Entretanto besábale la mano el triunfante don Rodrigo, y la impresión ardorosa de sus labios hizo

volver en su acuerdo a la enajenada doncella. Baja modestamente los ojos hacia su valiente libertador, y aquella tierna mirada decide desde aquel instante de la suerte de su vida.

-¡Cuánto no os debo! le dijo con un acento que llegaba al corazón.

-¡Ah! bien poco tardaréis en aborrecerme, respondióle tristemente el hijo de Pimentel.

-¡Aborreceros!... la sangre que habéis derramado en mi defensa...

-Es la sangre de un hombre que os adora, de un hombre que derramaría gustoso la que le queda para poder hablaros un solo momento con libertad. ¡Ah! no os olvidéis jamás del caballero del Cisne.

En esto llegaba apresurado el duque de Castromerín deseoso de abrazar al famoso adalid que había tan brillantemente combatido para alcanzar a su hija. No en balde, decía, me hablaba el corazón en su favor: ceda a tan valiente guerrero la flor de la caballería: el esposo de Blanca es un héroe. Publiquen al momento los heraldos el esclarecido linaje de este bello joven tantas veces vencedor.

Ratifica Blanca a los maestros del torneo este mandato de su padre, y dirígela Ramiro una mirada melancólica: lee la hermosa doncella lo que pasa en el corazón de su caballero; quisiera entonces que no se publicase su nombre... pero era tarde: el concurso lo pedía con impaciencia, y ya se escapaban de la boca de los heraldos las funestas palabras: *Ramiro de Linares, hijo del conde de Pimentel.*

-¡Infame! gritó al oírlo el duque de Castromerín, a quien con tan inesperado lance se habían vuelto los ojos de toda aquella concurrencia: ¿y así has abusado de los privilegios de un torneo para venir a insultar en su corte misma al soberano de Castilla? ¿Y mi hija había de ser la esposa del odioso Pimentel? Yo castigaré esa soberbia que te ha traído a combatir contra los que justamente aspiraban a poseerla. ¡Ola! ¡vengan mis armas y caballo! Monta también en el tuyo, orgulloso paladín: acaso reprimiré tus brios, y escarmentarán en tu muerte los demás vasallos del ambicioso monarca de Aragón.

Dice, y blandiendo la lanza reta públicamente al caballero del Cisne. Pero ¿qué había sido de este célebre guerrero? En vano los heraldos pronuncian por tres veces su nombre en alta voz: el hijo de Pimentel no se presenta; ha desaparecido; nadie puede dar la menor luz sobre su suerte.

En tanto pálida y sin aliento permanecía Blanca lánguidamente postrada a los pies del rey don Juan de Castilla.

-Señor, ¿qué delito, le decía, ha cometido aquel valiente caballero en lucir su gallardía y su destreza? Vasallo es del rey de Aragón, siempre contrario al monarca castellano, pero las leyes del torneo permiten que peleen en ellos hasta nuestros más encarnizados enemigos. Cede el rencor y la cólera al ver a un paladín que se lanza animosamente en la arena sin quebrantar los nobles usos de la caballería. ¿Y una ley tan sagrada no había de valer al valiente que lleva la divisa del Cisne, sólo porque es vasallo de la corte de Zaragoza e hijo de Pimentel?

-Le vale, respondiola el rey don Juan, para que no le mande perseguir, no quite a los infantes su más valeroso partidario, y libre a nuestras huestes de su más terrible enemigo. No debe sin embargo considerarse como vencedor del torneo, puesto que no ha contestado al último reto, y mucho menos con derecho de aspirar a vuestra mano.

-¡Señor!... exclamó Blanca, y avergonzada de lo que iba a decir, inclinose profundamente y guardó melancólico silencio.

-Duque de Castromerín, dijo a la sazón el condestable, vos solo debéis ser proclamado vencedor.

-Con eso recupera todos los derechos sobre su hija, replicó otro cortesano.

-Y puede recompensar con ella al que ha derribado más valientes en esta gloriosa jornada, añadió don Álvaro de Luna.

-Os entiendo, respondió Castromerín, y juro que sólo será esposo de Blanca el que ha acreditado en este circo ser la mejor lanza de que se jacta Castilla.

La indicación del condestable fue más que suficiente para que el rey don Juan se apresurase a cumplir los deseos de su orgulloso favorito, y así publicaron por orden suya los heraldos vencedor del torneo al duque de Castromerín, en atención a haber sido el último que permaneció en la liza; y héroe de la jornada a don Pelayo de Luna que hizo morder la arena a mayor número de competidores. El pueblo, sin embargo, entusiasta siempre por lo grande y extraordinario, y no interesándose en los partidos que dividían las principales familias de la corte, hizo justicia al verdadero vencedor, y apenas vitoreó al hijo de don Álvaro, cuando tan numerosos y festivos habían sido las vivas que prodigara al caballero del Cisne.

Levantose en seguida el rey y salió del circo, acompañado de lo más noble y espléndido de su corte, y marcháronse también los innumerables espectadores que habían asistido a tan célebre torneo. Veíanse partir en diferentes grupos: oíase en alguno de ellos el canto de los poetas que ya celebraban las proezas de aquella inmortal jornada; y en otros a varios caballeros armados de punta en blanco disputando acerca del valor, serenidad o destreza de los que habían combatido. Unos se disculpaban a sí mismos por no haber entrado en la lid, otros por haber sido desgraciados en ella; aunque todos generalmente convenían en que el caballero del Cisne se había llevado el honor y la gloria de aquel día, no menos valiente en el acometer, que diestro y atinado en el arte de justar. No faltaba quien lo comparase a las más famosas lanzas de la cristiandad, que años antes fueran el terror de los infieles del Oriente, y de los árabes intrépidos que habitaban la Andalucía. También hubo quien le juzgase inferior a don Pelayo, atribuyendo la desgracia de este aplaudido paladín a circunstancias accidentales; pero de todas maneras hablose durante mucho tiempo del torneo de Segovia, y fueron sus grandes hechos de armas el objeto universal de la admiración de los pueblos, del respeto de los guerreros, y de la musa de los trovadores.

CAPITULO III

El ermitaño

El siglo décimo quinto preparó con sus mismas disensiones y alborotos una serie de acontecimientos, cuyo resultado fue hacer de la España la nación más intrépida y belicosa de todo el orbe. Ardía la discordia entre los grandes de Castilla con el objeto de apoderarse del rey don Juan y reinar en su nombre, puesto que por su carácter tímido e irresoluto no podía vivir sin algún cortesano favorito. Todos aspiraban a tan alto honor: don Álvaro de Luna y los infantes de Aragón eran los que lo habían disputado con más poder y encarnizamiento, sin que por esto hubiesen dejado otros de alcanzar alguna parte de sus favores. Bien es verdad que cuando se celebró el famoso torneo de Segovia que acabamos de describir, el mayor de los infantes llamado don Enrique había muerto, y su hermano don Juan ocupaba el solio de Navarra; mas no resfriaron tales mudanzas el calor de los partidos, continuando a perseguirse con el mismo encono y pertinacia. El infante don Enrique había dejado un hijo del mismo nombre, harto capaz por su esfuerzo de reconquistar los estados que heredó de su padre en las tierras de Castilla; y el monarca de Navarra siempre estaba pronto a unirse con él, no sólo llevado de su ambición turbulenta, sino del odio que profesaba a don Álvaro de Luna.

A estas calamidades se juntaban otras no menos funestas, ominosos resultados de aquellas guerras civiles. Tales eran las desavenencias que frecuentemente tenían los reyes de Burgos y de Pamplona con sus dos hijos, el príncipe don Enrique, que sucedió a su padre en el mando, y el príncipe de Viana, cuya triste y prematura muerte causó un duelo universal a aragoneses y navarros. Muchedumbre de hombres de armas, bajo el mando de capitanes escogidos por ellos mismos entre valerosos y esforzados aventureros, corrían aquellos reinos ofreciendo sus servicios a los varones que más ventajosamente los comprasen; y si por casualidad no encontraban quien los quisiera ajustar, hacían la guerra por su cuenta, y asaltando pueblos y castillos, se procuraban lugares de refugio donde llevar el botín e inexpugnables baluartes donde burlarse de las leyes y resistir al ímpetu de sus enemigos. Sobre todo el reino de Navarra se hallaba infestado de estos mercenarios guerreros, que no sólo ponían las villas y los transeúntes a contribución, sino que arrebatában personas de importancia para las que exigían después un ventajoso rescate. Cuadrillas sangrientas y feroces, que formadas por el pestífero aliento de largas guerras y disensiones civiles, recogen en su seno la escoria más vil de la sociedad, como se vio pocos años después en las que desolaron la Francia, conocidas por los nombres de *tondeurs* y *ecorcheurs*, en las de los *Condottieri* que en el siglo décimo sexto devastaron la Italia, y en las que últimamente, bajo diversas denominaciones, talaban el norte de la España durante la guerra contra Napoleón Bonaparte.

A la sombra de estos partidos y calamitosos desórdenes no había noble que no aspirase a cierta independencia, según se lo permitía la distancia a que se hallaba de la corte, o el número de sus vasallos; y el tiempo que no invertía en proyectos tan contrarios a la paz del reino, lo pasaba guerreando con sus vecinos por las más necias pretensiones, por los más frívolos pretextos con una pujanza y brio dignos de más justa causa. No dejaban de desplegar en los torneos una esplendidez asiática, ni de usar en los alcázares y concurrencias un tono de galantería caballeresca; mas su lujo rayaba en prodigalidad, y su florido lenguaje en licencia y desenvoltura. El concurso y celebridad de los ingenios, los

espíritus entusiasmados aún con las terribles visiones del Dante, o los dulcísimos versos del Petrarca, cierta chispa de pulidez que empezaba a disipar la niebla de los siglos bárbaros, y una disposición indefinible del ánimo hacia empresas vastas y sublimes anunciaban, es verdad, el tránsito de la ignorancia a la ilustración, de la ferocidad a la cultura que se verificó en el siglo siguiente; pero suavizaban apenas la ruda grosería del pueblo, el altivo desdén y la indómita ambición de aquellos varones semibárbaros.

Don Íñigo de Linares, conde de Pimentel, había inspirado a su hijo don Ramiro odio mortal al condestable de Castilla, y a cuantos seguían sus banderas en los frecuentes encuentros que tenía con los infantes de Aragón. Llevado el joven héroe de un espíritu de gloria que nada podía sufocar, tan idólatra de las leyes y prácticas caballerescas, como deseoso de honrar las canas del autor venerable de sus días; se arrojaba al peligro sin previsión, y tomaba parte en cuantas refriegas suscitaba la animosidad que había entre aragoneses y castellanos. Si calmaban algún tanto estas feroces pasiones, y no resonaba el clarín de las batallas en las fronteras de ambos reinos, aparecía Ramiro en los torneos que celebraba el rey don Juan humillando la audacia y la altivez de los enemigos de su patria. Famoso se había hecho el caballero del Cisne en las justas de Burgos, Valladolid y Toledo; pero nadie sospechaba que se ocultase bajo de aquella divisa el héroe mismo que en las fronteras de Aragón era el terror de las huestes castellanas. Subió de punto la cólera de sus contrarios cuando descubrieron semejante secreto al publicar su nombre los heraldos en el espléndido circo, y luchando con la vergüenza de verse derrotados por un joven que donde quiera se manifestaba su más terrible y encarnizado enemigo, se aprovecharon del odio que le tenía el duque de Castromerín para que tomase contra él la desesperada determinación de salir a retarlo. El inmenso gentío que acudía entonces a tales espectáculos, miraba al caballero del Cisne como una de las más acreditadas lanzas que ennoblecían los torneos de Castilla, y no dejó de manifestar, como se ha dicho, un justo descontento por haberse negado el premio a aquel triunfante adalid.

Iba marchando en tanto el valiente Ramiro de Linares por áspera y enmarañada senda, habiendo desaparecido del glorioso palenque para no tener que justar con el duque de Castromerín: verdad es que era irreconciliable enemigo del señor de Pimentel; pero sus canas ofrecían una victoria hartó fácil al pundonoroso caballero del Cisne. A este motivo bastante fuerte en sí mismo, podía añadirse otro seguramente de más peso en el noble corazón de este guerrero, puesto que nada hay que tanto poder ejerza en nosotros a los veinte y tres años de la vida, como la magia de una hermosura angelical y melancólica. Así que vio el entusiasmado Ramiro la de Blanca de Castromerín sintió arder la violenta llama del amor en lo más profundo de su pecho, y ofreciéndose de pronto a su imaginación ardiente los obstáculos para dar pábulo a una pasión que se anunciaba con tanto brio; en medio del estrépito de los clarines, de la confusión de las voces, de los gritos de muerte y venganza que resonaban a su alrededor, sólo conservó la serenidad de no aumentarlos rompiendo nuevas lanzas con el padre de aquella célebre belleza.

Abismado en estas ideas, lleno de polvo y salpicada en sangre la deslucida armadura, seguía en su caballo la escabrosa senda de que hemos hablado, la que se abría paso por entre peñas enriscadas y salvajes. Descubriáanse al occidente las lejanas cumbres de una cadena de montañas por encima de las cuales flotaban ligeras nubes ostentando los peregrinos colores de la púrpura y el oro. El sol se ocultaba lentamente marchando hacia

su espalda, y sus rayos algo débiles reflejaban apacible lumbre en las puntas de las rocas y en la parte superior de las copas de los árboles, de suerte que estos objetos, aunque iluminados con modesto brillo, hacían singular contraste con las faldas de las sierras y las hondonadas de los valles ya lóbregamente sombrías.

El caballo de nuestro héroe habiendo vencido la aspereza de una pendiente algo rápida, empezaba a caminar por amena y espaciosa llanura. Vio entonces el caballero del Cisne que el círculo de montañas, que le llamó la atención al principio de su viaje, presentaba ante la vista un prolongado y caprichoso anfiteatro. Selvas de extraordinaria espesura empezando desde el llano iban a perderse al pie de aquellos encumbrados montes: cortábase a veces la imponente línea que formaban con su enorme masa, y veíase por entre una quebrada el terreno que se extendía a la otra parte, al parecer no menos silvestre, melancólico y pintoresco. Elevábanse de trecho en trecho por aquellos incultos campos encinas de pobladísima copa y robusta corpulencia, bajo cuya venerable sombra habían alternativamente descansado el guerrero cartaginés, el centurión de César y el descendiente de Ismael. Chocaban detrás de sus ñudosos troncos algunas piedras de agigantadas proporciones y color negruzco, guardando cierta simetría lóbrega con los bosques poco distantes llenos de árboles descortezados y denegridos. A su sublime aspecto deteníase el extranjero a contemplarlas, ignorando si veía en ellas el sepulcro de algún héroe, o el sitio donde los antiguos druidas celebraban sus sangrientos misterios.

Un poco más arrimado a la falda de los montes aparecía sobre una eminencia un soberbio alcázar alumbrado por el último rayo que lanzaba el sol desde la cumbre de la montaña. Sus enrojecidas murallas, y la gótica grandeza de su arquitectura, hacían de él un objeto algo lúgubre y siniestro, y no pocas veces al divisarlo repentinamente hacia la noche descollando sobre los silvestres olmos con sus agujas y puntiagudas almenas, creyó ver el asombrado peregrino un gigante etíope en medio de aquel espantoso desierto.

Llega en esto el valiente paladín a un sitio por donde cortaba otro sendero, elevándose en el centro de ambos una cruz ingeniosamente labrada, puesta sobre el tronco de una columna de piedra. Como ya empezaba a obscurecer, detuvo las riendas al caballo con el objeto de echar una ojeada al camino que le convenía elegir, cuando notó que venía detrás de él un caballero a toda prisa, cuyos arneses y bridón producían en medio de aquel universal solitario un extraordinario ruido.

-Por la roja cruz de Santiago, gritó al del Cisne a corta distancia, que ando corriendo detrás de ti desde que tan a deshora desapareciste del torneo. Vaya que muchachada como la que has hecho no se vio desde los tiempos de Oliveros. Después de haber volcado patas arriba aquella sarta de héroes lo propio que si fueran de alfeñique, temer a un viejo que temblaba sólo de verte... voto a brios, que has de dar cuenta a Roldán de no haber cargado con la rapaza, arrojando al babeiaca de tu suegro a tres lanzas de la barrera.

-¡Roldán! exclamó sorprendido el caballero del Cisne.

-El mismo, replicó el incógnito, a menos que hayas olvidado al amigo de tu padre, al que te enseñó primero que nadie a disparar un arco y blandir una lanza. Al llegar de Italia echeme de aventurero por las Castillas antes de volver a nuestros hogares, deseoso de cascar las liendres a esos fanfarrones, siempre dispuestos a marchar contra el Aragón, y a

firmar treguas con los perros de Granada. Quise hallarme en el lúcido torneo que se preparaba en Segovia, y allí he visto triunfar a un discípulo mío, a un guerrero que me hace honor. Mal año para mí y para mis hijos, cuando los tuviere, si en el modo verdaderamente hostil de bajar la lanza no he descubierto en ti un alumno de mi escuela.

Dicho esto se abrazaron estrechamente ambos guerreros, mientras al resplandor de la luna se miraban con escrupulosa atención. Roberto de Maristany, a quien llamaron Roldán a causa de su intrepidez grosera y un carácter vehemente y atolondrado, malgastó en su primera juventud la módica herencia que le había dejado su padre, hijo segundo de una familia ilustre del condado de Urgel, sin que le quedasen otros títulos ni bienes que su valor y su lanza. Don Íñigo de Linares lo tuvo en su castillo de Aragón por la amistad que le había unido con el autor de sus días, hasta que fatigado el bullicioso Roldán de aquella vida flemática y holgazana, sentó plaza entre las tropas que siguieron al monarca aragonés a las campañas de Nápoles, donde tuvo frecuentemente lugar de dar pábulo a sus inclinaciones favoritas, echando copiosos brindis, hablando de altas proezas, y repartiendo descomunales cuchilladas.

De consiguiente, habían ya transcurrido algunos años desde que se despidió del caballero del Cisne, que por esto le miraba con una curiosidad abiertamente amistosa. Sus maneras y su modo de hablar no dejaban de resentirse de la ruda franqueza de un guerrero, lleno por otra parte de cierta jactancia militar que le había caracterizado en todos tiempos, pero el traje que llevaba era mucho más brillante que el que vestía en el castillo de Pimentel cuando adiestraba al joven don Ramiro en el manejo de las armas. Adornaba su cabeza un casco de bruñido acero, no coronado de penacho alguno, sino sosteniendo un ave jeroglífica, primorosamente labrada, que le servía de cimera. La edad sería poco más o menos de cuarenta años: la estatura alta, enjuto de carnes, y sus rasgos naturalmente toscos y desabridos daban la idea de un hombre endurecido en las fatigas de la guerra, más dispuesto a destripar botellas y repartir tajos y reveses, que a echar flores a las damas, o servir de adorno en los alcázares de los magnates. Sus manoplas eran del más pulido acero; y lo mismo la gola que coronaba la parte superior de la coraza: la cota de malla relucía formando mil plateados visos al resplandor de la luna, como brilla al despuntar la aurora el menudo aljófara sobre el césped de los prados: apoyaba en el estribo el cuento de acerada lanza; pendía a su lado izquierdo largo acero toledano, y remataba el adorno de tan gentil armadura una sobrevesta flotante, abierta por ambos lados como las que llevaban los heraldos, algo deslucida por las inclemencias del tiempo. Aunque el caballero del Cisne estaba acostumbrado a ver muchedumbre de guerreros equipados con la mayor magnificencia, no dejó de sorprenderle la que ostentaba el traje de Roldán, por cierto aire de elegancia y buen gusto que se admiraba entonces en los campeones que venían de la Italia. Cumplimentó sobre ello a su antiguo maestro, mientras le acariciaba este apretándole con tanta fuerza entre los brazos, e imprimiendo en sus mejillas tales besos, que hizo casi perder el mundo de vista al acongojado mancebo. Pasó en fin aquel torbellino de amistosas demostraciones, y pidióle noticias de la casa de Linares y de algunos parientes que había dejado en Cataluña. A esta postrera pregunta respondió tristemente don Ramiro que había muerto en las últimas escaramuzas tenidas con sus inquietos vecinos los Guiñarts y Rocabertís.

-Así me hubiera yo hallado en ellas, exclamó Roldán, y a lo menos vieran los zánganos de mi familia si merecía alguna consideración el pariente que despreciaron antes de marchar a Italia. Adelante, hijo mío; aligera ese buche y sigue contando como lo pasa mi hermana.

-También ha muerto, respondió dolorosamente el caballero.

-¡Ha muerto! repitió Roldán en tono que manifestaba más sorpresa que aflicción: ¿cómo diablos cometió tal locura? Por lo menos era más joven que yo de media docena de años, y en mi vida me he quejado de un dolor de cabeza. Vaya ¡con qué también mi pobre hermana!... ¿y sus dos hijos? ¿y el estafermo de mi cuñado?

-Todos habían perecido en el asalto que dieron los Rocabertís a su castillo de Alvesa, del cual ni tan siquiera han quedado los vestigios.

-¡Por vida de san Jenaro! He aquí lo que se llama un estupendo saqueo: los malditos Rocabertís fueron siempre muy perniciosos vecinos para la familia de Maristany, pero al fin todo ello no son más que vicisitudes de la guerra. ¿Y cuándo sucedió tan negro desastre, querido discípulo?

-Precisamente hizo un año en la noche del bienaventurado san Pedro.

-He aquí lo que yo te decía de las mudanzas a que están sujetas las cosas de la guerra, ¿no es bueno que en aquel propio día gané por asalto, con veinte de mis camaradas, el castillo de la Roca-Negra defendido por Bayaceto, perro pagano, enemigo capital de Georgio Castrioto, y capitán de lanceros al servicio de Amurates? Yo mismo de un revés, zas, lo maté en el umbral de la puerta, y arrojándome por los salones del edificio pude juntar oro suficiente para hacer labrar esta cadena que cuelga de mi cuello, harto lengua a la sazón para darme con ella cuatro vueltas; pero los tiempos andan famélicos, amado Ramiro, y cuando no había paga ni saqueo era preciso echar mano de sus eslabones si deseaba uno divertirse honradamente con sus compañeros en la taberna. Y bien: puesto que ya has enterrado a toda mi familia y reducido a cenizas el pobre castillo de Maristany; cuéntame, por vida tuya, en que has pasado el tiempo desde que me separé de ti, y por qué capricho no has querido romper un par de lanzas con el padre de la Reina del torneo, y arrojarle después las astillas por los hocicos.

-Cuando os quisisteis alistar por fuerza en las tropas del rey don Alonso, dijo el caballero del Cisne, mi propio padre continuó enseñándome no sólo el manejo de todas las armas, sino los modales y prácticas caballerescas. En esto, y en escuchar las lecciones de un anciano monje jerónimo que me enseñaba a leer y escribir, pasé los primeros años hasta que rompí mi primera lanza con un hidalgo de Castilla. Desde entonces todo han sido torneos, escaramuzas y batallas, género de ocupación que me conviene más que la del claustro a qué trató de inclinarme aquel santo religioso.

-¡Como fraile! exclamó Roldán; por la santísima cruz de Caravaca que nunca me pasó por las mientes semejante idea. No es eso lo más extraño, sino que a ninguno tampoco le habrá ocurrido, pues te juro que nadie me ha hablado de tal cosa en el discurso de mi vida. Y no deja de sorprenderme, ahora que doy en ello, porque quitado eso de leer y escribir que nunca pude aprender, lo del canto de la iglesia que siempre me ha parecido

algo tético y gangoso, y la ropa talar que llevan los buenos padres con la que no dejaría de dar a cada paso de narices en tierra; por lo demás no veo qué diablos puede faltarme para ser un monje tan completo como mi mismo compadre el sacristán de santa Engracia. Con que tú según trazas no viniste bien en ceñirte el cordón y encajarte la cogulla, y preferiste empuñar la espada y embrazar la rodela ¿no es eso?

-Preferí dar gusto a mi padre que no tiene más hijo para perpetuar el nombre de su familia, preferí la vida cómoda y holgada a la austeridad de la vida religiosa, preferí por último ser un buen soldado a ser un eclesiástico poco grave y ejemplar.

-¡Bravo! dijo Roldán soltando una carcajada; es decir en plata, señor discípulo, que un vaso de vino, un buen camarada, cuatro porrazos a tiempo, y un par de ojos negros te parecieron más sabrosos que los cilicios y los ayunos. Lléveme Dios, iba a decir el diablo, si no eres un perro viejo y de tan buena casta como tu propio maestro. No me parece mal, según te explicas, sólo falta que me descifres el enigma de haber despreciado *il bocato di cardinale* que tenías más que medianamente engullido en el palenque de Segovia.

-Mejor sería, replicó el del Cisne, que buscásemos donde alojar esta noche.

-No hay que espantarse, señor marinero de agua dulce, que no muy lejos de este sitio conozco un sota-ermitaño en cuyo humilde albergue podremos con mucho donaire embaular tasajo como el puño.

-¿Pues no sería mejor dirigirnos a un castillo que se eleva hacia mano derecha, a muy poca distancia de esta cruz?

-Déjate gobernar por quien lo entiende, y escucha un importante aviso de la boca de tu maestro. Nunca para comer a tu sabor, o para dormir con sosiego vayas al castillo que denantes dijistes, menos que desees ser arrebatado por los demonios, o recibir recias cuchilladas, pues bien te acordarás de aquella manoseada trova:

Embraza el robusto, fortísimo escudo,
La espada requiere, no olvides la lanza,
Por más que con brazo potente y membrudo
Al viejo corrieres castillo de Arlanza.
Allí los demonios con ruda pujanza...

¡Por vida de mi padre! ¿Qué ha sido de ese desbarbado mozuelo? ¡Calle! pues él ha echado a correr sin que yo lo percibiera... lo mismo es dar avisos a esos rapaces barbilampiños que arrojar margaritas a los puercos: ni más ni menos; y por fortuna su caballo ha sido más cortés y aficionado a buenas coplas, sino me quedo sin auditorio.

Tenía razón de quejarse el honrado veterano: desde el principio de la conversación con su discípulo habíanse apeado de los respectivos caballos y sentádose amistosamente en las gradas de piedra que componían la base de la cruz, que según hemos dicho más arriba,

anunciaba desde lejos aquella enredosa encrucijada. Habíanse colocado de manera que el tronco les resguardase las espaldas de un viento algo recio que venía de la parte del castillo de Arlanza, y sin embargo de que sus silbidos interrumpían el silencio de la noche, ellos trajeron a oídos del caballero del Cisne las voces sueltas de *Blanca* y *Castromerín* pronunciadas sin duda por gentes que estuviesen hablando algo más arriba. Sin curarse entonces de escuchar el aviso que iba a darle Roldán, deslizose bonitamente por los mismos escalones que le servían de asiento, dirigiéndose con lento y atentado paso a ocultarse entre unos arbustos, con el objeto de espiar a los que nombraron a la Reina del torneo. Entretanto, sin catarse de ello, seguía impertérrito su discurso el engreído Roldán recitando con aire teatral los versos que encerraban aquel importante consejo, pues, aunque sea dicho de paso, la echaba de inteligente en la materia. Quedose por esta razón algo mohíno y despechado cuando advirtió que dos caballos eran todo su auditorio; pero es preciso confesar, a fin de hacerle justicia, que una vez desahogada su bilis arrojando cuatro votos y pasando la mano por sus tupidos bigotes, lo que más sentía era ignorar qué había sido del caballero del Cisne, a quien siempre profesó un tierno cariño, que no pudo menos de aumentarse al verle combatir con tanta gallardía; mérito sin embargo que no dejó de atribuirse sin ceremonia, creyéndolo un resultado de las lecciones que le diera en otro tiempo. Pero en medio de su perplejidad, y cuando ya se disponía a levantar la voz para llamarlo, violo salir de entre unos árboles poco distantes, y que dirigiéndose hacia él le indicaba por señas que no gritase.

-No gritaré, no gritaré, dijo Roldán con un gesto algo grave, aunque me parece que debierais tener más respeto a un hombre de mi jaez, sobre todo cuando os iba a recitar versos del mayor mérito. Por esta vez no me enfadaré con vos, y para daros una prueba de mi mansedumbre tendré la condescendencia de repetir aquella excelente trova:

Embraza el robusto, fortísimo escudo...

-Por Dios, Roldán, ved que no se trata de trovas, y escuchadme un breve instante. Sabed que a poco trecho están hablando tres pícaros, cual no los produce la playa de Sanlúcar, y me conviene escuchar su conversación por si descubro alguna trama criminal contra personas de mi conocimiento.

-¿No valiera más que arremetiésemos con ellos, y atándolos al tronco de aquellas encinas arrojasen la ponzoña que tienen metida en el cuerpo?

-He aquí el modo de que nada supiésemos de positivo: creedme, amigo Roldán, mejor será que cuidéis vos de los caballos sin moveros de esta cruz, mientras voy a enterarme de su infernal conjuración.

-Enhorabuena; y en caso de que te veas en algún aprieto no tienes más que dar un silbido: yo te arrancaré, no digo de las manos de tres pícaros, sino de las de trescientos, aunque fuese cada uno más valiente que Amadís, y más astuto que Gayferos.

A pesar de que llevaba Ramiro la armadura, era tan suelto de miembros y ágil de pies, que bien podía prometerse recorrer aquellos sitios sin temor de ser descubierto con la escrupulosa diligencia del leal perdiguero cuando olfatea las pisadas de su víctima.

No muy lejos de la cruz corría un cristalino arroyo casi oculto entre los juncos, cañaverales y otras plantas acuáticas, que se criaban en su frondosa orilla. Precisamente en la margen misma de este escaso raudal bajo de un llorón, cuyas prolongadas ramas se inclinaban hasta besar las limpias ondas, se habían colocado los que hablaban de Blanca de Castromerín, muy ajenos de que a tal hora y en tal sitio alma viviente pudiese escuchar su conversación. Deslizose el caballero del Cisne por entre las plantas de la arboleda, y apoyándose de pechos en un robusto nogal que se elevaba en terreno superior, a poca distancia de los interlocutores; no sólo recogía todas sus palabras, sino que veía sus trajes y más leves movimientos. De los tres allí reunidos eran los dos de aventajada talla, fiero tosco gabán de piel de búfalo, sujeto con apretado cinto de baqueta: llevaban casco de hierro, y contra el árbol más vecino habían apoyado un par de lanzas que parecían una muestra de las que sirvieron para la guerra de los gigantes. En cuanto al otro personaje formaba extraña contraposición con los dos hombres de armas que acabamos de describir; pues sobre ser bajo de cuerpo, suelto de miembros, y en sus gestos y ademanes inquieto y vivaracho como un mico; llevaba un traje más semejante al de los moros que al de los fieles castellanos. Su turbante amarillo y túnica verde lo daban a conocer por uno de los bárbaros que en aquel siglo inundaron la Península, la Francia y la Inglaterra, conocidos en Castilla con el nombre de gitanos, los cuales embaucaban a los sencillos y crédulos diciéndoles lo que llamaban la buena ventura, cantaban letras impúdicas y ejercían finalmente ratera y baja rapiña con toda suerte de bellaquerías. El mismo resplandor de la luna que sirvió al caballero del Cisne para apuntar en su mente todas las menudencias que llevamos referidas, hízole notar que los sañudos rasgos de los dos lanceros eran sombreados por bigotes de extraordinaria espesura, y que el rostro casi mulato del africano remataba en una negra barbilla naturalmente rizada.

-Ya te he explicado, decía entonces a uno de los hombres de armas, cual era la voluntad de vuestro único y natural señor.

-Es decir, respondió el soldado, que en caso de que no saliese vencedor del torneo, te encargó que echásemos el guante a Blanca de Castromerín.

-Precisamente; y que aguardásemos para ello a que estuviera en el castillo de su padre, porque has de saber, honrado Bullanga, que a beneficio de la buena ventura y de cuatro untos y pomadas entro en él siempre y cuando se me antoja.

-¡Diablo! Respondió el lancero: entonces no hay más sino que nos introduzcas de noche, y mientras yo y mi camarada echamos mano a la rapaza, recoges tú por vía de pasatiempo el oro y las alhajas que topes por aquellos salones, que después lo partiremos aquí mismo como buenos amigos.

-No ha de ser como tú dices, pues en el recinto de aquellos muros hay más de un jayán tan capaz de defender la honra y las riquezas de su señora, como de apreciar a tres hombres cual nosotros en menos de dos arditos.

-¡Por san Jorge! gritó el lancero, que tu negra cobardía es lo que te hace hablar de esa suerte.

-Yo no soy más cobarde que tú, maese-Bullanga, respondió el gitano, pero no es mi oficio andar a porrazos: si aspiráis a tener un guía de mi genio y perspicacia, regiros habéis por mis consejos sin salir de la emboscada hasta que yo lo mande: ahora si queréis entrar ruidosamente y a mano armada, alto pues y buscad otros que os conduzca...

-No, no, amigo Merlín, interrumpió el guerrero, don Pelayo ha dicho que eres el pícaro más a propósito para que demos felice fin a tan peligrosa aventura; sin duda el señor de Arlanza te habrá recomendado a su amigo. Pero ahora que me acuerdo, quisiera hacerte una pregunta suelta: ¿cómo demonio siendo tan buen astrólogo que andas vaticinando a cada uno el día en que se ha de casar y el mal de que ha de morir, no se te alcanzó que habían de ahorcar a tu hermano?

-Mira, Bullanga, por el mismo que denantes jurastes te aseguro que si hubiese llegado a mi noticia que cometía la sandez de ser a un tiempo el espía de don Juan de Navarra y de don Álvaro de Luna, yo propio le habría aconsejado marcarse el árbol, que le pareciere más a propósito para dar el último salto sin hacer guiños ni visajes, con toda comodidad y decencia.

-¿Con que quedamos en lo dicho? preguntó el otro lancero.

-Con tal que accedáis a las condiciones que he propuesto, respondió el gitano; y antes que os marchéis jurádmelo por el cuerpo del Apóstol que guardáis en Compostela, pues ya sé que vosotros no hacéis caso de otros juramentos.

-Eres un perro incrédulo y suspicaz, respondió Bullanga, pero en fin juro...

-Aguarda, interrumpió el gitano, vuélvete hacia la derecha a fin de que te oiga el patrón de las Castillas desde el sitio mismo donde reposan sus venerados restos.

Volviéronse los soldados y juraron solemnemente no separarse un ápice de lo que mandase Merlín, después de lo cual como se levantase para marchar, tomolo uno de ellos por el brazo, y sacudiéndolo le dijo:

-¿Osarías despedirte, gitanillo sucio y mal peinado, sin honrarme primero con un par de tragos del saludable licor de la bota que cuelga de mis hombros? Pero ¡ah! me olvidaba de que eres un macho, pues sólo bebes agua para dar gusto al zancarrón de Mahoma.

-Tú si que eres el macho en hacerte esclavo del frasco y de la botella, respondió el gitano: no sé como hay quien se fíe de un babeiaca para comisiones que piden de suyo despejado juicio y sangre fría.

Pronunciadas estas palabras tomó el africano por una senda que conducía hacia el castillo, y echaron los dos guerreros por un camino angosto que no se separaba de la margen florida del cristalino arroyuelo. Fuese Ramiro al sitio donde dejó a Roldán, resuelto a dirigirse desde el día siguiente al castillo de Castromerín, y estar de continuo a la mira, con el objeto de frustrar cualquiera proyecto que hubiese concebido el vengativo don Pelayo. Preguntóle Roldán si era cosa de echar mano a las espadas y correr hacia los pícaros cuya conversación había ido a escuchar; pero respondiéndole el del Cisne que no era del caso la menor violencia, acarició con la mano sus bigotes, y mantuvo a raya los

naturales ímpetus. Montaron a caballo, y dirigiendo siempre el intrépido Roldán, tomaron la vuelta de una ermita que se hallaba como una legua más arriba del castillo de Arlanza. Cuando pasaron por el pie de los altos torreones que defendían la puerta exterior, cuyas líneas colosales eran análogas a lo vasto y descompasado de este antiguo edificio; detuviéronse un momento a contemplarlo llevados de la secreta curiosidad que inspiran los objetos que dan pábulo a la imaginación por medio de supersticiosos terrores. Bien reparó Roldán en cierta cadena de hierro colgando de una especie de aspillera, practicada en la más próxima de las dos torres; mas no quiso llamar para que les abrieran, pues sabía que el castillo de Arlanza estaba lleno de maléficos espíritus, contra quienes no valían tajos ni cuchilladas. Algunos hombres de armas colocados en lo alto de los muros, ya parecían sombras errantes deslizándose en medio de la obscuridad, ya estatuas de bronce clavadas como por adorno en aquel sitio. Todo esto unido a la espesura de las paredes, de entre cuyas piedras algo desunidas colgaban pelotones de plantas silvestres, y al lúgubre carácter de aquella habitación tétrica y solitaria, formaba una romántica armonía con el amortiguado resplandor de la luna, el aullido de las aves nocturnas, y la profunda quietud de aquellos campos.

Dieron al fin espolazo a los bridones sin hablar palabra ambos guerreros, y pronto dejaron a sus espaldas el misterioso alcázar que acababan de admirar. Iban siguiendo su viaje en absoluto silencio como embebidos en serias meditaciones, y sólo después de largo rato rompió la conversación el caballero del Cisne preguntando a su compañero la causa de una taciturnidad tan contraria a su carácter.

-Puedo asegurarte, querido discípulo, respondió Roldán, que no las tengo todas conmigo cuando navego por estos alrededores.

-Pero en suma, ¿qué sabéis de positivo entre lo mucho que se cuenta?

-Que hay una parte del castillo sin que ningún cristiano pueda habitarla, y al fin al fin tendrán que abandonarlo del todo, lo que ya hubieran hecho gentes de mejor conciencia y conducta que el pícaro de su dueño.

-¿Tan perverso es el señor de Arlanza?

-Mil veces peor, respondió Roldán, que los osos y jabalíes que andan hambrientos por las revueltas casi laberínticas de esas montañas. Rodéale un enjambre de amigos, menospreciando como él toda idea de honradez, toda autoridad civil y religiosa, con cuyo crédito y auxilio comete en sus vasallos y vecinos las más sacrílegas violencias. Su carácter es feroz, sanguinario, y su figura indica todo el veneno y la impureza de su alma. ¡Plegue a Dios que la lanzada que le has asestado con tanta gallardía en el torneo de Segovia, lo ponga por mucho tiempo en estado de no vestir la armadura!

-Pues ya no extraño que sea tan camarada del adalid que sostenía, dijo el caballero del Cisne.

-Lo es, respondió Roldán, porque así conviene a sus miras ambiciosas; pero yo te juro por el santo Sepulcro, que si mañana cayera el condestable de Castilla, don Rodrigo de Alcalá sería el primero que diese de puñaladas a su primogénito para hacerse buen lugar con el nuevo favorito.

-¡Vive Dios! exclamó Ramiro, que si otra vez vengo a las manos con hidalgo tan infame, no lo suelte hasta purgar la tierra de semejante monstruo.

Llegaron en esto al pie de una ermita construida a la otra parte del camino real, dando idea en todo su aspecto de una simplicidad evangélica. Acercose el caballero del Cisne y llamando con un canto, contestaron desde adentro dos grandes perros con espantosos ladridos. No era a ellos a quienes deseaba despertar, por lo que repitió los porrazos con más fuerza, haciendo temer que si tardaban en abrirle, no resistiría por largo tiempo la puerta a tan furibundos golpes.

-¿Quién llama a tales horas? dijo entonces desde el fondo una voz desmayada y penitente.

-Un pasajero extraviado que pide la hospitalidad para esta noche.

-Pasad adelante, hermano, respondieron, y no interrumpáis a un pecador en sus pobres oraciones.

-¡Voto a brios! gritó el del Cisne, que si me hacéis pasar la noche al raso heme de divertir echando la puerta el suelo.

-No haréis tal, replicó el ermitaño, que os gritaré con tales señas para hallar buena posada; que os deis por más que medianamente satisfecho de mi voluntad y cortesía. Echad por el atajo de la derecha, hermano, y tened cuenta con no despeñaros en cierto barranco, a cosa de media legua de este sitio: algo más arriba se percibe el sordo rumor de un río precipitándose por un cauce muy profundo: pasaréislo por un puente roto en lo que daréis gallarda prueba de intrepidez y agilidad. Después de esto apenas hay peligro que vencer: no obstante guardaros habéis de una cuadrilla de bandoleros que...

-¡Por vida del salto que dio Luzbel del cielo a los abismos, gritó Roldán sin poder contenerse, que si no abres esa puerta de alcorcho, he de aporrear tu cuerpo con la cuerda misma que lo ciñe! Ven acá, ladrón descomulgado, ¿quién te ha dicho que a dos caballeros como nosotros los tires por un barranco, los precipites desde un puente, o los hagas dar en manos de salteadores de caminos? Abre te vuelvo a decir, por vida de san Jenaro, o reza el acto de contrición si lo sabes de memoria.

-Allá voy, amigo Roldán, respondieron de la ermita; ¡quién diantres había de sospechar en la honra de tan alegre huésped!

-Ya: dijo Roldán; como andaría perdido su reverencia en espirituales meditaciones, no se curaba mucho de socorrer a los caminantes descaminados.

-Y no solamente por eso, replicó abriendo el ermitaño, sino por no figurarme que personas de tan ilustre jaez pidiesen la hospitalidad a mi humilde puerta.

Entraron los dos guerreros en la ermita después de acomodar los caballos en un mal pesebre formado por el ingenioso anacoreta en uno de sus extremos. Pidió el caballero del Cisne algo para cenar, y colocando su huésped sobre una mesita cuatro puñados de avellanas y frutas secas, indicó por señas ser aquella la única comida que podía ofrecerles. Era nuestro ermitaño un motilón de regular estatura, largo de brazos, recio y robusto, ostentando la cerviz de un toro y unos puños capaces de meter miedo al mismo

Milón de Crotona. Sus ojos negros y penetrantes, sus carrillos frescos y redondos, la nariz algo aplastada, y dos órdenes de dientes más a propósito para luchar con sendos tasajos de vaca y de carnero, que para emplearse en frutas y otras fruslerías semejantes; iban muy mal con la poblada barba, el aire de humildad y penitencia, la voz enfermiza y plañidera y la desaliñada túnica de color pardo.

Echó Roldán una ojeada de cólera a la frugal comida, y mirando de través al cenobita, no sé que murmuró entre dientes, que le hizo dejar por un momento su ademán compungido y religioso.

-Ya veo, dijo, que mi compadre Roberto pone desabrida cara a mis nutritivos alimentos: quiera Dios, añadió con cierta sonrisa, inspirarle el deseo de moderar su gula y mortificar su cuerpo comiendo legumbres y bebiendo agua-chirle.

-Mejor sería, respondió el guerrero, que pasarlo panza arriba sin probar lo uno ni lo otro. Sin embargo parecírame del caso, padre mío, que hicieseis un reconocimiento por la ermita, a ver si aquel benefactor de marras, al piadoso guardabosque, ha dejado por ahí manjares más dignos de vuestras robustas quijadas.

-Antes de todo, interrumpió Ramiro, haced callar ese par de mastines que no cesan de gruñir y amenazarnos.

-Ya hubiera despachado uno de ellos, replicó Roldán, a no ser por la opinión en que estoy, de que harán paces con nosotros en cuanto vean que su amo nos trata como amigos. ¡Oh! su olfato y el mío corren parejas.

-Creed, nobles hidalgos, dijo el ermitaño, que si alguna vez he deseado los socorros de mi amigo el guardabosque es en la presente. Veré si ha quedado algún residuo de lo que últimamente puso en esta alacena, y no para mi recreo, pues sabe que rehúso al paladar bocados tan exquisitos, sino a fin de que pudiese regalar con ello a huéspedes de más ilustre cantera.

Mientras esto hablaba dirigióse a un armario abierto a pico con mucho disimulo en uno de los ángulos de la estancia, y púsose a registrarlo con afectada escrupulosidad. Vio dentro de él el caballero del Cisne varias armas ofensivas, instrumentos para cazar, y un arpa al parecer descuidada y polvorosa.

-En efecto, prosiguió el cenobita dando fin a su registro; Roldán tiene excelente olfato: todavía queda con que honrar a personas de importancia. Vaya, caballeros, añadió dirigiéndose a ellos: refocídense con esta liebre fiambre, mientras voy a calentar un par de perdices adobadas con su cebolla y sus garbanzos, dignas de presentarse al mismo Rey de Castilla. Ahora en cuanto a la bebida tendrán que alabar a Dios con el agua pura de un bendito manantial que corre a poca distancia de la ermita.

A todo eso había ya encendido lumbre y calentaba las perdices del guardabosque en la estrepitosa llama que empezaba a elevarse por la celda: púsolas después sobre la mesa halagando con ellas la vista y el olfato de sus despabilados huéspedes, que comían como suele decirse a dos carrillos. Sobre todo el bravo Roldán mascaba con la voracidad y

apetito de un jaque que tuviese hambre canina, y no se le presentase con sobrada frecuencia un banquete tan opíparo y sabroso.

-Si mal no me acuerdo, padre mío, dijo con la boca llena, la otra vez que tuve la honra de ser obsequiado por vuesa reverencia quebrantasteis la costumbre de no probar más que legumbres, y aguzasteis mi apetito comiendo con gallardía y menudeando los brindis. Dígolo porque yo sé que holgara mi compañero de veros tomar parte en nuestra cena.

-Verdad es, respondió el cenobita; pero si supieras, hijo mío, las severas penitencias con que he castigado aquella culpa, no me tentarías para que volviese a cometerla.

-Bah, bah, dijo Roldán, sentaos en ese medio tronco de encina, y echad ese nuevo pecadillo en mi celada. Arrímolo porque no sois de tan duro corazón que paguéis mi urbanidad con un desaire.

-No, por el bienaventurado san Pacomio, respondió el ermitaño: yo espiraré a su tiempo con abundancia de ayunos y toda clase de abstinencias el pecado que me hacéis cometer a fuerza de cortesía.

Sentose a la mesa el robusto cenobita y empezó a comer con dificultad y melindre, cual si le costase mucho vencer la repugnancia de quebrantar su santa regla. No obstante, así que hubo engullido los primeros bocados, despertose su buen humor, y arremetiendo de nuevo con las perdices y la liebre, empezó a sazonar la comida con agudezas y donaires. Contemplábase absorto el caballero del Cisne, pero Roldán, que era el único que le hacía frente en los chistes y sales algo picantes de la conversación, no se admiraba ni hacía alto en tal mudanza, por creer que la cosa más natural del mundo era el comer cuando se presentaba ocasión de hacerlo, a pesar de la dieta que recomendara Hipócrates, o de la austeridad santa que predicó san Benito. Lo que sí le afligía con agudísimo dolor era la vista del jarro lleno de agua, que sin que nadie le hubiese hablado palabra a pesar de su recomendación milagrosa, elevábase sobre la mesa de aquel rústico banquete. Mirábalo el veterano con desencajados ojos, y casi le saltaban las lágrimas al pensar que al cabo al cabo habría de limpiarse la boca con aquel malditísimo brebaje. Notó su tristeza el compasivo ermitaño, y viendo al propio tiempo que le iba ya faltando por pegársele la lengua al paladar el caudal de coplas, bufonadas y sentencias, no pudo resistir por más que quiso a tan tierno y congojoso espectáculo.

-Por vida de mi padre, exclamó haciendo temblar de una puñada la endeble mesa, que me parece imposible no dejase el guardabosque algún poco de licor con que rociar estos sabrosos manjares.

Chispearon de alegría los ojos de Roldán al oír esto, y tendiendo los brazos al anacoreta, conjurole por cuantos santos moraban en el paraíso para que registrase de nuevo los rincones y escondrijos de la ermita, pues no era posible que un hombre, tan de bien y tan corriente como el guardabosque, no dejara en alguno de ellos con que alumbrar viandas tan exquisitas. Practicólo el ermitaño, y después de correr de un lado a otro removiendo los trastos de la celda y visitando sus huecos y madrigueras, volvió con aire triunfante llevando en la mano una vasija llena del aromático licor, capaz de satisfacer a una docena de medianos bebedores. Alargó el brazo Roldán cual si quisiera aligerar al cenobita de su

peso, y arimándola a las narices meneó la cabeza a un lado y a otro como aprobando la cantidad y la calidad del néctar que contenía.

-Eso sí que se llama tratarme a guisa de antiguo camarada, exclamó, y por cierto que no he de olvidar en toda mi vida tan señalado servicio. Lástima, santo varón, que no podáis seguir la milicia, pues con un carácter tan corriente y leal, sería su reverencia un muy bizarro guerrero. A vuestra salud, padre mío.

-Lástima, respondió el ermitaño, que cuatro escrúpulos de monja no te permitirían abrazar la religión que yo profeso, pues estoy cierto de que con ese genio impetuoso y entusiasta serías mejor anacoreta que yo mismo.

-¿Lo ves, discípulo, dijo Roldán alborozado al oír esto, como es verdad lo que te hablaba esta misma noche de las cualidades que reconozco en mí para honrar el cordón y la cogulla?

-Lo que realmente veo, respondió el del Cisne, es que si seguís tragueando con tanta frecuencia, ya puede ser que amanezcáis en Italia.

-Eres un mentecato, dijo Roldán, y te faltan todavía diez campañas para tener firme a igual número de botellas.

-No me precio de lidiar con tanto brio en la mesa del festín como en la arena del palenque, y por lo tanto mientras lucháis con su reverencia, yo le pediré permiso para descolgar un arpa que he visto dentro del armario, y ensayar en ella cierta canción báquica que aprendí en los juegos florales de mi tierra.

-Digo, respondió Roldán, que es de lo poco bueno que te he oído desde que hemos vuelto a vernos. Ea, hermano, alcanzadle el acordado instrumento, y que los acentos del nuevo trovador solemnicen el sonoro menudeo de los brindis.

Ya en esto tenía el arpa en la mano el caballero del Cisne haciendo lo posible para afinarla. Logrólo al fin, y con suma complacencia de su auditorio, cantó los siguientes versos al compás de los aplausos con que los interrumpían Roldán y el cenobita, que parecía echarla también de conocedor en la gaya ciencia.

Bramen sañudos los vientos
mientras bramen por defuera,
y resuene en mi cabaña
el trin, trin de las botellas.
Hiende la lluvia los aires;
retumba el trueno: la sierra
estremécese: mil rayos
relumbrando serpentean.
Desde el altivo Pirene
los torrentes se despeñan,
árboles, chozas arrastran,
roncos, indómitos ruedan.

Del honditonante río
al ímpetu airado tiembla
sobre sus hondos cimientos
robusto alcázar de piedra.
La velluda piel eriza
y hambriento bramido suelta
el oso de esas montañas,
desde su lúgubre cueva.
Brame sañudo en buenhora,
rayos caigan por defuera,
mientras se oiga en mi cabaña
el trin, trin de las botellas.

-¡Por los sagrados cielos, exclamó Roberto al oír la última copla, que me parece estar entre las sirenas de Nápoles! ¡Hombre! ¿cómo te lo has hecho para aprender este diluvio de cosas en tan breve tiempo? Preciso es confesar que en los muchachos de ahora hay más ingenio y travesura que en los de mi época: de antes no se confundían el arpa del trovador, el libro del religioso y la espada del caballero; pero ahí tenéis, reverencia, un perillán, que lee mejor que vos, y combate cual yo mismo.

-Decidme su nombre, exclamó el ermitaño, para que lo honremos también con una de nuestras libaciones.

Iba Roldán a verificarlo, pero adelantose don Ramiro respondiendo con cierta sonrisa más maligna que sincera:

-Llámanme el caballero del pájaro; hay quien le añade el epíteto de medroso; pero nada creáis, os aconsejo, pues que antojos son del vulgo. Y a vos, padre mío, ¿cómo os llaman por la sierra?

-El ermitaño de Arlanza, replicó con el mismo aire socarrón el jovial anacoreta: hay quien le añade el epíteto de santo, pero nada creáis, os aconsejo, pues que antojos son del vulgo.

-Caiga sobre mí un convento, exclamó el veterano, si entiendo esa ridícula jerigonza. Roberto de Maristany me pusieron en la cuna, y llámanme Roldán por sobrenombre, no solamente el vulgo necio, sino hidalgos y plebeyos, hombres de ingenio y mentecatos.

Con tan festivas pláticas iban pasando la noche bajo aquel humilde techo, sin que Roldán ni el anacoreta se diesen todavía por vencidos, a pesar de estar casi apurada la vasija del precioso néctar, ni se cansase el caballero del Cisne de animarlos en su báquica contienda con donosos cantares que les arrancaban frecuentes vivas. Tenían ambos campeones brillantes los ojos, suelta la lengua, ardiente el rostro y algo destemplado el metal de la voz, pruebas de que iba haciendo su efecto el vigoroso licor que habían bebido; cuando interrumpieron a deshora su jovial pasatiempo dos golpes reciamente aplicados en la puerta de la ermita. Lo primero que hizo el anacoreta fue recoger la vasija y demás destrozos de aquel campo de batalla para encerrarlo en la alacena, mas no gastó tan poco

tiempo en esta operación que no exaltase la impaciencia y desabrido humor de los que llamaban desde el campo.

-¿Abres, gritaban, ermitaño de los demonios? Bien decía yo que te había de pillar a tales horas más borracho que una cuba.

No sabían muy bien el cenobita aquellos familiares elogios, algo sonrojado de que los escuchasen sus huéspedes; pero al fin fue necesario abrir la puerta, por la que entraron los dos lanceros que había visto el caballero del Cisne hablando con el gitano Merlín. Sorprendióles al parecer el hallar a Roldán y su discípulo en la ermita, y estuvieron un momento llenos de perplejidad e indeterminación, no sabiendo a que atribuir aquella extraña ocurrencia. Murmuraron algo entre sí, y dirigiéndose después al ermitaño atrajéronlo a un rincón sin hacer caso de Maristany ni de Linares, y echándose de ver por lo que pasaba entre ellos, que enteraban a su huésped de algún importante secreto. Hablaban tan bajo al principio, que nada pudo entreoír el caballero del Cisne por más que procuraba inspirarles confianza, manifestando estar distraído con el instrumento que tenía delante; pero animose el diálogo de los tres interlocutores, y dejaron percibir las siguientes palabras, convencidos quizás de que no podía oírlos el hijo de Pimentel a causa de su distracción, y mucho menos Roldán que ya daba muestras de querer digerir lo que había engullido, con las piernas estiradas, la cabeza apoyada en la pared, los ojos casi cerrados, sacando un rostro de media legua de andadura, una boca muy abierta y aquella respiración gutural, propia de un hombre próximo a sepultarse en el más profundo sueño.

-Cuanto más pienso en ello, decía el anacoreta, menos me place la aventura. Dígote, hermano Bullanga, que el meternos en el castillo de Castromerín es tan arriesgado, como introducir la cabeza en la boca de un cocodrilo.

-Eres un pobre hombre, respondió el lancero, y paréceme que se te va pegando algo de ese beaterio que finges. Mejor fuera que no admitieses en la ermita a gente desconocida que negarte a casos de honra.

-Mira, Bullanga, repuso el ermitaño, yo no me niego a casos de honra; dígalo el haberme encargado del difícil papel de anacoreta para mejor servir a don Rodrigo y don Pelayo; pero a ti que te puedo hablar ingenuamente, te confieso como no me gusta que nos metan en descabelladas empresas. ¡Hum! eso me huele a licenciarnos para el otro mundo, pues, como suele decirse, cubre la yerba del cementerio los más recónditos secretos: soy perro viejo y basta.

-¿Y qué dirás, alma mezquina, insistió el soldado, cuando sepas que el mismo don Pelayo estará allí con nosotros?

-Diré que no tengo dificultad en seguirle. Con la ayuda de Merlín para fraguar el plan, y la presencia de don Pelayo para responder de sus resultados, hallo el negocio moneda corriente.

-Ea, pues, despeja la ermita de ese par de zánganos, y encájate el hábito de nuestra orden.

-¿Zánganos dijiste, amigo Bullanga? Sabe que aquel babeiaca que no hace más que bostezar, es capaz de habérselas con una docena de jayanes. En cuanto al otro me parece

todavía algo novicio, pero los elogios de su compañero, y cierta discreción que he notado en él, hácenme sospechar que es hombre de pro, igualmente dispuesto a no dejarse aterrar por malandrines ni vestiglos. Deja pues que acaben de pasar la noche en nuestra ermita; que yo sé que echarán a correr en cuanto rompa la aurora.

-Muy bien dicho, compadre, replicó el otro lancero: que imprudente fuera en vísperas de un ataque armar sin más ni más otra jarana.

Dividiéronse aquellos tres hombres de bien, y habiéndose echado por los rincones de la celda, procuraron descansar lo poco que faltaba de la noche. Dormía en tanto Roldán con la misma holganza y frescura que si se hallase tendido en cama de blandas pieles, y velaba nuestro héroe por temor de que no parase en bien todo aquel diluvio de coloquios y extraordinarios sucesos. La conversación de los lanceros con el fingido ermitaño, que pudiera llamarse la segunda parte de la que tuvieron antes con el astuto Merlín; hizo que al despuntar el alba se apresurase a despertar a Roberto, quien todavía a pierna suelta roncaba. Dióle en el rostro con el cuento de la lanza, pero viendo que no entendía su amigo semejantes indirectas, asióle de un brazo y tiró con tanta fuerza, que habría bastado para despertar un muerto.

-Reniego de tal alcaide, dijo Roldán soñoliento: con un adarme de compasión que tuviera, ayudárame a tragar tan malas nuevas con un frasco de aguardiente. Al fin, al fin, sólo una vez podrás ahorcarme, hermano verdugo, pero aquel judío deja mi gaznate más de ciento tan seco como un esparto.

-Levantáos, vive Dios, interrumpió en voz baja su discípulo agarrándole por la gola; enhoramala requebrasteis anoche la vasija para que todavía andéis soñando en ella.

-¡Quita esas manos, perro! prosiguió Roldán medio dormido: paréceme que tengo trazas de subir ligerito la escalera, sin necesidad de que me ayudes, loado sea Dios.

Abrió no obstante los párpados y mirando en torno lleno de torpe admiración, quedose con la boca abierta, fijando unos ojos desenchajados en el caballero del Cisne.

-¡Pardiez! exclamó: ¿con qué eres tú, Ramiro? Mucho te lo agradezco, pues creí que me había echado el guante el señor de Arlanza y me colgaban por adorno en la puerta de su castillo. Oye, caro discípulo: agitábase delante de mí una soga en línea perpendicular; sentía acá en la garganta la maldita picazón de la golilla de esparto, y todo parecíame corriente para danzar al aire libre sin tocar con la punta de los pies de tres varas en el suelo.

-Basta de locuras, Roldán, djíjole el del Cisne: el demonio de los borrachos a quien sin duda habéis vendido ese cuerpo...

-Y por poca cosa: diome por él un barril de Valdepeñas: el contrato se estipuló en una taberna, pero...

-Cuando iba a suplicaros, atajole con afligido tono don Ramiro, que me ayudaseis en cierto negocio del que depende la felicidad de mi vida; os empeñáis, amigo Roldán, en desesperarme: paréceme que no podremos volver juntos al castillo de mi padre como

deseabais anoche: esas imprudencias acarrearían mi desgracia, y como tengo enemigos de consideración en Castilla no os perdonarían la generosa amistad que...

-Por Dios no hables de separarnos, hijo mío, interrumpió Roldán a su vez con enternecimiento: siento que de esa suerte te amohínes por una chanza y nada más. Ya ves que los que todo lo perdieron en medio de tantas guerras, y andan errantes por países enemigos sin más perspectiva que una cárcel, o recompensa que un suplicio; son acreedores a tu indulgencia si hacen por olvidar las horas junto un frasco del rancio y vigoroso Valdepeñas. En fin aquí me tienes, discípulo: dime a donde hemos de ir; y ya verás si merece ser tu camarada el que mereció en otro tiempo darte lecciones de esgrima.

El tono de franca y grosera ternura con que pronunció Roldán estas palabras, disipó todo el resentimiento del caballero del Cisne. Acordose de los cariñosos cuidados de que le era deudor, y apretándole la mano volvióle toda su jovialidad y charlatanería. Ensillaron los caballos, y alejéronse de la ermita sin despedirse de los que quedaban en ella, al parecer sepultados en el sueño. De camino instruyó el hijo de Pimentel a su antiguo maestro de cuanto ocurría, por lo que dirigieron hacia el castillo de Castromerín para desbaratar cualquiera proyecto fraguado por el señor de Arlanza, o don Pelayo de Luna. A uno y a otro aborrecía de muerte Roberto de Maristany, no sólo por su orgullo y desenfreno, sino a causa también del empeño con que perseguían a su patria, y aprovechaban todas las ocasiones para ultrajar la casa de Pimentel. Testigo de la injusticia que hicieron a don Ramiro en el torneo de Segovia, ardía en deseos de vengarla, y daba gracias al cielo de que tan pronto le proporcionase ocasión para ello; aunque no dejaba de hacerle mella la idea de que sus esfuerzos hubiesen de redundar en beneficio de otra familia, igualmente enemiga de los Linares de Aragón. Verdad es que en la relación del discípulo entreveía sus amores con la Reina del torneo; pero Roldán se burlaba de esas niñerías, y estaba en la opinión de que la misma reina Ginebra no valía dos ardites al lado de un camarada, un combate, o un frasco de vino añejo.

CAPITULO IV

Doña Jimena

Pasemos ahora cambiando de escena desde los solitarios alrededores del alcázar de Arlanza al país donde se elevaban las torres arabescas del castillo de Castromerín. Hallábase situado en el centro de una fértil llanura que terminaba por un lado con las montañas de Asturias, y en un río por el otro de adelgazada corriente. Las ventanas y galerías del castillo ostentaban en sus labores el cincel de primorosos artífices, lo cual hacía contraposición singular en cotejo de los toscos muros y otras partes del grandioso edificio, que manifestaban haber sido construidas en épocas más remotas. Pero lo que se hacía notar en él tanto por su frondosidad y extensión, como por ser regalo poco común en los alcázares de España, era un magnífico parque que sirviera de recreo en otros tiempos a los monarcas de León. Extendíase hasta alcanzar la falda de los montes asturianos, escarpados barrancos y apacibles llanuras, todo hecho a fuerza de trabajo e industria, para dar lances más variados y azarosos a la persecución de las fieras. Esta era la única selva que sombrease aquellos campos, a menos que se quisiera graduar de tal, un

grupo de árboles bastante espesos que se elevaba hacia el río, y por entre cuyas hojas asomaban las campanas y la cúpula del venerable monasterio de san Mauro.

Tal era el hermoso castillo donde Blanca de Castromerín pasó los primeros años de la juventud: hallábase ahora recién llegada en él, pues aunque su padre una vez terminado el torneo quiso inmediatamente unirla con don Pelayo, el abatimiento en que la vio de resultas de la lucha interior que había agotado sus fuerzas en aquel famoso día, le hizo acceder a la súplica de la doncella reducida a que le permitiese recobrar la calma de su espíritu en los lugares testigos de los juegos de su infancia, al lado de su respetable maestra. Recibiola Leonor con maternal cariño, tanto más tierno a la sazón, cuanto se mezclaba a él la piedad que ya reclamaban de su pecho las desgracias de su amada discípula. No se ocultaba a su penetración el orgullo de Castromerín y lo deslumbrado que le tenían la opulencia y el poder del condestable: conocía la preponderancia del bando de este valido, y el odio del noble duque a la casa de Pimentel, y desesperaba por tanto de que pudiesen en ningún momento realizarse las esperanzas de su pupila. Razones tan poderosas inspiraron a la sensata dueña el deseo de sufocar en su pecho la pasión que empezaba a dominarlo, y con esta idea no abandonaba a Blanca en todo el día, halagándola de continuo con amorosa blandura. Viendo no obstante que nada podía desvanecer su tristeza, determinó servirse de medios más directos, pintándola francamente el peligro que reconocía en sus mal concebidas ilusiones. Por lo regular paseábase Blanca en los jardines del castillo cuando empezaba el sol a ocultarse en el horizonte, y seguía constantemente Leonor espiando con tierno interés sus menores movimientos e involuntarios suspiros. Tal era a pesar de la angustia que la consumía, el resplandor de su hermosura, que al ver brillar por entre las aromáticas plantas la orla de su vestido blanco, cualquiera la hubiese tenido por la diosa de las selvas; y al sorprenderla al pálido rayo de la luna reclinada cabe un arroyo contemplando silenciosa el lento curso del astro de la noche, tomárala por el genio de los sepulcros, o el ángel de la melancolía. En esta última actitud hallábase la doncella a la caída de una tarde mientras los últimos reflejos del sol doraban con blanda lumbre los campos de Castromerín, cuando acercase a ella su indulgente amiga, y con muestras del más noble afecto le dijo:

-Paréceme, querida Blanca, que evitáis el encuentro de cuantas personas os tienen verdadero amor: ¿creéis por dicha que las ilusiones, acaso indiscretas de la juventud, sean preferibles a los halagos del amigo que nos dirige, o a los consejos de la madre que nos educa?

-Estoy pensando, respondió Blanca, en que perderé la madre y el amigo cuando me separen de vos.

-¡Separarnos! exclamó la dueña; no lo temáis; prometo seguiros a donde quiera que os conduzcan.

-Ya no puedo ocultaros, señora mía, lo que pasa en mi corazón: si me obligan a dar la mano a don Pelayo, no creo que esté en la vuestra la facultad de seguirme.

-¿Y por qué no? preguntó sonriéndose Leonor: ¿tan poco caballero le suponéis que me negase el único consuelo de mi vida?

-No me habéis comprendido: quise decir que ibais a perderme para siempre.

-Pues entonces haced más justicia al noble señor de Castromerín. Confesadle francamente esa invencible repugnancia y los justos motivos en que se apoya, y no tengáis miedo de que con su carácter naturalmente generoso os arrastre a un precipicio. El favor que logra en la corte don Pelayo, cierta apariencia de valentía y de marcialidad, y el crédito sobre todo de don Álvaro de Luna, convengo en que han preocupado a vuestro padre a favor suyo; pero no creáis tampoco que desconozca la arrogancia y la relajación de aquel guerrero. Por más que le cueste ahora acceder a vuestras súplicas, vendrá día en que lo contemple sin el bélico prestigio que lo engalana, y os agradezca esa respetuosa resistencia. Sin embargo cuidad de que nada tenga que echaros en cara, de que no pueda decir que nazca tal obstinación de secundario interés, sino que tuvo su origen en la rectitud del alma, en la nobleza misma de vuestro carácter.

-Os entiendo, y por mi desgracia nada os puedo prometer. Exigís un esfuerzo superior a mi ternura y a mis pocos años: mis ojos procurarán no verle, mis labios no pronunciarán su nombre; he aquí hasta donde puede llegar mi sacrificio: ahora por lo que toca a desterrarlo de mi pecho, os lo repito, Leonor, no puede ser...

-Pero venid acá, mal aconsejada joven, ¿por qué desgraciado empeño labráis la desdicha de vuestros amigos y vuestra propia desdicha? Allá en mis tiempos, amada Blanca, no era tan común en el día el odio que engendran las discordias civiles, y no obstante preferíase la muerte a la mano de un campeón, cuyo padre mantuviese con el nuestro alguna guerra feudal.

-¡Si le hubieseis visto como yo derribando con fuerte lanza los más valerosos héroes que cuenta la caballería! ¡Si después a mis plantas besándome la mano con ternura y entusiasmo, mientras ondeaban en torno de su frente los rizos de su lengua cabellera! ¡Si le oyerais decir con un acento que llegaba al corazón, *no os olvidéis jamás del caballero del Cisne!*... No en balde reunió naturaleza en un mismo ser las más brillantes cualidades: él sólo me ha defendido cuando me creí entregada a don Pelayo; su valor, su gentileza y cortesía habían turbado ya antes de conocerle la suave paz y la inocencia de mi alma. No es decir por esto que dé pábulo a un amor que se presenta bajo tan funestos auspicios: sufriré, lloraré en silencio; pero la familia de Castromerín no tendrá que reprenderme una inclinación desgraciada.

Quedose Leonor sorprendida al oír hablar con tanta energía a su discípula, admirándose secretamente de la fuerza de un afecto, que tan pronto desenvolvía el vigor hasta entonces oculto de aquel carácter. Sólo pasados algunos momentos soltó como maquinalmente estas palabras:

-¡Infeliz!... Con imaginación tan exaltada, con un pecho tan blando y cariñoso, temo mucho, amable Blanca, que el curso de vuestros días no sea muy digno de envidia!

Abrazola al decir esto y fingiendo alguna de sus habituales ocupaciones fuese al castillo, dejando a su discípula en los jardines para que reflexionase con más libertad sobre lo que acababa de decirla.

Entregada Blanca a sus ideas se fue alejando de aquel robusto edificio hasta llegar a la puerta del parque: entró por ella, y después de divagar sin objeto determinado cerca de una hora, se vio en medio de los enmarañados bosques que poblaban su vasto recinto. Había casi desaparecido el crepúsculo de la tarde, y la noche que venía a toda prisa se anunciaba con obscuridad espantosa. Veíase una luna amarillenta asomando de tiempo en tiempo su melancólica faz al través de grupos de amontonadas nubes, y empezaba a soplar con bastante violencia el arremolinado viento del septentrión. Echó de ver la pobre Blanca cuan indiscreta había andado en alejarse del castillo; y llamando a Beatriz, única doncella que la acompañaba, se apoyó en su brazo a fin de volver a Castromerín antes que del todo cerrase la noche.

-Yo no sé, le dijo Beatriz, por qué nos hemos separado tanto del alcázar: ignoráis sin duda las apariciones que hay frecuentemente en estos bosques.

-¿A qué viene eso? preguntó Blanca en tono de reprensión: deja tales cuentos y no te detengas.

-¡Cuentos, señora! exclamó sorprendida la crédula muchacha: ¡si oyeráis hablar de ello a Lorenzo el antiguo mayordomo del castillo!... temblábanos las rodillas y se nos erizaban los cabellos, sobre todo cuando escuchamos de sus labios la singular historia ocurrida últimamente en estos sitios.

-¿De qué historia me hablas? interrumpió su señora ocultando la curiosidad bajo cierto aire de indiferencia.

-Todo lo sé, replicó Beatriz mirando en torno como azoraba; digo que Lorenzo nos lo refería cuando veníamos, bien que bajo palabra de que a nadie lo habíamos de revelar.

-Pues entonces haces mal de comunicarme ese secreto.

-Beatriz guardó un momento de silencio, y después dijo: ¡Oh! lo que es a vos, ya sé que puedo revelarlo todo.

-De esa manera, añadió Blanca sonriéndose, prometo callarlo con la misma escrupulosidad.

-Preciso es que sea así, repuso la doncella, y tomando cierto aire grave, dio principio a su discurso: ya sabéis que el castillo que habitamos es muy antiguo y fortificado, que ha sostenido diversos sitios, según cuentan, y no siempre perteneció a la familia de vuestro padre. Sólo había en eso que debía heredarlo Leopoldo, cuarto duque de Castromerín, si la dama moría sin casarse.

-¿Qué dama? preguntó Blanca con viveza.

-¡Oh! despacio que aún no hemos llegado a ella, replicó Beatriz: de la dama es precisamente de quien pretendo hablaros. Habitaba este castillo del que era absoluta dueña, y ya podéis suponer que tenía muchos criados que la sirvieran: el duque Leopoldo se enamoró de ella y trató de casarse, aunque fuesen algo parientes, pero había de malo en el proyecto que la dama estaba enamorada de otro, y despreció sus ofertas; lo cual dicen le irritó sobremanera, y es harto pública la fama de colérico y arrebatado que tenía

el duque Leopoldo. Acaso le vio la señora alguna vez montado en ira, y por eso no le pareció bien para marido. En fin, como iba diciendo, ella estaba muy triste y parecía ser sumamente desgraciada... pero ¡Virgen santa! ¿qué ruido es este? ¿no oís detrás de aquel paredón arruinado a una persona que suspira.

-Es el viento que silba con más fuerza entre los árboles: prosigue tu historia, y por Dios no nos paremos un instante.

-Como iba diciendo era muy desgraciada: paseábase la pobre por los salones y las galerías del castillo llorando siempre de manera que enternecía a cuantos la miraban.

-Pero, muchacha, dime en sustancia lo que ocurrió sin más rodeos ni descripciones.

-Por Dios, todo quiere su tiempo. La dama se llamaba doña Jimena, y aunque ya no estuviese en la primera edad era muy hermosa, de donde hay quien asegura que tenía algunos asomos de altivez y arrogancia. Sea como se fuere, viendo el duque que no hacía caso de sus instancias y suspiros, dejó repentinamente de visitarla, y no se volvió a presentar en el alcázar. Todo esto era muy indiferente a la señora, porque no le podía sufrir como ya he dicho.

-¡Beatriz! interrumpió Blanca, descansemos un momento, pues el paso que llevamos, y la tempestad que ya nos alcanza, me quitan del todo las fuerzas.

-¿Y qué hemos de hacer solas en ese bosque expuestas a la lluvia en medio de una noche tan tormentosa y oscura? exclamó la doncella.

-Es probable que salgan del castillo en nuestra busca, respondió Blanca: entretanto guarezcámonos en la capilla de los cazadores de las gruesas gotas que ya empiezan a caer, anunciando la tempestad.

Encamináronse a una capilla medio arruinada que se elevaba a mano izquierda, en la que oían misa los antiguos duques de Castromerín antes de dirigirse a la caza, en tiempos que habitaban de asiento en aquel castillo. Entrábase a ella por una puerta sobre cuyo arco de arquitectura gótica había una estatua de piedra, único y sencillo adorno de la fachada. Aplicó Blanca la trémula mano a un cerrojo lleno de hollín, y aún no había acabado de correrlo cuando una ráfaga de viento empujó la puerta con tal ímpetu, que abrió de repente entrambas hojas, sacudiéndolas contra las desmoronadas paredes del reducido santuario. Salieron al estruendoso golpe feas aves nocturnas dando espantosos aullidos, y tembló por un momento la ruinoso techumbre.

-Por Dios no entremos, exclamó Beatriz: vale más cien veces arrostrar los furores de la tormenta.

-¿Qué es lo que temes? dijo su pálida señora disimulando la turbación: entra conmigo y aguardaremos en este asilo a las gentes que sin duda ya vienen por nosotras.

Brilla en esto ante sus ojos la llama del primer rayo y estalla sobre su misma cabeza un horroroso trueno: inmóviles y despavoridas ya no tienen más recurso que entrar en la fúnebre capilla, y sentarse sobre un montón de escombros arrinconados en uno de sus ángulos. De cuando en cuando penetraba el lívido resplandor de los relámpagos por una

especie de ventanas puntiagudas practicadas en lo alto de las paredes, cuyos vidrios pintados de diversos colores, rotos y mal unidos, formaban numerosas hendiduras. También el viento se introducía por ellas silbando al través de los arcos de la bóveda, y agitando las plantas silvestres que colgaban de los muros por la parte de afuera.

-En nombre de la Virgen no te asustes, Beatriz, y cree que no tardará a disiparse la tempestad. Luego volveremos tranquilamente a nuestro alcázar: pero ¡Dios mío! ¿qué es lo que tienes? prosiguió Blanca observando que temblaba la doncella: ya sabes que nada debemos temer; el parque está cerrado con una robusta reja de hierro.

-¡Ah! señora: ningún miedo tengo a moros ni a bandidos; pero si supierais toda aquella historia que empezaba a contaros no extrañaríais por cierto mis temores.

-Prosíguela pues, amiga mía; entretanto, repito, se apaciguará el temporal, y el descanso nos restituirá las fuerzas. Parece que la suspendiste cuando el duque mi bisabuelo dejó de visitar a la dama del castillo.

-Precisamente, continuó Beatriz en voz baja y arimándose mucho a su señora: como iba diciendo, a doña Jimena no se le dio un ardite de la indiferencia del duque; mas no por eso dejaba de llorar y lamentarse, y andar sola por los campos a la última hora del día. En una de las breves tardes del mes de noviembre salió a su paseo ordinario y se metió por lo más revuelto de este bosque pensativa y melancólica. El viento era muy frío y la noche empezaba a manifestarse húmeda y oscura: una de sus doncellas que la vio a tal hora por estos sitios expuesta a todas las inclemencias de tan sañuda estación, quiso persuadirla que se volviera: pero ella gustaba de recorrer la selva en el silencio de la noche, y hallaba extraordinario placer en contemplar a la luz de la luna cual caían las hojas amarillentas de los árboles. Verdad es que entonces estaba el cielo encapotado de nubes; pero doña Jimena se deleitaba también en oír el sordo rumor del huracán, y en ver la pálida brillantez de los relámpagos.

Entretanto la campana del castillo había ya dado el toque de ánimas, y la dama no parecía. Pensaron los criados que le hubiese acometido algún accidente y salieron en tropel con el ansia de hallarla: buscáronla hasta romper la aurora... pero ¡ah! ni rastro encontraron de su cuerpo. Desde aquel terrible día no se ha oído hablar más de la pobre señora.

-¿Y es eso verdad, Beatriz? preguntó Blanca llena de asombro.

-¡Oh! no lo dudéis, respondió la atemorizada doncella.

-¿Y no se hicieron vivas diligencias para averiguar el paradero de aquella desgraciada?

-Infinitas: hasta que viendo que todo era inútil, el duque Leopoldo tomó posesión del castillo.

-¿Y fue en este mismo bosque? repuso Blanca dando un suspiro.

-En este bosque, respondió Beatriz, y he aquí lo que causa más horror. ¿No oís el viento, prosiguió con voz aún más apagada, cual nos da la idea de un prolongado y tristísimo gemido? Pues acaso sea la misma doña Jimena, porque habéis de saber que aparece a

menudo por estos contornos vestida de blanco y despidiendo lúgubres ayes. ¡Virgen María! ¡qué trueno tan horrendo!... allí junto al altar está la losa de una antigua sepultura, bajo la cual suenan todavía los sollozos de la misteriosa dama. ¿Habéis oído algo?...

-Paréceme que no, respondió Blanca con voz balbuciente.

-Habría como cerca de veinte años, prosiguió Beatriz, que vuestro padre había recogido en este mismo castillo a una señora joven, último vástago de la familia de doña Jimena. Llamábase doña Inés, y si hemos de juzgar por los retratos colgados en la galería azul, era muy semejante a la prodigiosa dama de quien descendía. Pasiones turbulentas, humor hipocóndrico y solitario formaban el carácter de esta joven. A veces efectivamente parecía dominada por una inclinación frenética hacia la soledad, a veces por los raptos de una fantasía tétrica y delirante. Amábala en extremo la duquesa vuestra madre y hacía lo posible para distraerla, para inspirarla más sosiego y dulzura. Pero por mucho que se lo repetía y siempre con el mayor cariño, la doncella no dejaba de dar pábulo a su tristeza. De noche venía a pasearse por estos bosques, o encerrada en su aposento cantaba desde la ventana algunas canciones provenzales con tal expresión de dolor, que arrancaba lágrimas.

La duquesa en tanto iba perdiendo la salud, de manera que alarmó a los habitantes del castillo. A medida que se debilitaban sus fuerzas notábase en ella cierta melancolía lúgubre, que nada podía suavizar. Cual si en fuerza de esta disposición de su ánimo se sintiese más dispuesta a sufrir el carácter áspero y salvaje de doña Inés, gustaba de pasear sola con ella y sentarse en los sitios más retirados de este parque: a menudo pasaban en él horas enteras y volvían como enajenadas al castillo, con los ojos hundidos y el semblante pálido y cadavérico. De aquí cundió la voz de que a entrambas se aparecía doña Jimena, y las aterraba con espantosas visiones. ¡Ay! cuantos la conocían lamentaban la suerte de la duquesa de Castromerín: la expresión más natural de su rostro dicen que era la de una angélica dulzura, mezclada con ciertos rasgos de abatimiento y resignación. Su sonrisa parecía bondadosa y melancólica y cuando levantaba al cielo los lánguidos ojos azules, expresaban todas sus facciones la más inocente ternura. En fin, a pesar de ser tan amable, hermosa y tierna; de no padecer ningún mal, de verse querida de su esposo, respetada de sus vasallos, admirada de los más ilustres caballeros; consumíase visiblemente en la flor de su edad, cual si una fuerza sobrehumana la arrastrase hacia el sepulcro.

-¡Oh! sí: interrumpió Blanca enternecida, todos repiten que era un ángel, y nadie me ha podido enterar de la naturaleza de su postrera dolencia. Beatriz continuó.

-Un día amaneció en que ya no pudo salir del lecho, y previno a su esposo que iba a morir. Lorenzo se acuerda bien de los clamores que lanzaba vuestro padre, y de las pruebas que diera del más profundo pesar. Ya moribunda admiróse mucho la doliente de que no acudiese a asistirle doña Inés, y pidió por ella. Buscáronla los criados por todo el castillo, subieron a lo más alto de los torreones donde pasaba largos ratos aquella extravagante joven, anduvieron los jardines, llamáronla en alta voz por estos alrededores, pero todo en vano. Lorenzo la vio venir sola hacia este bosque, y en él había desaparecido la ilustre huérfana. ¡Ah! ¡tampoco se ha vuelto a saber cosa alguna de la desgraciada Inés!

-¡También Inés!... interrumpió Blanca estremeciéndose: siempre me han dicho que falleció de pesar por la muerte de su bienhechora.

-Muy al contrario, prosiguió la doncella: así que dijeron a la duquesa que por más que hacían no encontraban a su amiga, dio un grito de dolor y levantando los ojos al cielo rogó a los circunstantes que se retiraran, que la dejaran morir. Pidió al duque que la abrazase, vertió un diluvio de lágrimas sobre vos que aún estabais en la infancia, recompensó a los criados, señaló limosnas a los pobres, y exhaló el último suspiro en medio del llanto universal y de las bendiciones de todos sus vasallos.

-¡Madre mía! exclamó Blanca echándose en los brazos de Beatriz: ¡por qué no me ha concedido el cielo suavizar con mi cariño tus últimos momentos!

-En cuanto la campana del castillo, continuó la muchacha, anunció el fallecimiento de la duquesa, vinieron en tropel todos los mendigos de las cercanías, que vivían a expensas de su liberalidad, para tener el consuelo de llorar sobre su cadáver. Sin embargo ninguno de ellos pudo ver el cuerpo de vuestra madre: el duque lo había hecho encerrar en un magnífico ataúd que colocaron en medio del oratorio del castillo entre amarillas antorchas, y velado por los monjes del cercano monasterio de S. Mauro. Corría un vago rumor entre aquella muchedumbre de vasallos acerca de la misteriosa dolencia que acometiera a la infeliz duquesa, de la súbita desaparición de doña Inés, y de los prodigios que se habían observado en estos bosques. Y no sólo el bajo pueblo se ocupó de tales habladurías, sino que también cundieron entre gentes de más cuantía; por manera que la historia de doña Jimena, la singular muerte de vuestra madre, y las extravagancias de Inés, eran el tema favorito de los hidalgos y ricos-homes, que asistieron a las suntuosas honras de la señora.

A pesar de que todo esto se decía con aire de confianza y de misterio, el duque llegó a traslucir algo de lo que pasaba, y justamente enojado de que el nombre de su esposa anduviese en boca de las gentes, prohibió severamente que se hablase más de tales ocurrencias. Nadie cazó desde entonces en este parque, y llamando vuestro padre a una señora de su confianza para que atendiese al cuidado de educaros con esmero, se fue a Valladolid donde a la sazón residía la corte, al efecto sin duda de olvidar entre sus grandezas aquellos desgraciados sucesos. De cuando en cuando venía a este castillo para abrazaros y ser testigo de vuestros adelantos, hasta que ya más crecida comenzó a presentaros en los torneos y otras diversiones públicas. Ved aquí la razón por qué no había llegado a vuestros oídos la singular historia que acabo de relatar; y ved aquí también por qué me estremezco al aspecto de estas horrorosas soledades.

Atónita Blanca y despavorida por lo que acababa de referir su doncella, escuchaba en silencio el rumor de la tormenta, y pedía secretamente al cielo que le permitiese abandonar sin tardanza aquellos sitios. Tal era no obstante la violencia del temporal que a veces creían ambas que iba a desplomarse la polvorosa capilla donde estaban guarecidas, quedando sepultadas para siempre entre sus ruinas. El resplandor de los relámpagos seguía iluminando de tiempo en tiempo aquel tenebroso recinto, y entonces los objetos que descubrían en él acrecentaban su palidez y sus terrores. Pendían de la bóveda banderas medio destrozadas, adornaban las paredes cornetas y carcajes, confundidos con cabezas de lobos, jabalíes y otras feroces alimañas, ofrendas sin duda de intrépidos

cazadores, y veíanse mover dos estatuas de tosca piedra puestas de rodillas sobre una urna sepulcral metida en un nicho, abierto a pico en el muro.

-¡Señora! exclamó Beatriz, se me erizan los cabellos al oír como tiembla la losa de aquella sepultura.

-¡Silencio! interrumpió Blanca: ¿no has visto al rápido vislumbre del rayo una especie de sombra que se desliza por debajo del arco de aquella capilla?

-¡Una sombra!... huyamos por Dios o desapareceremos como la malograda Inés.

-¿Y a dónde huir en medio de esa embravecida borrasca? Sálvate, querida Beatriz, si tienes aliento para hacerlo, y ven después a este mismo lugar a verter lágrimas sobre el cadáver de tu señora.

-¡Oh! no; no creáis que en tan terrible noche os abandone, respondió Beatriz: pongámonos de rodillas y roguemos al cielo que nos libre de la muerte.

-*¡De la muerte!* exclamó una voz desconocida.

Vuélvense temblando al oírla las dos jóvenes, y al reflejo pasajero de un relámpago, ven una figura pálida y descarnada, al parecer vestida de negro con tocas blancas en la cabeza, que las miraba atentamente puesta de pie en uno de los ángulos de la lóbrega capilla. A su aspecto doblan ambas las trémulas rodillas, la lengua entorpecida se les pega al paladar, y sin poder proferir una sola palabra, tienden los brazos hacia la terrible fantasma y caen sin sentido sobre las húmedas piedras de aquel tiempo.

CAPITULO V

Los dos rivales

Mientras esto pasaba en los bosques del parque, reinaba el mayor desorden en el castillo de Castromerín. Desde que se hizo tarde Leonor envió varios criados por los jardines en busca de su amada discípula: volvieron uno tras otro sin haberla podido hallar, y el aya de Blanca empezó a concebir vivos temores acerca de lo que habría sido de esta melancólica doncella. Ocurriole que podría haber prolongado su paseo por el parque, aunque a tal hora de la noche no la juzgase capaz de tanto valor. Con todo no hallándola en los jardines, creyó que únicamente por allí se hubiese extraviado. Con esta idea llama al momento a las gentes de la casa, y envía a Lorenzo con dos de sus compañeros a fin de que recorriese con la mayor escrupulosidad todo el recinto.

Parten deseosos de encontrar a la hija de su señor a quien amaban en razón de su manso y templado carácter, e intérnense por las revueltas del parque de Castromerín, a despecho de la tempestad que bramaba sobre sus cabezas.

-Extraño es que el viejo Lorenzo haya accedido a venir a tales horas por estos sitios, dijo Beltrán, uno de los flecheros del alcázar a su antiguo y desvencijado mayordomo.

-¿Te quieres callar? respondió este: ocúpate en lo que buscamos y deja lo demás. Vuelve la lámpara hacia la mano derecha: ¿no distingues cosa alguna?

-Nada, voto a mi cuerpo, respondió Beltrán. Vaya que tienen raros caprichos las damas de este castillo. Como si no supieran que anda suelta por ahí la dueña doña Jimena...

-Así te viera seca esa lengua, interrumpió Lorenzo: ¿no te he dicho, maldito de Barrabás, que no me nombres por estos andurriales a la tal señora?

-He aquí la cruz, dijo el otro criado, donde es fama que el duque Leopoldo mató en singular combate al conde de...

-De los infiernos; atajole el mayordomo; es fuerte cosa que no habéis de hablar más que de los que murieron: hombre, no vuelvas esa linterna hacia mí que me deslumbras... tampoco andéis tan despacio, y levantad la voz de cuando en cuando por si anda la hija de mi señor errante por esos bosques.

-Sí, respondió el criado, hallado os la habéis traspapelada entre unas matas. Así anda ella ya por ahí ni por parte alguna como mi padre. Y por lo que hace a eso de alzar la voz, grite enhorabuena el señor Lorenzo si es que gusta de que la dueña le eche el guante: en cuanto a mí no pienso llamar su atención de ningún modo, así tal vez salga con vida de esta peligrosa aventura.

-Y puedas más tarde visitar a tu sabor la bodega del castillo, añadió Beltrán.

-Calla, dijo su compañero: ¿no te parece oír un canto algo distante y melancólico?

-No oigo más, respondió Beltrán después de escuchar un instante, que el prolongado rumor de los truenos, y el mugido de los pinos agitados por el viento.

-Pues te digo, replicó el otro, que acaba de llegar a mis oídos un canto fúnebre y siniestro.

-¿De veras? preguntó Lorenzo medio temblando.

-¡Oh! no lo dudéis; dejad sino las linternas aquí en el suelo detrás de los matorrales, guarezcámonos de la lluvia debajo la copa de esta encina, y escuchemos.

Hicieron en efecto lo que el mozo les decía, y algo abroquelados con las ramas de un árbol venerable por su antigüedad y corpulencia, estuvieron aguardando el canto de aquella voz misteriosa y desconocida.

-Ya te decía yo que te silbaban las orejas, exclamó Beltrán viendo que nada se oía. Vaya, vaya, echa mano a tu lamparilla, y no nos vengas otra vez con esos cuentos.

-Por vida de san Cosme, te repito que es verdad: y aún más; lo que cantaban era cosa lamentable y plañidera; así como de entierro.

-Apuesto a que ese menguado, replicó Beltrán dirigiendo la palabra al mayordomo, se empeñará en hacernos creer que ha oído los alaridos de las brujas cuando bailan para divertir al diablo.

-No puede ser sino que tengas algún familiar en ese cuerpo, respondióle en voz baja el viejo Lorenzo: si conocieses mejor estos bosques no extrañarías por cierto tales prodigios.

Aquí llegaban de su diálogo cuando hirió efectivamente sus oídos el eco de una voz al parecer algo distante que cantaba cierto aire peregrino y melancólico. Perdíanse de cuando en cuando aquellos lúgubres sonidos entre los silbos de la borrasca, pero se fueron visiblemente acercando, y ya se pudieron distinguir con más claridad.

-A lo menos ahora, dijo el criado con muy apagado acento, no me diréis que sea ilusión.

-Yo no he dicho tal, respondió el mayordomo. Sabéis lo que conviene hacer, compañeros, volvemos al castillo para que vengan los demás criados y el padre Antonio también con ellos.

-¡Qué hablas de huir, villano! gritó Beltrán, juro a mi cabeza que no hemos de entrar en Castromerín hasta haber dado la vuelta por todo el parque. Ea, linterna en mano y sigamos nuestro camino por este mismo sendero.

Dice, y sus dos compañeros le siguen temblando sin atreverse a replicarle. Ambos vuelven y revuelven detrás de él por aquellas sendas tortuosas y encrucijadas, siempre alargando el cuello y aplicando el oído. Azorados y yertos de miedo invocan secretamente todos los santos del cielo, y se estremecen al escuchar las terribles blasfemias que profiere Beltrán. Pero llegan al colmo sus temores cuando ven que el flechero se para de repente y levanta su linterna.

-¿Qué es lo que has visto, le pregunta el mayordomo?

-Una mujer alta con tocas blancas y saya negra, que se ha metido entre aquellos árboles, responde el imperturbable guerrero.

-¡Perdidos somos! exclama Lorenzo.

-¡Perdidos! repite el otro criado.

-Poco temblar, cobardes, continua Beltrán. Convengo no obstante en que volvamos al castillo a lo que decíais, pues aunque graduó de pueriles semejantes temores, hay en lo que acabo de ver algo de superior a mis rústicos alcances. Vaya, venid conmigo y no temáis que esa aparición, o lo que sea, me quite la serenidad.

Lorenzo y su compañero iban agarrados de la ropa de Beltrán: así anduvieron largo trecho hasta que al volver de una senda vieron delante de sí aquella horrorosa fantasma, sentada al pie de la cruz donde el duque Leopoldo había muerto en singular desafío al conde de Saldaña, si no mentían los antiguos romances. A su aspecto echan a correr Lorenzo y el otro criado dando agudos alaridos, y dejan solo al flechero, que permanece algunos instantes como clavado en aquel sitio contemplando la desagradable visión. La mujer en tanto yacía recostada en la misma base de la cruz, y los rayos de la linterna de Beltrán reflejando en su semblante, iluminaban unas facciones áridas y cadavéricas.

Levántase en esto, y dirigiéndose al soldado con lento y majestuoso paso, habló algunas palabras tendiendo los brazos hacia el castillo, que ya no pudo entender Beltrán, porque desde que el espectro se puso en pie sintió helársele la sangre en las venas, y pérdida de todo punto la serenidad y la intrepidez, echó también a correr por lo más hondo y enmarañado de la selva. Sus compañeros llegaron sin aliento al castillo donde refirieron el lance con pasmo y terror de cuantos lo oyeron, asegurando que habían visto a la dueña doña Jimena como arrastraba tras de sí al incrédulo Beltrán, en castigo de su impiedad y de sus blasfemias.

Leonor aunque apesadumbrada hasta lo sumo, reunió cuantos criados y hombres de armas había en Castromerín para registrarlo todo en busca de la imprudente Blanca y de su doncella. Afeó al mayordomo su supersticiosa cobardía, bien que secretamente no dejaba de sentir algún temor a causa de la desaparición de Beltrán, en cuya audacia y bravura tuviera la mayor confianza. Animose sin embargo y corrió inmediatamente en busca de su discípula vertiendo abundosas lágrimas con el recelo de que fuese tardía su diligencia, en atención a que tales preparativos y sucesos habían hecho pasar gran parte de la noche sin que Blanca y su doncella hubiesen sido socorridas.

Ambas jóvenes permanecieron algún tiempo desmayadas sobre el frío pavimento de la capilla, y sólo volvieron a la vida para ser testigos de una escena si cabe más desagradable que la primera. Apenas recobraban los sentidos cuando notaron que entraban en aquel sitio tres caballeros armados de pies a cabeza, calada la visera, llevando uno de ellos una lámpara pendiente de una cadena de bronce. De pronto sintieron alguna alegría por verse en compañía de otras personas, pero cambiose sin tardanza en recelo y temor. Cogiéronlas con sus membrudos brazos aquellos feroces guerreros, y llevándolas al bosque montaron con ellas en los caballos que habían dejado allí amarrados de los árboles, y comenzaron a correr a todo escape para salir de las inmediaciones del castillo.

En tanto la pobre Blanca cubierto el rostro de mortal palidez, esparcidos al viento sus cabellos, inclinada la cabeza sobre el brazo del infame raptor, fijos los ojos en la bóveda celeste y vertiendo desesperado llanto, invocaba al cielo y a sus mismos enemigos con los más fervorosos clamores.

-Nada temáis, le dijo al fin el caballero que se la llevaba: estáis en los brazos de un hombre que tierno os ama, y a quien vuestro noble padre os destina para esposa.

-¡Cielos! exclamó la infeliz cediendo a la violencia de este golpe; ¡en brazos de don Pelayo de Luna!... ¿y a dónde osáis llevarme? Si alguna vez se ha enternecido vuestro pecho por las lágrimas de una hermana o las caricias de una madre, os ruego, señor caballero, que os apiadéis de las angustias de una tímida doncella. Volvedme a los brazos de Leonor, y os prometo agradecer toda mi vida semejante rasgo de generosidad.

Súplicas no menos tiernas hacía al mismo tiempo Beatriz al bárbaro que también la arrebatava, sin que tampoco pudiesen ablandar sus sollozos aquel corazón de acero.

Casi del todo se había apaciguado la tormenta: silbaba el viento con agradable mansedumbre: cesó la lluvia: iba menguando el ímpetu de los torrentes, y una nube ligera

y adelgazada daba paso a los rayos de la luna, que comenzaba nuevamente a iluminar aquellas selvas, aunque con amortiguado resplandor.

Seguían los tres caballeros en su acelerado curso llevando con ellos a la ilustre heredera de Castromerín y su doncella, sin que sus exclamaciones les hubiesen proporcionado ningún defensor. Pero cuando iban a salir por la reja de hierro que cerraba el parque, abierta entonces de par en par, entraban por ella a todo escape dos campeones armados de punta en blanco, que dando un grito así que distinguieron los raptos y arrojándose con la lanza baja sobre ellos, arrancaron de la silla del primer bote al que se hallaba más en estado de defenderse por no ir embarazado con ninguna de las dos víctimas, y retaron en alta voz con desaforados denuestos al hijo del condestable y al otro compañero de su infamia.

No aguarda don Pelayo a que se los repitan: deposita a Blanca en brazos del otro guerrero y revolviendo contra el más atrevido de los dos que entraron por la reja del parque: prepárate, alevé, le dice; prepárate que llegó tu vez.

-Pues véngate, responde su contrario, de la lanzada que te hizo morder la tierra en el torneo de Segovia.

-¡Traidor! replica don Pelayo mordiéndose los labios de cólera; debiera haberte conocido en el modo de asaltarnos...

-¡A las armas! exclama atajándole el defensor de Blanca, y arrojando la pica lejos de sí para no pelear con ventaja, echa mano al acero y empieza con su rival el combate más encarnizado y rencoroso.

Habíase escapado Beatriz de las manos de su raptor ocupado en cuidar de su señora, y corría por los bosques con dirección al castillo de Castromerín, implorando socorro en cuanto se lo permitían sus fuerzas. Por lo que toca a Roldán acometió sin ceremonia al compañero de don Pelayo: arrancó de sus brazos la hija de Castromerín, persiguióle con un coraje sin igual, y después de haberle dejado tendido sin dar señales de vida, estúvose con mucha flema sosteniendo a la desanimada Blanca, y contemplando el combate de los héroes. Sólo de tiempo en tiempo soltaba alguna expresión de las de su escuela, o para animar a Ramiro, o para aplaudir los golpes que descargaba en el yelmo de su contrario.

Los dos caballeros continuaban acuchillándose más deseoso cada uno de verter la sangre de su enemigo, que de conservar su propia vida. A uno y a otro dominaban la rabia y el resentimiento: entrambos se sentían agujoneados por terribles y sangrientas pasiones: los celos, el orgullo, la venganza cegaban al hijo de don Álvaro de Luna; el amor, la humanidad y la gloria enardecían la sangre de Ramiro de Linares: peleaba aquel con la ferocidad y la torcida intención del tigre: este con la bravura y la nobleza del león. Pero al resplandor de la luna vio casualmente don Pelayo a su amada en los brazos de Roldán, y lanzándose en el mismo punto fuera del parque aplicó una corneta a los labios haciéndola dar tres robustos comarcanos. Adivinó su intención el caballero del Cisne, y tomando a Blanca de los brazos de Roberto:

-¿Sois hombre, le dijo, para sostener mi retirada mientras llevo a esta infeliz a su castillo?

Al oír esto la dama juntó las manos en tanto que murmuraba Roldán una respuesta, y mirándole tiernamente conjurole por cuanto amaba en el mundo para que no se opusiese a intención tan generosa.

-Cualquiera que seáis, exclamaba, tened compasión de una afligida doncella. Pero si rehusáis volverme a Castromerín, o nos acometen los enemigos antes que podáis verificarlo, os pido, señor caballero, que atraveséis mi pecho con esa daga para que no vuelva a caer en manos de aquel orgulloso hidalgo.

-¿Paréceos, dijo Roldán entre dientes, que sea yo el rey Herodes para andar sin más ni más degollando chiquillos?

Íbale a imponer silencio el del Cisne cuando volvió a entrar corriendo don Pelayo, seguido de ocho lanceros que habían acudido a la llamada. Vuelven a cruzarse las espadas y Roldán y su discípulo se ven cercados y acometidos por todas partes.

Colocáronse no obstante en una especie de claro formado por los árboles del bosque, desde donde se lanzaban como el rayo en medio de sus feroces enemigos. Abrían estos el paso algo desbandados y atónitos de tamaño esfuerzo y furor; pero cuando revolvían aquellos los caballos para ganar otra vez la posición primera, arrojábanse a su encuentro a manera de abejas provistas de alas para huir, y armadas de aguijones para vengarse.

-¡Cobardes! gritábales medio corrido don Pelayo: arracad la dama que oprime aquel malandrín contra su pecho, y yo castigaré después su alevosía.

Disponíanse efectivamente a ejecutarlo llevados de las amenazas y el ejemplo que les daba su colérico capitán atacando a los defensores de Blanca con extraordinaria bravura: veíanles además fatigados, y al principal de los dos en varias partes herido. No obstante cuando echaba una ojeada a la tierna beldad, que yacía casi sin respiración en sus brazos, recobraba su pujanza, y defendíase de nuevo con el coraje de la leona a quien tratan de robar los cachorros. De todas maneras iban a sucumbir en tan desigual combate los dos magnánimos caballeros, si no se oyeran en aquel momento las voces de los criados y hombres de armas corriendo por aquellas selvas en busca de su señora, los cuales habiendo hallado en ellas a Beatriz, supieron de cierto el sitio donde se verificaba la mortal contienda. Alumbra de repente el campo de batalla multitud de teas o hachones formados de cierta madera resinosa; silban algunas saetas en torno de don Pelayo y sus satélites, y aparecen por distintos puntos paisanos intrépidos y soldados cubiertos de hierro.

A su imprevisto aspecto arrójanse por la reja del parque el hijo de don Álvaro y sus lanceros, visto que el número de los perseguidores era infinitamente superior, y escápanse a uña de caballo de la nube de saetas que les disparan, bien que no tan a tiempo que algunas de ellas dejen de clavarse resonando en su resplandecientes armaduras.

Sorprendida Blanca con el gozo de verse libre por último de tan notorios riesgos, derramaba en los brazos de Leonor dulces y abundosas lágrimas.

-Todo lo debo, decía, a esos valientes caballeros: sin su magnánimo esfuerzo nunca más me hubierais visto, pues quien sabe que habría sido de vuestra hija en poder del impío don Pelayo.

Los paisanos, la servidumbre y los hombres de armas, que habían acudido a socorrerla, se amontonaron a su alrededor para felicitarla de su libertad, y suplicar que no quisiese salir sin buena escolta cuando se alejase de los muros del alcázar.

A todos agradeció su buen deseo, pero manifestó un reconocimiento sin límites a los que combatieron largo rato contra don Pelayo y sus secuaces. Yacía entretanto a sus plantas el gentil caballero, que durante la refriega la estrechaba con respetuoso ardor contra su pecho, sin que pudiesen levantarle de ellas los cariñosos ruegos de la doncella, entonces suavemente reclinada en los brazos de Beatriz, y teniendo una de sus manos entre las de la complacida Leonor.

-Alzad por Dios, señor caballero, le decía: agradezco en el alma cuanto habéis hecho en mi defensa: en vista de vuestro valor, y más que todo de los nobles sentimientos de que hacéis alarde, pareceme que no es hoy la vez primera que os debo la libertad.

-Ante el cielo juro, respondió el incógnito poniéndose en pie y alzándose la visera, que sólo estimo la vida para consagrarla en vuestro servicio.

-Con todo, repuso Blanca, os debéis primero a vuestro rey, a la patria y a los infelices; corred pues a ensalzar vuestro monarca, corred a dar la victoria al reino de Aragón que os mira como su héroe: sólo desearía que no os hallase en las batallas del duque de Castromerín.

-No lo temáis, respondió el joven don Ramiro, primero perezca a sus golpes y dejara de pelear en las querellas que nos suscita el condestable de Castilla. Noble señora, todo os lo quisiera sacrificar, hasta esa misma gloria que ha sido el ídolo de mi juventud, el móvil de mis acciones: y si creéis que no es demasiada osadía demandaros una gracia el caballero del Cisne...

-¡Infelices! exclamó Leonor interrumpiéndoles: ¿por qué os entregáis a vanas ilusiones? ¡Blanca! acordaos del duque de Castromerín, y vos, señor caballero, no echéis en olvido al conde de Pimentel. Ya que librateis a esta joven del poder de don Pelayo, sed generoso para obrar de tal manera, que no le acarree la menor desgracia vuestro ardor caballeresco. Perdonad si os hablo con semejante franqueza: obligame a ello el puro esplendor de vuestra fama, y el linaje que ennoblece la cuna de mi pupila.

-Ta, ta, dijo Roldán entre sí, mala pascua me dé Dios si ese mocoso de mi discípulo no maneja tan bien la lengua como la espada: y a lo que parece no le han gustado mucho los aspavientos de la dueña... con todo ya vuelve, bendito Dios, a dar el segundo asalto: ánimo, hijo mío; al fin, al fin la plaza te pertenece de derecho. No, pues la niña es hermosa como un oro: ¡y qué rica saya arrastra! Tomadme luego los dedos cuajados de sortijas, o las pulidas muñecas con brazaletes de perlas... ¡Roberto! ¡Roberto! y es posible que con esa facha rebosando de arrogancia y gallardía nunca tuvieras... ¡Vive Dios que soy un asno!

Mientras hacía Roldán estas sabias reflexiones empezaba a caminar toda la gente con dirección al castillo. Separose Leonor de su discípula a fin de dar a entender cuan segura estaba de los severos principios que ennoblecían al caballero del Cisne, a cuyo lado andaba lentamente Blanca de Castromerín, aunque apoyada en el brazo de su doncella. A la trémula luz de las antorchas notábase en su rostro pálido, en su marcha lánguida y poco firme la dolorosa impresión que hicieran en su pecho los aciagos sucesos de aquella noche. A corta distancia de ellos venía el bravo Roldán algo mohíno y cabizbajo llevando su caballo y el de Ramiro por las riendas: sospechamos que andaría atando cabos para atinar la razón por qué las damas y las princesas no se enamoraban de él; pero muy pronto se cansó, como buen soldado, de fijarse en la misma idea, y púsose a silbar con cierta indiferencia o resignación, a qué llamaríamos filosofía en este siglo, el tono de aquella copla:

Nunca hubiera caballero
de damas tan bien servido,
como el bravo Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

-Me parece que vuestra aya es algo injusta conmigo, decía en tanto a su amada el hijo de don Íñigo rompiendo al fin el silencio: cree que trato de enemistaros con el duque, cuando únicamente aspiro a la honra de llamarme vuestro caballero.

-¿Y hacéis bien, respondiolo, de rendir tal homenaje a Blanca de Castromerín?

-Sé que hago bien en tributarlo a lo que encierra el mundo de más puro y más perfecto: ¿por qué queréis, pues, que me atormente a mí mismo pensando en la enemistad de nuestros padres?

-Y sin embargo, dijo Blanca suspirando, es lo que debemos tener presente para no separarnos un ápice de nuestros deberes.

-¿Y vos también, exclamó dolorosamente el caballero, también vos, amada Blanca, os acordáis de las desavenencias que dividen desde más de un siglo las familias de Pimentel y de Castromerín? Pues qué ¿nunca han de cesar esos antiguos rencores? ¿Siempre por mezquinos enconos se ha de ver amancillada la gloria y la reputación de nuestras casas?

-Os puedo asegurar, señor caballero, que nunca he profesado el más leve rencor a los ilustres Pimenteles de Aragón: muy al contrario, aplaudo vuestro denuedo, admiro vuestra hidalguía, y si tuviera un hermano os propusiera a él como el modelo más cabal. Con todo no llevéis a mal que os diga que juzgo de mi obligación el respetar las opiniones del autor de mis días y no contradecirlas, a lo menos en cuanto sean compatibles con las leyes de la obediencia y del honor.

-Pues entonces, exclamó con viveza el caballero, yo me he equivocado arrancándoos de los brazos de don Pelayo de Luna.

Al escapársele esta expresión de resentimiento, observa que Blanca lo mira tiernamente, y se asoma por debajo de sus párpados una lágrima fugitiva. Figúrase leer en aquella mirada la más blanda reprensión, y siente tanto lo que ha dicho, que está casi resuelto a echarse a las plantas de aquella amable joven para pedirla perdón del indiscreto movimiento de enojo que acababa de manifestar. Iba efectivamente a ejecutarlo, pero Blanca lo detuvo diciéndole con angelical dulzura.

-No sé si he acertado en la explicación que acabo de haceros acerca de mi modo de pensar, pero si sé que de cuantas faltas pudieran achacarme ninguna me pareciera tan injusta como la de suponerme ingrata. Creed, don Ramiro, continuó poniendo la mano en el pecho, que este corazón palpitará siempre de agradecimiento por mi generoso libertador.

-Y el mío, celestial criatura, respondió enajenado el caballero, no amaré otra deidad que vos, ni aspira a otro bien que al de morir en vuestro servicio.

-¿Y os olvidáis de la gloria, interrumpió Blanca con generoso entusiasmo? ¡Ah! a Dios no plazca que las gracias precederas de una doncella amortigüen los bríos del campeón más ilustre de la caballería. Nunca me perdonara a mí misma el haberos desviado, aunque involuntariamente, de la senda del heroísmo.

-No, no lo temáis, respondió el caballero: la sola idea de que la defensa de la humanidad y el laurel de las batallas entusiasman vuestra alma sublime y pundonorosa, me hará invencible cuando proteja la inocencia, me volverá furibundo cuando defienda mi patria. Y si llega algún día a vuestra noticia que de lo más sangriento de una refriega me han sacado mis amigos moribundo sobre un pavés, sabed que sólo a vos deberé el lauro que entonces orlará mis sienes, a vos, celestial hermosura, la gloriosa muerte de los héroes.

-No más, no más por Dios, exclamó enternecida la heredera de Castromerín: retiraos a descansar y a curaros esas heridas, aunque leves, que habéis recibido combatiendo por mi causa. No conviene a vuestra seguridad que permanezcáis por más tiempo en estos sitios, y si os es grato el afecto de una joven entusiasta por los nobles principios de que blasonáis, de una joven que se complace en veros rico de laureles y de timbres; cuidad también de conservar una vida que ya dos veces se ha querido sacrificar por defenderme.

-Según eso, preguntó modestamente el caballero, no desaprobáis el celo con que os he arrancado de...

-Antes bendigo el azar que os condujo tan a tiempo a socorrerme.

-¿Y os acordáis alguna vez del caballero del Cisne?

-Ya os he dicho, respondió Blanca con melancólica sonrisa, que me acordaré toda la vida de mi generoso libertador.

Detiéndose al acabar estas palabras, y para indicarle que era ya hora de volverse, sin dejar que iluminase aquellos campos el día que empezaba a despuntar, levanta la mano con ademán lleno de gracia y nobleza y tomándosela al mismo tiempo el caballero imprime en ella los labios lleno de respetuoso fervor. Adiós, exclama con la mayor ternura, me

habéis hecho el más feliz de los hombres, ahora debo hacerme a mí mismo algo digno de la más noble de las mujeres.

Dice, y montando en su caballo, mientras lo mismo practicaba Roldán, hácele sentir el acicate y desaparece. Síguele Blanca por breves instantes con dolorosa y tímida mirada, y no puede dejar de despedir un suspiro cuando ve perderse por entre los pinos y las encinas de aquellos bosques el blanco penacho que coronaba el yelmo del caballero.

Siguió después lentamente a Leonor y a los criados apoyada siempre en el brazo de Beatriz, y llegaron al castillo cuando puro y sereno asomaba el sol por el horizonte. Frente de la puerta por donde entraron vieron sentado al flechero Beltrán a guisa de hombre triste y meditabundo. Llamole a parte Leonor, y preguntándole con su discípula acerca de lo que le ocurriera aquella noche, quedaron atónitas al escucharlo descubriendo heladas de terror que no era mera ilusión lo que habían visto Blanca y Beatriz en la capilla de los cazadores, y los extraordinarios prodigios que Lorenzo refería de aquellas selvas. Por otra parte notábase ya en el flechero un grave y pensativo continente, muy distinto del hosco ademán y el tono de petulancia e intrepidez que había formado en todos tiempos la base de su carácter. Más adelante fue creciendo su austeridad y recogimiento, y encaminábase con frecuencia al monasterio de S. Mauro, donde por último tomó el hábito de monje con pasmo universal de los habitantes del castillo. Desde entonces su vida ejemplar, su regularidad de costumbres, cierto aire de mansedumbre y penitencia que se traslucía en su semblante, y más que todo los maravillosos rumores que circulaban donde quiera acerca de las apariciones que tuvo en el parque de Castromerín; le atrajeron tal veneración de parte de aquellos naturales, que se acercaban a él llenos de respetuoso temor, y recogían sus palabras cual si estuvieran dotadas de espíritu profético. Beltrán empero, más humilde cuanto más ensalzado, continuó dando el puro ejemplo de las virtudes monásticas, y sólo salía del claustro para ir a enjugar el llanto de los infelices y mezclar los místicos consuelos de la religión con los últimos suspiros de los moribundos.

Blanca de Castromerín se encerró otra vez en el castillo de sus padres, nunca salía a pasear por las arboledas del parque, ya en razón del horror que le causaba la memoria de la lúgubre aparición que había tenido en ellas, ya también por haberla hecho más cauta el último acaecimiento. Retirada en el recinto de los muros o andando lenta y silenciosamente a poca distancia de ellos, hallaba suave embeleso en recordar el peligro en que se había visto, y el favorable acaso que de él la libertara. El cuadro de una naturaleza brillante y caprichosa daba pábulo a sus tristes pensamientos, y el supersticioso terror de que se hallaba apoderada una encogida timidez a su persona y ademanes, que atraía de los demás la compasión y el deseo de servirla. Las blandas tintas de la aurora, el resplandor del astro del día, la luz de la luna argentando los campos débilmente en el sosiego de la noche elevaban el espíritu de la doncella a los raptos de un consolador abandono, inocente y puro como los deleites de los ángeles. Y si el solitario murmullo de un arroyo, o el silbido del céfiro entre las flores la hacían volver los ojos creyendo que iba a salir a su encuentro el caballero del Cisne jurándola un amor sin límites; suspiraba involuntariamente al desvanecerse esta ilusión; y apoyábase sin fuerzas en el brazo de su doncella. Si llegaban trovadores al castillo de Castromerín oíales cantar extasiada las claras proezas del hijo de Pimentel, y embellecía al mismo tiempo su

semblante aquella fugitiva sonrisa, que tan ciertamente indica el pesar profundo y la melancolía del ánimo. Entonces su respetable aya rogaba al joven cantor, que probase el antiguo romance del conde de Saldaña, o el otro en que se hablaba de la intrepidez de Bernardo cuando venció en Roncesvalles al forcejado Roldán. Obediente el hijo de Apolo a la insinuación de aquella dama, preludiaba en el arpa el aire de la nueva trova y daba principio a la historia del malogrado conde, admirado interiormente de que se escuchasen con indiferencia en aquel castillo las aplaudidas hazañas del Caballero del Cisne.

Este valeroso joven al dejar el parque de Castromerín había tenido cuenta con no seguir por el camino real, pues hartamente sospechaba que no dejaría don Pelayo de correrlo para vengar en la sangre de su enemigo la afrenta que acababa de amancillar su opinión a todas luces poco recomendable.

-Quisiera para otra vez que se acordase mi señor discípulo de los pobretes que no tienen dueña a quien requebrar, mientras él echa flores a las damas. ¡Cuerpo de mí! ¿parecéis del caso, caballero del águila o del Cisne, que os siga el maestro de esgrima llevando el rocín del cabestro, para que andéis con gentil compás de pies al alcance de la liebre?

Esto decía Roldán al joven Ramiro mientras se metían por un sendero ya algo apartado de las tapias del parque, dirigiéndose al monasterio de san Mauro. Sin atender el hijo de Pimentel a los discursos de su maestro, iba abismado en agradables reflexiones inspiradas por los acontecimientos de la noche. Pero como viese Roldán que no le contestaba, creyó sin ceremonia que se hacía el sordo, y volviolo a atacar resueltamente en esta forma.

-Como soy, discípulo, que si ahora has de dar en la tema de que andemos divagando por selvas y encrucijadas sin decir esta boca es mía, mejor será enderezar el rumbo hacia la ermita de Arlanza para reemplazar a mi compadre en el oficio de anacoreta.

-Eso fuera bueno, respondió Ramiro, cuando renunciase aquella plaza.

-Renunciando la ha mal que le pase, repuso Roldán.

-¿Cómo lo podéis saber? preguntó el del Cisne.

-¿Cómo? habiéndole dado yo mismo pasaporte para el infierno. ¿Te acuerdas del jayán que me tocó en suerte mientras peleabas con aquel malandrín a quien llaman don Pelayo? Pues bien, era mi compadre el ermitaño de Arlanza, al que, en verdad sea dicho, reputaba por hombre más de pro; pero esos gañanes si de algo sirven para andar con el puño o el garrote, no valen un cuerno para correr una lanza.

-Siento, amigo Roldán, la desgracia de aquel pobre diablo, que tan jovialmente nos hospedó la otra noche.

-Pues yo no lo siento nada: aprenda el grandísimo bribón a servirse del santo hábito para sus bellaquerías. Ya pudiera venir ahora con su voz nasal y plañidera a recomendarme la sobriedad y la mansedumbre: voto a tal que del primer puñetazo le habían de saltar los dientes, si ya no le hiciera el *per signum crucis* con el corte de un alfanje. Pero dejando a parte y en perpetuo reposo los huesos de mi compadre; dígame vuesa merced, señor

discípulo, a donde le parece que alojemos tanto para evitar el encuentro de los pícaros, que sin duda nos andan buscando el bulto, como para catarle esas heridas, que, mala vieja me hechice, sino parecen rasguños de gato.

-A ese monasterio cuyas torres doradas por los primeros rayos del sol descuellan entre aquel grupo de encinas: allí ejercen los religiosos una hospitalidad franca y desinteresada, y ellos me pondrán en disposición de embrazar cuanto antes la rodela. Entretanto iréis al castillo de Pimentel a dar cuenta al anciano don Íñigo de mis últimas andanzas, favor para mí del mayor precio, pues carezco de sosiego pensando en la inquietud que causará a mi amado padre el ignorar tanto tiempo de mi suerte.

-Paréceme, caro discípulo nuestro, dijo Roldán acariciando con la mano sus bigotes, que en aciago día y peor sazón queréis licenciar a un camarada que sigue con tanta lealtad vuestras banderas.

-Os aseguro, amado Roldán, que me haréis un señalado servicio encargándoos de esta comisión. Por lo demás no creáis que pretenda alejaros de mi lado, antes os prometo irme a reunir con vos así que pueda, para emprender aventuras de más momento que la que dejamos concluida.

-Ahora bien, respondió Roldán, amanecerá Dios y medraremos.

Ya llegaban al decir esto frente del monasterio de san Mauro, situado en medio de encinares tan antiguos como las bóvedas góticas de su templo. El sol derramaba brillante lumbre sobre sus torres y cúpulas, mientras un céfiro suave, suspirando entre las flores, agitaba apenas las ondas del manso río, y reanimaba la atmósfera con deliciosos perfumes. Reponíase la naturaleza de los estragos de la noche con un hermosísimo día, y echábanse de ver en toda la comarca las reliquias del naufragio de que parecía haber escapado la tierra. Yacían por el suelo el alto pino y el robusto roble arrancados de raíz; hallábanse animales muertos en el hueco de las peñas, y era aún notoria la creciente de los arroyos y el rastro profundo que dejaran los torrentes.

Admirando el hermoso cuadro de mañana tan apacible y serena llamaron Roberto de Maristany y su discípulo al convento de san Mauro, donde fueron acogidos con benevolencia amistosa. Desde aquel instante dedicáronse los monjes a curar las heridas del caballero del Cisne, quien al despuntar la aurora del siguiente día abrazó a su maestro Roldán, que se despidió con mal disimulada ternura para empezar su viaje hacia el castillo del conde de Pimentel. Y aunque tan cariñosas emociones como poco comunes a su pecho, humedecerían sus ojos, quitasen algo a su lengua de la soltura que le era natural, no pudo arrancarse del lecho de su discípulo sin dirigirle entre grave y tierno, o si se quiere entre cuerdo y mentecato la amonestación siguiente:

-En nombre de san Jenaro y de la Trinidad de Gaeta, que pongas los pies en polvorosa así que saltes de ese cajón donde te han metido, y antes que acaben de entorpecer tu cabeza los negros vapores del encantado palacio, agorera habitación de la Reina del torneo. Por san Jorge, discípulo, que no sólo causarías la muerte de tu padre, sino la de tu maestro, como te dejases prender en la red que te tienden los enemigos. Eres todavía rapaz y necesitas de grave y experimentado varón que te aconseje y rija: por ende debes mirar mi

encuentro como una providencia del Altísimo: como una providencia, digo, de las más excelentes, interminables y... (yo no sé lo que me hablo) en resolución, paréceme que me explico: pues bien; ¡voto a todos los diablos!... quiero decir, que si no vienes a cumplirme tu promesa, juro botar otra vez al agua mi galera, o lo que viene a ser lo mismo, hacer remar por tierra las estiradas piernas de mi caballo *Tempesta* hasta volver a dar contigo para pegarme a tu cuerpo ni más ni menos que si fuera su sombra.

CAPITULO VI

Rápida ojeada a la corte de Castilla

Cuando se multiplicó por la tierra la especie humana, los hombres para ser felices salieron del fondo de los desiertos y se juntaron en sociedad. Andando los tiempos como la torpeza, el encono y mil vergonzosas pasiones devastasen las ciudades; los descendientes de Adán corrieron otra vez a los desiertos en busca de aquel puro silencio, de aquella misma tranquilidad y templanza por la cual los abandonaran en otra época, reuniéndose amistosamente en domésticos hogares.

La corte de Castilla en la ocasión de que hablamos podía dar una idea del grado de corrupción a qué habían llegado las sociedades humanas. Bandos, divisiones entre los grandes y otras borrascosas revueltas alteraron los ánimos, anunciando sangrientas calamidades a aquel célebre país, desde principios del reinado de don Juan el II. Atizaban estos vergonzosos desórdenes por una parte don Juan y don Enrique, infantes de Aragón, y por otra don Álvaro de Luna, gran valido del monarca castellano. Favorecían a aquellos el almirante don Fadrique, el conde de Benavente, los hermanos Pedro y Fernando de Quiñones, el conde de Castro y el de Pimentel; y apoyaban los pérfidos manejos del privado, su propio hijo don Pelayo de Luna, el conde de Alba, el marqués de Villena, Rodrigo de Alcalá, el gran maestro de Calatrava, el arzobispo de Toledo, hermano del mismo don Álvaro, el marqués de Santillana y el duque de Castromerín. Muchos grandes del reino se agregaban a uno de estos partidos según eran inclinados por deudo, amistad o carácter; mientras otros menos ambiciosos o turbulentos se mantenían quietos en sus castillos, y lamentaban en secreto aquellos sangrientos desacatos.

Generalmente parecían injustas las ambiciosas pretensiones de los infantes de Aragón, pero de todas maneras más tolerables que el orgullo y la desenfrenada codicia de don Álvaro de Luna. La soberbia de este favorito había enconado de tal suerte los ánimos, que era por do quiera aborrecido como el tirano de su país y el enemigo de la prosperidad ajena. Fácil y repentinamente subió distintas veces a la cumbre de la grandeza y buenandanza, y si los vicios no hubiesen envilecido su carácter, acaso diera muestras de blanda condición, unida a noble esfuerzo y perspicacia. Era de ingenio vivo, de juicio agudo, concertado en las palabras y aunque algo impedido en el habla, feliz y sazonado en los donaires. No obstante a mañosa astucia y profundo disimulo, juntaba mayor soberbia, ambición y atrevimiento: bajo tenía el cuerpo, pero recio y a propósito para las fatigas de la guerra; menudas las facciones de su rostro, pero graves, expresivas, llenas de espíritu y majestad. Acostumbrado a mandar en el ánimo del rey, había casi treinta años que estaba de tal modo apoderado de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se

hacía sino por su orden; y así es, que además de los muchos castillos y dignidades de que le hiciera merced don Juan el II, había conseguido ser nombrado condestable de Castilla en mengua de don Ruy López Dávalos, y posteriormente gran maestre de Santiago después de la batalla de Olmedo. Ufano con tal ilimitado poder, creyéndose cada día más seguro por haber salido libre distintas veces de los destierros y asechanzas que le armaron sus contrarios, por la privanza que tenía con el rey, por sus cargos y tesoros y haber ya fallecido el infante don Enrique de Aragón, uno de sus más encarnizados enemigos; subió en tanto grado su aspereza, que se dejaba visitar con dificultad, mostrándose descomedido en la cólera, fieramente desdeñoso en la alta opinión que tenía de sí mismo. Exasperado por otra parte con la animosidad de sus adversarios, así que se vio de nuevo en la cumbre de la grandeza, restituído a sus honores y autoridad, hizo sangrientos estragos con el deseo ardiente de vengarse, a guisa de fiera que agarrochea en la leonera, y después la sueltan contra aquellos mismos que antes la irritaban befándola y escarneciéndola.

Igual a su padre en orgullo y poder, superior a él en el desenfreno de las costumbres y relajación propia de la mocedad, descollaba don Pelayo entre los partidarios del favorito, y se hacía igualmente odioso a los pueblos y a la grandeza del reino. Diestro en el manejo de las armas, intrépido y bravo en batallas y torneos, no pocas veces puso en fuga las haces del rey de Granada, y los escuadrones del monarca de Aragón. La nombradía que adquiriera en estas andanzas y revueltas le valió entre sus secuaces el renombre de Aquiles castellano; hasta que apareciendo en la escena el caballero del Cisne, sus grandes hechos de armas eclipsaron algún tanto el esplendor de sus proezas. La fortuna reunió felizmente a estos dos guerreros en el brillante torneo de Segovia, y desde el célebre encuentro que tuvieron en él, muchos hubo que declararon mejor lanza al caballero del Cisne; por otra parte querido y ensalzado de los pueblos en razón de la nobleza de sus principios, franco desprendimiento, mansa y apacible condición.

Asociado el hijo de don Álvaro de Luna con Rodrigo de Alcalá, Raimundo de Monfort, Ramiro de Astorga y otros caballeros jóvenes y disolutos, cometían los mayores desaguizados y torpezas, so color de las enemistades de los grandes, y apoyados en la debilidad del rey y en el prestigio de que gozaba en la corte el primogénito del valido. De aquí podía decirse que era aborrecido don Álvaro como varón público, y su hijo como hombre privado: aquel se dejaba arrastrar de una ambición que no conocía freno, éste de bajas y lujuriosas inclinaciones: el primero sembraba discordias entre los grandes, suscitaba querellas y desolaba los reinos; el segundo insultaba los ancianos, no respetaba las vírgenes y cubría de luto las familias.

A pesar de algunos leves rumores acerca de estos desmanes y del carácter violento de don Pelayo de Luna, el duque de Castromerín estaba resuelto a casarlo con su hija, infatuado con el poder del condestable y su absoluta privanza. Conociendo don Álvaro las inmensas ventajas que semejante matrimonio acarrearía a su familia, y enterado de la pasión que inspiraba a don Pelayo la hija de Castromerín, había sabido lisonjear con maña la vanidad del duque, haciendo que el mismo rey se interesase en este casamiento, y le ofreciese brillantes mercedes y espléndidas dignidades. No dejaba de haber muchos que conociesen lo vergonzoso de esta alianza y las secretas causas que la hicieran entablar, pero eran cabalmente los que por su probidad, modestia y pundonorosa hidalguía no tenían favor en

la corte, viviendo por lo tanto oscuros y retirados en sus posesiones o castillos. Lejos pues de conseguir cosa alguna contrariando este proyecto, sólo hubieran contribuido a acrecentar la insolencia de sus autores por medio de su propio vencimiento. Desde su pacífico retiro auguraban a la nación largos días de llanto y desventura si se afianzaba el bando del soberbio favorito por medio del proyectado enlace con la ilustre heredera de Castromerín. El partido de los infantes que sólo pudiera resistir y acaso desbaratar estos planes, parecía haber enflaquecido desde la batalla de Olmedo, y el del condestable haber cobrado nuevos bríos y absoluto dominio en el mando. En vista de tal empeño llevado adelante a pesar de la oposición de Blanca, no había alma honrada y generosa que dejase de llorar la suerte de esta amable doncella, a quien la gente sensata deseara ver unida al caballero del Cisne, no sólo en favor de la justicia que asistía a este guerrero, sino también por haberse traslucido su pundonorosa conducta en el último atentado de don Pelayo, tanto más digna de elogio, cuanto más baja y criminal aparecía la de este jactancioso paladín. Con esto además desvanecía del todo el general deseo de dar fin a los bandos de Castilla por medio de una alianza entre dos familias de la primera nobleza aragonesa y castellana, que hubiesen figurado en primer escalón durante aquellas ominosas revueltas, y fuesen capaces por sí solas de mantener a sus jefes y secuaces en los justos límites de una capitulación prudente y ventajosa.

Un rey de más carácter y firmeza que don Juan el II habría conjurado con sesudas y acertadas providencias todo este fecundo vértigo de disensiones y horrorosos elementos de discordia. Pero el monarca castellano, si bien tenía algunas buenas partes, era de suyo flojo y pusilánime, y con la muelle educación que le diera la reina doña Catalina, más acostumbrado a la caza y los placeres, que a sostener con fuerte mano las espinosas riendas del gobierno. Ejercitábase y lucía el ingenio con estudios de música y poesía española, y gustaba también de que sus cortesanos se distinguiesen en el arte de trovar, y cantasen sus amores en fluidos y elegantes versos. Por esto florecieron en su corte esclarecidos poetas entre los cuales descollaba Juan de Mena, oráculo de aquellos tiempos, honra y gala de los ingenios, a quien debiera su naciente lozanía, su primitivo esplendor la poesía castellana. No es extraño pues que las floridas y vigorosas rimas de este famoso vate corrieran de boca en boca, sin que las pudiesen hacer olvidar con su belicoso estruendo las sangrientas guerras de aquel reinado, durante el cual y aún en los siglos posteriores han sido celebradas con extraordinaria admiración y aplauso.

Tan a propósito era el monarca para atender a estos literarios ejercicios, como pequeño y menguado para sufrir las incomodidades y trabajos del arte de mandar a los hombres. A poco rato que se dedicase a ello se sentía oprimido y congojoso, y soltaba el gobernalle del estado abandonándolo en manos de sus favoritos para entregarse de nuevo a la molicie y blandura, conducta bien opuesta al espíritu guerrero, robusto y varonil que siempre manifestaran los soberanos de Castilla. La elevación del cuerpo y blancura de su color prevenían de repente a favor de su persona; pero al examinarlo de cerca se desvanecía esta primera opinión notando ser algo metido de hombros, y trasluciéndose en su lánguido mirar y desmayados ademanes toda la pusilanimidad y abatimiento de su ánimo. Rey bondadoso y clemente, que acaso hiciera feliz a su pueblo en épocas de prosperidad y holganza; pero que ni pudo hacerse feliz a sí mismo luchando con los disturbios y alteraciones, que a manera de impetuosas oleadas inundaban por todas partes las Castillas en el siglo décimo quinto.

En medio de esta terrible confusión de sucesos, apenas se divisaba algún débil rayo de esperanza para aquel desgraciado reino. Verdad es que los torneos y el canto de trovadores alternaban con las continuas enemistades y los reñidos encuentros; pero muy poco aliviaban al pueblo tales espectáculos, puesto que a ellos sucedían otra vez los alborotos y las devastaciones. De frívolas cosas se originaban eternas desavenencias, grande avenida y creciente de sañas y de enojos: los que marchaban al frente de los partidos eran varones de irascible corazón, y al paso que dispuestos a irritar los ánimos de sus contrarios, incapaces de sufrir leves demasías, ni dejarse ablandar por el lastimoso cuadro de tantas calamidades.

No obstante don Enrique de Aragón, hijo del infante del mismo nombre, que murió de una herida en la batalla de Olmedo, daba muestras de carácter más brillante, generoso y elevado. Heredara de su padre el odio al condestable de Castilla y sus pretensiones a diversos estados de aquel reino; pero en atención a su espíritu marcial y caballeresco era de esperar que hiciese valer sus derechos con más nobleza y desinterés, moviendo abiertamente la guerra como esforzado, sin recurrir a la cábala o la intriga. Su juventud, las gracias de su persona y las prendas del ánimo de que tendremos ocasión de hablar le valieron un sinnúmero de partidarios que corrieron a pelear bajo sus banderas a do quiera que los llevase, seducidos por su afable condición y el elogio que hacía la fama de su intrepidez y talentos. Pero don Álvaro de Luna, temiendo como era de ver el prestigio de este nuevo contrario, más terrible por sus recomendables cualidades, que por su poder el otro infante de Aragón, entonces rey de Navarra, levantara contra él súbita e implacable persecución, obligándole a retirarse a su estado de Ampurias desde donde se disponía a vengar tamaño ultraje entrando por las Castillas al frente de ordenados y lucidos escuadrones. Por lo demás si a los buenos de este reino quedaba alguna esperanza de ver derribado algún día el partido de don Álvaro de Luna, podían únicamente apoyarla en el esplendor de este joven, digno por tantos títulos de la estimación y entusiasmo de los pueblos. Tal era el estado de las cosas de Castilla en la época de que hablamos, y tal la necesidad de que se solidase la marcha del gobierno, arrancando la raíz el poderoso bando, cuya desmesurada ambición y orgullo transtornaba los cimientos del estado, enemistaba entre sí los soberanos de la España, y hacía que continuamente ardiese el volcán de la discordia.

CAPITULO VII

El abad

Habiendo descansado de las innumerables fatigas que últimamente sufriera, y casi cicatrizadas las heridas que recibió peleando con don Pelayo y sus secuaces, disponíase el caballero del Cisne a salir del monasterio de san Mauro y encaminarse al castillo de Arlanza, con el deseo de averiguar si eran ciertos los vagos rumores que corrían acerca de las violencias que se ejecutaban en su recinto. El haber visto que Blanca no era indiferente a sus afectos, y estar penetrado hasta lo sumo de los hidalgos principios que exaltaban el pecho de esta célebre hermosura, impulsábale a hacerse digno de ella convirtiéndose en el campeón de los que en aquel tiempo de desórdenes y revueltas gemían so el desapiadado yugo de tiránicos varones. Tal vez con este medio, se decía a sí

mismo, lograré que lleguen mis hazañas a oídos de la deidad que reina en este desierto, y atraeré sobre mi cabeza las lágrimas de su alma sensible, y las bendiciones de los hombres de bien.

Pero la violenta inclinación a la hija de Castromerín contrariada por las dificultades que viera en el logro de estos amores y el odio al bárbaro don Pelayo, infundíanle atroz despecho, sombrío frenesí, y le hacían desear en medio de sus proyectos de venganza, la agitación y los peligros de la guerra. Ardía por arrojarse de nuevo al encuentro de su rival, atravesar buscándolo por encolerizados escuadrones y recibir si no lo alcanzaba la palma y la muerte de los héroes.

Sin embargo no efectuó inmediatamente estos deseos, detenido por los ruegos y persuasivas instancias del respetable abad de san Mauro.

-¿A qué viene, le decía, toda esa precipitación cuando corréis el riesgo, si vestís tan de pronto la armadura, de que se abran las heridas que recibisteis?

-Padre mío, exclamaba el hijo de Pimentel, no sabéis lo que sufre el guerrero pasando en la ociosidad los momentos que debe consagrar a la gloria.

-¡Ah! replicaba el anciano: si alguna vez tenéis la dicha de suspirar por el silencio del claustro, ya veréis como la ligereza juvenil se va convirtiendo en solidez, y la impetuosidad en mansedumbre. Ese corazón ora tan desasosegado y turbulento hallará quizás un horroroso vacío en el fondo de sí mismo, que no podrá llenar la gloria vana; un horroroso vacío que le hará odiar la vida cuando más le rodeen sus delicias, y anhelar en medio de ellas una felicidad menos estrepitosa, menos veloz y más pura. ¡Cuántas veces una tristeza que os parecerá fuera de sazón irá a sorprenderos en medio de vuestros triunfos! ¡Cuántas veces una lágrima indiscreta, un fugitivo suspiro, un ansia desconocida os harán recordar las dulzuras de esta pacífica morada! Así también llamaba un ave misteriosa al elocuente Agustino, y el eco de la trompeta del juicio estremecía a Jerónimo entre los blandos deleites de la capital del mundo.

Algo templado el impetuoso joven con este lenguaje místico y afectuoso, no salía de aquel antiguo santuario aguardando para hacerlo la completa restauración de sus fuerzas. La desesperación iba dando insensiblemente lugar a una melancolía más suave, y ya la quietud de aquellos sitios no dejaba de acomodarse al temple de su ánimo, naturalmente pensativo y melancólico. En esta situación apacible del espíritu observaba tristemente cual silbaban los vientos por los claustros del monasterio, e iban a estrellarse en la puerta de una celda solitaria, como también se estrellaban allí las pasiones mundanas y las vanidades de los hombres. Acaso llena de majestad y sosiego inspirábale la noche un suavísimo deleite: cuando apenas se percibía el manso rumor de las olas del cercano río algo confundido con el susurro de los árboles, y derramaba la luna su amortiguado brillo por entre las elegantes hileras de arcos góticos; envidiaba el fervor de aquellos solitarios, cuyo corazón puro, entonces en perfecta armonía con la calma de la naturaleza, se entregaba a las espirituales meditaciones de la felicidad que Dios promete a los justos.

En esto el eco lúgubre de la campana daba un colorido más tierno a las meditaciones del caballero: veía después los cenobitas con sus túnicas blancas y el mayor recogimiento

bajando uno tras de otro por un corredor distante hacia el coro, y dudaba si era aquello una aparición sobrenatural, hasta que interrumpían con su canto el curso de sus ideas y el profundo silencio de la noche.

Pero de todos los solitarios que habitaban aquel convento, ninguno le parecía tan respetable y acreedor a su aprecio como el que obtenía el título de abad, con quien había hecho conocimiento desde que calmó su efervescencia, persuadiéndole con tanta dulzura que no saliese de allí hasta la perfecta curación de sus heridas. Era un anciano prudente y cariñoso, digno ministro del evangelio por su templanza, ilustración y virtudes. Su apacible rostro, poblada barba, y majestuosa estatura le daban a conocer por el patriarca de aquel desierto. Tenía los ojos vivos, gratas las palabras como los perfumes de la feliz Arabia, y en su sonrisa había algo de candoroso e inocente que recordaba la sencillez de la infancia. Muchas veces paseando con el hijo de Pimentel por los bosques que rodeaban aquel solitario edificio, referíale con el candor de los padres del yermo las circunstancias que le hicieron tomar la senda del monasterio.

-No por despecho, no por consideración, le decía, me sentí inclinado a la vida religiosa. Lecturas santas, venerables amigos, divinos coloquios me obligaron a hacer el cotejo entre la quietud del claustro y las borrascas del siglo. Hijo de una familia ilustre empecé la carrera de la vida dedicándome como vos al ejercicio de las armas. Aún me acuerdo del terror que se apoderó de todos los habitantes de la tierra cuando el agigantado Tamorlán, allegador de gente baja, caudillo de un número grande y descomunal de soldados se levantó al improviso, rompiendo por las provincias de levante, a manera de caudaloso torrente que todo lo devastase y destruyese. Los partos, los egipcios, los turcos se postraron bajo su sangrienta cimitarra, y adoraron a aquel bárbaro endiosado con tantos triunfos y desmedido poder. Los pueblos de occidente temieron que también les alcanzase aquel azote del género humano, y yo fui uno de los embajadores nombrados por el rey don Enrique de Castilla para ir al campamento del feroz escita, y en su nombre felicitarle por sus terribles victorias.

-Perdonad mi ignorancia, padre mío, interrumpiome admirado el caballero del Cisne: ¿cómo había de creer hallar en este retiro uno de los famosos hidalgos que hicieron el viaje de que se cuentan tan maravillosos sucesos?

-Por eso, le respondió el anciano, no me admiro de que os seduzcan en edad tan vigorosa y juvenil las mágicas ilusiones de la gloria. Tal ¡ay! fuera en otros tiempos, pero los engaños y las desgracias hiciéronme dar de mano al comercio de los hombres. Como me irritaba su aspecto me separé de las ciudades, y arrastrado de no sé que secreto impulso, perdíame por los bosques cual si hubiese de hallar en ellos alivio a mi saciedad y aburrimiento. Una tarde que andaba errando por lo más espeso de la selva, oí de repente el eco de una campana: acometiome cierta alegría desconocida, y acordeme de las dulces auroras de mi infancia, de los cariños de mi buena madre y de la consoladora religión en que me habían educado. Lágrimas saltaron de mis ojos con tan blandos recuerdos y encamineme taciturno al monasterio de donde salieran los misteriosos sonidos. No puedo pintar lo que por mí pasó mientras cantaron aquellos venerables solitarios los himnos de la tarde: oculto entre los arcos del templo, y viendo al través de las ventanillas los estériles peñascos que circundan sus antiguos muros, figurábame estar en los desiertos de la Tebaida, oír a los Antonios y Macarios, y descubrirlos por entre las perfiladas columnas

de aquel santuario, con su báculo blanco y su plateada barba. ¡Ah! desde aquel momento fui otro hombre: lloré y creí: dulcificose la violencia de mi desesperación, y sucedió a ella una agradable tristeza: medité día y noche las santas escrituras, y mi alma volvió insensiblemente la atención a objetos grandes, luminosos y sublimes.

Sentíase enternecido el caballero del Cisne al escuchar un lenguaje tan amoroso y puro. Miraba con cierta veneración aquel sacerdote de los tiempos antiguos, y se figuraba oír en él a uno de aquellos patriarcas de la familia de Abraham, cuya existencia iba sosegadamente a su fin como el curso majestuoso de los ríos que se deslizan por las llanuras fértiles del Asia.

-Nunca recorro las misteriosas páginas de aquel sagrado libro, continuó el santo monje con dulce entusiasmo, sin llenarme de sorpresa contemplando el orden y la creación del universo; de admiración sublime cuando a la voz del Criador divide el primer rayo de luz el tenebroso caos, y veo la tierra bordada de flores, los peces hendiendo las fugaces ondas, las aves atravesando los aires, y elevarse el hombre en medio de tantas maravillas como la obra maestra del Altísimo. Y no menos me sorprende aquel numeroso pueblo descendiente de santa y respetable familia, que prospera con la bendición del Señor en medio de las calamidades, se multiplica en las cadenas, y lleva la desolación y el espanto con terribles prodigios, con plagas ominosas al pecho de un rey soberbio y al corazón de vasallos no menos vengativos y feroces. Cámbiase empero la sorpresa en humillación y ternura, cuando al son del arpa oigo vaticinar a los profetas la elevación y caída de los imperios, y después de haberme deslumbrado con el cuadro de su viciosa prosperidad, hácenme sentar sobre las ejemplares ruinas de Menfis, Jerusalén y Babilonia. ¡Ah! ¡no sabéis cuanto suaviza los dolores del espíritu la profunda meditación de los libros santos!

-Veo, padre mío, díjole el caballero después de algunos momentos de silencio, que esas sabrosas pláticas calman el hervor de mi sangre y desvanecen la sombría desesperación que se había apoderado de mi espíritu. Hallo como un bálsamo consolador en la blanda persuasión que, semejante a un purísimo raudal, fluye de vuestros divinos labios. La religión os presta un carácter sagrado, y este desierto sublime, esta silenciosa inmensidad parece comunicar a vuestro acento la energía de los profetas y la dulzura de los ángeles. Acaso perseguido de la fortuna, aburrido también de las pompas y vanidades humanas, me veáis llamar algún día a las puertas de san Mauro, implorando de vuestra ardiente caridad algún consuelo. Si tal llegare, añadía casi con lágrimas, y si es en balde que se combata en la tierra por la humanidad y la virtud, no rehuséis entonces abrimme los paternales brazos y acogerme benignamente en el seno de estas soledades. Por lo demás sería un ingrato si os callase por más tiempo mi verdadero nombre: llámanme por las Castillas el caballero del Cisne...

-¡Qué oigo! exclamó el prelado: ¿el hijo del ilustre Pimentel? ¡Ah! ¡cuánto me complazco en estrecharos en mis brazos! ¡Cuánto en haber recibido bajo nuestro techo hospitalario al héroe de Aragón!

-Basta, padre, basta, decía Ramiro algo confuso con aquellos elogios; sólo deseo manifestar mi sincera gratitud a vuestra generosa acogida.

-El veros en estos sitios, continuó el anciano, me alegra y entristece al mismo tiempo. Sabed que he sido uno de los mejores amigos de vuestro padre: en nuestra juventud hicimos juntos la guerra contra Portugal, y desde entonces ni los años, ni la distancia han podido enflaquecer mi afecto. Algunas veces habreisle oído hacer mención de Gómez de Salazar.

-Nunca os apartáis de su memoria, respondiolo el caballero, pero sin duda ignora que hayáis vestido los hábitos de Monje.

-Pues últimamente habrá llegado a su noticia. Hace no muchos días pasó por aquí un paladín aventurero diciendo que de su parte os buscaba por todo Castilla, tanto por el peligro que corréis en estas tierras, como porque os espera para abrir la campaña el infante don Enrique de Aragón. Iba de incógnito sin empresa en el escudo, a guisa de caballero novel, y habíale dicho el conde que sólo podía descubrirse al abad del monasterio de san Mauro. Sin duda supo que bajo de este sayal se oculta su antiguo amigo, y creería que acaso necesitase de mi auxilio aquel guerrero, si convenía a sus fines permanecer escondido en las inmediaciones de Castromerín.

-¿Y no indicó a qué punto debía dirigirme? preguntó Ramiro con impaciencia.

-Al castillo de san Servando donde reside el conde de Urgel. Ya os acordaréis de que el padre de este ilustre joven se atrevió a disputar al infante don Fernando de Castilla la corona de Aragón. Después de sangrientas lides, sitiáronlo en la ciudad de Balaguer, capital de su condado, donde por fin hubo de rendirse quedando su persona a merced del vencedor. Encerrole en un castillo el monarca aragonés, y allí acabó sus tristes días, dejando en la tierra dos infelices huérfanos. Arnaldo fue educado por orden del infante don Enrique en el mismo san Servando, edificio situado hacia la Francia en un rincón de Cataluña, única parte que le dejaran de la rica herencia de sus abuelos; y vuestro padre colocó a la joven Matilde en las monjas de san Dionisio de París, donde ha sido noblemente instruida a sus expensas.

-¿Según eso, replicó Ramiro, me habláis del bizarro joven cuya audacia en intrepidez han sido célebres en la guerra que la casa de Aragón hace en Italia?

-Precisamente, respondiolo el buen prelado: allá fue siguiendo a su bienhechor, y en medio del estrépito de las armas, trabó estrecha amistad con su hijo, mozo de sus mismo años, el que para vengar la muerte del padre y recobrar los estados que le dejara en Castilla, emprende ahora la guerra contra don Juan el II, y os llama a fin de que le acompañéis en ella alagado sin duda por el esplendor de vuestra gloria. El intrépido Arnaldo conducirá la vanguardia, por lo cual el rey don Alonso de Aragón le restituye parte de sus bienes, y aún anda muy valido, que al concluirse la nueva lucha volverán a su poder las antiguas posesiones de los señores de Urgel.

-Muy amigo era mi padre del infeliz conde Armengol, mas no lo pudo salvar de su desgracia. De entonces se interesó tiernamente por los dos ilustres huérfanos, y diversas veces me ha hablado de las brillantes empresas de Arnaldo en las campañas de Nápoles.

-Pues ahora, según dijo también el mensajero, quiere que os reunáis con él para que juntos toméis la vuelta de Ampurias, residencia del esforzado don Enrique de Aragón. El

noble infante trata de romper por las Castillas llevando la juventud más escogida y belicosa de aquel reino, y ved aquí por qué uno de los que más llaman su atención es el caballero del Cisne.

-Entonces hoy mismo me pondré en marcha para san Servando: siendo el condestable de Castilla el enemigo capital de los Pimenteles de Aragón, y contribuyendo con sus tramas a qué me arrebate su hijo la noble prez que yo ganara en el torneo de Segovia; no tengo menos motivos que el infante don Enrique para aborrecerlo de muerte y estar sediento de su sangre.

-Cuidad no obstante, le dijo el prudente religioso, de que no sospechen quien sois al atravesar por los estados del rey don Juan. Tiemblo por vos, amable joven, y si pereciereis a manos de un aleve, estoy seguro de que el conde de Pimentel no sobreviviera a tal desgracia. Mucho me entristecen las desavenencias que hay entre los grandes de la tierra, y si el sacrificio de mis canas pudiese ablandar la ira del Ser supremo, no dudaría un momento en inclinar sobre el ara mi culpable cabeza; pero Dios envía para castigar a los hombres la cólera de los reyes, y el brazo de su justicia pesa de continuo sobre los pueblos rebeldes. Con todo, hijo mío, justo es que corráis a la defensa de la patria, y honréis la ancianidad de mi valeroso amigo.

CAPITULO VIII

Un barón del siglo XV

Aquella misma tarde recibió Ramiro de Linares la bendición del noble abad de san Mauro y dirigióse con un escudero al norte de la península. No sin graves riesgos pudo llegar a los estados de la corona de Aragón por donde continuó su marcha hacia el sitio en que habitaba el bravo Arnaldo de Urgel. A medida que se iba acercando al condado de este nombre, presentábase el terreno más salvaje y montuoso. El Segre corría silenciosamente por entre dos altas montañas describiendo caprichosos giros, y por el hueco que ellas formaban se descubría un edificio oscuro elevado en lo más áspero y silvestre de la sierra: era el castillo de san Servando. Sólo distaba una jornada de la ciudad de Balaguer, famoso a la sazón y muy conocido en aquella comarca por residir allí el heredero del antiguo conde. Y como muchos de los habitantes se habían armado para acompañarle a la guerra de Castilla, país considerado por ellos como su eterno y natural enemigo; véanse varios pelotones de hombres de armas vadeando el río o ya subiendo por las áridas cumbres, cuyas sombrías facciones los hicieran tomar fácilmente por los bandidos de aquellos montes.

Guiado el hijo de Pimentel por ellos, poco antes del medio día divisó algunos perros corriendo tras de un lobo y a poco rato el caballero, que acompañado de un solo criado, iba en su persecución, hollando con ligera planta tan arduas y encumbradas selvas. Llegose el paje al escudero de Ramiro para preguntarle el nombre del paladín que al parecer se dirigía a san Servando, y así que lo supo corrió a decirlo a su señor, el cual mudando la dirección fuese inmediatamente al encuentro del extranjero, y tendióle la mano diciendo: bien llegado sea el caballero del Cisne a los estados de mis padres.

Apeose al mismo punto el hijo de Pimentel, y mientras correspondía con noble cordialidad a las afectuosas demostraciones de Arnaldo, admiraba interiormente su hidalgo y cortesano porte. Era de mediana estatura, pero suelto, proporcionado, y un gabán de color oscuro orillado de ricas pieles, muy ceñido y largo solamente hasta las rodillas, realzaba la gentileza y elegancia de sus formas. Apretado botín del mismo color subía hasta la mitad de la pierna, y la graciosa gorra coronada de plumas que llevaba en la cabeza, de la que se desprendía en numerosos bucles la rizada cabellera, daba marcial expresión a sus ojos ardientes y perspicaces, y animaba las facciones de aquel rostro varonil. Salía del cinto de terciopelo carmesí, que sujetaba el gabán en derredor de su airoso talle, un puñal con rica empuñadura de oro, y el paje llevaba el arco y las flechas de que se servía el intrépido barón contra los jabalíes y otras fieras de aquellas hórridas montañas.

Aunque cierto aire de afabilidad y franqueza daba a primera vista mayor recomendación a las gracias de su persona, hábiles fisonomistas hallaran que criticar en él examinándolo de cerca. Las cejas y el labio superior anunciaban la costumbre del mando; los ademanes, aunque naturales y sencillos, la ventajosa idea que tenía concebida de su propia superioridad, y a veces el involuntario movimiento de los ojos, su carácter fiero, orgulloso y vengativo. Por otra parte la expresión de sus rasgos era tanto más fuerte, cuanto se veía que podía darles la que juzgase a propósito a sus miras, en razón de lo cual era algo parecido su primer encuentro a los hermosos días de verano, que al paso que nos embelesan, anuncian con señales casi imperceptibles que no desaparecerán del horizonte sin que amenace el huracán las mieses de las campiñas.

En la primera entrevista no tuvo lugar el caballero del Cisne para hacer todas estas observaciones, por cuanto recibíole Arnaldo de Urgel como un amigo y compañero de armas, manifestando la mayor satisfacción en hacer la próxima campaña con tan famoso guerrero.

-Si alguna vez, le decía, he alimentado la esperanza de recobrar los estados de mi malogrado padre combatiendo contra don Álvaro de Luna, es cuando voy a perseguirle con el que ha sido desde sus primeros años el terror de las falanges castellanas.

-Os suplico que me habléis del conde de Pimentel, le dijo atajándole el del Cisne: figúromelo lleno de entusiasmos por una guerra como la que vamos a emprender.

-¡Oh! no lo dudéis, respondió Arnaldo: inflámanle por una parte los alevosos manejos del condestable contra el reino de Aragón, y la reunión por otra de tantos caballeros jóvenes, entusiastas y bizarros.

-Y decidme, amado conde, ¿hace mucho tiempo que le hablasteis?

-Apenas un mes: gozoso por el triunfo que acababais de conseguir en el torneo de Segovia, aunque algo resentido de que no le hubieseis dado parte de vuestra última andanza, no se cansaba de hablar de vos, y ponderar cual sería la humillación de sus enemigos. Hice un viaje a su castillo a fin de suplicarle de parte del infante don Enrique que vinieseis a pelear bajo de nuestras banderas, y sensible el noble conde a distinción tan

honrosa envió al momento uno de sus pajes para que en traje de aventurero os anduviese buscando por los reinos de Castilla.

Háblale en seguida de los preparativos de aquella guerra, de las hermosas cualidades de don Enrique, y de lo mucho que contribuyó don Álvaro de Luna a que el infante don Fernando, tío del rey don Juan el II, se sentase en el trono de Aragón, y encerrase perpetuamente en un castillo a Armengol de Urgel su desventurado rival.

Sin embargo, temiendo el conde el modo de pensar recto, a la par que franco, que a primera vista ya se echaba de ver en don Ramiro, calló que abrigase en el fondo de su corazón un proyecto de alguna más importancia que el de recuperar a fuerza de servicios y valor los estados de la casa de Urgel. Inclinado desde su más tierna infancia al joven don Enrique de Aragón, las prendas caballerescas de este príncipe, y las pruebas que le diera de la amistad con que lo distinguía, habían hecho concebir al atrevido Arnaldo el audaz proyecto de aprovecharse de los bandos y disensiones que dividían entonces la corte de Valladolid para colocarlo en el trono de Castilla. El ardiente entusiasmo con que lo había concebido, y la actividad que desplegara para su realización, traían su origen de la esperanza de participar de inmensos bienes y esclarecida gloria, al mismo tiempo que del deseo de vengarse de los enemigos de su linaje. He aquí porque había visitado a menudo desde su vuelta de Italia algunas principales familias del reino de Aragón, extinguido sus desavenencias, lisonjeado su avaricia u orgullo, y hécholas entrar con esto secretamente en sus planes.

Ya llegaban entonces los dos jóvenes caballeros al castillo de san Servando, vasto y grosero palacio sin ninguno de los prolijos adornos que hermoseaban en aquella época las moradas de poderosos barones. Los muros que lo rodeaban y las paredes del cuerpo del edificio eran de singular robustez: en todo se descubría la infancia del arte, y hasta las escasas labores que coronaban algunas de las ventanas, daban idea de una mano harto rústica y pesada. Elevábase en la cumbre de la sierra desde donde dominaba un dilatado país, tan áspero e inculto al parecer como la arquitectura de aquel alcázar solitario. No obstante la rudeza de los vasallos de san Servando era en algún modo compensada por un valor a toda prueba, y una fidelidad que jamás se vio desmentida. Zafios y feroces, pero robustos y esforzados, seguían a su señor al campo de batalla, y celebraban en versos provenzales, rebosando de energía sus inmortales proezas.

El caballero del Cisne fue agradablemente sorprendido de ver al entrar en el castillo más de cien montañeses perfectamente armados, que se ejercitaban en disparar el arco, blandir la lanza y disputarse el premio en la lucha y la carrera. Era por demás la agilidad y la astucia de que daban muestras en estos juegos gimnásticos: atravesaban con el dardo una hojita sutil a larga distancia, y despedían la pica con tal ímpetu y certeza, que haciéndola silbar por los aires, dejábanla temblando en el tronco del árbol donde clavaran el ojo.

Concluido este marcial espectáculo dijo el conde a su nuevo amigo que ya era hora de ir a comer. Extendíase el salón destinado para comedor en la parte baja del edificio, y una sólida mesa de encina casi lo ocupaba desde el uno al otro extremo. La comida fue abundante, pero algo tosca y sencilla: infinitos los convidados, algunos de ellos nobles barones de las cercanías, los restantes, ricos vasallos de la casa de Urgel, o capitanes de la vanguardia a cuya frente iba a colocarse el conde Arnaldo. Amén de estas prolongadas

hileras de huéspedes, notábase sobre la yerba, más allá de la puerta grande del castillo abierta de par en par, multitud de montañeses que recibía las sobras del abundoso festín. Veíanse formando a lo lejos grupos inquietos y movedizos de mujeres, niños, soldados y mendigos, por entre los cuales igualmente se agitaban enormes perros de caza, prontos, obedientes y ligeros.

Si bien la hospitalidad del conde parecía tan pródiga como la de un príncipe, no dejaba de estar sujeta a las reglas de la más prudente economía. Habíase recurrido a la despensa reservada del castillo a fin de poder presentar al caballero del Cisne algunos platos dignos de tan ilustre huésped. Por lo demás proveíase el resto de la mesa con enormes pedazos de vaca y de carnero, sabrosos quesos, frutas aunque secas incitativas, pan medianamente blanco, y sendos jarros del vino, a la verdad algo flojo, que producen aquellas comarcas. Pero en medio de este laberinto de platos y diversidad de manjares, lo que más campeada en aquella mesa era un carnero que sobresalía en el centro asado con tan diestro artificio, que para ello no tuvo el cocinero necesidad de dividirlo. Sin duda a fin de dar una idea de sus talentos había hecho que conservase la pobre víctima su posición natural, rareza singular que no la salvó de la voracidad de aquellas gentes. Mirábanla rato había con ojo examinador cual si cada uno espíase el hueco por donde la debía herir, y en efecto a una señal del conde Arnaldo atacáronla vigorosamente con los puñales, sin que pasado un instante quedase otra cosa de ella que un limpio y desagradable esqueleto.

Mientras duraba el festín mezclábanse las ásperas consonancias de una música guerrera con la algazara y los vivas de los bulliciosos concurrentes. Producíala un grupo de clarineros colocado a calculada distancia, sin duda con el objeto de que los sonidos poco delicados de sus instrumentos no aturdiesen la sala del banquete con sus robustos ecos. Las proezas que recordaban aquellos belicosos aires a los valientes allí reunidos, el entusiasmo que ardía en sus pechos escuchando o refiriendo lances de grandes peligros, descomunales cuchilladas y reveses, y sobre todo el menudeo de los brindis y el vigor de los manjares; hacía que ya se hubiese como desencadenado la alegría, y se guardase menos moderación en las acciones y comedimiento en las palabras.

Pero en medio de tanto estrépito óyese de repente la voz del conde de Urgel, y callaron todos en el mismo punto para prestarle atención.

-¿Pues qué, amigos míos, no hay por aquí, les dijo, algún inspirado trovador que haga oír a nuestro huésped los grandes hechos de armas en que se señalaron nuestros mayores? ¿Es posible que ya no se eleven debajo de estas venerables bóvedas los acentos de un sublime cantor para enardecer los espíritus? No se diga de nosotros que miramos con desprecio las costumbres de nuestros padres: ellos escuchaban con ternura el elogio de los héroes, y este célebre caballero, aunque no tiene mayor motivo para entender la lengua provenzal, también prestará grato oído a las celestiales inspiraciones de nuestros poetas.

Apenas había dicho estas palabras, levantose un joven en medio de la tumultuosa asamblea, y al plácido son del arpa se puso a cantar con voz bastante débil, interrumpida por ardientes suspiros. Animándose luego por grados no sólo logró cual si verdaderamente fuese un mortal inspirado, sino advertir que su férvido entusiasmo comenzaba a conmover la concurrencia. Al principio tenía los ojos bajos, pero muy luego

los revolvió fieramente por la estancia, exigiendo más bien que suplicando la atención de sus oyentes. La Sibila que en medio de tormentosa noche evoca los muertos con su canto desde el fondo de lúgubres cuevas, o la Pitonisa de Delfos agitándose sobre la trípode a fin de augurar el destino de los imperios, son débiles comparaciones para pintar la robusta expresión, la frenética energía del trovador que en el castillo de san Servando ensalzaba a los antiguos héroes de Cataluña.

Aunque entendiérase muy poco el caballero del Cisne la lengua provenzal, tenía fijos los ojos en el Orfeo de aquellos desiertos. Parecíale al principio que lamentaba el desastrado fin de famosos guerreros, al paso que dirigiendo a otros la palabra les animaba con elogios, afeaba su cobardía con denuestos, o embravecía les con amenazas. De pronto creyó distinguir su nombre en los labios del joven cantor, y confirmole en esta idea el ver que los ojos de todo el concurso se volvieron hacia él por un rápido y espontáneo movimiento. Ya en esto la llama del poeta se había comunicado con la velocidad de un fuego eléctrico a todos los circunstantes: pintábase en sus figuras montaraces y ennegrecidas el furor de las pasiones; agitábanse sus músculos, y cualquiera hubiese dicho que de sus entreabiertos labios destilaba sangre impura. Arrebatados en fin de la fuerza y armonía de los versos corrieron a colocarse en torno del trovador; y levantando los brazos con una especie de éxtasis, los llevaban involuntariamente a la empuñadura de sus espadas. Entonces con los trajes guerreros, las plumas que tremolaban sobre sus cabezas, y los feroces rasgos de sus fisonomías formaban un grupo digno del vigoroso y sombrío pincel del Salvator Rosa. Sin embargo cesó el canto, reinó por algunos instantes el más profundo silencio, y se calmaron poco a poco aquellos bárbaros continentes, recobrando cada uno el carácter que le era propio.

El conde Arnaldo que durante esta escena se ocupara más en observar los efectos producidos por el poeta que en dejarse arrebatar él mismo de su mágica influencia, llenó de fuerte licor una copa de plata que cabía lo menos media azumbre, y presentándola al hijo de Apolo le rogó que la aceptase como muestra de su agradecimiento, así que hubiera bebido el espirituoso néctar que encerraba.

-Sabed, añadió, que os venero como al Píndaro de estas selvas, al más canoro cisne del país del arpa, y al más digno descendiente del celebrado Blondel de Nesle.

El regalo fue recibido con las más sinceras demostraciones de gratitud y cortesía, y no hubo uno solo de los caudillos y demás gente allí reunida, que no aplaudiese hasta las nubes la generosidad del noble conde.

Manifestole Ramiro un vivo deseo de penetrar el verdadero sentido del himno que acababa de producir en aquella reunión tan extraordinarios efectos.

-A vuestro taciturno aspecto, respondiolo Arnaldo, me había sido fácil adivinar que os ocupaba semejante idea, e iba a proponeros si queríais subir a los aposentos de mi hermana Matilde, que tanto debe a la casa de Pimentel, a fin de que como más inteligente que yo en la gaya ciencia satisfaga vuestra natural curiosidad.

Aceptó gustoso el hijo de don Íñigo aquel ofrecimiento, y encaminose con su amigo a las estancias superiores del palacio donde habitaba la hermana del gallardo conde, después

de haber dicho estas algunas palabras a los convidados que estaban a su alrededor. Apenas habían salido de la sala del festín, oyeron como resonaban por mucho tiempo en ella mil fervorosos brindis en honor de Arnaldo y a la prosperidad de su casa, lo cual dio al caballero del Cisne una idea de lo mucho que lo estimaban sus vasallos.

CAPITULO IX

Los dos hermanos

Las salas ocupadas por Matilde de Urgel y sus sirvientas tenían muy sencillos adornos, al paso que brillaba en ellos un pulidísimo aseo y el más exquisito gusto. Parece que se habían propuesto los dos hermanos gastar lo menos posible en ornatos lujosos, a fin de que no faltasen al conde los medios de ejercer con brillantez, y aún con profusión las virtudes hospitalarias, para aumentar de esta manera el número de sus vasallos y prosélitos. Sin embargo, no se advertía la misma simplicidad en las ropas de la nobilísima doncella: era su traje rico a la vez y elegante, y tanto en la forma como en la manera de llevarlo ostentaba la cultura de las costumbres de Venecia, y el aliño seductor de las damas de París. Caíanle los cabellos en luengos bucles sobre el seno y las espaldas, y una especie de diadema de oro, salpicada de diamantes, realzaba gallardamente su color de ébano, dando a toda su figura la apacible majestad de una reina asiática.

Matilde de Urgel tenía mucha semejanza con su hermano: igual forma de rostro, igual perfil a la griega, los brillantes ojos, las graciosas cejas, la penetrante ojeada; pero el conde estaba algo tomado del sol, y era Matilde más blanca que el alabastro: chocaba en Arnaldo un aire de marcialidad juvenil, y esta misma fiereza se veía en los rasgos de su hermana suavemente dulcificada con seductora sonrisa, y el metal de voz más sonoro y halagüeño. Cuando era de su gusto la conversación, no solamente sabía desplegar en ella los giros de una flexible elocuencia, sino tomar los tonos propios para persuadir, convencer, y hacerse escuchar sobre todo con interés y embeleso. La impetuosa mirada de Arnaldo parecía anunciar cierto despecho interior en razón de los obstáculos que había de vencer; pero pintábase en la de Matilde el irresistible encanto de una afectuosa tristeza.

Bien se descubría en estos síntomas que sólo respiraba el uno por el poder, las dignidades y la gloria, mientras la otra satisfecha con su suerte plañía de todo corazón a los que se dejaban dominar de la sed de las riquezas y los prestigios del orgullo. Entrambos ya por los principios en que se habían educado, ya por lo mucho que debían a sus ilustres bienhechores, miraban cual obligación sagrada el sacrificarse por ellos. Arnaldo como hombre que deseaba medrar, como guerrero criado entre el estruendo de las armas se inclinaba al infante de Aragón: Matilde aunque agradecida al joven príncipe la desinteresada amistad que profesaba al último vástago de su familia, creíase secretamente más obligada al señor de Pimentel: respetábalo como a un padre, y pedía de continuo al cielo en sus inocentes plegarias le permitiese consagrar sus días en beneficio de aquel anciano, y suavizarle las incomodidades de la vejez con su cariño filial. Así que supo que su famoso hijo era el objeto de las iras del condestable don Álvaro, y que por este motivo entraba el conde en los planes del infante de Aragón contra el monarca de Castilla, se

alegró de ver reunidos los deseos de sus respetables protectores, y juró arrostrar toda suerte de obstáculos y hacer los más altos sacrificios para coadyuvar al feliz éxito de sus osados proyectos.

Harto se comprende por lo que acabamos de referir que su modo de pensar sobre este punto había de ser algo más generoso que el de su hermano. Acostumbrado este a los manejos de la corte, y siendo por naturaleza ambicioso, mezclábanse hasta cierto punto estas cualidades en la amistad que manifestaba al infante don Enrique. Ocupábase ante todo de su propio engrandecimiento, y a pesar del celoso fervor con que entonces reuniera sus vasallos y corría a ponerse al frente de la nueva expedición; no era fácil decidir si tenía mas parte en ello el agradecimiento a su augusto amigo, o el deseo de ensanchar sus dominios y volver a su familia la antigua y eclipsada pompa. Pero el corazón de Matilde ardía en el amor más puro y desinteresado por los que honraron la memoria del autor de sus días, enjugando las lágrimas de sus inocentes huérfanos. En obsequio de tan dulce recuerdo gran parte de una pensión, que recibía de la corte de Zaragoza, estaba consagrada a socorrer los enfermos y ancianos de los estados del conde, y era por lo mismo tan grande el amor de aquellas gentes, que la miraban como un serafín enviado del cielo para alivio de sus cuitas y miserias. En fin, los dones de que la colmó naturaleza, los elegantes modales de una fina educación, y lo mucho que entendía en la literatura italiana y provenzal, hacíanla muy superior no solamente a su hermano, sino también a todas las bellezas de los dominios de Aragón.

Y si nos fuese permitido trazar un paralelo entre las dos célebres beldades de aquel siglo Matilde de Urgel y Blanca de Castromerín, diríamos que esta parecía más tierna, y aquella más melancólica. Una y otra habían nacido para embellecer la sociedad y entusiasmar a los héroes; sin embargo, Blanca tenía más brillantez por haberse criado siempre en la opulencia, y Matilde más recogimiento por haber conocido la desgracia. Aquella lo debía casi todo a la naturaleza, esta debía mucho a la educación: si la una lloraba era porque en aquel momento se creía desdichada; pero vertía la otra lágrimas involuntarias de ternura sólo para dar pábulo a su tristeza habitual. Aunque ambas eran de carácter blando, primero se echaba de ver en Blanca la belleza que la dulzura, y esta cualidad en Matilde era aún más reparable que la de su rara belleza. La heredera de Castromerín amorosa, inocente, a veces jovial, era como el parto más risueño de la imaginación, el ser más lindo de la especie humana; la hija del infeliz conde de Urgel lánguida, pensativa y solitaria parecía en su tristeza misma ser superior a los hombres y participar de la naturaleza de los ángeles. ¡Ah! con un corazón igualmente tierno, igualmente formado para el amor, al parecer había de hallar Blanca la felicidad de su vida en esta pasión violenta, y en ella la sensible Matilde su desgracia por leerse en los rasgos de esta última aquella especie de fatalidad que apareció más tarde en los de María de Escocia.

Terminadas las ceremonias de esta presentación, tomó Arnaldo la palabra y dirigiéndose a su hermana: antes que yo baje, le dijo, a llenar los deberes que me impone la hospitalidad y la usanza de nuestros mayores, tengo el placer de participaros que el caballero del Cisne es un admirador entusiasta de los poetas provenzales, aunque con la desgracia de entender muy poco su lengua. Le he dicho que se hallaba en vos rara facilidad y talento para traducirlos en castellano, y desearía tuvieseis la condescendencia

de recitarle en este idioma la composición provenzal, que Cabestany nos ha cantado en la comida. Y si no temiera vuestra inocente ira, no tendría reparo en decir a don Ramiro que sois como la musa de los trovadores, y que someten sus versos a vuestro examen antes de publicarlos.

-¿Cómo es posible que digáis eso, querido Arnaldo? Harto sabéis que mis traducciones pueden interesar muy poco a quien las oiga, aun cuando fuesen hechas con la maestría que habéis indicado.

-Yo juzgo de los demás por mí mismo: hoy me han costado los versos de Cabestany la mejor copa de plata que había en san Servando, porque ya os acordareis de aquel antiguo proverbio: «cuando la mano del barón se cierra, enmudece el trovador.»

-Muy bien dicho, Arnaldo, pero de aquí en adelante sed más prudente en guardar mis secretos si queréis que haga otro tanto con los vuestros...

-*¡Bravo! carissima sorella:* he aquí lo que se llama herir por los mismos filos; pero esperan mis convidados y os dejo para que habléis a vuestro sabor acerca de la belleza de los versos provenzales, sin ser incomodados por la presencia de un hombre enteramente profano a sus misterios.- Dijo, y salió del aposento.

Su amable hermana y el caballero del Cisne hicieron desde entonces el gasto de la conversación; pues aunque había en la misma estancia dos doncellas, destinadas al parecer a amenizar la vida solitaria y uniforme de Matilde, no tomaron parte alguna en el diálogo. Tuvo este por objeto el mismo tema que el conde había propuesto, y el entusiasmado Ramiro no experimentó menos sorpresa que satisfacción oyendo cuanto le refirió aquella hermosa joven acerca de la poesía de Provenza.

-Los habitantes de estas montañas, decía Matilde, pasan las noches de invierno oyendo junto al hogar los versos en que se cuentan las guerras donde se hicieron célebres nuestros mayores, y las exageradas aventuras de los héroes. Tienen estas poesías cierto perfume de antigüedad que les da un afectuoso interés: por eso son tan conocidas en la Europa y las cantan nuestros poetas en los palacios de los reyes. Pero es preciso convenir en que pierden de su belleza cuando se traducen, y como si se evaporase el genio poético que las dictó, dan sólo una débil idea de la energía que brilla en la inspiración del trovador.

-¿Me atreveré a deciros, repuso tímidamente el caballero, que he creído oír mi nombre en los versos de Cabestany?

-Y no os habéis engañado, respondió Matilde: los poetas provenzales tienen el talento de improvisar, y como su lengua fluida, abundante y sonora se presta maravillosamente a los raptos de la fantasía; acontece que añaden por lo regular a sus cantos estrofas análogas a las circunstancias presentes.

-No sé qué daría por saber lo que le ha ocurrido decir acerca de un paladín como yo obscuro y desconocido.

-Pronto, respondió Matilde, será satisfecha vuestra curiosidad... y llamando a una de sus sirvientas, encargóla que condujese al caballero a cierto paraje del bosque, más agradable que los floridos vergeles del oriente, prometiendo acudir también allí dentro de breves instantes.

CAPITULO X

El canto del trovador provenzal

Hízolo salir la doncella por una puerta trasera, de donde oyeron a lo lejos el son de los clarines y los aplausos de los convidados, que aún no habían dejado la mesa del festín. Condújole después por un angosto sendero que se abría paso en medio de un valle más abajo del palacio, donde serpenteaba también un riachuelo cristalino. Habían andado cerca de un cuarto de hora, cuando llegaron a cierto sitio en que la reunión de dos arroyos formaba el río poco caudaloso de que acabamos de hablar. El más considerable de ellos venía del fondo del mismo valle, y parecía extenderse a largo trecho sin ser cortado por las rocas y colinas que se elevaban a cierta distancia como una majestuosa barrera. El otro traía su origen del seno de aromáticas montañas, y salía a borbotones de una gruta de granito que separaba en su falda dos empinados peñascos. Era el primero de blanda y apacible corriente y sus plateadas ondas si tal vez se derramaban como rociado con las perlas de la aurora; pero el segundo precipitábase rugiendo desde lo alto de las rocas, cubriéndolas a menudo de blanca y rabiosa espuma.

Hacia el nacimiento de este caprichoso manantial llevaba la hija del desierto al sorprendido guerrero, y un caminito recientemente arreglado a fin de que fuese más cómodo para Matilde, los condujo a una soledad mansa y deliciosa, absolutamente distinta de la que acababan de ver. Si los alrededores ásperos y descarnados del castillo tenían un carácter de uniformidad y desolación que abatía el espíritu, en cambio el cuadro que se desplegaba ahora ante sus ojos parecía realizar los más exaltados sueños de la imaginación y dar una idea del mágico país de los encantos.

Dos altas peñas cual terribles gigantes parecían defender la entrada de este misterioso retiro, y sólo al llegar junto a ellas advirtió el caballero que la senda por donde iba daba la vuelta en torno de sus masas imponentes. Las que se elevaban algo más lejos desde una y otra margen del arroyo inclinábanse tanto por lo más alto de su cumbre, que dos largos pinos cubiertos de musgo, colocados acaso sobre esta abertura formaban un puente rústico de más de ciento cincuenta pies de elevación sobre tres de ancho, suspendido al parecer entre la tierra y las nubes sin baranda ni apoyo alguno.

Al fijar la vista en aquel liviano tronco, que sólo parecía desde abajo una línea negra trazada en el vago espacio de la atmósfera, quedose como asombrado el caballero del Cisne; mas no pudo dejar de estremecerse descubriendo a Matilde y su doncella que semejantes a dos ninfas aéreas iban ligeramente a atravesarlo, sin que reparasen siquiera en aquel horroroso abismo. Y notando por azar la hermana del conde Arnaldo en el gentil caballero, detúvose en la mitad del frágil leño, y con ademán lleno de gracia y finura hízole desde allí un galán saludo moviendo el pañuelo blanco. Trémulo y pálido el hijo de

Pimentel al contemplarla como suspensa en el aire, apenas tuvo valor, para corresponder a tal fineza, y sólo empezó a respirar cuando más veloz que el pensamiento viola correr a la opuesta orilla y ocultarse entre los árboles de sus bosques.

La otra joven hizo pasar a Ramiro por debajo del mismo puente que le había causado tanto susto.

Al paso que se acercaban al nacimiento del raudal hacía más rápida la pendiente, terminando la pradera en un tosco anfiteatro donde estaban agradablemente confundidos el álamo blanco, la verde encina y los frondosos nogales. Comenzaba a ensancharse la garganta formada por aquellos montes, mas no por eso dejaban de ostentar las peñas sus erizados picos, ya pálidos y espantosos en su misma desnudez, ya cubiertos de zarzales y otros áridos arbustos. Haciendo un corto rodeo hallose repentinamente Ramiro ante una brillante cascada, más notable por el efecto pintoresco de su colocación que por la abundancia de las aguas o la altura de su caída. Producíala el mismo arroyo arrojándose desde la cumbre de una roca en profundo recipiente formado por la naturaleza, y aunque al estrellarse en él se deshacía en espuma y levantaba en torno como un ligero vapor, eran las ondas tan limpias y transparentes que se veía en el fondo hasta el más leve guijarro. Hinchábanse en aquella especie de espectáculo y corrían después con bastante mansedumbre a ocultarse por entre amontonadas peñas, de donde se veían precipitar más turbulentas hacia la pradera que últimamente atravesara el caballero del Cisne. Por los alrededores todo estaba en armonía con las bellezas de esta soledad majestuosa: bancos de césped colocados en el hueco cóncavo de las peñas, húmedas y sosegadas cuevas como practicadas en la vertiente misma de las colinas, sombrías arboledas inspirando silencioso temor cual si fuesen habitadas por las rústicas deidades; aumentaban el efecto de aquel plácido recinto, verdaderamente romántico y solitario.

Viendo Ramiro a Matilde en ademán de admirar el salto de las aguas se le figuró un ser formado por la emanación de su luminosa espuma, o el más querido de los ángeles contemplando la hermosura del universo en los primeros días de la creación. Su doncella la seguía con el arpa a poca distancia y el sol empezaba a ocultarse por la espalda de los montes. Sus débiles rayos derramando suave luz sobre los objetos daban más expresión a los ojos negros de Matilde y hacían resaltar la blancura de su tez y las dedicadas formas de su flexible cuerpo. El absorto joven convino interiormente en qué los delirios de su exaltada imaginación nunca le dieron la idea de una mujer tan perfecta, y en medio de su entusiasmo creíase transportado a los jardines del aromoso Edén.

Conociendo Matilde como toda mujer linda la influencia de sus gracias, no se le escapó la turbación del amable paladín, y dióse prisa a cortar una escena que alarma siempre la delicadeza del pudor, sin manifestar haber comprendido las emociones que inspiraban sus encantos. Encaminose pues tranquilamente hacia una selva poco distante para que el ruido de la cascada no sufocase el son del arpa, sino que formase con ella una especie de armonía misteriosa. Sentose debajo de un arco aunque tosco muy gentil descrito por peñas cubiertas de blando musgo, y tomando el instrumento de manos de su doncella, volvió los ojos en torno cual si se complaciese en el cuadro que presentaba aquel agreste y apartado sitio.

-Ya veo, dijo después de algunos momentos de silencio, que acaso he abusado de vuestra condescendencia haciéndoos andar más de lo justo, pero me lo debéis perdonar en gracia de la buena intención que tuve en ello. No sólo creí que este sitio os podría embelesar, sino haceros indulgente en favor de una traducción inculta y desaliñada: mis versos por naturaleza rudos tienen necesidad de esos acompañamientos selváticos, y las musas provenzales, suspirando de continuo por las dulzuras de un silencioso retiro, gustan mezclar su voz con el ruido del torrente, y prefieren para su adorno las flores silvestres del desierto, a las brillantes guirnaldas de los jardines.

-¡Ah! respondió el caballero, nunca tuvieron las musas un intérprete tan digno de sus gracias y su genio.

-¿Por qué me habláis en ese tono de pura galantería? Matilde debe esperar más franqueza del hijo de su bienhechor. Por lo demás en medio de esa calma majestuosa me complazco en cantar las proezas de nuestros famosos abuelos. De ellas fueron testigos estos mismos lugares ora tan desconocidos y solitarios: ¡Berenguer de Prades! ¡Roger de Lluria! ¡Raimundo de Urgel! si vuestras almas vagando sobre nubes flotantes han escuchado mi débil canto muchas veces confundido con el agudo silbo de la tempestad, y si al compás de mis rústicas canciones se han agitado de placer con la memoria de sus grandes hechos; no olvidéis que aún existe un guerrero descendiente de vosotros, aspirando con sagrada emulación al empeño de imitaros.

-Ahora conozco por qué decía mi padre que el espíritu marcial y el deseo de gloria de todos los héroes de la casa de Urgel, se encerraban en el pecho de sus dos ilustres huérfanos. No, Matilde, no llevéis a mal que os hable en lenguaje que pudiera incomodaros, si no fuese el de la pura verdad. Hasta hoy no había tenido ocasión de conoceros, y sin embargo tanto por vuestra nombradía como por los enérgicos principios de que hacéis alarde, fácilmente hubiera descubierto en vos la hija del desgraciado Armengol.

-No dudo que hallareis en mis ideas algo de familiar con las vuestras porque todo lo debo a la casa de Pimentel. Desde mis tiernos años me colmó de beneficios, y hasta que el conde Arnaldo de vuelta de las campañas de Italia llevome consigo a uno de los castillos de mis padres, me sostuvo el vuestro con fastuoso decoro en las monjas de san Dionisio. ¡Con qué ansia deseo consagrar los días que me restan en obsequio del generoso barón, que tendió una mano piadosa a mi desamparada niñez!

-Tan fino agradecimiento sobrepuja el valor del obsequio. No volváis los ojos al cielo con esa tierna expresión, y olvidad por Dios las desgracias de vuestra familia: los esfuerzos de tantos guerreros, ya reunidos en san Servando, procurarán restituirle su amortiguado esplendor; también, noble Matilde, voy a enristrar la lanza para conseguirlo, y juro, aunque débil apoyo, poner a vuestros pies el laurel que recompense nuestros triunfos, o perecer gloriosamente en la demanda.

-Bien sabe el cielo que desearía desvaneceros de semejante idea, pues creo que obráis mal en exponer una vida tan sumamente cara a mi ilustre bienhechor. Halagárame, es verdad, ver en su brillantez primera la soberana casa de Armengol; pero prefiero bajar al sepulcro sin conseguirlo, a causar con ello la más leve desazón al señor de Pimentel.

Cuando pienso en que el ser famoso y valiente no os libra de un funesto azar, que una flecha disparada por mano certera, una lanza que vuela por los aires sin que la veáis venir... ¡ah! perdonadme, noble señor, si os suplico que no os comprometáis en una empresa, que puede ser fatal a las canas de vuestro padre y a mi justo agradecimiento.

-¡Qué es lo que decís, Matilde! esa generosidad mal entendida acaso me libraré de la muerte, pero ajaría el lustre de mi fama. Sabed que sería un vil si no me mostrase digno en esta ocasión de la hidalga conducta de mi padre: a imitación suya me jacto de amar la familia de Urgel, y combatiendo por ella peleo también contra los enemigos de la nuestra.

Matilde al oírle bajó los ojos y guardó triste silencio. Deseosa empero de templar la agitación del paladín paseó los ágiles dedos por las cuerdas del instrumento, y lo hizo suspirar tan blandamente, que no sólo logró calmarle, sino despertar en su fantasía las vagas ilusiones de una dolorosa ternura. Conmovido y taciturno separose algún tanto para saborear mejor los ecos de aquella música celestial, y apoyándose contra un roble cruzó las manos sobre el pecho y escuchola con dulce arrebató. Desaparecía el crepúsculo vespertino, y la luna, dando principio a su lenta carrera, iluminaba con el más puro de sus rayos el lánguido rostro de Matilde. El acompañamiento monótono del trovador fue reemplazado por ella con un aire patético y doliente, muy propio para mezclarse con el lejano rumor de la cascada y el manso susurro del céfiro que silbaba entre las hojas. Soltó en seguida su voz blanda y sonora, y dio principio al canto.

Brilla la estrella de la noche suspendida en medio de un cielo azul, y baña en suave lumbre las riberas del Segre: los antiguos torreones de San-Telmo elevan hasta las nubes susafiligranadas almenas: reina en torno un silencio sepulcral, y el sonoro ruido de espadas y armaduras ya no se oye so los arcos de su techo solitario.

¡Fueron los días en qué los pálidos rayos de la luna reflejaban en los plateados yelmos de sus intrépidos barones! ¡Fueron los días en qué al abrigo de la húmeda noche atravesaban los campos cubiertos de resplandeciente acero!

El astro nocturno era para aquellos héroes el brillante faro que los guiaba a las batallas, y el melancólico genio que les hacía suspirar de amor. ¡Ay de mí! ahora no es más que una antorcha fúnebre, que alumbrá sus urnas sepulcrales desde la bóveda celeste.

¡Estrella de la noche! ¿qué ha sido de su valor? ¿cómo se ha eclipsado su brillante audacia? Al furor que los animaba, al ardiente deseo de hacer célebre su nombre, furiosos ejércitos apenas contenían su ímpetu, y los ríos y los mares eran débiles barreras.

¿No veis un paladín viniendo a todo escape de la parte de occidente? Lleva un caballo negro como el ébano, y los ecos de las cavernas repiten sus veloces pasos cuando hiere con férrea planta la dura superficie de las rocas. ¡Detente, detente, desgraciado campeón! en balde la tempestad brama sobre tu cabeza; más terrible es la que destroza tu rencoroso pecho, y la sufres sin embargo, y la ensañas de continuo con el deseo de nuevos crímenes.

A pesar de los pocos años se leen en tu frente lívida las huellas de las bárbaras pasiones, que han envenenado tu espíritu: ¿por qué inclinas el ojo feroz hacia la tierra y velozmente pasas cual un meteoro de funesto augurio? ¡Berenguer de Entenza! mi corazón ha palpitado a tu tránsito, y mis ojos ya no te han desconocido.

Fuiste a sembrar el terror por los campos de la enlutada Grecia con Roger de Lluria, Raimundo de Urgel, Feliu de Moncada y los Pimenteles de Aragón, sus hijos se postraron llorosos a tus plantas y ella misma envuelta en el antiguo manto, sosteniendo con las manos la urna de alabastro que encerraba el polvo de sus héroes te pidió misericordia... ¡ay de los vencidos! dijiste; y la noble matrona sin fuerzas para resistir este último ultraje, sepultó en el Eurotas su impotente despecho.

Viniste desesperado para engruesar tu bando, y vuelves ya contra el implacable Roberto de Rocafort, que osa disputarle el imperio. Huyes de la dulce esposa y de la anciana madre, que sin fruto se asomaron largo tiempo a la más alta peña con el falaz deseo de descubrir a lo lejos las ondas del agitado mar. ¡Yo las vi cubiertas de lágrimas tendiendo los brazos hacia las playas de Oriente...!

Al estrecharse en ellos ¡cuán otro te encontraron del que fueras cuando hacías sus delicias! Observaron en tu rostro tomado del sol y sombreado por los polvorosos rizos de tu negra cabellera, la sed de sangre que enardece tus fauces: el movimiento convulsivo de tus labios les reveló las impuras blasfemias que apenas podían reprimir, y en las móviles arrugas de tu frente leyeron el rencor de los tiranos y la fría indiferencia de los verdugos. En vano te conjuran para que no salgas del techo paternal; tu alma fiera suspira por los combates, por las sangrientas revueltas, y mira con insultante desdén las floridas cadenas del amor, y los blandos deleites de la holganza.

Tal la ruina de las aves desprecia la suave llanura, y sólo detiene su vuelo sobre escarpadas rocas cubiertas de eternas nieves, o en tempestuosas playas donde se ve al naufrago luchando para salvar la vida rodeado de tablas, mástiles y cadáveres. Mientras suspira el dulce ruiseñor entre las flores, arrebatada ella sus víctimas a la áspera cumbre del Caúcaso, y se complace el devorarlas en sus moribundos gemidos.

¡O Grecia! preciso es que sucumbas a la pujanza de tantos valientes. El más terrible de ellos caerá en tu mismo seno para aplacar con su muerte los irritados manes de Temístocles; pero ¡cuántos de tus más dulces hijos habrá inmolado antes a su fulminante rencor! En balde te immortalizan los anales, en balde mientras millares de reyes olvidados en la noche de los siglos dejan una pirámide sin nombre, ha respetado el tiempo la columna elevada cabe el sepulcro de tus héroes, o les ha dejado un monumento más duradero de su gloria en las montañas de su país natal... Entenza no se entenece, antes se burla con grosera arrogancia del esplendor de tus fastos y de tus antiguos laureles.

¿Oís el marcial son de los clarines, el estruendo de las falanges, el relincho de los caballos?... ¡Estrella de la noche! tú alumbras débilmente al impío Roberto cuando acechaba a su feroz rival por las olorosas márgenes del Estrimon. Con pérfida y silenciosa planta espiaba el orden de sus haces y el número de los guerreros que iban en ellas: en tanto sus escuadrones permanecían ocultos en las concavidades de las peñas, sólo aguardando un grito del capitán para caer sobre sus valientes enemigos.

¿Quién es el atrevido campeón que marcha a su frente? Cubre un sombrío penacho su inalterable faz, y las pobladas cejas que frunce, anuncian de lejos su mal reprimida cólera... ¡él es! reconocedlo en la palidez de sus rasgos, y en la siniestra ojeada que arroja en torno de sí... ¡muera! exclama Rocafort ardiendo en ira, y los escuadrones de Entenza rechazan animosamente el ímpetu de los contrarios.

Cuando un río precipita en la mar el arrebatado curso de sus aguas, levanta el Océano las suyas en azuladas columnas para resistir soberbio la impetuosa corriente: avánzanse las ondas, y su terrible choque resuena en la estremecida ribera: brillan tal vez espumeantes y desaparece por un momento la superficie de las socavadas peñas, eternos límites de su eterno furor.

Tal fue el encuentro de los dos héroes. Animados del mismo espíritu de venganza, cierran uno contra otro y pugnan para saciarse de sangre, anunciando el infernal deseo de celebrar su triunfo bebiéndola en el cráneo mismo de su contrario. No pelean sus soldados con menos encono: el crujido de las lanzas que se rompen, las amenazas de los que hieren, los ayes de los que expiran espantan los ecos del valle, sólo acostumbrados a repetir las canciones de algún pastor solitario.

¡Ay! ninguno pide cuartel: todos descargan la diestra para vencer o morir. Los amigos se buscan y se separan; rompen fácilmente los amantes su frágil cadena de flores; pero sólo la muerte puede dividir a los que se odian si por desgracia llegan a agarrarse una vez.

Raimundo traspasa a Lluria con tres lanzas, y Feliu de Moncada expira a los pies de Pimentel: cae en uno y otro bando la flor de los valientes, y cual si el demonio de las venganzas anduviese discurriendo por las filas, sólo se oyen denuestos, blasfemias e imprecaciones.

Pero vuela en pedazos el acero de Berenguer de Entenza, y su diestra arrojada después a larga distancia del cuerpo, aún lo empuña con desesperado furor. El agigantado paladín yace tendido en el mismo sitio donde cayó, y en su torno se descubre la impresión sangrienta de la mano que le queda sobre la cual se apoyaba agitado por las últimas convulsiones de la vida. Tiene el rostro vuelto hacia las nubes, y su ojo entreabierto parece amenazar a su triunfante enemigo, cual si la muerte no hubiese podido extinguir el aborrecimiento que le tenía.

¡Torres de San-Telmo! no volveréis a ver a vuestro último señor. Con la nueva del fatal suceso expiró también su cariñosa madre, y un veneno puso fin a los días de la tierna esposa. Desde entonces sólo interrumpen el silencio de aquel castillo desierto los acentos lamentables del pájaro, que pasa emigrando a otras riberas, o los vaivenes de alguna puerta agitada por el borrascoso aquilón. El extranjero que descubre con placer sus elegantes agujas huye al acercarse a ellas de tan espantosa soledad. ¡Ay! los cardos y la grama ocupan el lugar del vicioso césped: las ortigas esconden el rostro de Venus; los olmos y acebuches taladran con sus fuertes raíces hasta lo alto de las almenas, y cubre el verde musgo la graciosa urna de las náyades. ¡Torres de San-Telmo! en vano el piadoso peregrino quiere orar por los héroes que os habitaban: aunque contempla admirado los restos de su antigua opulencia, ninguna piedra sepulcral le indica sus nombres, ni el sitio do reposan tranquilamente sus cenizas.

Calló Matilde y fijos los ojos en el cielo estuvo como embelesada un breve espacio sin que nada interrumpiese su doliente actitud y tierna melancolía. Detuvo su mano trémula sobre el arpa mientras el viento del desierto continuaba vibrando sus cuerdas de oro, haciéndolas despedir algún tímido suspiro. El caballero la contemplaba con admiración respetuosa cual si viese en ella la amante del Petrarca suspirando los dulcísimos versos de este poeta bajo los mirtos, que sombream la fuente de Valclusa, o la enamorada Safo entonando su canción de muerte en el promontorio de Léucade para arrojarse después desde su cumbre a ser presa de las ondas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

LOS BANDOS DE CASTILLA

O

EL CABALLERO DEL CISNE

TOMO II

INDICE:

CAPITULO XI

La caza

CAPITULO XII

El convento de San Servando

CAPITULO XIII

Los remordimientos

CAPITULO XIV

Doña Elvira

CAPITULO XV

Don Alonso V y Don Juan el II

CAPITULO XVI

Explicación

CAPITULO XVII

Precedente

CAPITULO XVIII

La revista

CAPITULO XIX

La batalla de Aivar

CAPITULO XI

La caza

Salió un lebel jadeando de lo más espeso del bosque, y dirigiéndose a Matilde interrumpió su enajenamiento acariciándola con mil demostraciones de alegría, hasta que un agudo silbido lo hizo volver a la selva con la misma velocidad que había venido de ella.

-He aquí el leal compañero de mi hermano, quien sin duda no tardará a llegar, dijo Matilde.

-Efectivamente, respondió Arnaldo bajando por lo alto de una roca, aquí me tenéis, y por cierto que no necesitaba del instinto de mi fiel Berganza para encontraros. Por lo demás confieso francamente que prefiero las magníficas fuentes de Napolés a esa mezquina cascada a pesar de la situación romántica que le encuentra *la carissima sorella*; pero todo lo he de llevar con paciencia porque esos montes son su Parnaso, y ese limpio arroyo, amado Ramiro, es su Hipocrene. Por cierto, añadió llegando a ellos, que haría gran servicio a mi bodega si pudiera encasquetar a Cabestany la virtud de sus cristalinas ondas: bueno será no obstante que probemos primero si tienen efectivamente la divina influencia de las de Castalia para mejor persuadirselo; y diciendo y haciendo recogió las que pudo en la palma de la mano y empezó a recitar con aire teatral los siguientes versos:

¡Astre benigne de la nit callada,
de más tristezas consolant figura,
de más velladas única templansa,
pallida Lluna!

Paréceme que con la lengua provenzal no acierto a pintar las bellezas de este silvestre Helicón; vamos a ver si el castellano se prestará de mejor grado a mis nuevas inspiraciones.

¿Y es cierto, es cierto, suspirada fuente,
que al fin bañar y deleitarme pueda
en tus cristales? ¿y en tu fresca orilla
tendido blandamente
de esos móviles mirtos al abrigo,
me será dado recordar mis penas,
y querellarme, y sollozar contigo?
¡Ay que no en balde el ánimo enajenas
y a tu agradable soledad le llamas!
¡Ay que no en balde el corazón inflamas
y a delicioso meditar le incitas!
¿Do te escondías?... De sudor cubierto

desde la aurora que hacia ti camino,
de ese feliz desierto,
consuelo del sediento peregrino
que en tu onda limpia solazar se pudo,
¡purísimo raudal! yo te saludo.

-Os suplico, dijo Matilde, que no nos hagáis contraer conocimiento con los pastores de vuestra insípida Arcadia: nada tenemos que hacer con los Tirsis, Coridones ni Lindoros.

-Puesto que no gustáis del cayado ni del zurrón, replicó el conde, empuñaré la trompa heroica y acaso logre suavizar vuestro descontentadizo humor.

-Siempre lo gastáis muy jovial, querido Arnaldo, y las musas de este desierto gustan de más recogimiento en sus neófitos.

-Y sin embargo, respondió el conde, os puedo asegurar que mi corazón no está siempre placentero:

Nessun maggior dolore,
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria...

-Dejad eso, hermano mío, interrumpió Matilde, y creed que las divinidades de estos bosques no dejan de velar por la bienandanza de sus antiguos señores. Ahora, si os parece, tomemos alegremente la vuelta de San Servando, a fin de que descanse nuestro ilustre huésped.

-Habéis apuntado muy bien, *bella ciarlerina*; y tomándola de la mano dirigieron los tres seguidos de las doncellas de Matilde hacia el castillo que les servía de morada.

Andaba taciturno nuestro héroe porque no le era posible desvanecer el sublime embeleso que le causara el canto de la hija de Armengol. Todavía sonaba en sus oídos el eco de aquella voz divina mezclada con los suspiros del arpa y el sonoro murmullo de las aguas, y parecía escuchar aquellos versos llenos de robustez, ricos de imágenes y ataviados con los adornos de fluida y vigorosa pompa.

Muchos días se pasaron sin que hubiese variación en la suerte del caballero del Cisne. Veía llegar sucesivamente a San Servando conduciendo los vasallos del conde de Urgel, quien sólo aguardaba su reunión total para irse a juntar con el infante don Enrique de Aragón. Bien es verdad que nuestro héroe quería llegar al castillo de su padre situado en el corazón de este reino, tanto para recibir su bendición como para ponerse al frente de sus vasallos del conde de Pimentel; pero era tan agradable la sociedad de que gozaba en San Servando, y se pasaban allí los días tan fácil y deliciosamente, que retardaba sin advertirlo el de su partida. La impresión que Matilde hiciera en su pecho era tanto más grata, cuanto hallaba en ella todo lo que puede desear un joven entusiasta por la belleza y la gloria. En el decoro de sus ademanes, en sus talentos por la poesía y la música, y en el sabor de culta cortesanía que adornaba su conversación; había cierto atractivo candoroso

y angelical, capaz de conmover el alma del hombre más bárbaro. Aun cuando se reía conservaba en su misma jovialidad tal decoro, moderación y nobleza, que parecía elevarla sobre las demás mujeres; bien que se echaba de ver que sólo por complacer a los otros tomaba parte en los pasatiempos y escenas de brillante galantería que hacen la principal felicidad de las personas de su sexo. En resolución, dedicando sucesivamente las horas con esta amable hechicera a caprichosos paseos, a la agilidad del baile, o al cultivo de las artes; únicamente existía para seguirla y admirarla. Acaso hacía en su interior la comparación de sus gracias con las de Blanca de Castromerín, y arrebatado por esta idea abandonaba de pronto la sociedad de San Servando, e íbase a pensar en sus amores sentado en lo alto de una roca, o paseando por la margen de un arroyo.

Días había que se hablaba entre los capitanes reunidos en el alcázar del conde de Urgel de divertirse mientras esperaban a sus compañeros en una grande cacería dispuesta hacia lo más fragoso y desierto de la montaña. Arnaldo había detenido a su nuevo amigo ponderándole los placeres de aquella diversión, y el caballero apenas se hiciera de rogar sobre todo sabiendo que la joven Matilde había de concurrir a la fiesta. Amaneció el día destinado para tan guerrero pasatiempo y desde la madrugada se reunieron en el patio grande de San Servando los guerreros que se hallaban en el castillo, varios feudatarios de la casa de Urgel, algunos barones de las cercanías, y multitud de flecheros, pajes, palafreneros y criados inferiores, sujetando ágiles caballos acostumbrados a trepar por aquellas sierras, y sueltos alanos de afilados dientes sedientos de agarrarse a las orejas del cerdoso jabalí, o acosar al velocísimo ciervo. Allí aguardaron al conde que no tardó en reunirse a ellos acompañado de su elegante hermana montada en gentil bridón, cuyas riendas, a fuer de galán caballero, momentáneamente tomara desde el suyo el hijo de Pimentel. Leíase en los ojos de este último cierta complacencia interior al contemplar aquellos ruidosos preparativos, tan semejantes a los de la guerra, figurándose tal vez halagado por su marcial bullicio, el gozo que tendría dentro de muy poco tiempo al romper con el acero en la mano por medio de los escuadrones de don Álvaro de Luna, a cuya frente no dejaría de hallarse su orgulloso primogénito.

Pusiéronse entonces en marcha y el áspero son de las bocinas, el ladrido de los perros, los lelilés de los pajes, gritos de los palafreneros y relincho de los caballos producían en el ánimo una emoción tan enérgica y belicosa, que se sentía superior a sí mismo y dispuesto a tomar parte en los mayores peligros. Cuando llegaron a larga distancia del castillo en un espacioso valle cercado de altas peñas y de enmarañados bosques, hicieron alto; y bien pesadas las noticias de los que habían salido al ojeo, colocóse en círculo la flor de aquellos ilustres cazadores ante las dilatadas selvas, a los que enviaron flecheros y muchedumbre de vasallos, a fin de que hostigando las fieras y aguijoneándolas hacia el valle, tuviesen sus señores ocasión de distinguirse luchando cuerpo a cuerpo con ellas.

Habían ya pasado algunas horas desde que asomara el sol por el horizonte, y guardaban aún los cazadores el más profundo silencio apostados, según el juicio de los más viejos, enfrente de las gargantas y desfiladeros de aquellos montes. Coronaban los altos peñascos sendos grupos de flecheros con la saeta encajada en el arco, la cuerda tirante y el cuerpo algo inclinado hacia atrás en ademán de dispararla, tan inmóviles al parecer, que se podía dudar desde abajo si eran estatuas colocadas a propósito en aquellas cumbres para recuerdo de memorables hazañas. Oyéronse de repente grandes gritos, acompañados de

silbos y destempladas bocinas, saliendo de lo más recóndito de las montañas, y anunciando a los cazadores del valle la impetuosa avenida de las fieras. En el mismo momento viéronse muchos de los montañeses que las acosaban trepando por las rocas, abriéndose paso entre los matorrales y vadeando los arroyos, siempre con el hostil objeto de cortar la retirada a los más tímidos habitantes del desierto, y envolverlos también en la celada que les habían tendido. Hubo un movimiento universal en toda línea: enriestráronse las lanzas, armáronse las ballestas, colocáronse los grupos y se volvieron todas las miradas hacia el bosque en razón de que ya se oían más cercanos los aullidos de los perros que venían luchando con los animales más feroces. Apareció en fin la vanguardia de los ciervos formando con sus astas enramadas y puntiagudas, una especie de selva ambulante, no menos temible a veces que los colmillos del jabalí o los retorcidos cuernos del toro de Jarama. Vinieron tras de aquestos otros muchos, y al verse cercados de todas partes, reuniéronse hacia el centro del valle donde tomaron cierta actitud amenazadora formando una especie de falange, capaz de poner espanto a cazadores menos diestros y aguerridos.

Al contemplar sus ojos fulminantes de cólera, y la terrible calma con que los ciervos más viejos los fijaban en sus sitiadores, gritaron alerta los que más entendían en aquella lucha, y anunciaron que había de estar todos prevenidos para alguna vigorosa acometida. Empezaron no obstante a lanzarles flechas acompañadas de todo género de armas arrojadas, en vista de lo cual hallándose reducidos al último extremo, arremetieron en diversas direcciones contra los cazadores, que con bulliciosa algazara dieron principio a un combate que exige de suyo bastante serenidad y destreza. En caso de que se arrojaran a la par muchos ciervos a un mismo punto, los que lo defendían tendíanse boca abajo; pero si se desbandaban en medio del alboroto, ya carecían de su mayor recurso y eran fácilmente inmolados al encono de sus astutos perseguidores.

También salieron del bosque hociudos lobos y espumosos jabalíes abriéndose ancho sendero por entre la más revuelta maleza, al paso que procurando defenderse de los robustos montañeses y desasirse de los canes cebados en aquel combate, más fáciles por cierto en dejarse matar, que en soltar la presa. Ya entonces habiéndose disuelto la línea presentaba aquel circo un espectáculo variado con infinitos incidentes de sagacidad peligro o valentía, los cuales sostenían el interés y animaban la tumultuosa escena. En primer lugar un hermoso escuadrón de caballeros corriendo por distintos lados alanceaba con gentil vigor a toda suerte de animales: mas allá los flecheros descendiendo de las cumbres asaeteaban a los que revolvían para guarecerse al monte, y al mismo tiempo los demás criados llamaban a los perros por sus nombres ya para reprimir su ardor, ya para inspirarles audacia. A esta confusión general de carreras, encuentros y revueltas, debe añadirse las voces de los cazadores, el ladrido de los alanos y mastines, el eco de las bocinas y el trémulo son de las trompetas, de todo lo cual resultaba un acalorado tumulto, una discordante algarabía, veraz y desoladora imagen del modo con que se hacía la guerra en aquellos tiempos semi-bárbaros. Alzábase el grito a una recia lanzada y aplaudíase la flecha que abatía de golpe la víctima; algunas espiraban al recibir la herida, pero otras menos felices lucharon largo rato con las bascas de la muerte, o huyeron a los bosques llevando enarbolada en el pecho la agudísima saeta. Cuando caía algunos de los animales más corpulentos, presentábanlo como un triunfo a Matilde de Urgel, que desde una verde colina, custodiada de unos cuantos caballeros, contemplaba tristemente aquel

sangriento combate. No pocas veces volvió el rostro al otro lado más pálida que los rayos de la luna, pero muy pronto los fijaba nuevamente en la pelea, arrastrada de no sé qué secreto impulso de curiosidad, sin que por otra parte hallase placer en presenciarla.

Pero así que la huida de algunos animales y el destrozo de otros muchos despejó algún tanto aquel inmenso campo de batalla, llamó la atención de los cazadores un hermoso y arrogante ciervo que desde el medio del circo luchaba contra los que le acometieran con tal astucia y vigor, que a no haber sido por la multitud de sus enemigos, mil veces lograra escaparse rompiendo por en medio de ellos.

En vista de aquel noble denuedo rogó Matilde a su hermano que perdonase la vida a un animal tan digno por su esfuerzo y gallardía de ser el rey de las selvas. Alzóse al punto un grito de perdón, y el bravo ciervo halló el camino para correr libremente a la montaña. Al verificar no obstante su gloriosa retirada, desde lo alto de una roca hendió una flecha los aires y clavóse silbando en el corazón de la fiera. Volvió el ciervo la gallarda cabeza, y echó una ojeada a su enemigo con orgulloso desdén, cual si lo despreciase por tan cobarde victoria. Quiso seguir su carrera pero flaqueáronle las piernas; animóse de nuevo, vaciló un momento, y conociendo sin duda su próximo fin, despidióse de la vida mirando tiernamente al bosque, y cayó por último cubierto de laureles en la arena, cual caen los héroes en el campo del honor como sepultados bajo de su propio triunfo. Hubo una exclamación general de angustia con tan lamentable espectáculo y el conde Arnaldo juró castigar al bárbaro que no había respetado sus órdenes, ni sabido apreciar la bravura de tan peregrino animal.

-No podéis figuraros, dijo Matilde a Ramiro, el dolor que me causa este último lance: hame primero parecido ver en tan desastrada muerte el mismo fin que cabrá a alguno de los bravos paladines que desenvainan el acero para defender los derechos de nuestra familia. Mucho me interesa la suerte de mi hermano, mucho me halaga el proyecto que ha formado en favor del infante don Enrique; pero mejor quisiera verlo pacífico y feliz en San Servando, aunque no tuviese más vasallos que los que encierra aquel grosero edificio.

-¿Y es posible, respondió el caballero, que hable de esa suerte una joven de tan altos y pundonorosos principios? Aunque espire el guerrero en el campo de batalla, ¿no haya por dicha una larga recompensa en los laureles que sombrean su sepulcro? De mí sé decir que no encuentro música tan grata como los clarines que anuncian la refriega, momento tan feliz como aquel en que hirviendo en bélico entusiasmo se pelea por la patria y por la gloria, ni placer tan dulce como el que se goza después cuando se triunfa.

-Confieso, respondió Matilde, que hubo un tiempo en que hacia alarde de esas mismas ideas; pero inclínome ahora a pensamientos más tranquilos: tras de la borrascosa edad en que nos deslumbra la fantasía, viene otra más pacífica y templada en la que buscamos el tibio calor del hogar doméstico, y el modesto atractivo de placeres constantes y apacibles. Razón es que se mitiguen esos ímpetus de audacia para hacer lugar a mas sociales afectos.

-Si tal decís, replicó el caballero del Cisne, ¿qué pensáis de la pura llama que anima a los campeones de la caballería? ¿Qué del heroico impulso que les hace correr toda la tierra

en busca de la inocencia perseguida para salir noblemente en su defensa? ¡Ah!, no condenéis por Dios el objeto de institución de tan sagrada, antes bien, amable Matilde, conservad en nuestros pechos el blando y benéfico calor que al principio nos inspira; pero que sólo está reservado el hacer que no se extinga a la virtud y a la hermosura.

Aquí llegaban de su diálogo cuando se junto a ellos el hermano de Matilde, ocupado hasta entonces en mandar recoger los venados, jabalíes y demás animales que habían caído: rodeáronles en el mismo instante los más distinguidos caballeros de la concurrencia, que oyeron llenos de júbilo y satisfacción como el conde daba la orden de tomar la vuelta de San Servando. Para los que iban a caballo no dejaba de ser muy caprichoso el cuadro que les ofrecía aquella triunfante retirada. Los vasallos del conde rompían la marcha llevando sujetos los canes por medio de las cadenas de bronce pendientes de sus collares: seguíanlos los pajes y palafreneros cantando canciones báquicas en torno de rústica andas hechas de troncos de árboles y llevadas por membrudos montañeses, sobre los cuales iban las víctimas de la sangrienta cacería cubiertas de verdes ramas de encina y pino, en las que aún brillaba el rocío de la noche. Ocultábanse a veces a la vista del espectador y volvían a salir de repente marchando a lo lejos por las cimas de las alturas que describía aquel montuoso sendero. Venían después hablando familiarmente los feudatarios, capitanes y barones que habían tomado parte en el bélico pasatiempo: y en medio de ellos querido y acatado de todos el joven conde de Urgel y su hermana Matilde, objeto universal de las atenciones, y particularmente servida por el obsequioso Ramiro de Linares. El coraje y pertinacia de los animales que lucharon, la habilidad y denuedo de los que les acometieron, la templanza deliciosa de la mañana, y los ricos despojos recogidos en la batida, fue constantemente el sabroso argumento de sus pláticas y agradables altercados.

-Vive Dios, exclamó Arnaldo, que al ver al más fiero jabalí, arrojándose furioso contra el barón de Oliana no dejé de temer por su vida.

-Y si no acude tan a tiempo, respondió el barón, el caballero del Cisne, os juro que no saliera bien librado de la lucha.

-Pues la lanzada que os salvó, repuso uno de los capitanes interrumpiéndole, es acaso la mejor que se haya dado en esta singular refriega.

-De buena gana, replicó el hijo de Pimentel, la cedería por la que dio principio a la acción, derribando en tierra el ciervo que hacía punta queriendo romper la línea.

-No digáis tal, respondió Arnaldo; yo tuve el tiempo necesario para prepararme contra un enemigo que vi venir; pero vos os arrojásteis entre la fiera y su víctima, sin otra esperanza para salir bien de tanta intrepidez que la de vuestra osadía o destreza.

Aplaudieron todos como de justicia estas palabras del conde, y el caballero del Cisne recibió los elogios a los que se hizo acreedor por su generosa valentía.

-No dejo de admirar, díjole a la sazón Matilde, mientras continuaban hablando los demás con mayor algazara que nunca, la brillante audacia que habéis desplegado en esta ocasión; pero lo que me plugo hasta hacerme verter lágrimas de ternura fue el nobilísimo impulso de arriesgar vuestra vida para socorrer a un hombre que os era desconocido.

-No veo en ello la virtud que vuestra generosidad le presta: otro tanto hubiera hecho cualquiera de esos caballeros iniciados como están en los principios del honor, y hallándose en la presencia de aquella a quien tanto aman y reverencian.

-Yo no digo, respondió Matilde, que no brille en esos barones y guerreros algo del entusiasmo que vigoriza los héroes; pero hay ciertas acciones rápidas e involuntarias, que más que de las cualidades del cuerpo nos dan idea de las prendas del ánimo. Tal ha sido por ejemplo la que os ha hecho alancear con peligro de vuestros días el rabioso jabalí que embistió al barón de Oliana.

-No me supongáis por Dios, replicó don Ramiro, méritos de que desgraciadamente carezco. Criado entre los peligros y deseoso siempre de igualarme a los demás, no pude ver sin noble emulación las diestras cuchilladas y recios botes que dieron principio a la cacería. Determiné pues no quedarme en zaga y probar a esos valientes que no era enteramente indigno de acompañarles en más considerables empresas: vi un momento de peligro y arrojéme a él por un impulso natural, cual me sucede en un combate o en la brillante lucha de un torneo. Ahora si hay en eso alguna virtud estriba tan solamente en los principios que la infunden, y no son otros, Matilde, que los de la esclarecida orden de que os hablaba esta misma mañana.

Sólo respira fiereza y ardimiento, pensó Matilde interiormente, y es en vano hablar a ese corazón de más blandas y afectuosas impresiones: un funesto deseo de fama lo domina, deseo que acaso algún día hará derramar lágrimas amargas a mi anciano bienhechor, y cubrirá de luto nuestras desventuradas familias. ¡Ah! Su más brioso caballo, su más luciente armadura tendrán más parte en sus afectos que los tiernos aunque modestos consejos de una miserable huérfana: ¡plegue a Dios que nunca haya de arrepentirse de haberlos desatendido!

Llegaron en esto al castillo de San Servando donde celebraron los triunfos de aquella jornada con abundante comida, y los himnos de Cabestany cantados por la misma Matilde, a ruegos de aquellos valientes, que no se cansaban de bendecirla y admirarla.

Observaron algunos que su canto era menos firme que otras veces, y había en las inflexiones de su voz cierta lánguida dulzura que despertando suaves memorias enternecía el espíritu; lo cual atribuyeron a la agitación de aquella mañana, o a que habiéndole recordado los azares de la caza las escenas y peligros de la guerra, temblaba ya por los días de su muy amado hermano.

Disponiéndose éste a partir todo lo más pronto posible en razón de las últimas noticias recibidas en San Servando, por las que supo entre otras cosas que le aguardaba impaciente don Enrique de Aragón; ya el caballero del Cisne no pudo diferir la marcha, y aun aquellos preparativos de guerra le hubieran determinado a darse prisa, haciéndolo sonrojar por los muchos días que había pasado en la ociosidad y la holganza. No hubo remedio: despidióse de Arnaldo y de los demás caudillos y guerreros allí reunidos, quienes le amaban por su carácter franco y leal, su distinguido nacimiento, y más aún por sus ideas, celebridad y victorias. Abrazáronle con las mayores muestras de cariño, y el caballero después de haber dado al conde el último ósculo de paz, les prometió hallarse cuanto antes con los más escogidos vasallos de su padre en el castillo de Ampurias.

-Sí, díjole Arnaldo apretándole la mano, diligencia y actividad porque estamos resueltos a no partir sin vos. En caso de que vuestro padre os quiera detener más de lo justo, decidle que se acuerde de que habéis de pelear contra don Álvaro de Luna, y reprimir los bríos del soberbio Castromerín.

Ramiro cambió de color al oír unas palabras que trajeron a su memoria la promesa hecha a la tierra Blanca de evitar el encuentro de su padre en los combates. Hizo por serenarse algún tanto, y subió a los aposentos de Matilde también con el objeto de darle el último adiós.

-Vengo, le dijo, a manifestaros mi reconocimiento por la amable hospitalidad que he recibido en San Servando. Siempre llevaré grabada en mi pecho la memoria de tan dulces beneficios.

Ajóse el leve carmín que coloreaba las mejillas de Matilde, y respondió al caballero del Cisne con voz al principio vacilante y trémula.

-¡Partís, Señor! Perdonad... pero creía que los habitantes de este castillo aun gozarían de algún tiempo de vuestra presencia.

-Imposible, Matilde: todos se disponen para correr a los muros de Segovia, y no sería justo que pudieran acusarme de indolencia o cobardía.

-¡Siempre es la guerra lo que domina en su alma!, dijo para sí la hermosa hija de Armengol.

-No obstante, continuó el caballero, me ha dicho vuestro hermano que tal vez le seguiríais a Ampurias quedándoos en el palacio del infante hasta nuestro regreso. En tal caso no tardaremos mucho en vernos.

-¡Que vaya yo a Ampurias!, respondió Matilde después de algunos instantes de silencio, ¿y para qué?... No, señor caballero, me parece que seré más feliz en este retiro cultivando la poesía y las artes. También llegará a mis oídos el eco de vuestras hazañas, y mi corazón palpitará de agradecimiento. Temo sin embargo por los valientes que van a combatir con tan generosa bizarría en favor de la casa de Armengol... temo la impetuosidad de mi querido hermano, único sostén de mi vida...

-¡Necios temores!, interrumpió el caballero... ¡infundados! Matilde, todo lo hace en los torneos la agilidad y la destreza, y todo lo puede en las batallas el valor y la justicia... nuestra causa es justa, nuestra decisión conocida: no hay más que desear vencer, y el Tajo nos verá triunfantes en sus fértiles riberas.

-Admiro esa fogosidad de imaginación que todo lo atropella y facilita cuando se habla del objeto que la avasalla: ¡ah!, no os dejéis dominar por ella en los combates.

-Gracias por tan generoso deseo; adiós otra vez, amable Matilde: corro a los brazos del hombre que más tiernamente os ama, a quien hablaré con frecuencia de vuestra filial ternura.

-¡Oh!, le dijo la doncella, os suplico que abracéis las rodillas de mi bienhechor, asegurándole que sólo deseo dulcificar las penalidades de su ancianidad. Por lo demás, añadió mirando melancólicamente al caballero, acordaos alguna vez de esta huérfana solitaria; y puesto que sólo aspiráis a las mágicas ilusiones de la gloria, defended por amor mío en las batallas los días del conde Arnaldo, con la misma eficacia que encargaré a mi hermano la defensa de los vuestros.

Conmovióse don Ramiro al oír estas últimas palabras pronunciadas por Matilde con un acento que penetraba el corazón. Mantúvose un instante en pie delante de ella como embelesado al aspecto de tanta belleza y dulzura; pero haciendo una inclinación profunda, marchóse de pronto cual si se sonrojase de su propia ternura. Montó después en un soberbio bridón, dijo un triste adiós a las torres de San Servando, y encaminóse seguido de su escudero al castillo de su ilustre familia, habitado a la sazón por el conde de Pimentel.

CAPITULO XII

El convento de San Servando

Continuaba triunfando en la corte de Castilla el partido de don Álvaro de Luna: la voluntad de este magnate era una ley: el reino todo temía con más fundamento excitar el enojo del valido, que incurrir en el desagrado del monarca. Deslumbrado el duque de Castromerín a la vista de tan ilimitado poder, deseaba con vehemencia el ver enlazada su familia a la del espléndido y absoluto cortesano. Dejóse al fin arrastrar de este proyecto en tales términos, que sin poder retardar más tiempo el verlo realizado, encaminóse cierta mañana a su castillo de Asturias, y anunció a su hija Blanca que se preparase para seguirle a Valladolid a jurar fidelidad eterna al hijo del condestable castellano. Helóse la sangre en las venas de la doncella al oír este mandato de su padre, y desesperada, congojosa cayó de rodillas a sus plantas, regándolas en silencio con tierno y abundoso llanto.

-¿Qué es esto?, exclamó el barón arrojándola de sí; ¿pensáis seducirme con lágrimas artificiosas?, dentro de muy pocos días habéis de ser la esposa del valiente don Pelayo, pese a vuestra ingratitud y desobediencia.

Viendo Leonor a su discípula tendida casi sin sentido sobre la alfombra, llegóse a acariciarla con amorosa ternura, lo que aumentando la cólera del duque hízolo volver sañudo a la compasiva dueña, y gravemente reprenderla de esta forma.

-Vos sola tenéis la culpa de todo lo que sucede; en vez de inspirar a esa mal aconsejada joven ideas de amor a su padre y de ciega sumisión a sus mandatos, veo con hartos pesar que halagasteis lisonjera su contumacia y caprichos. ¡Ciego de mí! La gloria de mi nombre, la dicha de mi vejez, el esplendor de mi familia... todo lo cifraba en la obediencia de esa hija desagradecida y criminal. ¡Insensato! ¿por qué me habré dejado arrastrar de tan halagüeñas esperanzas?

-¡Ah señor!, exclamó Blanca echándose de nuevo a sus pies: perdonad mi repugnancia en gracia de las discretas causas que la motivan. Si me conducís al pie del ara como una víctima al sacrificio; si me entregáis débil y sin amparo al hijo del condestable, para siempre perdéis a la que únicamente aspira a ser el báculo de vuestra ancianidad, y endulzar con su cariño las amargas que acibaran los últimos años de la vida.

-¿Y es posible, exclamó el duque cruzando las manos y mirándola tiernamente, es posible que me hable con tanto halago aquella misma cuya resistencia me ha de envilecer ante la corte, y ajar para siempre el lustre de mi grandeza? ¡Blanca! ¡querida Blanca! Puesto que deseas que tu viejo padre vea lucir prósperas y bonancibles auroras en los postreros años de su vida; obedécele y lo consigues.

-No dudéis, señor, que el sacrificio de mi felicidad y mi existencia sería muy poca cosa para probaros mi cariño si hubieseis de conseguir con ello el consuelo de exhalar un día plácidamente el último suspiro en brazos de vuestros nietos; pero sé de cierto, oh padre, que mi desgracia sólo acarrearía la vuestra. Ya que muera, sea a lo menos por el gusto de servirlos, y no exijáis que me sacrifique con la desesperada idea de que el premio de mi obediencia haya de ser vuestra propia desdicha.

-Está bien; respondió con sequedad el duque de Castromerín frunciendo las cejas y dando desconcertados pasos por la estancia. Calló algunos momentos, y deteniéndose después bruscamente delante de su hija, fijó en ella los airados ojos, y hablóle con severa calma en estos términos. -Hacia las montañas de Burgos se encuentra un valle sombrío y silencioso donde se eleva un antiguo convento de monjas cistercienses. Supongo que habréis oído hablar de que su abadesa actual era cercana pariente de vuestra difunta madre, lo que le da derecho a enseñaros los deberes de doncella y corregir esa loca pertinacia: tal vez su ejemplo, sus cuerdas amonestaciones volverán a mi cariño la hija que ya perdí y el tesoro en ella de mis cansados años con la esperanza de una familia ilustre. Hoy mismo partiremos para el monasterio de San Bernardo: ojalá movida por el cuadro de la ciega sumisión que allí se observa, os resolváis a prestaros a mi paternal deseo. De lo contrario os juro que no volveréis a verme, y el velo de aquellas vírgenes cubrirá esa frente indócil, que desdeña doblegarse al eco de mi autoridad sagrada -dijo, y arrojándole una iracunda mirada salió del aposento.

Un rayo que hubiese caído a las plantas de su hija no le sorprendiera tanto. Levantóse, y echándose sobre la más próxima de las sillas, que adornaban la sala, se cubrió el rostro con las manos y empezó a dar rienda a su amargura. Tan incapaz estuvo en los primeros momentos de su angustia de recibir consuelo alguno, que las tiernas caricias de su aya no hicieron en ella la impresión más leve. Apenas daba muestras de percibirlas, y sólo después de haber ahogado el pecho con bien sentidas quejas, prestó alguna atención a las voces de Leonor que no menos apesadumbrada le decía:

-¿A qué viene desesperarse de esa manera? El tiempo y la mansedumbre disiparán el enojo del duque de Castromerín. Verdad es que se descubre un fuerte empeño de parte de la corte para que os caséis con don Pelayo de Luna, mas si no me engaño no tardará en haber mudanzas imprevistas traídas por la oscilación y borrascoso vaivén de tan ásperas revueltas. Pero mientras aguardamos aurora más propicia, haced de modo que vean todos en mi discípula una desgraciada doncella, no una joven voluntariosa; una víctima de la

ambición y del orgullo, y ni una niña contumaz resistiendo a la cólera del duque por juveniles devaneos. Ea, enjugad ese llanto, reprimid esos suspiros, y mostraos más resignada a semejantes contratiempos. ¡Blanca!... ¿pues qué sería en balde dolerme con vos de tales cuitas, y ayudaros a plañirlas? ¡Ved, hija mía que desordenen este! ¡que sollozos! ¡que lágrimas!... ¿Tan sensible se os hace pasar esa desastrada época en el retiro de un claustro, aunque sin pajes que os sirvan, sin doncellas que os honren, sin dueñas que os autoricen, sin esclavas en fin que os toquen el cabello, os atavíen y perfumen bajo doseles de brocados y pisando ricas alfombras? ¡Ah!, no por cierto: yo he enseñado a Blanca de Castromerín a ser feliz con menor ostentación y grandeza.

-Y por mi parte, respondió la doncella, he adoptado con tanto gusto vuestros principios, que sólo calma la pena de dejar mi única amiga el saber que me encierran en un monasterio solitario. A lo menos podré abandonarme a mis ideas, acordarme de vos y suspirar en lo íntimo de mi corazón por los felices días que he pasado en este alcázar.

-Pero no seáis fácil en lisonjearos con ilusiones siempre engañosas y perjudiciales. Lo que ahora importa, hija mía, es que os detengáis a meditar el partido que debéis elegir de los dos que os han propuesto.

-Pues dadlo por elegido, amada señora.

¿Y por elegido con sensatez, con juiciosa cordura?

-Juzgad vos misma si acierto en la idea de que para la felicidad de mi padre, primero que para mi propia dicha, conviene no cometer el desacuerdo que inocentemente me aconseja.

-Bien preveo que el mal trato que os daría don Pelayo, y la caída que habrá un día de sufrir el condestable, serían pesares algo más sólidos para el duque, que esa respetuosa resistencia; pero con todo, a fin de que conozca él mismo la pureza de vuestras intenciones, vuelvo a mi tema de que si es necesario, es indispensable desterrar de vuestro pecho...

¡Perdón!, amada Leonor, dijo Blanca interrumpiendo; pero ya sabéis que es imposible: os juro sin embargo, en nombra de mi virtuosa madre, que no será suya mi mano sin que lo autorice el consentimiento del duque de Castromerín.

-Pues descanso en determinación tan discreta.

-Por lo demás, continuó Blanca, ¡quién puede ya decir lo que habrá sido de aquel joven ardiente y generoso! Os acordaréis, supongo, de lo que contaba el otro día el abad venerable de San Mauro... deseado por los ejércitos más aguerridos de la España recibido con entusiasmo por los famosos varones que marchan a su frente, habrarse distinguido en mil encuentros y acaso al golpe de enemiga lanza...

-¡Por los divinos cielos! ¿a qué os afligís con imaginarias desgracias? Puesto que no os sea posible borrar del corazón la memoria de aquel héroe, sed prudente, querida Blanca, y no olvidéis que el medio más a propósito para templar el enojo del duque mi señor ha de ser la pureza de vuestra propia conducta.

-¡Ah!, no amancillará vuestra discípula las virtudes que supisteis

inspirarla: idólatra de esas máximas, fiel a vuestras doctrinas os rendirá en la nobleza de sus acciones el homenaje más digno del maternal amor que os ha merecido siempre. No obstante, continuó algo trémula y ruborosa, ya veis como me separan de vos sin saber que destino será el mío, sin poder vaticinar, señora, el término de tantas desdichas... por lo mismo quisiera demandaros una gracia: si por casualidad vierais pasear por esos alrededores un paladín aventurero contemplando el castillo, decidle, amada Leonor, que por quererle bien me encerraron en un claustro, y que nunca olvidará la pobre Blanca el generoso aliento con que supo defenderla.

No podemos manifestar cual habría sido la respuesta de la dueña a semejante súplica, pues atajóla la entrada de un paje en el aposento, diciendo que todo estaba pronto para la marcha. Abrazáronse de nuevo las damas y repitiendo la una sus consejos y la otra sus protestas, hubieron de separarse aunque con las señales de la más penosa angustia.

Pensativa además quedó Leonor mientras su discípula acompañada de Beatriz iba perdiendo de vista las montañas que le recordaban el techo paternal. El viaje no fue muy agradable para ella, pues si bien el duque seguía a caballo la litera en que marchaba, apenas en todo el camino le dirigió palabra alguna. Hacía Blanca por distraerse contemplando en silencio las leves nubes que vagaban por un cielo azul ya brillando con la dorada lumbre del sol naciente, ya con los purpurinos cambiantes de sus últimos reflejos. Siguiendo entrambos su camino por sendas agrestes y solitarias hubiera sido de temer algún peligroso encuentro, a no llevar el duque suficiente escolta para rechazar aun en aquella época de revueltas cualquier insulto. Tropezaban de cuando en cuando con hombres de gesto montaraz y sombrío anunciado en su traje y sus miradas maliciosas intenciones, pero descubrieron por último sin el menor contratiempo al anochecer de un hermoso día las torres de San Bernardo, descollando sobre los árboles al pie de frondosas montañas, cuyas cimas puntiagudas indicaban al viajero bravos torrentes y mortales precipicios.

Distinguíanse a medida que se iban acercando las líneas góticas que caracterizaban aquel monasterio, construido, según se podía juzgar del tosco cincel y la ponderosa mole, en la antigüedad más remota. Las encinas y otros árboles del mismo jaez, que ostentaban su áspera cabellera y gruesos troncos en torno de los enrojecidos muros, no parecían menos añejos que el vasto edificio en cierta manera protegido por su deliciosa sombra.

En esta antigua y venerable casa entró con su hija el noble señor de Castromerín, y después de haber hablado largo rato a la abadesa en el locutorio dejóla encargada a su prudencia y dulzura. A pesar de las lágrimas que derramaba la doncella, recordóle la amenaza de que bien podía despedirse del mundo si permanecía en la terquedad de resistir a sus deseos. Violo Blanca partir traspasada de dolor, y apenas pudo repetirle que la felicidad de su padre era la más poderosa causa de aquella aparente desobediencia. Rodeáronla empero las monjas de San Bernardo y llevándola a la huerta, que se extendía dentro de los mismos muros del monasterio, enjugaron su llanto con cariñosos halagos, e hicieronla esperar días sino enteramente dichosos, a lo menos plácidos y bonancibles. La abadesa se unió también a ellas, y estrechando a la tierna joven en sus brazos: -¡cuánto os parecéis, la dijo, a mi desgraciada sobrina! Plegue a Dios que vuestro fin no sea un misterioso y prematuro. Por lo demás sólo aspira vuestro padre a que viváis tranquila en este santuario mientras duren las borrascas que agitan las dos Castillas: el sagrado recinto

de un claustro es en tiempos de guerras civiles el asilo más a propósito para la inocencia y la hermosura: todas las hermanas se esmerarán en suavizar vuestros pesares, y hallaréis siempre en mi pecho la ternura de aquella madre infeliz, que apenas existió para vos.

La afectuosa calma con que profirió la abadesa estas palabras, y su presencia grave, sin dejar de ser algo blanda y amorosa, derramaron un bálsamo tan consolador en el corazón de la heredera de Castromerín, que empezaron desde entonces para ella los días de paz y bonanza, únicamente turbados por algún melancólico recuerdo.

Acostumbrada por otra parte a una vida uniforme y solitaria, no se le hizo de nuevo la regularidad del claustro, por lo que con singular satisfacción de sus jóvenes compañeras recobró fácilmente su risueño semblante y su carácter jovial. Pero cuando la influencia de sabrosas memorias disipaba algún tanto el festivo humor de su alma placentera; huía de las demás, daba vueltas pensativa por el huerto, o encerrábase meditabunda en su estancia. También a veces subía a la más alta torre de San Bernardo desde donde se divisaba a lo lejos un camino real, y contempláballo en silencio cual si esperase ver algún aventurero paladín que le recordase el héroe que reinaba en su corazón.

En uno de estos arrebatos de tristeza sorprendióla la noche paseándose distraída y melancólica por los espaciosos claustros del monasterio. El cielo se mostraba despejado y purísimo, y el astro de la noche, colgando en medio de su bóveda azul, argentaba con misteriosa luz las hojas de los álamos y las piramidales copas de los cipreses plantados sin orden por el inmenso patio, en rededor del cual hacía Blanca su solitario paseo. Descubríase por entre las lisas cortezas de estos árboles un tazón de mármol blanco que se elevaba en el centro, y recibía las aguas de un enroscado delfín, las cuales formaban cayendo manso y sonoro ruido. Las monjas se hallaban en el coro, y su canto algo distante, unido al silbo de los céfiros y al murmullo de las ondas en medio de la calma tan imponente y majestuosa, daba pábulo al dolor de la doncella y a las lúgubres ideas que en aquel momento la ocupaban. Tal es sin embargo el atractivo que hallan en la soledad los que se complacen en vagas y lisonjeras ilusiones, que las horas hubieran sido minutos para Blanca mientras andaba a paso lento por debajo de gallardía y delicados primores.

Cuando se abandonaba más absorta al rápido vaivén de sus pensamientos oyó pasos a sus espaldas, y observó volviendo la cabeza que se adelantaba hacia ella una monja de alta estatura, pálida y descarnada, cuyos ojos hundidos, lívidas facciones y ásperos contornos más bien que una figura humana, podían hacerla creer un cadáver que escapase de su féretro. Asustóse de pronto la doncella y sólo recobró la serenidad pensando en que sería Brígida, religiosa, que según oyera, pasaba mucho tiempo encerrada en su celda, a causa de cierta enfermedad mental que le quitaba la razón, sólo dejándola de cuando en cuando algún lúcido intervalo. Detúvose la monja junto a ella, y después de haberla mirado de pies a cabeza como extrañando su presencia, con voz hueca y sepulcral, empezóle a hablar en estos términos:

-¿A qué venís tan a deshora por esos claustros? ¡Joven de edad, linda de aspecto, y sin embargo pensativa y taciturna!... ¡Válgame Dios! ¿Sería posible que tuvieseis ya pesares que vencer, o remordimientos que calmar?

-Momentos hay, respondió Blanca, en que por no creerme muy feliz gusto de abandonarme a mis ideas paseándome en silencio por estos sitios.

-¡Con qué os persigue la desgracia!, exclamó sor Brígida: ¿y para aliviar vuestras cuitas venís a pasear por entre el polvo frío de otras vírgenes hermosas y desgraciadas como vos misma?... tiende la vista por esas paredes, contempla esa multitud de nichos que encierran otras tantas urnas sepulcrales, recorre, infeliz, las pomposas letras de sus medallones y escudos, y verás como fallecieron casi todas en la primavera de sus días.

El tono de la monja y la vehemencia de sus ademanes sorprendieron no poco a la heredera de Castromerín. El aspecto cadavérico de sor Brígida daba desconocido valor a sus palabras hablando de muertos y sepulcros en medio de los vasos fúnebres ingeniosamente labrados, que adornaban los muros de aquel sagrado recinto. Pasó entonces la luna por entre las dos columnas que formaban el arco ante el cual se había detenido Blanca de Castromerín, y un apacible rayo descendiendo de su plateado disco iluminó las facciones de la ilustre heredera.

Miróla sor Brígida al vislumbre de aquella luz macilenta, e inclinando la cabeza sobre el pecho, pronunció con solemne y melancólico acento estas palabras:

-Esos rasgos recuerdan a mi afligido espíritu los de otra persona más delicada, más infeliz que vos... su dulzura, su resignación la hacían digna de los ángeles, y no pudo sin embargo librarse de la cólera de los hombres: ¡perdone el cielo a sus verdugos! A veces paréceme divisarla por entre esa multitud de columnas que se prolongan hasta muy lejos formando caprichosas revueltas. -Calló un momento, y con la voz lánguida y poco firme prosiguió después de esta manera: -Acuérdome que una noche oía también desde este claustro los himnos de mis hermanas, sin atreverme a elevar mi voz para acompañarlas en sus divinos cantos: hallábame reclinada y pensativa sobre ese mismo sepulcro cuando creí verla pasar por debajo de aquel crucifijo, cuya lámpara refleja en la pared de enfrente. Temblé; quise llamarla, me estremecí, y la palabra espiró en mis labios... ¡cuánto no diera en aquel momento para cambiar mi suerte con la del insecto más inmundo que se arrastra al pie de las húmedas murallas de un calabazo! Intenté levantarme y volví a caer sobre la urna sepulcral, cual si el brazo del cadáver que encierra me tuviese agarrada por la orla de mi manto. Era tal mi congoja que una sola lágrima de mis ojos habría sido un bálsamo para mi agobiado espíritu; un bálsamo que tal vez le permitiera lanzar trémulos ayes, suspirar, gemir: pero ¡ay de mí! Hasta que las religiosas salieron del coro no me fue posible moverme del pie de esa tumba, siempre viendo en la parte opuesta la pálida imagen de aquella que ya murió y tanto se os parecía. Lleváronme a cierta celda solitaria donde concilié un sueño interrumpido por espantosas visiones. Al despertar halleme sola, y las angustias más crueles, los más emponzoñados tormentos hubieran sido placeres comparados con aquel absoluto abandono. ¡Triste situación la del que se encuentra en el mundo sin amigos, sin amores, luchando con aciagas memorias, con agudos remordimientos! ¿Habría alguno capaz de resistir el suplicio de vivir eternamente bajo un cielo sin nubes, o errando por los inmensos arenales de la Libia? La idea de no poder lanzarse ya a combatir otra vez con las embravecidas ondas del Océano, es más terrible que la tempestad misma para el náufrago arrojado como un mástil en incógnitas riberas, donde tiene que sufrir la prolongada agonía de una vida errante y solitaria, en medio de áridas peñas eternamente silenciosas. ¡Ah!, más vale que una

oleada nos arrebate y estrelle contra la punta del peñasco, que haber de aguardar una muerte lenta en lo alto de su descarnada superficie.

La impetuosidad de sor Brígida y el desarreglo de sus ideas, hicieron en el pecho de Blanca fuerte y desagradable impresión. Trémula y compasiva probó consolarla, más quedóse suspensa al ver que la monja fijaba en ella los ardientes ojos temblando de pies a cabeza cual si la recordase su semblante una vida de agonías y sanguinarias pasiones. La imaginación de los que se hallan afligidos por una conciencia poco tranquila repasa en un instante de amargos recuerdos los azares y contratiempos de largos años sembrados de crímenes y de horrores: vuela aquel instante para el mundo entero, pero cual si se detuviese para ellos, sufren, se agitan, y paréceles una eternidad de penas. En esta situación desesperada seguía contemplando sor Brígida la heredera de Castromerín, que también la miraba por su parte no sin algunos temores en razón de notar en la violencia de sus movimientos cierta furia interior, muy distinta del melancólico abatimiento que hasta entonces echara de ver en ella. Levantábasele el pecho, corría por su lívido rostro un sudor frío, y murmuraba entre dientes palabras cuyo sentido era difícil penetrar. Al fin extendió hacia Blanca los descarnados brazos, y volviendo al otro la cabeza retrocedió frenética exclamando: -¡terrible visión! ¿es fuerza que me hayas de seguir hasta el sepulcro?

Despavorida y agitada llamó Blanca a las monjas que ya salían del coro: cuando las vio acudir volvióse hacia sor Brígida para darle auxilio, pero había desaparecido de junto a ella, y sólo divisóla deslizándose como una visión misteriosa por entre las delgadas columnas del ala opuesta del claustro. Llena aún de asombro refirió a las religiosas este lance singular, las que la oyeron sin manifestarse sorprendidas, y aseguráronla luego que nada tenía que temer de sor Brígida, pues si bien afligían sus intervalos de locura por dar idea de lo que sufría su espíritu, no dañaban a persona alguna ni eran de carácter furioso.

Hablóse cierta noche en el convento de San Bernardo de las horrorosas escenas que según pública voz tenían lugar en el castillo de Arlanza, y de los rumores últimamente esparcidos por gran parte de las Castillas acerca de que era ya inhabitable el ala que correspondía al norte, a causa del rumor de las cadenas y horrorosos alaridos que se oían en ella.

-Esperemos, dijo una religiosa llamada sor Francisca, que algún día ilumine el cielo a su poseedor actual para que borre con esclarecidas virtudes los errores que actualmente le suponen.

-¿Y qué errores son esos?, preguntó sor Águeda, monja de pocos años, desde corto tiempo profesa.

-Mejor es que roguéis por su alma, hermana mía, respondió una voz a las espaldas de la hija de Castromerín.

Volvió ésta el semblante por haberle parecido notar cierta aspereza en el tono de aquella palabras, y reconoció a sor Brígida. Manteníase en pie detrás del grupo que formaban las religiosas, y la lámpara que alumbraba el aposento hería como al soslayo sus facciones

cadavéricas. Tembló Blanca involuntariamente al contemplarla, y parecióle haber visto ya otras veces aquella desagradable figura.

-No me atreverá a indicar cuales han sido, dijo sor Margarita respondiendo a la hermana que había hecho la pregunta, pero sí diré que han corrido extraordinarias opiniones acerca de esto. Andaba muy válida por ejemplo la voz de que habiendo causado la muerte de una principal señora, casó con cierta joven voluntariosa y antojadiza, atormentada por negros remordimientos, la cual desapareció un día del alcázar de Arlanza, sin que se haya sabido desde entonces de su suerte. Bien es verdad que esos vagos rumores parecen tener más de falso que de positivo, puesto que difícilmente encontraréis quien os suministre otras nociones sobre tan incomprensible asunto.

-Sólo yo pudiera hacerlo, exclamó sor Brígida levantando al cielo los ojos.

-¿Con qué vos sola sabéis, preguntóle azorada una de las hermanas, si el barón de aquel castillo es inocente o criminal?

-En efecto sola yo sé, replicó gravemente la misteriosa Brígida; pero ¿quién se atreverá a leer en mi corazón ni a querer penetrar sus recónditos secretos?, únicamente aquel que ha de juzgarnos un día.

Miró Blanca llena de asombro a sor Francisca, de la que recibió igualmente una expresiva ojeada.

-Nuestra hermana, dijo esta última a sor Brígida, deseaba saber vuestra opinión acerca de un objeto que despierta la curiosidad de todos, pero no hablaremos más de ello si tiene algo de desagradable para vos.

-¡Desagradable!, repitió con aire desdeñoso, dando vueltas con extraordinaria viveza; ¡desagradable!... sí por cierto, como al reo condenado a muerte la imagen de su suplicio.

Mientras la seguían con los ojos enmudecidas y asombradas cuantas religiosas había en el aposento, hirió de repente sus oídos la campana del monasterio recordándolas la hora de la meditación. A su eco lúgubre detúvose sor Brígida en medio de la estancia, haciendo como para orar, y luchando con alguna secreta fuerza que se oponía a que lo verificase. Fuese insensiblemente enajenado, y quedóse inmóvil en el mismo sitio con la cabeza algo inclinada hacia el hombro derecho, los brazos cruzados, medio cerrados los ojos, y dibujándose en las piedras del muro la sombra de su alto y descarnado cuerpo. Aun en medio de tan místico embeleso se podían marcar en aquella figura las huellas de borrascosas pasiones. Por lo demás, aunque se notase cierto orgullo en sus palabras, ya no resplandecía el fuego de la juventud en sus ideas: advertíase tal vez en su frío aspecto absoluta indiferencia a los vituperios y a las alabanzas; pero de repente en su arrogante andar la memoria de lisonjeros triunfos, y en su penetrante ojeada el orgulloso ascendiente del que manda.

También en sus momentos de calma solía valerse de aquel lenguaje punzante y satírico que vierte hiel oculta en el corazón, al que acompaña sardónica sonrisa capaz de desesperar la persona más flemática y prudente. Entonces excitaba el enojo y no la compasión: huían de ella las religiosas como se evita el encuentro de una ave de siniestro

augurio, advirtiéndose secretamente los tránsitos y corredores por donde se paseaba, a fin de que ninguna tropezase con tan desagradable objeto. Temiendo acaso esta malignidad de su espíritu, aprovecharon del toque que acababan de oír para alejarse de aquel sitio, dejando a la exaltada Brígida bajo la vigilancia de una de las hermanas legas del monasterio.

CAPITULO XIII

Los remordimientos

Varios días se pasaron entonces sin que saliese de la celda: informábase de su estado la heredera de Castromerín, y suplicaba a las religiosas no perdonasen medio para calmar la exaltación y extravío de sus ideas. La infeliz, sin embargo, iba siguiendo con su carácter, ya pacífico, ya agitado; y como muchas veces habían transcurrido semanas enteras sin que se dejase ver por el convento, nadie extrañaba su ausencia, sobre todo, sabiendo que había conservado constantemente en medio de su locura no pocos resabios de antojadiza y voluntariosa. Entretanto, distraída la ilustre heredera en calcular los medios de amansar el enojo de su padre, y pasando los días con las monjas jóvenes, o bien oyendo amonestaciones sabias, o entregada a las sabrosas leyendas de crónicas antiguas, fuese olvidado de sor Brígida, lisonjeada quizás de que prometiese su dolencia próximo restablecimiento.

Por esto le causó más impresión el verla parecer de nuevo en la misma pieza, donde la oyera declamar con tanta energía, en ocasión de hallarse también en ella acompañada de varias religiosas, aguardando el toque de ánimas. Volviéronse a mirarla sin atreverse a pedirla por su salud, ni a preguntar el motivo de su llegada. Brígida en tanto las contemplaba con una especie de curiosidad, hasta que descubriendo las facciones de Blanca, tendió los brazos hacia ella, y volviendo el rostro al lado opuesto, exclamó estas sentidas palabras notablemente melancólica: -¿Por qué ha de perseguirme siempre esa imagen fatal a mi reposo? ¿Quién rompió la piedra que cubría sus inanimados restos? En vano desfiguró aquellas facciones el venenoso rencor de los verdugos: renacieron ¡ay! De su pecho, para memoria de mis crímenes. Yo la vi cuando acababa de espirar: aun la ponzoña de las yerbas no había ajado la brillantez de sus rasgos, y se traslucía en ellos aquella angélica dulzura con que amansaba los corazones. Sus ojos tristemente inclinados parecían descansar en blando sueño: sólo en su frente empezaba a descubrirse el lívido sello de la muerte. Yo la contemplaba estremecida, y a proporción que en ella desaparecían hasta los más leves síntomas de la existencia, se me presentaba más hermosa y acreedora a mi reconocimiento y a mi compasión. ¿Por qué secreto no graba la muerte ninguna fealdad en el rostro de su víctima, sino hasta algunas horas después de haberla herido con su dardo? Al ver a nuestros amigos blandamente reclinados sobre el lúgubre ataúd, nos alucinamos con la idea de que no es la muerte sino un sueño pacífico el que nos separa de ellos; pero insensiblemente se va marchitando su semblante, se descompone su cadáver, y los inmundos habitantes de la tumba empiezan a correr por su amarillenta superficie. Ya entonces no nos resta el consuelo de la incertidumbre: apodérase el terror de nuestras almas, y abrazamos en vano el inanimado ser que antes formó nuestras delicias.

Todas las que oían a sor Brígida se hallaban como poseídas de involuntaria tristeza: al verla declamar con desordenada vehemencia en medio de una sala gótica opacamente alumbrada, acompañando con descompasadas contorsiones el eco sepulcral de sus misteriosas palabras, era fácil tomarla por una aparición sobrenatural, y participar de aquella especie de pavor místico que se había apoderado de las religiosas. Una de ellas se animó a preguntarle la causa de su delirio; y cual si semejante pregunta hubiese renovado el frenesí de la monja, rompió súbita y nuevamente el silencio, y volvió a dar rienda a los desvaríos de su debilitada información.

-No me preguntéis, dijo: hay crímenes incapaces de perdón que pesan sobre la conciencia y desordenan la fantasía: las llamas del purgatorio tienen poca voracidad para purificarnos de ellos, y las que estrepitosamente se elevan envueltas en lágrimas y gemidos bajo las eternas bóvedas del llanto, no hacen más que atormentar los espíritus sin volverles la primitiva inocencia. El infame que me sedujo se agitará para siempre en ellas aherrojado con ásperas cadenas, y sufriendo el desesperado suplicio de ver padecer ante sus mismos ojos la víctima de sus ponzoñosos halagos.

Aquí calló un instante, y empezó a mirar en derredor del aposento como recelosa de que alguno la estuviese escuchando: después bajo la voz, y continuó en tono trémulo y misterioso.

-Hallábase en el corazón de estos reinos un alcázar sombrío y solitario, cuyas abovedadas estancias resonaron largo tiempo con los alegres cantos de voluptuosos festines. Esos rasgos, que ahora veis tan ajados y marchitos, gozaron en brillantes días de lozanía y frescura, y obtuvieron de los hombres los homenajes que se tributan a la belleza. Pero nunca resplandecieron con tan suave brillo como cuando lograron sembrar las semillas de aborrecimiento sin igual entre mi malvado seductor y el embrutecido barón a quien debía la vida. ¡Las tinieblas del infierno hubieran de ocultar al mundo los crímenes que fueron el resultado de esta desavenencia mortal! Había ya mucho tiempo que agitaba la discordia sus teas entre la cabeza de un padre tirano y la de un hijo no menos bárbaro: había ya mucho tiempo que alimentaba yo contra ellos un odio secreto e inextinguible; odio que estalló en fin en medio de un banquete nocturno, donde me recreé con el espectáculo atroz de ver brillar sobre mi bárbaro verdugo el puñal de su propio hijo. Tales son los secretos que ocultan las bóvedas de aquel tenebroso palacio; bóvedas que debieran desplomarse sobre los inicuos que fueron iniciados en tan horrible misterio.

-¡Y cuál vino a ser nuestra suerte, o víctima infeliz de la seducción!, exclamó como horrorizada una de las religiosas.

-Adivinadla, hermanas mías, pero no me preguntéis: continué viviendo en el oprobio, hasta que una vejez prematura empezó a delinear en el semblante los inmundos rasgos de mi alma. Vime entonces insultada y escarnecida en el sitio mismo donde me atrajera las atenciones y aplausos; vime limitada a vengarme con infructuosas maldiciones, y a oír desde la torre que me señalaron por habitación, el tumulto de los festines a que ya no me dejaban tomar parte, y los clamores de las bellezas que arrastraban bulliciosamente a ellos.

-¡Desgraciada!, interrumpió una voz desconocida. ¿Qué podría hacer por ti el mismo apóstol Santiago si se hallase en tu presencia? Verdad es que curaba la lepra del cuerpo con su divino aliento; pero sólo Dios pudiera curar la de tu espíritu.

-¡Oh tú, profeta cruel, que acabas de anunciarme la cólera del cielo, exclamó sor Brígida, revélame a lo menos por qué se presentan tan frecuentemente a mi imaginación delitos desde largo tiempo cometidos, y qué destino espera más allá de la tumba a la que sólo ha sido un cúmulo de maldades y horrores!

-Caed de rodillas al pie de los altares, gritó una monja anciana; hendid en el polvo la soberbia de vuestra frente, y aun hallaréis el alivio de la misericordia divina. No queráis haber conservado la vida en medio de tantas borrascas para estérilmente abandonaros a una desesperación infructuosa: ahora que tenéis abiertos los ojos sobre vuestras propias faltas, puede hallar el arrepentimiento fácil acogida en vuestro espíritu.

-¡Cuán poco conocéis el corazón humano! Para obrar como obré, es necesario haber sentido una inclinación decidida a los placeres, la sed insaciable de la venganza, y el deseo de una autoridad sin límites. Tales afectos son en demasía sanguinarios y violentos para que conserve el alma la facultad de arrepentirse: heme convencido, sobreviviendo a la edad de las pasiones, de que la vejez del malvado no conoce deleites ni consuelos: un rostro marchito no ejerce influencia sobre persona alguna, y hasta la misma venganza se reduce a deseos impotentes. Viene después el pesar tardío y el remordimiento armado con sus culebras... lo futuro ya no ofrece más que desesperación, como la eternidad a los demonios, y sería un crimen el querer confundir entonces la necesidad de desesperarse con el ansia de arrepentirse. No obstante, cumplirás mi destino: el cielo me llama para que sirva de instrumento en la tierra a una estrepitosa venganza. Cuando nuevos enjambres de avisvas vuelvan a revolotear en torno del negro alcázar, teatro en otro tiempo de mis crímenes, yo iré a abrirles el boquerón por donde se introduzcan en él, y arrastren a los soberbios guerreros que lo habitan. Tal vez hostigada por mi propia desesperación, me vean correr al través de sus galerías, sacudiendo las flamantes teas para que el fuego prenda en todos los ángulos del edificio; tal vez contemple placentera la iracunda llama ondeando por lo alto de sus almenas, y penetrando por entre las robustas piedras de sus erguidos torreones. Decidme, amigas, añadió soltando ruidosa carcajada, ¿no será una pira digna de mis enemigos, y un sabroso espectáculo para calmar la rabia que me devora?

-Templos, hermana, exclamaron las religiosas, y permitid que os llevemos adonde toméis algún descanso: siempre quedan días felices para los que aman la soledad y la penitencia.

-Para todos, pero no para mí: hermanas mías, prosiguió después en tono algo pacífico, perdonad mis extravíos, compadecedme en gracia de la ardiente fiebre que me abrasa: mi cabeza arde: me parece que estoy mala... ¡Oh! ¡por qué no puedo borrar lo pasado de mi memoria!; esas figuras que se alzan en derredor de mí como furias para atormentarme...! yo las veo cuando duermo, y al después aun van dando vueltas en torno de mi lecho.

Al decir esto extendía los brazos, y paseaba por la estancia sus desencajados ojos, fijándolos a veces cual si viese algún terrible fantasma. Una de las monjas la tomó

cariñosamente por la mano, y estrechóla llorando contra su propio pecho. Sosegóse un poco la desgraciada Brígida, y reclinando la cabeza en el hombro de la caritativa religiosa, miróla con aire de ternura y djóla como saliendo de una congoja terrible.

-Ya se marcharon; ¿no es verdad, querida hermana? El fuego voraz que circula por mis venas me hace ver cosas que tal vez no existen: no sé, pero me parece como que me encuentro más aliviada... ¿habéis asistido al coro, hermanas mías?

-Y también salido de él, respondió sor Francisca; pronto oiréis el toque de ánimas, y así permitid que Margarita os acompañe a vuestra celda.

-Tenéis razón, replicó Brígida, acaso me sea posible conciliar algún reposo. Abrazadme, hermanas; no me olvidéis en vuestras oraciones.

Empezó a caminar lentamente a su estancia, apoyada en el brazo de Margarita. Viendo, empero, sor Francisca la aflicción que semejante escena había causado a la hija de Castromerín, apresuróse a tranquilizarla.

-No os desconsoléis, la dijo, tiene la pobre con sobrada frecuencia la cabeza algo turbia; bien que nunca la había visto luchar con delirio tan frenético. Por lo regular sólo se observa en ella una tristeza profunda, y cuando llega la hora en que se agita, vuelve a recuperar muy pronto su templanza natural. Nunca notara que su inquietud durase tanto como hoy: esperemos con todo que el régimen y el retiro serán suficientes a calmar su frenesí.

-¿Y no habéis reparado, observó Blanca, el tono con que hablaba al principio? Parece que no dejaba de traslucirse en sus ideas alguna consecuencia y trabazón.

-Son lúcidos intervalos, respondió la hermana, y aun echareis de ver que no sólo habla en ellos con sensatez, sino con ingenio y perspicacia. Vuelve, sin embargo, por momentos a su taciturnidad o a su locura.

-¿Y sabríais decirme, preguntó Blanca, lo que se ha reducido a tan deplorable estado?

-Difícil sería dar con ello, respondió la monja, en razón de que no es la menor de sus extravagancias el referirse, durante los raptos de su demencia, a calamidades siempre diferentes, que apenas guardan entre sí correspondencia alguna. Tan pronto se queja de ver el cadáver de una persona querida; tan pronto de hallarse luchando en medio de combates sangrientos: aquí es un cadalso el que despierta sus temores; allí el amor ultrajado el que exaspera su imaginación: de esta suerte, divagando entre horrosas imágenes, recorre la infeliz un vasto círculo de amarguísimos recuerdos. Con todo, si gustáis saber algo más acerca de semejante asunto, añadióle en voz baja de manera que las otras no pudiesen oírla, venid a mi celda después del toque que anuncia el recogimiento, no echando en olvido que al dar la media noche hemos de asistir al coro.

Aquí llegaban de su conversación, cuando les anunció el toque de ánimas el momento de separarse. Despidiéronse las monjas, y recogieronse cada una en su celda, después de haber acompañado a la heredera de Castromerín a su estancia.

Así que ésta oyó tañer la campana del silencio, salió con callada planta para verse con su amiga; y atravesando un corredor abovedado, donde trémulamente brillaba una lámpara moribunda, subió por cierta escalerilla de ojo que se hallaba en uno de los extremos, y hallóse de repente en los aposentos superiores, los cuales presentaban un aspecto más irregular y ruinoso que los del cuerpo principal del edificio. Al entrar en la celda descubrió a sor Francisca puesta de rodillas ante un crucifijo de marfil, profundamente entregada al místico consuelo de la oración. Volvió la cabeza aquella humilde penitente al percibir los pasos de la tímida Blanca, y viéndola en pie sin atreverse a pasar del umbral de la puerta, sonrióse con cierto agrado, e hízole seña de que entrase. Así lo ejecutó con respetuoso silencio, y sentándose en el lecho de la religiosa, aguardó tranquilamente que concluyese su devota plegaria. Finalizada ésta levantóse sor Francisca, y tomando la lamparilla que alumbraba el aposento, colocóla sobre una robusta mesa de nogal: en uno de sus ángulos advirtió Blanca el reflejo de aquella luz tristísima una calavera humana, y un reloj de arena colocado en el opuesto. Estremecióse involuntariamente; pero sin haber hecho alto la monja en impresión semejante, tomó asiento junto a ella, y empezóle a hablar amistosamente en estos términos:

-La curiosidad, hermana mía, os ha hecho muy puntual, y sin embargo no sé si podré daros nociones algo positivas en orden a la suerte de la desventurada sor Brígida. Habéis de saber que su entrada en San Bernardo fue tan misteriosa como su propia conducta: nadie supo quien fuese ni la familia a que pertenecía: en sus maneras, en su arrogancia, en el tono de la conversación advertíamos una dama de alto origen, acostumbrada a pisar alfombras y a vivir en soberbios alcázares; y si bien no era su demencia tan frenética y frecuente como ahora, ya se notaba en aquel carácter cierto desorden de ideas y una lucha interior anunciando furiosos remordimientos. Yo me acuerdo de que cediendo con otras compañeras de mi edad al curioso impulso que nos inclinaba a descubrir la causa de tales misterios, hicimos toda suerte de tentativas, ya recogiendo las palabras de la misma Brígida, ya preguntando a nuestra indulgente abadesa, ya dirigiéndonos al venerable Gómez de Salazar, abad actualmente de San Mauro, el cual se hallaba a la sazón en este monasterio, y había sido quien más contribuyera a que en él entrase la incomprensible dama. No obstante, nada pudimos descubrir, y empezamos por lo mismo a mirar a nuestra hermana con cierta prevención y temor, sin que su regular conducta y austera penitencia fueran bastantes a moderar una opinión tan poco caritativa. Por aquellos días vino un trovador extranjero a hacer oír sus melodiosos acentos al pie de las torres de San Bernardo. Había ya tiempo que no se percibían por sus alrededores los himnos de esos hijos predilectos del destino, árbitros en cierta manera de la inmortalidad de los héroes. Corrimos como es natural a las galerías del monasterio a fin de saborear mejor la dulzura de su canto, y la armonía de sus versos. Para haceros cargo del interés que debían inspirarnos sus numerosas estancias, razón es que sepáis como los trovadores son los únicos que en los solitarios monasterios dan idea de los acaecimientos del siglo, cantando en ellos las continuas revueltas de los pueblos, y las gloriosas victorias de los reyes; y bien que el joven de que os hablo lo hiciese en lengua provenzal, no dejábamos de comprender el espíritu de sus cantares. Sin embargo, aquel gentil mancebo ensayó una canción patética y doliente, en la que más bien que los himnos de la guerra, se percibían los melancólicos suspiros de personas desgraciadas. Su gallardo aspecto, su condición, al parecer mansa y generosa, su habilidad en el arpa, el metal sonoro de su voz, y la importancia del objeto de sus trovas, hicieron en nosotras una impresión agradable e

inocente. No pocas veces le obligamos a repetir esta última canción, vertiendo amargas lágrimas al oír la catástrofe con que castigó el cielo las pasiones de un padre bárbaro, la perfidia de una esposa, y los desórdenes de un hijo desnaturalizado. Mis hermanas no advirtieron en ello mas que la relación de una historia sobradamente lúgubre; por lo que a mí hace me ocurrió la idea de si tendrían aquellos sucesos alguna referencia con la suerte de sor Brígida. Varias expresiones de la monja, la combinación de la época en que acaeciera aquella singular tragedia, la misma precisamente de la entrada de sor Brígida en San Bernardo, y la agitación, sobre todo, que le causaron las terribles estancias del joven trovador desde la primera vez que las oyera; diéronme margen a semejantes conjeturas, e hiciéronme suponer lo que acabo de deciros. Por esto supliqué a nuestra abadesa que permitiera al padre Gómez me sacase una copia del canto del trovador; pues aunque leo con suma dificultad, me propuse guardarla como un recuerdo de las sospechas que entonces formé, y con el objeto también de saborearme en escucharlo cuando me deparase la suerte una persona como vos, más versada en el secreto de este arte divino. Ahí tenéis el manuscrito del noble abad de San Mauro; leedmelo, querida Blanca, y diréisme luego si van enteramente fuera de propósito las reflexiones, que me hizo formar acerca de las verdaderas causas que desordenaron la cabeza de nuestra infeliz hermana.

-Gracias os doy, respondió Blanca, por semejante condescendencia. Y tomando los papeles que le entregaba la monja, colocóse de manera que pudiese aprovecharse de la escasa luz de la lámpara, y empezó a leer lo que sigue con voz al principio poco firme.

CAPITULO XIV

Doña Elvira

Brilla la hora en que resuenan los blancos trinos del ruiseñor en la silenciosa selva: los juramentos de los amantes tímidamente pronunciados parecen más agradables y lisonjeros. Los suspiros del céfiro y el rumor de la cascada elevan el espíritu del sabio que medita en soledad. Empieza a humedecer las flores un balsámico rocío, y la estrella de la noche derrama trémula lumbre desde la bóveda del firmamento. Las ondas del mar vecino y las hojas de los árboles van tomando un colorido más opaco, mientras alumbra el horizonte aquel débil claro oscuro, aquellos tan blandos reflejos con que parece animarse el último crepúsculo del día ya próximo a desaparecer ante el tibio resplandor de la luna.

Sin embargo, no sale furtivamente Elvira del alcázar de los príncipes del Este para deleitarse escuchando el murmullo de las aguas, ni se adelanta en medio de las sombras de la noche con el inocente deseo de respirar un aire puro. Tampoco se detiene en la margen del arroyo para coger el blanco lirio que lo hermosea, ni aplica el oído atenta y escrupulosa a fin de recrearlo con los suspiros del ruiseñor: otros quisiera oír no menos dulces y amorosos.

Agítase al percibir el rumor de callados pasos por entre los floridos arcos del vergel; late su pecho, y un encendido carmín anima sus delicadas facciones... llámala entonces blandamente una voz inteligible apenas desde un cenador de jazmines, y arrojase en el mismo instante a los brazos de un joven más bello que el pastor Endimión, más intrépido y marcial que el hijo del buen Pedro.

¿Qué les importan las revoluciones del mundo y sus esplendorosas pompas? Las criaturas que existen, la tierra que pisan, los cielos que les cubren, los maravillosos planetas que giran majestuosamente por las inmensas órbitas no electrizan sus espíritus, no atraen su atención un sólo instante. Indiferentes como los que duermen en la tumba para cuanto se halla a sus pies y resplandece sobre sus cabezas, respiran solamente el uno para el otro, y hallan en la más leve de sus miradas, en el más fugaz de sus suspiros un mar inmenso de delicias. ¿Y cómo es posible que la idea de su peligro y de su crimen no les turbe en tan mágico abandono?... duermen tiernamente enlazados en la orilla misma de un precipicio, y no se acuerdan de que el más ligero vaivén puede arrojarlos en su profundo seno, sin que dejen en el mundo mas que una culpable de su memoria.

Sepáranse al fin con desmayados ojos, con marchitas facciones, y aléjanse lentamente del asilo que ha protegido sus criminales placeres. Hablan del momento en que volverán a verse, y enternécense sin embargo, cual si se despidiesen por la vez postrera. Brilla en los ojos de la princesa una luz tan suave como la del cielo, mas no se atreve a fijarlos en la estrellada bóveda, porque envilecida con el crimen, parecele hallar hasta en los astros peligrosos testigos de su deshonra. Ardientes suspiros, dulcísimos abrazos detienen todavía los dos amantes; desenlázanse, y sus corazones, congojosos a la par y enardecidos, sienten después de la separación aquel frío temblor que sigue a las acciones delincuentes.

Retírense Alfonso a su estancia solitaria donde aún llama la belleza que ha jurado fidelidad eterna a otro mortal, y reclina entretanto la princesa su frente impúdica en el seno de un esposo que la ama, juzgándola virtuosa. Pero la agitación del amor turba su sueño, enardece su rostro, animalo, y entreabriendo sus labios hácele pronunciar un nombre sobradamente querido mientras estrecha al esposo contra su hermosísimo seno. Despierta el príncipe al impulso de tan dulces halagos, y harto feliz con la idea del afecto que se figura inspirar, acaricia blandamente al ídolo de sus amores, y no se atreve a interrumpir el sueño bienhechor, que presenta la imagen de sí mismo a la exaltada imaginación de la princesa.

Los labios que despiden tan tiernos ayer pronuncian de repente el nombre del dichoso mortal que los agita: escucha el príncipe Fernando, y embriagado de ilusiones apresúrase a recoger aquellos fugitivos acentos; pero duda, tiembla, vuelve a escuchar, y revuélcase por el blando lecho, cual si el dardo de la muerte acabase de atravesar sus entrañas. ¡Infeliz!, no serán más terribles los ecos de la trompa que romperá la losa de su sepulcro para obligarlo a comparecer ante el trono del Eterno. Acaba desde este instante su felicidad en la tierra; el nombre que murmura la princesa, publica al mismo tiempo su delito y la deshonra de Fernando. ¿Y qué nombre es este que pronunciado sordamente bajo los doseles de púrpura que cubren el rico lecho, causa estragos más funestos que la onda veloz arrojando la endeble barca a la ribera, y estrellando al náufrago de cabeza contra los escollos? ¡Dioses del infierno! ¿hubiera podido imaginarlo? El de su propio hijo, degenerado fruto de un ilegítimo amor, única prenda de su momentánea unión con la crédula Edelmira, harto frágil en otro tiempo para escuchar a un príncipe que no podía ser su esposo.

Ciego de cólera lleva Fernando la diestra al puñal pendiente de los pilares que sostienen el pabellón de su tálamo, y vuelve a dejarlo caer en la vaina antes de sacar toda la hoja. Aunque su esposa es infiel y muy digna de la muerte, ¿tendría corazón para herir a tan angélica hermosura?... si no durmiese tranquilamente a su lado, si no errase por sus labios una sonrisa encantadora sufriera tal vez la infame el peso de la cólera del príncipe; pero causóle horror hacerla pasar de las delicias del sueño al helado silencio del sepulcro. Tampoco quiso despertarla; arrojóla, sí, una mirada capaz de dejarla inmóvil si desvaneciéndose sus ilusiones hubiere abierto los ojos, y visto, a la pálida luz de la lámpara de alabastro que ardía junto a ella, el venenoso furor que denotaban las facciones del iracundo Fernando.

Desde que despunta la aurora interroga el príncipe a los habitantes del alcázar, y no recoge sino pruebas de lo que teme descubrir: todo le confirma el desdoro de su fama, toda la maldad y el vilipendio de su afrenta. Las mismas doncellas de la princesa, que por mucho tiempo protegieron su perfidia, tratan de evitar el castigo echando la culpa a su frágil e imprudente soberana. Rásgase el misterioso velo que ocultaba tan peregrinos amores: las miradas, los suspiros, las sabrosas pláticas, los dulcísimos cantares, todo lo cuentan al ultrajado príncipe que recoge sus palabras con sonrisa feroz y provocativos ademanes.

No era de aquellos que pueden sufrir luengas dilaciones. En el mismo día viósele sobre el trono de su padre, rodeado de la brillante guardia y de los grandes de su corte.

Descúbranse a sus plantas los dos reos inclinados bajo el peso de su crimen: hállanse ambos en la primavera de sus días; ambos parecen también la gala del mundo entero, y son, sin embargo, su envilecimiento y su oprobio. Si levanta Alfonso la gallarda testa nada iguala a la hermosura de sus rasgos varoniles, y aunque guarda absoluto silencio, no se trasluce en su semblante abatimiento o temor, antes espera tranquilo la sentencia de su muerte en humillante postura y cargado de cadenas.

Muda como él, pálida e inmóvil hállase igualmente pronta la princesa a someterse al destino que le aguarda. Avergonzada, abatida, apenas parece aquella arrogante hermosura, cuyas miradas eran las delicias de un alcázar donde los cortesanos se mostraban orgullosos de servirla, donde procuraban imitar las damas el plácido acento de su voz, las gracias de sus modales y la gentil majestad de su persona. ¡Ah!, si entonces derramaran sus ojos una sola lágrima habrían brillado mil aceros, y corrieran a su defensa los más célebres paladines ardiendo en ansias de combatir por ella, de perecer y de vengarla; pero ahora, ¿cuál es su suerte? ¿réstale siquiera el recurso de implorarles? ¿obedecieronla los célebres campeones y la brillante juventud que la rodea? Todos guardan un silencio sepulcral: con los ojos bajos, con los brazos cruzados, frunciendo las cejas, y dejando percibir tal vez la insultante sonrisa del menosprecio, describen un vasto círculo en torno de la ilustre víctima, insensibles al parecer a su desgracia. El único que con la lanza en ristre habría sabido defenderla, el héroe que supiera morir, o supiera libertarla, hállase junto a ella encadenado y sujeto sin atreverse a mirar a su desdichada cómplice.

Aunque sobremanera abatido por la fuerza de tal desastre, descúbranse en su frente rasgos sombríos de ferocidad y altivez. Mordiérase los labios de cólera si temblase por azar ante aquella muchedumbre; sus pasadas delicias, sus crímenes, sus amores, el enojo de su padre, la indignación de los varones virtuosos, su destino en la tierra y en el cielo, y sobre todo la suerte de aquella celestial hermosura... he aquí los pensamientos que vagan por su delirante fantasía. ¡Ah! ¡cómo osaría volver los ojos hacia aquel semblante cadavérico, sin que dejase de manifestar el corazón los devoradores remordimientos que lo agitan por los males que le causa!

Óyese de repente el eco de una voz destemplada y bronca, y escuchan los circunstantes mudos de asombro. «Ayer, exclama Fernando, me envanecía aún la idea de estar enlazado a una esposa amable, y de tener un hijo intrépido y valiente: hoy se ha desvanecido esta ilusión que me llenaba de delicias. Ocultaráse el sol en las ondas del Océano, y mi hijo ingrato habrá dejado de existir. Condenado estoy a una vida solitaria, y

aunque me estremece el aspecto de vejez árida y prematura, no dejaré de pronunciar contra la perfidia de los reos, una sentencia tan ejemplar como justa. ¿Quién rompió los lazos que nos unían?... ¡Alfonso! Dos horas y un sacerdote es lo que te resta en el mundo; recibirás después la recompensa de tu delito. No quiero verte morir; no quiero regocijarme con el espectáculo de tu cabeza rodando por las tablas del patíbulo; pero tú ¡oh mujer impúdica! tú, a quien desde el tosco alcázar de un barón desconocido de Castilla elevé al solio hasta ahora ennoblecido con princesas de alto origen, tú la verás caer y oirás como murmura, ya separada del tronco, horribles imprecaciones contra la liviandad y torpeza. Vive si puedes después de presenciar el deshonroso término a que lo han traído tus maldades: vive si puedes, puesto que seas tan vil que lo prefieras a la reputación y al honor.»

Dice; e hínchase las venas de su frente, como si de pronto la sangre que contienen no pudiese circular. Inclina la cabeza, y pasa una mano trémula por sus ojos a fin de ocultarlos a la curiosidad de los concurrentes. En medio del lúgubre silencio que ha sucedido a las terribles órdenes del príncipe, levanta Alfonso los encadenados brazos, pide un momento para hablar la vez postrera, y Fernando desde su trono indica con ligero movimiento de cabeza que se halla pronto a escucharle.

«No temo la muerte, exclama; tú me has visto darla en medio del estruendo de las batallas cuando todo infundía horror. Aquel acero nunca inútil en mi mano, el mismo que me arrebatan indignamente tus satélites, ha derramado mucha más sangre para servirte, que derramarás ¡oh príncipe! para vengarte. Tú me diste la vida, tú me la puedes quitar: hiciérasme en ella un presente bien amargo, puesto que nunca olvidé la prematura muerte de mi madre, ni su despreciado amor, ni su reputación marchita. El hijo que la sobrevivió parece haber llevado en la frente la marca de su deshonra: mi corazón desolado por ti, mi cabeza en manos de tus verdugos, el tronco de mi cadáver arrojado en incógnita ribera para ser pasto de las aves publicarán al mundo tu cariño paternal, y la violada ternura de tus primeros amores. Verdad es que te ofendí; pero también es cierto que tu ofensa precedió a la mía: esa infeliz beldad, segunda víctima de tu barbarie estaba destinada recompensar más proezas, a embellecer mis tristes días. ¡Harto lo sabes!... porque al ver a la dulcísima Elvira ardiste en deseos de unirte a su angélica belleza, dijiste que a pesar de ser hija de un simple barón castellano no era yo digno de poseerla, y me echaste bárbaramente en cara el afrentoso borrón de mi cuna. Ya sé que no me era dado reclamar tu ilustre nombre, ni sentarme en el espléndido trono de los príncipes de tu linaje; pero si me concediera el destino algunos años de vida, siento bastantes bríos en el fondo de mi pecho para hacer tan célebre el mío como el de la casa de Este, y para aspirar a verme reinando en suntuosos alcázares. Mi espada ha sido un rayo en los combates, y ondeaba tan alto el penacho del yelmo, como las livianas plumas de tu casco. El viento del septentrión, la flecha que hiende los aires son menos veloces que mi caballo cuando lo dirigía a lo más revuelto de la refriega, dando el grito de ¡victoria por el príncipe Fernando!

«A pesar de estas ventajas, y de que mi nombre y mi nacimiento nada tenían de viles, tu desmedido orgullo se desdeñaba de manifestármese propicio, sin echar de ver que resplandecían en mi semblante juvenil los mismos rasgos de tu tétrico semblante. De ti me viene la agitación bulliciosa y el humor sombrío y solitario: de ti la fuerza de mi brazo y los ímpetus del corazón: no sólo te debo la vida, sino cuanto con títulos más justos pueda hacerme reconocer por descendiente de tu soberbia alcurnia. Tu rostro, en fin, brilla en mi rostro, resplandece tu espíritu en mi espíritu, y en vez de haberme ofrecido un tálamo nupcial, me ofreces ¡oh príncipe! Un cadalso. ¿Por qué labraste la desgracia de mi madre? ¿por qué me arrebataste la esposa? ¿por qué has sido en todos tiempos el autor de mi deshonra?... cubriste de infamia mi cuna, y cubres de infamia mi prematuro sepulcro: la falta del hijo no ha sido más que la falta del padre, y en mi cabeza ¡oh bárbaro!, quieres castigarlas entrambas. Cúmplanse, pues, nuestros destinos: sea yo la víctima de tus propios errores; seas tú el verdugo de tu misma sangre, y el rey del universo el único juez que un día pronuncie entre los dos imparcialmente.»

Calló; y cruzando los brazos sobre el pecho inclinó la gentil cabeza como abismado en amargas reflexiones. El áspero son de sus cadenas hirió dolorosamente los oídos del inmenso concurso que llenaba la estancia. Observóse un leve movimiento de compasión; pero muy pronto las gracias de Elvira volvieron a atraer las miradas de todos. ¿Podía escuchar en calma la sentencia de su impetuoso amante? Hizo un esfuerzo para hablar, y los acentos medio articulados de su voz espiraron antes que pudiese saberse la significación que tenían. Su corazón, empero, parecía como embebido en aquellos fugitivos clamores: probó de nuevo el pronunciar algunas palabras, y sólo produjo un prolongado gemido, después del cual cayó sobre el mármol más comparable a una estatua nunca animada por el soplo de la vida, que a la hermosa delincuente incapaz de resistir el ímpetu de una pasión tan tierna. Aún vivía la infeliz princesa; pero la violencia misma del dolor había desordenado sus potencias: su debilitado cerebro ya sólo concebía ideas vagas e incoherentes, semejantes a las cuerdas de la lira, que aflojadas por la lluvia únicamente despiden inarmónicos sonidos. Borróse lo pasado de su imaginación; lo presente no existía para ella: sólo de cuando en cuando iluminaba algún rayo de luz su fantasía para presentarle con los más negros colores un horroroso porvenir. No de otra suerte rompe el relámpago fugaz la oscuridad de la noche para hacer momentáneamente visibles las asperezas de un desierto.

Siente entretanto en el fondo de su alma a manera de un peso que la acongoja y la oprime: percibe un frío mortal en aquel mismo corazón que ardiera poco antes con un volcánico fuego, y acuérdase confusamente de un enlutado patíbulo, y de que alguno había de perecer en él. Pero ha olvidado el nombre de la víctima: sólo conserva cierta memoria confusa de su gallardía juvenil y animadísimas facciones. ¡Desgraciada! ¿qué es ya la vida para ella? Sin saber si la tierra la sostiene, sin saber si es la del firmamento la bóveda que la cubre, dudando si son hombres o las sombras de infernales espíritus las

guardias que la contemplan, lleva en todas sus acciones los desesperados síntomas de una eterna estupidez. Todo es confusión para su alma extraviada y demente: todo le parece un caos de esperanzas y de temores. Risueña y llorosa a un mismo tiempo, pero siempre insensible y estúpida, acaso hace esfuerzos convulsivos como para despertar de un terrible sueño, momentáneamente halagada con el presentimiento de poderlo sacudir. ¡En vano! ¡en vano!... el destino mismo con ser tan poderoso no podrá librarla de él, y sólo dejará de luchar con los fantasmas que de tarde en tarde le presenta para caer en la insensibilidad de la tumba.

Las campanas de bronce desde lo alto de la gótica torre de un convento anuncian un suceso infausto con lamentables sonidos, mientras majestuosamente se eleva el fúnebre canto con que consuela la iglesia las agonías de los moribundos. Entónanlo por un hombre que va a perecer: vedle de rodillas a las plantas de un monje anciano implorando el perdón de sus delitos. Sobre el encumbrado cadalso que se eleva a sus espaldas un rústico y grosero jayán examina fríamente el filo del hacha que ha de partir de un golpe la garganta de la víctima. Viste corta túnica encarnada con mangas que no llegan a los codos dejando enteramente descubierto un brazo nervioso y velludo. Al ver sus desabridas facciones, y la especie de complacencia con que oficiosamente prepara el horroroso suplicio, descúbrese pronto en su selvática persona el iracundo ministro de las iras de Fernando. Silenciosos escuadrones forman un vasto círculo, y agítase inmensa muchedumbre por la plaza, deseosa de presenciar el lastimoso cuadro de un hijo llevado al patíbulo por orden de su propio padre.

Brillaban en el horizonte los últimos rayos de una tarde de otoño, cuando se daba cumplimiento a tan horrorosa tragedia. Ellos reflejaron un instante en los bucles de la cabellera de Alfonso, y en la cuchilla también del sanguinario verdugo.

Ya se acabaron las plegarias de aquel hijo pérfido; ya recorrieron sus dedos todas las cuentas de un rosario; ha confesado las culpas; sus disposiciones está hechas; todo se halla preparado para que suba al trono de los delincuentes. Quítanle el rico manto; córtanle el rizado cabello; pero al ir a vendarle los ojos, resístese el infeliz a ese ultraje, y se empeña en presenciar con altiva frente los actos de su sangriento suplicio.

Revuélvense en su espíritu los pensamientos que lo han constantemente ensoberbecido; y a pesar de que ya se halla en apariencia dócil y sumiso, no deja de traslucirse algo de su antigua arrogancia en el áspero desdén con que aparta la venda destinada a ocultarle

aquellos tristes preparativos. No, no, dice el ejecutor; he aquí mi sangre, he aquí mi vida, he aquí mis manos envueltas en robustas cadenas; pero quita de mi presencia ese lienzo innoble; guárdalo para víctimas cobardes... ¡hiere!... no hayas miedo que el sacudimiento de tu hacha pueda hacerme pestañear... ¡hiere!... Tal fue la última palabra de Alfonso; pues descendiendo el hacha como un rayo cortó repentinamente la que iba quizás a pronunciar. Rueda la cabeza del valiente joven dando varios saltos por la arena: entreábranse sus ojos: agítanse sus labios: estremécense los músculos del misterioso semblante, y muy pronto eclipsa su hermosa varonil la palidez amarillenta del sepulcro.

Murió sin ostentación ni pompa cual deben morir los criminales: verdad es que a las plantas de un sacerdote dio muestras de no desesperar de la misericordia divina; pero la cólera de su padre y la desgracia de Elvira no dejaron de emponzoñar sus postreros momentos. No obstante habían cesado sus quejas, desaparecido las señales de su despecho, y sólo despuntaron algunos síntomas de aquel iracundo carácter en las palabras dirigidas al verdugo para que no vendase sus ojos; palabras ¡ay! Que vinieron a ser como el único Dios a los espectadores de su suplicio.

Tan mudos como aquel cuyos labios se habían cerrado para siempre, apenas tuvieron los concurrentes aliento para respirar. En medio de aquella calma tétrica comunicóse por el concurso un rápido movimiento convulsivo en el instante que se vio brillar en el aire el hacha del ejecutor, y hundirse gimiendo en las venas de la inmóvil víctima. ¿Pero que clamor de desesperación y delirio hiela de repente los corazones de todos? Elévase hasta las nubes, semejante en su aspereza al alarido de las almas de los réprobos, que se agitan por las bóvedas infernales. ¡Oh Dios! Ha salido del alcázar de Fernando: vuélvense allí las miradas de los circunstantes; pero nada ven, nada perciben... Era el grito de una mujer, y nunca arrojó la desesperación un *ay* más doloroso y prolongado; ¡plegue al cielo, que haya puesto fin a los días de la desgraciada que lo lanza!... Tal es el voto de las almas generosas y sensibles.

Desde que ha muerto Alfonso ya no se ve a Elvira ni por el alcázar, ni por los jardines; nadie al parecer se acuerda de ella; su nombre no es pronunciado por ninguna boca mortal; olvidáronlo las gentes como si fuese una palabra siniestra, o voz de tristísimo augurio. Tampoco el príncipe Fernando volvió a hacer mención de su esposa ni de su hijo: consistió bárbaramente en que fuesen envilecidos y profanados los mortales despojos del gallardo Alfonso; pero la suerte de la infeliz a quien amara eterna y misteriosamente ha permanecido oculta. ¿Buscó el asilo de un claustro para implorar el perdón del supremo Juez a fuerza de lágrimas y de remordimientos? ¿Castigaron el vengativo puñal o la envenenada copa sus adúlteros amores? ¿o debió a la piedad del cielo, la gracia de espirar con agonía menos lenta, cuando oyó el golpe del hacha

dividiendo la cabeza de su cómplice? Se ignora, se ignorará siempre: sólo se sabe que su breve vida empezó y acabó entre lágrimas y dolores.

Fernando tomó otra esposa: hijos más virtuosos le rodearon en su vejez; ninguno, empero, salió tan amable, tan espléndido y valiente, como el que para siempre dormía en el silencio de la tumba. Mirábalos el príncipe con desdeñosa indiferencia, despidiendo quizás sofocados suspiros y mal interrumpidos clamores. Nadie, sin embargo, vio correr las lágrimas por su pálido semblante, ni brillar en sus labios la amable sonrisa, ni disiparse las nubes de aquella frente sombría, donde el pesar imprimió con larga mano espesas arrugas, desde lejos denotando las hondas heridas del alma. Acabáronse para él las alegrías y los pesares: huía el sueño de sus párpados, y un humor hipocóndrico entorpecía sus acciones. Insensible a la alabanza y al oprobio, sin temor al crimen, sin afecto a la virtud, hubiera deseado el infeliz huir de su propio corazón. Destrozáronle eternamente mil recuerdos hiriéndole con más agudo puñal en el instante mismo que respiraba con la falaz ilusión de verse libre de sus pérfidos agujijones. ¡Ah! Cuando nos es permitido derramar en secreto abundancia de lágrimas se alivia algún tanto el férreo peso que despiadadamente nos oprime; pero si niega la naturaleza este consuelo, forman en torno del corazón un incomprensible dogal, y ciñéndolo fuertemente, lo comprimen y lo sofocan.

A veces allá en lo más recóndito de su pecho sentía involuntarios movimientos de ternura a favor de los que había condenado a la desesperación o a la muerte, y no podía templar esta amargura ni con la esperanza de abrazarlos algún día en la mansión de los justos. Hallábase convencido de la fealdad del crimen y de la justicia de su sentencia; mas no por esto dejó de perseguirle el roedor remordimiento hasta sus últimos días. Siempre tuvo ante los ojos el encumbrado patíbulo donde dio el postrer suspiro el hijo de la inocente Edelmira.

Así que acabó de leer Blanca de Castromerín, permaneció un rato pensativa y taciturna, saltándole casi las lágrimas al cuadro de una historia tan singular y patética.

-Nunca, dijo rompiendo el silencio sor Francisca, nunca oigo ese suceso singular sin sentirme enternecida. El carácter que atribuye el trovador a doña Elvira, el crimen de que se hizo rea, su castigo, y el castigo de su cómplice, todo muy análogo a las visiones de nuestra hermana, hízome suponer fuese la misma que tan desgraciadamente figura en aquel tristísimo canto. Y si a tales conjeturas queréis añadir la impresión que hicieron en sor Brígida estas estancias, la opinión algo válida de que desapareció la princesa del alcázar para meterse en alguna orden religiosa, y la época del suceso, la misma, como ya os dije, de la entrada de sor Brígida en San Bernardo, apenas os quedará duda del poderoso fundamento que yo observo en mis sospechas. Por lo demás, como no deje de encerrar este acaecimiento un grande ejemplo contra las humanas flaquezas. Sea cual

fuere su relación con la suerte de sor Brígida, no he reputado por perdido el tiempo que empleaseis en leerlo, y que ocupéis después en meditarlo.

-No obstante, observó Blanca de Castromerín, léese en la canción provenzal, que el príncipe Fernando casó muy pronto, lo que no le habría sido posible verificar sin que muriese doña Elvira.

-Os engañáis en esto, respondió la monja; para un carácter tan despótico como el del príncipe Fernando, bastaba la desaparición de la princesa. Nadie le impedía entonces el manifestarse convencido de su muerte, y hacer valer para dar cumplimiento a sus deseos, hasta el distinguido lugar que ocupa, y la necesidad de dejar asegurada la sucesión de su familia.

-Ahora digo que vuestras conjeturas no van fuera de propósito. Si las exclamaciones de sor Brígida dan lugar a presumirlo, no menos lo hace sospechar el origen castellano de la princesa del Este, y lo muy natural que parece el que después de aquella catástrofe se retirase en algún convento de su patria.

Oyeron en esto la media noche, y separáronse la una para ir al coro y la otra para retirarse otra vez a su aposento.

CAPITULO XV

Don Alonso V y Don Juan el II

Uno de los monarcas que se hicieron más célebres en la época de que hablamos fue sin disputa el que ocupaba el trono de Aragón. Con espíritu generoso, con ánimo levantado, y mayor deseo de honra que de deleites, desvelábase para conseguir grandes triunfos, hallábase en todos los lugares y negocios, y era tan brillante guerrero, como maduro y prudente magistrado. Sin par en la liberalidad y clemencia, fácil en la condición, tardo en la cólera y en dejarse abatir por reveses de la fortuna; afirmóse en el trono de su padre, y preparó los gloriosos reinados de sus propios sucesores. Llevando después a Italia sus armas victoriosas desbarató los angevinos, y a la traza de los antiguos romanos entró triunfante en Nápoles montado en un carro magnífico, del que tiraban caballos más blancos que la nieve de los Alpes. Rodeábanlo los señores y grandes de todo el reino; estaban las calles sembradas de flores; de las paredes colgaban brillantes tapicerías; respirábanse do quiera suaves perfumes y fragancias, y numeroso pueblo, derramándose a oleadas por los sitios donde pasaba el victorioso príncipe, pedía en altas voces al son de marciales trompetas que le concediese el cielo largo y próspero reinado.

Desde que lució tan célebre día, debido a las aplaudidas victorias donde aprendió el arte difícil de la guerra el conde Arnaldo, fue acatado don Alonso de Aragón, como el monarca más esclarecido de su tiempo, lumbre y gloria perpetua de la nación española. Añádase al esplendor de esta conquista la humillación de la república de Génova, orgullosa y potente en aquellos tiempos, de la que anualmente tomaba como en feudo una alhaja de oro a la vista de todos sus vasallos: el vencimiento de Francisco Esforcia, tan ensoberbecido por la excelsa cuna de su esposa, como por haberse apoderado de la Marca

de Ancona; y el recibir continuamente en sus alcázares soberbias embajadas de los más famosos reyes, prometiéndole fértiles y dilatadas provincias si se dignaba socorrerlos. Entre ellas contábase como cosa singular y de muchísima honra las que le enviaron desde Constantinopla los emperadores de Oriente, y a de Georgia Castríoto, varón señalado en aquella época por su grande valor y por desesperadas empresas dignas de inmortal renombre.

Seducido, empero, Alonso de Aragón por el blando y muelle clima de Italia, y deseoso al mismo tiempo de conservar las provincias que en ella adquiriera a fuerza de victorias, no quiso dar la vuelta a la península, donde regentaba sus estados el rey don Juan de Navarra. Y como Aragón y Castilla eran las dos potencias que más figuraban entonces en el territorio español, las ínclitas cualidades del rey don Alfonso V hacían como resaltar la debilidad y el carácter indolente del rey don Juan el II dominado siempre de los grandes, y viviendo en indecoroso pupilaje.

El monarca de Navarra, tío del rey don Alonso, y anteriormente conocido como uno de los infantes de Aragón, irreconciliable enemigo en todas épocas de don Álvaro de Luna, era hombre naturalmente suspicaz y rencoroso. Seguía a la sazón con el príncipe de Viana, su hijo primogénito, una guerra sacrílega, atendido el escándalo que daba ver luchar dos personas tan estrechamente unidas por los vínculos de sangre. Dos terribles bandos de *agramonteses* y los *biamonteses*, capitaneado el uno por los condes de Lerín y conducido el otro por los marqueses de Cortes, atizaban aquella afrentosa contienda. Con ánimo de vengarse a un mismo tiempo de don Álvaro de Luna, y del hijo, que a pesar de sus ventajosas calidades mortalmente aborrecía, unióse el rey don Juan de Navarra con el infante don Enrique, favoreciendo decididamente sus planes en calidad de regente de Aragón, a fin de que con las fuerzas de ambos reinos entrase hostilmente por tierras del rey de Castilla, apoyo del jactancioso condestable, y poderoso protector del príncipe de Viana.

Tal era el estado de las relaciones políticas en la península, cuando hallándose don Álvaro de Luna en uno de los salones del real palacio de Segovia rodeado de diversos cortesanos, vio entrar al duque de Castromerín con taciturno y melancólico aspecto.

-¿Qué es esto?, le preguntó; mala cara, señor duque, para pedirnos albricias. ¿Habrían entrado por dicha los escuadrones del infante por los campos de Castilla? ¿Amenázannos de cerca el caballero del Cisne, o el feroz conde de Urgel?

-No creáis, respondió Castromerín, que puedan amilanar mi espíritu unos enemigos que desprecio. Luzcan enhorabuena su destreza en los torneos, mientras les enseñamos nosotros como se ha de pelear en las batallas.

-Muy esforzado os sentís, respondió don Álvaro, y me parece que si venimos a las manos no dejareis de merecer los versos de Juan de Mena.

-¡Vive Dios, que si hubiese seguido mi consejo no os hallaríais gastando chanzas en este palacio!

-Es cierto; pero acaso fueran tales las que Enrique y Arnaldo gastaran con nosotros, que tampoco tuviera el duque la satisfacción de reprendernos.

Soltaron la risa los cortesanos al oír esto, y viendo don Álvaro de Luna algo colérico y corrido al señor de Castromerín, díjole prontamente para apaciguarlo:

-No os he hablado así por desprecio a la osadía de vuestro parecer; pero ya veis, duque, que con un puñado de hombres era temeraria empresa la de atacar al infante en su castillo de Ampurias.

-No tanto, respondió el señor de Arlanza haciendo como alarde de su gigantesca estatura, no tanto por San Cervantes, si nos hubiera dado ayuda el noble príncipe de Viana.

-¿Y quién contenía, atajóle el condestable, las haces del rey don Juan, y los indómitos catalanes que siguen a Arnaldo de Urgel? Ea, caballeros, más espero de vuestro valor en el combate, que de vuestra perspicacia en el consejo.

-¡Pardiez!, dijo otro de los circunstantes, más quiero blasonar de temerario que de prudente; y en el caso en que nos vemos se de cierto que nos fuera más honroso hallarnos a tiro de tres lanzas del enemigo, que hablar descansadamente de la guerra en este alcázar. Ved aquí por qué dicen los aragoneses que en vez de salir al campo como buenos caballeros asaltamos furtivamente los castillos a guisa de cobardes desalmados; y a fe mía que el robo de Matilde de Urgel y esa inacción vergonzosa no dejan de prestar un colorido de verdad a sus injuriosos dicitos.

-¿Y quién osa afirmar, interrumpió Rodrigo, que el rapto de la hermana de Arnaldo haya sido obra de los caballeros de Castilla?

-Tomad la vuelta de Navarra, respondió Monfort, y no dejareis de hallar en las huestes de Cataluña y Aragón acreditadas lanzas que lo sostengan.

-Pero las nuestras deben rechazar a todo trance tal calumnia, dijo acaloradamente el hijo del condestable: de lo contrario reniego del decantado brío y heroica reputación que tanta sangre nos cuesta.

-En mal hora se rechaza a cincuenta leguas de distancia, replicó Monfort. Si no descubris el medio de que salgamos de repente a la campaña, tendremos que haberlas con escuadrones orgullosos de sus triunfos y de nuestra aparente cobardía.

-¡A las armas!, gritó don Pelayo de Luna: ¿quién es el aleve que se atreverá a poner en duda la intrepidez de los caballeros de Castilla? Bravo Rodrigo, valiente Monfort, Ramiro de Astorga, vosotros todos, nobles guerreros aquí reunidos, ayudadme a persuadir al condestable la imperiosa necesidad de correr pronto a la lid.

-¡A las armas!, respondieron todos a la vez; y arrojando don Pelayo en medio del gótico salón una de sus manoplas de acero, llamó un rey de armas, y mandóle llevar al conde de Urgel aquel férreo guante en señal de particular desafío. He de reprimir su orgullo, añadió, y quitar al rey don Juan aquel grosero espantajo.

Mientras durara este animado diálogo estaba el duque de Castromerín en otra pieza contando a don Álvaro de Luna lo que le había pasado con su hija, y el castigo que acababa de aplicar a su desobediencia. Todo lo aplaudió el condestable, y convinieron de nuevo en la realización de tan suspirada alianza. Oyeron en esto extraordinario rumor en

el salón de los cortesanos, y al entrar en él para enterarse de lo que ocurría, viéronse rodeados de don Pelayo, del señor de Arlanza, Monfort, Astorga y otros caballeros, pidiendo a voces el permiso de marchar contra las huestes reunidas de Aragón y de Navarra.

-Basta, dijo apartándoles don Álvaro: haré presente al rey tanta impaciencia, y no dudo que marcharemos cuanto antes al encuentro de los enemigos de su trono. Retiraos entretanto, y aguardad tranquilamente mis órdenes; vos, señor duque, venid conmigo a las estancias de su Alteza.

Los aposentos que ocupaba don Juan el II podían pasar por suntuosos sin tener nada de elegantes. Los arcos que los sostenían eran de bastante primor, magníficas las tapicerías que los engalanaban, y los vidrios de las ventanas prolongadas y puntiagudas, adornados con frescos y caprichosos matices. Sólidas eran las sillas, aunque llenas de afiligranadas labores; brillaba en el alto techo el trabajo más costoso y exquisito, y en la recamada alfombra, regalo de un emperador de Oriente, los ingeniosos dibujos del mosaico. También se admiraba allí un grande espejo, que fuera presentado al príncipe de Castilla por la república de Venecia, objeto entonces del mayor lujo, tanto por lo mucho que costaba, como por la escasez que de ellos había. En la disposición, sin embargo, y en el poco aliño de estos muebles, advertíanse cierto abandono y falta de simetría o buen gusto, indicios del carácter flojo y de la poca entereza del príncipe que allí habitaba. En medio de la estancia había una mesa espaciosa cubierta con un gran tapete de terciopelo carmesí, y sobre ella papeles concernientes al gobierno confundidos entre instrumentos de música y muchos borradores de versos en los cuales se leían en letras mayúsculas los encabezamientos de *trovas*, *canciones*, *coplas*, y otros géneros de metros. Junto a esta misma mesa permanecía sentado el monarca de Castilla cuando entraron don Álvaro de Luna y el duque de Castromerín: así que vio al primero soltó un manojo de papeles que tenía en la mano, y púsose a mirarle con cierta indecisión como temiendo alguna desagradable nueva.

-Y bien, ¿qué venís a anunciarme?, les dijo viendo que nada le hablaban: duque, ¿qué sabéis de las huestes de Aragón?, y vos, condestable, ¿habéis hecho reunir las de Castilla? Por Santiago que recelo algún desmán de esos perros de Navarra. Si se juntan a los trozos del infante don Enrique y bravo conde de Urgel, me temo que talen nuestros campos y entren muy a su sabor por los castillos, antes que nos sea posible reunir suficiente número de lanzas que oponerles.

-Lo que importa, señor, dijo don Álvaro, es enristrar las nuestras: bástannos ahora las que siguen a los valientes que se hallan en la corte, y en el mismo campo se irá engruesando nuestro ejército.

-¿Lo has pensado bien?, replicó el monarca: mira que no es lo mismo haberlas con tales gentes, o arremeter con los degenerados musulmanes de Granada.

-Harto lo sé, señor, pero me acuerdo de la batalla de Olmedo, y tengo a mengua que se dejen amilanar como unas liebres sus valientes vencedores. Ahora, si es que prefiere V. A. volver al yugo del rey de Navarra y a la necesidad de ver por sus ojos, hablar por su boca y...

-¿Qué es lo que hablas? Interrumpió el monarca. Salgamos tan pronto como se pueda, y demos otra lección a ese despreciable régulo de Pamplona. Ea, reúnanse las haces, despliéguese el estandarte real, y marchemos en buen orden.

-Determinación tan heroica, dijo a la sazón Castromerín, es muy digna de la sangre que ennoblece a V. A. Lástima y vergüenza sería que holgásemos en la ciudad mientras tala el enemigo las fronteras, y así lo sienten cuantos caballeros adornan la espléndida corte de Castilla.

-Está resuelto, respondió el rey, y el condestable cuidará de que se ejecuten mis órdenes. No es esto decir que no nos reservemos el derecho de pensar con madurez en este negocio; pues acaso al vernos el enemigo en disposición de defender el trono de nuestros mayores, accederá a una paz ventajosa a nuestro reino.

-Para que tal suceda, observó don Álvaro de Luna con sardónica sonrisa, han sido muy sedientos de su sangre los castellanos. No hay medio alguno, señor, entre el partido de V. A. y el bando de los infantes: vivir en perfecta seguridad, mirar por los intereses del reino, estrechar a los infieles en su recinto y obedecer la voz de su soberano, he aquí lo que desean los campeones de Castilla. Enriquecerse con las rentas reales, reinar en nombre de V. A., y reducirlo a vergonzoso pupilaje, tal es el objeto de esos malsines que avanzan con mano armada para sorprenderos en la corte misma. ¿Y es nuevo en ellos el destronar príncipes, sembrar disensiones intestinas, y recoger a manos llenas el sangriento fruto de sus tramas? La Grecia desunida, Sicilia revuelta, Nápoles sojuzgada os dirán lo que tenéis que esperar de sus armas orgullosas...

-Basta, interrumpió el monarca: ya te he dicho que ordenes las huestes y salgamos a su encuentro. ¡Habránse visto jamás hombres más ambiciosos y contumaces que esos infantes de Aragón! En mal hora nacieron para estos reinos... la enemistad con mi hijo don Enrique, el soplo de la discordia que arde en Castilla, la turbación de mi paz doméstica... ¡Vive Dios!, que ya es tiempo de que acabe de una vez el germen de tantas revueltas.

Estas palabras agotaron el esfuerzo del monarca que se dejó caer, a guisa de hombre abrumado, sobre su mismo sillón. Aprovechándose el sagaz favorito de aquel abatimiento, moderó el tono áspero y enérgico de que usara hasta entonces, e insinuándose en el ánimo del príncipe con cierta flexibilidad respetuosa, hablóle blandamente en estos términos.

-Los enemigos, señor, se han ensoberbecido desde que huelga el brazo de V. A. Con que salgáis al campo estoy seguro que se desbandarán como una manada de gacelas, y una vez perseguidos y castigada la insolencia de ese barón catalán que tanto nos menosprecia, volveremos al agradable espectáculo de esplendorosos torneos, y al cultivo de las artes. Lucirán para Castilla días de paz y bonanza que harán sentir la bienhechora influencia del gobierno paternal del rey don Juan el II sobre cuya cabeza lloverán lágrimas de gratitud y fervorosas bendiciones.

Suspiró el rey al oír una pintura tan propia para halagarle, y tomando de encima la mesa los papeles que soltó cuando entrara el condestable, enseñóselos diciendo:

-Ahí tienes unas trovas excelentes, hechas, a lo que presumo, por el poeta que más merece nuestra aprobación real: hablo de Juan de Mena. Recórrelas por tu vida, y admira la armonía y fluidez de tan elegantes rimas.

Echó don Álvaro una ojeada al papel renegando interiormente de la versatilidad del monarca, y quedóse asombrado al ver que el asunto de aquellos versos era el reciente robo de la hermosa Matilde, la celebrada hija del conde Armengol.

-Muy singular es esto, murmuró entre dientes el privado.

-Singularísimo, respondió el rey: y dudo que nunca se hayan escrito coplas más pulidas y acabadas.

-Digo, señor, que me parece muy singular que un ingenio de esta corte particularmente favorecido por V. A., tenga la audacia de escribir acerca de un asunto que no es más que una impostura, un feo borrón con que quieren empañar los enemigos el limpio pundonor de los grandes de Castilla, un lazo en fin que nos tienden para dar cierto colorido de justicia a su pérfido armamento, a la sacrílega violación de los tratados.

-Es verdad, respondió el rey mirando los manuscritos y ocupándose entonces más del argumento que de los versos: es verdad que no hice alto en la materia de esas rimas, ni me pasó por las mientes; pero aun cuando sean la pintura de las sentidas quejas de esta dama, ¿qué conexión hay si te place entre su robo y la buena reputación de los grandes de Castilla?

-La de suponer que a mano armada, y a guisa de salteadores o bandidos, hidalgos de estos reinos la robaron de San Servando, castillo donde moraba, aprovechando para ello la ocasión de hallarse, por ausencia del conde de Urgel, desmantelado e indefenso. Con tal impostura han acrecentado el odio y animosidad de aquellos naturales contra los pueblos de Castilla, pues era la noble dama el ídolo de Cataluña, y hecho que se comprometiera la flor de los caballeros de Aragón para libertarla. Ahora, en cuanto al autor de estas artificiosas rimas, que también pintan el agravio de los aragoneses y la alevosía de los castellanos, no sé nada.

-Ello será mucha verdad lo que tú has dicho y no pasaremos por alto el castigo de tales demasías y afrentas; pero en orden a las trovas te repito que son bonísimas, y si tal negaras, entenderías bien poco de achaque de poesía. Por lo demás el mismo Juan de Mena me las ha presentado, y sabe, pobre hombre, añadió con bondadosa sonrisa, que los poetas forjan los asuntos a medida de su paladar para sacar partido de ellos sin meterse en más honduras.

-Por Santiago que no es eso, señor, respondió don Álvaro de Luna, sino que los contrarios que tienen en esta corte misma los más fieles vasallos de V.A., se han valido de ese ardid para ponerles en mal predicamento con su monarca.

-Ya te he dicho lo que hay en tal negocio, repuso con mucha flema el rey don Juan, y que poco o nada se te alcanza en punto a la gaya ciencia.

-Maldita sea, dijo secretamente el condestable. Por lo menos ahora, continuó alzando la voz, juzgo que es de poca utilidad en razón a que las lanzas del conde de Urgel y el caballero del Cisne necesitan de otros diques.

-En efecto, observó Castromerín, y si no nos apresuramos a atajar su ímpetu, nos arrojarán, mal que nos pese, de nuestros mismos hogares.

-Importunos estáis, exclamó el rey don Juan: ea, cumplid las órdenes que os he dado en cuanto a esto, y dejadme saborear a mis solas el halago de tan gustosa leyenda.

-¿Habéis visto en vuestra vida, dijo saliendo don Álvaro al duque de Castromerín, hombre más indeterminado y menos a propósito para el puesto que ocupa?

-¿Y qué sería de nosotros, atajóle el duque con cierta sonrisa de confianza, si de pronto cobrase la entereza, por ejemplo, del monarca de Aragón?

-Verdad es, dijo don Álvaro después de pensarlo un poco, que hallamos nuestra ventaja en su pusilanimidad y falta de energía; pero también tiene sus inconvenientes la sed del descanso y la flaqueza pueril. Y sino, venid acá y decidme si deja de herir el corazón el ver que adelantan los escuadrones del infante, y nos estamos con las manos en el cinto como si viniesen a justar, cuando todo esto había de poner terror con el crujido de las armas, la confusión de los guerreros y el tropel de los caballos. Por San Andrés que no era así antes de salir a campaña para la batalla de Olmedo, y que había en este alcázar más aparato militar que regia pompa.

-¿Y quién nos manda, replicó Castromerín, seguir tan sólo el impulso de ese monarca imbécil? Mala pascua lucirá para nosotros si vuelven a fascinarle esos infantes de Aragón.

Una desdeñosa sonrisa animó por un momento las sombrías facciones del condestable. - ¡Fascinarle! Exclamó: ¿os burláis? Harto aherrojado lo tengo, loado sea Dios: más difícil les sería que plantar una pica en la Alhambra de Granada. Temo, sí, que lo conquisten; pero no que lo seduzcan: temo que entren por Castilla y descarguen todo el peso de su cólera sobre don Álvaro de Luna y el duque de Castromerín. ¡Fascinarle! Confesad que anduviste desacertado en tal recelo.

-Sobrado celoso diréis de vuestro crédito y buena andanza; pero escuchad un instante: ¿no sería del caso que en vez de luchar con su carácter indolente y flemático procurando inspirarle alguna chispa de nuestro belicoso ardor, chispa que sin prender nunca de recio apenas nace en él cuando se extingue, usásemos a nuestro arbitrio de la facultad que nos ha dado, reuniendo gente y cayendo, sin que se cataran de ello, por sendas desusadas, por intransitables atajos sobre los escuadrones enemigos?

-Es el único remedio que nos queda, y ver de todas maneras que venga en nuestra compañía, y anime con su presencia el valor de los soldados.

Sí, respondió Castromerín: aunque para ello sea necesario cargar con toda esa cáfila de músicos y trovadores. ¡Holgazanes! Mala peste nos limpie de tal nube de zánganos: ¡cuán poco se parecen a aquellos célebres Vidales y Blondeles dedicados, no como estos a

enflaquecer el ánimo de los monarcas, sino a inspirarles el sagrado entusiasmo de los héroes!

-También será del caso, continuó el condestable, enviar un mensaje al príncipe de Viana para acordar el sitio donde sus lanzas se junten con las nuestras.

-Apruebo, respondió Castromerín. ¿Y sabéis algo de lo que verdaderamente ha ocurrido en estas cosas que se cuentan de Matilde de Urgel?

-Artificios son del conde de Arnaldo. Lo que deseara descubrir por vida mía, es el impulso que ha movido a un miserable coplero a dar idea al rey de una impostura forjada, como todo el mundo sabe, en los pérfidos reales del infante don Enrique. Yo le prometo hacer estampar en su cráneo el sello de mi resentimiento. ¿No es bueno, señor duque, añadió arrugando las cejas, que indican aquellas trovas a mi ilustre primogénito como cómplice en el supuesto robo de Matilde? Por la cruz sacrosanta del Calvario que he de calentar con tan rabioso fuego la mollera del infante trovador, como no sea el favorecido Juan de Mena, que nunca más necesite de la llama de las musas. Ya puede ser que la clave contra un muro o tronco de árbol, cuando menos se lo cate, un venablo más certero que el que atravesó al enamorado Macías. El Caballero del Cisne y el osado conde de Urgel tiemblan a la sola idea de la proyectada alianza entre las casas de Luna y Castromerín; y no contentos en procurar impedir la con las armas, se valen de medios que desdorarían a un villano, cuanto más a paladines tan cabales como la fama los pinta.

-Sin embargo, me lisonjeo de que si en eso consistiera su muerte, muy en breve les haríamos dar de cabeza contra un mazo.

-*Sin embargo y me lisonjeo*, dijo el inflexible favorito, son admirables voces para la conversación del rey don Juan; nosotros, como más cuerdos y avisados, no debemos titubear ni dar indicios de indecisión mujeril. Ahora vamos a pelear con esos perros de Aragón y Navarra; en seguida al convento de San Bernardo a asegurar nuestra perpetua alianza con el matrimonio don Pelayo de Luna y la heredera de Castromerín.

Apretáronse la mano dicho esto, y se separaron, al parecer los más amigos del mundo, atravesando por distintos lados los salones de aquel vasto alcázar, y correspondiendo apenas a los profundos saludos y reverentes humillaciones que recibían de cortesanos, pajes, alabarderos y demás gente destinada al servicio del monarca. Su primero y principal cuidado fue reunir los escuadrones de los más adictos a su bando, y aprovecharse de los escasos preparativos que se habían hecho hasta entonces, con lo que lograron ponerse cuanto antes en campaña, lisonjeados de que de día en día iríase engruesando el ejército. En efecto no les engañó la esperanza, y una vez reunidos a las huestes que acaudillaba el príncipe de Viana, vinieron a formar un razonable y numeroso campo, aunque no tan aguerrido y disciplinado como el del infante don Enrique. Mandábalo el rey don Juan el II rodeado de sus grandes y regido siempre por los consejos de espíritu belicoso de don Álvaro de Luna; y tomando la vuelta de Navarra, hicieron como alarde del gallardo intento de salir al encuentro de los contrarios y venir a las manos primero que talasen los abundantes campos de Castilla, asaltarán las ciudades y destruyesen los pueblos.

CAPITULO XVI

Explicación

Tiempo es ya de que volvamos a hablar de la noble Matilde de Urgel, a quien enteramente abandonamos para dar cuenta al lector de lo que ocurría en el monasterio de San Bernardo y alcázares de Segovia y Castromerín. Es de advertir que mientras don Pelayo y sus compañeros atizaban el fuego de la guerra contra don Enrique de Aragón, habían enviado al castillo de San Servando algunos hombres de armas, a fin de que aprovechándose de la ausencia de Arnaldo, viesen como robar a su hermana, y conducirla al alcázar de Arlanza, moviéndoles a tamaño atentado la fama de su discreción y hermosura. Así es que mientras iban poniéndose en orden los escuadrones que debían seguir al rey don Juan a la próxima campaña, tomaron don Pelayo y don Rodrigo la vuelta del lóbrego edificio, teatro siempre de sus violencias y desacatos, con el deseo de estar presentes a la llegada de Matilde, y tener preparado cuanto juzgasen a propósito para halagarla y recibirla. Convinieron entre sí los dos impíos barones, que fuese por algún tiempo aquella ilustre huérfana la cautiva del primero, contentándose el de Arlanza con la cantidad que no dejaría de ofrecer el conde de Urgel para rescatarla en cuanto llegase a sus oídos la noticia de su rapto.

Bien ajena de tan pérfidas asechanzas pasaba tristísimos días la hija del noble Armengol en el antiguo palacio de sus padres. Advertíase en su carácter el germen de profunda melancolía ocasionada al parecer por el pesar de la próxima partida de su hermano. Y bien que sus amigos y admiradores le reprendían aquella indiscreta inclinación, no dejaba de dar pábulo con sobrada frecuencia a sus pesares, ya recorriendo los sitios más caprichosos y selváticos de aquel desierto ya repitiendo en ellos las canciones de provenza que la recordaban tiernamente los peligros de los héroes. Subió Arnaldo una noche a su aposento y hallóla agradablemente ocupada en delicadísima labor: era un tahalí de seda blanca, dedicado al noble conde, el cual tuvo la satisfacción de adivinar el objeto de su linda tarea por haber notado a la primera ojeada, como se complacía en recamar con sus manos primorosas los nombres de Arnaldo y Matilde ingeniosamente enlazados.

Conmovióse el belicoso barón al advertir ese nuevo rasgo de su fraternal cariño, y se acordó por un momento de que sólo había un ser en la tierra que le amase con verdadero desinterés y ternura. Desvanecieron empero este rápido movimiento de sensibilidad los impetuosos deseos de gloria y venganza que le tenían como avasallado.

-Al fin, Matilde, dijo tomándola una mano, es fuerza que nos separemos: los primeros rayos del sol ya me verán con mis huestes en la opuesta ribera del Segre, y dentro pocos días dando el castigo a los verdugos de nuestro padre.

-Y a mí, respondió tristemente Matilde, retirada en San Servando, haciendo votos para que el cielo favorezca vuestras armas. No quisiera entristeceros, hermano mío; pero me aflige desde muchos días un presentimiento funesto: paréceme ver en mis sueños la desgracia de nuestros amigos, y la extinción total de la casa de Armengol.

-¿Y quisierais que por esas ilusiones quiméricas quedase sin venganza el desastrado fin del autor de nuestros días?

-Quisiera, respondió la doncella, que rogásemos al cielo por su alma, y vertiésemos abundancia de lágrimas en la losa que cubre sus inanimados restos. ¿A do corréis, hermano mío, con esas numerosas huestes hirviendo en deseos de engrandecimiento y de sangre? Dejáis entre tanto sin amparo a la pobre huérfana de quien sois único y postrero apoyo.

-Sabéis lo que digo, replicó el conde después de breve pausa, que desde poco tiempo ha habido en vuestro carácter un cambio que me sorprende. ¿No erais vos misma la que alimentaba en mi pecho ese ardor de gloria que actualmente menoscabáis? ¿vos la que me ponía ante los ojos los negros calabozos donde murió Armengol, implorando vanamente el consuelo de sus hijos?

Matilde guardó también algunos momentos de silencio antes de responder a esta observación.

-Me parece, replicó, que hay algo de verdad en lo que acabáis de decir: también observo en mí misma el cambio que me echáis en cara, y no sé por qué me complazco ahora en escenas de suave paz y tranquilidad doméstica, cuando antes sólo pensaba en los peligros y en la gloria. Quiera Dios que salgan vanos mis temores y os vuelva a ver triunfante en el palacio de vuestros padres: por lo que a mí hace, puesto que tal es vuestro gusto, me basta con que seáis feliz, aunque muera bajo el peso de mi extremada tristeza.

-¿Y en qué os fundáis, amiga mía? Respondió con seriedad el conde Armengol: alimentad por Dios pensamientos más dignos de vuestra cuna: ved que se irritará la errante sombra de Armengol oyendo tales propósitos para sofocar en mi pecho el deseo, poco menos que sagrado, de arrancar el corazón de sus asesinos. Sabe, infeliz, que yo mismo la he visto en sueños en medio de tormentosa noche pidiendo a gritos una próxima venganza.

-¿Habláis de veras, Arnaldo? Preguntó Matilde entre azorada y curiosa.

-No lo dudéis, continuó el conde: un color amarillento marchitaba aquel semblante donde brilló algún día la majestad de los reyes; un cerco de oro sujetábale apenas el desgredado cabello, todas sus facciones indicaban el helado sello de la muerte; pero los ojos chispeaban de furor, y se notaba en su persona algún resto del espíritu varonil que le hiciera tan arrogante en los combates.

-¿Y decís que el espectro os manifestó deseos de venganza? Repuso Matilde mientras le temblaban las rodillas y estaba pálida como la muerte.

-Figuráoslo saliendo de en medio de una nube, flojo y desceñido el manto, desenvainando el estoque, cercado de misterioso resplandor. Con la mano izquierda sacudía un sangriento dogal, que acaso puso fin a sus días, y con la derecha agitaba el acero como hostigándome correr en busca de sus enemigos. Yo temblaba, hermana mía, y puesta una rodilla en tierra prometí en nombre del cielo vengar los irritados manes del conde Armengol. Al oír el solemne juramento una sonrisa feroz alteró apenas las facciones de

hierro del horroroso fantasma, y tomando una de mis manos, mientras forcejeaba yo en balde por desasirme, apretóla entre las suyas, magullándola y comprimiéndola con sus manoplas de acero. Agobiado con lucha tan desigual, sacudí violentamente el brazo, y desperté lanzando un tremendo grito. Desapareció la visión, y halleme atravesado en mi lecho, derramando copioso sudor, y sin poder proferir palabra alguna.

Escapóse el tahalí de las manos de Matilde al oír esta relación de Arnaldo, y quedóse inmóvil y llena de religioso espanto, cual si creyera que la sombra de su padre hubiese repentinamente de aparecerse en medio del aposento. El conde por otra parte extasiado con la idea de su lúgubre sueño tenía erizados los cabellos, los ojos errantes y extraordinariamente abiertos, y había algo de espantoso en sus acciones al representar la imponente actitud en que viera la sombra de Armengol. Al fin Matilde recobró algún tanto la serenidad, y le dijo tendiéndole una de las manos, y enjugando con la otra las lágrimas que derramaban sus dulcísimos ojos.

-Perdonad, amigo mío, si he intentado abriros otra senda que la de los combates y las gloria: respeto demasiado las voluntades del cielo para que me atreva a oponerme a ellas, y otros han de ser sobre todo los deberes de una hija y una hermana. Corred, pues, adonde os llama la obligación de amigo y de vasallo; sólo os suplico os acordéis de cuando en cuando del abandono en que se halla sin vos la desgraciada Matilde.

Abrazóle amorosamente, y después de haber pasado la noche despidiéndose de él con la mayor ternura, vio partir al amanecer con sus gentes a banderas desplegadas desde la más alta torre de San Servando. Siguióles con dolientes ojos, pero muy pronto los perdió de vista: pasada media hora aparecieron de nuevo atravesando a larga distancia el río Segre, cuyas limpias aguas con el suavísimo resplandor de la aurora se ofrecían a la vista como una línea de plata. Oyéronse todavía por intervalos las marchas guerreras que tocaban los clarines, mientras se veían brillar los yelmos de los capitanes contra los rayos del sol naciente, cual si fuesen de oro purísimo. Todo desapareció por fin entre los árboles más lejanos del horizonte, y tampoco llevaron los vientos el eco lánguido de las bocinas a los oídos de Matilde. Bajó entonces a su estancia oprimida de cierta pena interior que la hacía llorar con más ahínco la soledad en que se veía, y la ausencia de su querido hermano.

Pasaron algunos días sin que saliese de los muros del castillo, entregada siempre a nocivas cavilaciones. Así que fue menguando la violencia de su aflicción, y convirtiéndose en cierto abatimiento pensativo y taciturno, dimanado de su melancolía habitual y de la soledad absoluta en que se hallaba, comenzó a volver a sus paseos favoritos, y a pasar horas enteras errando por el desierto, embelesada más que nunca con las agradables vistas de una naturaleza romántica y majestuosa.

En una de estas correrías, hallándose bajo el arco de rocas contiguo a la cascada, quiso suavizar su aflicción con entonar al son del arpa alguno de sus himnos favoritos; pero era tal su flébil desaliento que no le fue posible elevar la voz, repentinamente atajada por algunas lágrimas. Aunque una doncella y un escudero la acompañaban, habíanse detenido a larga distancia porque sabían que Matilde gustaba de hallarse sola. Ocultaba ya el sol su faz brillante detrás de los elevados montes: su lumbre, aún no enteramente eclipsada, iba dejando aquella dudosa claridad que al mismo tiempo que permite distinguir los objetos,

abulta sus formas y da margen a que la imaginación les preste caprichosas figuras. El aire era suave y puro, y como empezaba a elevarse la luna desde el oriente derramando tibia luz, deleitábase Matilde en contemplar las leves nubes que ya impelían los vientos hacia su blanco disco, ya arrojaban a larga distancia de él para que limpio brillase con su melancólico esplendor. No sé que embeleso tan suave encuentra la imaginación en la reina de la noche, al verla como nadando entre sutiles vapores, sin tener bastante fuerza para disiparlos, ni tampoco puedan ellos ofuscarla enteramente. Acaso por admirar en tan peregrino astro la imagen de la virtud, que sufrida y resignada sigue tranquilamente su curso en medio de las alabanzas y las injurias, dotada de las excelsas cualidades que tienen derecho a la admiración general, pero oscurecida a los ojos del mundo por el infortunio y la injusticia.

Reclinóse la hija de Armengol en los asientos de blando césped de aquel frondoso retiro, y fijos los ojos en la bóveda del cielo, halló consolador deleite en orar por el reposo de su padre, y rogarle que amparase su desgraciada orfandad. En el fervor de su plegaria creyó que las sombras de los antiguos condes de Urgel se agitaban en derredor suyo, prometiéndola el amparo que tan tiernamente pedía. Llena de confianza en su propia inocencia y en la misericordia divina, oró igualmente por la suerte de Arnaldo, cuya vida era tan preciosa para ella, y tampoco se olvidó del respetable anciano que protegiera cariñosamente su niñez. Palpitóle el corazón, sin adivinar la causa, al pronunciar su caro nombre: sintiérase agobiada y oprimida, y aumentándose en aquella soledad majestuosa a tristísimos recuerdos.

Distrájola a deshora cierto ruido saliendo de la otra parte de las rocas. Volvió el semblante, y vio adelantarse hacia ella algunos hombres armados de pies a cabeza, con la visera caída, en ademán de sorprenderla. El terror le quitó las fuerzas: quiso dar un grito, y no pudo articular ninguna sílaba. Arrebatáronla entretanto sin hacer caso de su aflictiva turbación los desalmados guerreros, llevándola al más fragoso sitio del bosque, donde habían dejado sus caballos.

-¿No percibes extraño rumor de pasos y armaduras?, preguntó la doncella de Matilde al escudero que la acompañaba.

-En efecto, respondióla; pero has de saber que son harto frecuentes en derredor de la cascada esos guerreros rumores. Aquí se dio la escandalosa batalla entre don Jaime de Urgel y su hermano el monarca de Aragón, lo cual atrajo a estos reinos, amén de sediciones y alborotos, gravísima peste que los dejó horrorosamente asolados. Dícese que las almas de los que perecieron en aquella lid vergonzosa, andan errantes por esas selvas, y a veces pugnan entre sí con el mismo encono que desplegaron en la refriega.

-No obstante, replicó la doncella, bueno será que veamos si de algo necesita la hermana de nuestro conde.

-Ahora digo, muchacha, que te va faltando de todo punto la discreción y mollera. ¿Pues no sabes que Matilde se complace en hablar con los espíritus? ¡Pobres de nosotros si interrumpiésemos el deleite que encuentra en llamarlos y departir con ellos!

-Mira: si tal dices porque el miedo te haga más pasicorto de lo que naturalmente eres, quédate enhorabuena debajo de ese nogal mientras yo me llevo a la cascada.

-¿Qué hablas de quedarme aquí, rapaza?, no quisiera que asomase algún vestigio por esas enriscadas asperezas, de suerte que nunca más supiésemos qué había sido de tu linda persona. ¡Pardiez! No estaría malo te arrastrasen almas en pena a las tortuosas quebradas que descienden hacia el Segre, y te vieras luchando a deshora con animalitos de otra ralea. ¿Pero qué es esto?

-Un silbido, señor babieca, y puesto que no se abriga en tu pecho ningún género de valentía o agradecimiento, quédate muy noramala que yo corro a auxiliar a mi señora.

Mientras hablaban de esa suerte echóseles encima una parte de los guerreros que habían robado a Matilde, y arrebatando también a la doncella, ataron fuertemente al escudero al tronco del nogal que ostentaba sus pomposas ramas en medio del bosque. Juntáronse después con los que ya llevaban a la dama, y por sendas extraviadas y desusados atajos, dieron traza como alejarse de tan ásperos contornos. En balde la infeliz hija de Armengol presentaba en su aflicción el objeto más digno de interesar un pecho noble: los bárbaros oían sus quejas sin manifestarse enternecidos ni aun dispuestos a escucharlas.

-Según el traje que vestís, les decía, me parecéis habitantes del condado de Barcelona, mientras obráis como si vasallos fuerais del monarca de Castilla. Pero puesto que pertenezcáis a las cuadrillas de infelices que andan divagando por estos contornos, acordaos de que varias veces habéis acudido a mi protección en la que hallasteis siempre el alivio de vuestras desgracias. ¿Qué os mueve pues a tan ingrato procedimiento? ¿Qué ventaja os prometéis de tan áspera violencia?... Mi infeliz padre era el consolador de vuestras cuitas, y el que llevaba al trono de Aragón las quejas que soltarais por la violación de los fueros: sólo aspira el conde actual a recobrar su poder para manifestaros la misma benevolencia, y vosotros ingratos y desleales, arrebatáis de su pacífico hogar la triste huérfana de Armengol, y la hermana del noble Arnaldo.

Los raptores de Matilde, o por no oír sus exclamaciones, o porque no la conociesen los que pudieran encontrar por el camino, cubriéronla con largo velo, y prosiguieron marchando aceleradamente, aunque llenos de sagaz previsión y artificiosos subterfugios. Con este mismo sistema continuaron por algunos días en dirección a las Castillas hasta pisar las fronteras de este reino, desde donde moderaron algún tanto la rapidez de su marcha, bien que no del todo el ardid y la cautela, evitando los caminos reales, y siguiendo siempre su viaje por sendas poco transitadas, al través de agrestes montes, y por las riberas de ríos desconocidos. Llegaron en fin al pie de un solitario castillo situado sobre pequeña colina en la falda áspera y frondosa sierra, denotando en la robustez y vasta circunferencia de sus muros, ser una fortaleza feudal de las más capaces de resistir a toda suerte de contrarios. Adelantóse uno de los soldados y dio un silbido: al oírlo los de arriba correspondieron con cierta seña, y en el mismo punto dejaron caer ruidosamente un puente levadizo. Por él se iba a una puerta de hierro colocada entre dos altas torres ya pertenecientes a las fortificaciones interiores del alcázar.

Así que fijó Matilde los ojos en las ennegrecidas almenas donde flotaba un estandarte con las torres de Castilla, ya no le quedó duda acerca de los autores de su infeliz cautiverio.

-Yo injuriaba, dijo a los soldados, a los forajidos que se ocultan en nuestros bosques cuando creí que mis raptos pertenecían a su bando. Tan desacertada anduve, como si hubiese equivocado las raposas de estos montes con los valientes lobos del Pirineo. Hablad una vez, miserables, siquiera para decirme si son los bienes o la vida de la huérfana lo que desea vuestro bárbaro señor. ¿Tan encarnizados andáis los de Castilla contra la sangre de Armengol, que no podéis sufrir ni la existencia de sus desgraciados hijos?

Estas palabras tampoco recibieron la menor contestación. Es de advertir no obstante, que durante aquel largo viaje habíanla tratado con las mayores muestras de obediencia y respeto; por manera que todo se manifestaban prontos a concedérselos a excepción de la libertad.

Hallándose en fin en el patio grande del castillo, y junto a la puerta de hierro de que hemos hablado, tocó la corneta por tres veces el que parecía jefe de los raptos de Matilde: acudieron algunos hombres de armas al eco de aquellos sonidos para reconocer el pequeño escuadrón que les llegaba, tras de lo cual diéronle entrada libre a lo anterior del edificio, y haciendo apeaar después a las dos prisioneras, y separándolas en el mismo acto las llevaron sin atender a sus súplicas a diversos aposentos.

El que destinaron a Matilde ocupaba la circunferencia de uno de los torreones arabescos que se elevaban en cada ángulo del alcázar. Frente de la misma puerta por donde se entraba en él, había debajo de alta ventana gótica, otra de menor tamaño, que daba paso a un terrado u azotea, a la que servía de baranda y antepecho la propia barbicana de la torre, y donde se colocaban ventajosamente seis u ocho flecheros en el caso de un ataque. Admirábase desde ella un lindo y caprichoso país en cierta manera dominado por aquel inmenso castillo; pero tanto las fortificaciones exteriores que se podían descubrir desde la misma azotea, como la elevación de la torre desvanecían la esperanza de escapar de mansión tan tétrica y solitaria.

Al entrar allí vio Matilde a una vieja denegrada y asquerosa ocupada en hilar, cantando al mismo tiempo con voz trémula y cascada aquel antiguo romance:

«Non fuyades los de Asturias
Que os acorre don Pelayo»

Levantó los ojos al ver entrar la hija de Armengol, y arrojóla aquella envidiosa mirada con que acoge la fealdad y la vejez a la juventud y la inocencia.

-Ea, viejo mochuelo, ya puedes saltar del nido, díjola uno de los soldados que acompañaban la ilustre huérfana: justo es que cedas el puesto a los pájaros de más noble ralea.

-Paciencia, respondió entre dientes aquella especie de Sibila: hubo un tiempo en que la menor de mis palabras habría arrojado del castillo al más presuntuoso soldado, y ahora, maese Bullanga, he de respetar las órdenes del último palafrenero.

-No se trata de echar plantas sino de obedecer. Preciso es andar con las orejas algo listas si no quieres que nuestro dueño te acabe de doblar a latigazos. Por lo demás dices bien que hubo otros tiempos para ti: tu sol tuvo su brillante mediodía; pero lo que es ahora ya toca a su poniente. Sabes lo que me pareces... ¡ha! ¡ha! ¡ha!... un caballo viejo que en su juventud ha sido muy fogoso: ¡por la Virgen de San Cervantes! Tal fue la prisa que te diste en correr a todo escape, que apenas puedes resistir un mediano trote. Ea, sal, te repito, con cuarenta mil demonios.

-Siempre has sido un perro mastín, repuso la vieja, y plegue a Dios que el más inmundo muladar te sirva de sepultura. Por lo que hace a salir de aquí quiero que me arrastren por los cabellos esos demonios que citas, si lo verifico antes que acabe de hilar el cáñamo de mi rueca.

-Pues con el amo arreglarás esas cuentas; y como no echas bien los cerrojos cuando salgas... ya podrá ser que dentro de poco te hagan al caso un clérigo para confesarte y una sábana para envolver tu esqueleto.- Así diciendo retiráronse los soldados dejando a Matilde en el aposento con tan desagradable compañera.

-¿De qué parte sopla hoy el viento? Prosiguió hablando entre dientes y arrojando a la huérfana una mirada sardónica. Pero vaya que no es difícil adivinarlo: ojos rasgados, cabello negro, delicada tez, labios de coral... sí, sí, bien se ve con qué objeto quieren encerrarla en esta torre tan apartada y solitaria. Pobre niña, añadió soltando ruidosa una carcajada, apenas ha salido del cascarón: tendrá por vecinos a los búhos y las lechuzas; también oirá desde aquí el siniestro graznido de los cuervos; pero no espere que perciba alma viviente sus desesperados clamores... y parece extranjera, continuó examinando sus vestidos; ¿de qué país vienes, hija?... ¡bien haya quien te prendió ese cendal con tanta gracia! ¿por qué no respondes? ¿no sabes hacer otra cosa que llorar?

-No os enojéis, buena madre, dijo Matilde.

¡Enojarme!, respondió la vieja, no por cierto: igual impresión hacen en mí tus sollozos y suspiros que los árboles de la sierra con el blando movimiento de sus ramas.

-Decidme en nombre del cielo qué calamidades debo temer, y cuál será el término de la bárbara violencia con la que me han conducido a este recinto. Si me aborrecen porque debo la vida a un desgraciado héroe, yo sacrificaré la mía sin atreverme a murmurar.

-¿Y qué ventaja les acarrearé el verte morir? No, no, muchacha, tu destino y el mío corren parejas. Mírame bien: era yo tan joven y tan linda como tú cuando me arrastraron a viva fuerza a los muros de este alcázar. Habían tomado por asalto el de mi padre que pereció con sus hijos disputándoles el terreno a palmos: su ilustre sangre salpicó los salones y las escaleras del castillo feudal: el menor de mis hermanos fue asesinado en la cuna; todos perecieron en fin, y el frío de la muerte aún no había helado sus mutilados cadáveres, cuando ya era yo la víctima de la brutalidad de los vencedores.

-¡Oh Dios! Exclamó Matilde, ¿y no hay medio alguno para huir de esta morada de crímenes? Yo prometo recompensar liberalmente al que me socorra en tal conflicto.

-¡Huir! No pienses en ello: un medio sólo hay para escapar de este castillo... ¡la muerte!... y por desgracia no acude sino muy tarde, añadió la vieja sacudiendo la cabeza. Sin embargo, no deja de ser un consuelo el pensar que dejamos en la tierra muchos seres no menos desgraciados que nosotros. Adiós: seas hija de un héroe, de un barón, o de un pobre flechero, poco importa: sabe que has de haberlas con gentes que no conocen remordimientos de la conciencia, ni el imperio de las leyes. Adiós repito; acabóse el cáñamo de mi rueca; pero tus desgracias ahora van a comenzar.

-¡Oid! ¡esperad!, gritó Matilde; quedaos conmigo aunque sea para maldecirme e injuriarme. Vuestra sola presencia me servirá de protección.

-La de la madre del Señor no podría protegerte: mírala, prosiguió la vieja enseñándole una imagen grosera de la Virgen, metida en un nicho abierto a propósito en la pared; mírala, allá la tienes; prueba si a fuerza de ruegos querrá desviar la tormenta próxima a estallar sobre tu cabeza.

Al decir esto salió del aposento dejando percibir cierta sonrisa burlona que aumentaba la hedionda fealdad de su rostro. Corrió los cerrojos de la puerta, y oyóla Matilde bajar lentamente de la torre, echando horrible maldición a cada uno de los escalones, sin duda sobradamente pesados para sus débiles y descarnadas piernas.

Quedóse la pobre doncella sumida en la más negra aflicción desde que se vio enteramente abandonada: sonaban en su oído las infernales predicciones de la vieja, y creía ver a cada instante algún descomedido barón saliendo de las mismas tapicerías del aposento para darle la muerte o afrentarla. La costumbre no obstante de reflexionar sobre las cosas, una fuerza de espíritu muy superior a sus pocos años, y el conocimiento de los peligros que corría la familia de Armengol diéronla desde muy temprano algunos medios para resistir a los riesgos de la malograda suerte. Dotada también de carácter firme y meditabundo, no lo había podido deslumbrar el antiguo lustre de su familia, ni las esperanzas que después quisieron inspirarla de una fortuna más próspera y brillante. Así como Damocles en su célebre convite veía siempre en medio de la pompa, que ya le empezaba a rodear, una aguda espada suspendida sobre su cabeza, colgando de un sutil cabello. Todas estas circunstancias habían como sazonado su juicio y vuelto resignado y flexible un carácter, que sin la escuela de la desgracia se manifestara tal vez con alguna arrogancia y fiereza.

Preparada de esta suerte a los tiros de la adversidad había adquirido el necesario valor para soportarla, y como conocía que reclamaba su situación actual toda la serenidad y la fortaleza de su espíritu, llamólas a su socorro, y se dispuso para hacer frente al huracán con la dulce resignación de un alma tierna, y con el enérgico pundonor de una heroína.

Su primer cuidado fue examinar el aposento, y tuvo el disgusto de ver que la puerta sólo podía cerrarse por la parte de afuera: continuó registrándolo hasta convencerse de que por la de dentro no había ningún otro agujero por donde sus enemigos se pudiesen introducir. En las tapicerías que cubrían las paredes donde dibujara la mano diestra la trágica muerte del rey don Pedro de Castilla llamado el cruel, así como en la mullida alfombra, colgaduras del lecho y demás muebles, no dejaba de haber ciertos resabios de antigua magnificencia; bien que siempre inferior a la espléndida elegancia que empezó a reinar en Europa hacia mediados del siglo decimoquinto. Parece que ya con el objeto de

encerrar a Matilde en aquel cuarto habían como estudiado de antemano sus inclinaciones favoritas. Un arpa del más célebre artífice de aquellos tiempos, los versos de Dante y del Petrarca, algunas coplas de Juan de Mena y otros primores dedicados a la vez a la cultura del espíritu y a los dones de una buena educación, se veían esparramados cuidadosamente por la estancia.

No sin cierta curiosidad mezclada de admiración recorrió Matilde con los afligidos ojos estos objetos, deseosa de descubrir cuales fuesen los autores de su rapto y la intención que llevaran en hacerlo. Combinando el respeto de los que la habían conducido con el esmerado aliño de su alojamiento, pensó de pronto si sería un ardid de guerra, guardándola como en rehenes, no sólo para sacar ventajoso partido si llegaba a capitularse; sino al efecto de reprimir por este medio la indómita bravura del altivo conde de Urgel. No obstante duró poco esta ilusión, porque volvió a recordar las terribles predicciones y amenazas de la vieja que se había como complacido en augurarla la más horrorosa suerte. Trémula y temerosa no le quedó otro recurso que un valor resignado y tranquilo, y aquella confianza que tienen en los socorros del cielo las almas naturalmente sublimes y generosas. A pesar de esto tembló involuntariamente y cambió el color al oír los pasos de alguno que subía a su aposento. Abrióse de par en par la puerta y se presentó ante la huérfana ilustre una especie de atleta, hombre enjuto y vigoroso, cuyos miembros parecían haber sido despojados, a fuerza de fatigas, de todo inútil carnosidad. Sólo le quedaban los nervios, los huesos y la piel, ostentando sin embargo una musculatura recia y bien constituida, indicios de haber sufrido mil trabajos, y de hallarse dispuesto a arrostrar otros tantos. Iba con la cabeza descubierta; colgaba de su cuello brillante cadena de oro en prueba de esplendor de su cuna, y sostenía con la siniestra mano un penachudo casco de terso metal, llevando por cimera una enroscada sierpe con escamas de oro. Nada por consiguiente impedía notar que la expresión de su rostro era muy a propósito para inspirar a los demás o un servil abatimiento, o un respetuoso temor. Según el tostado color de sus facciones enérgicamente marcadas, parecía haber hecho largo tiempo la guerra bajo los ardores del sol de Andalucía, cosa muy natural en aquel siglo por hallarse todavía pujantes los hijos de Ismael en la soberbia Granada. Hubiérase podido presumir, cuando no eran agitadas por alguna conmoción viva y bulliciosa, que dormitasen en la ausencia de las pasiones; pero las hinchadas venas de su frente, la frecuencia con que se agitaba su labio superior y se erizaban las cerdas del tupido bigote que lo cubría, decían a primera vista cuán fácil fuese a mover en su robusto pecho una tempestad borrascosa. La menor mirada de sus ardientes ojos revelaba la historia de las dificultades que había vencido, y de los peligros que había despreciado; y era tan visible en su semblante este secreto de su vida, que sólo parecía desear nuevos obstáculos a su voluntad despótica para tener el gusto de removerlos con otras pruebas de serenidad y pujanza. Por lo demás iba vestido de todas sus armas, y colgaba de su lado izquierdo largo acero toledano, cuya pesadez exigía un brazo adiestrado y robusto. Detúvose ante la hija de Armengol que lo contemplaba llena de inquietud y zozobra, y mirándola con ojos en los que se traslucía una cínica desenvoltura empezó a hablar en estos términos:

-Los señores de este castillo se dan enhorabuena, cándido lirio del Pireo, de que una beldad tan cumplida haya venido a hermosearlo.

La amarga ironía que había en estas palabras, y el tono poco decoroso en que fueron pronunciadas hicieron sonrojar a Matilde, dándole un rayo de luz acerca del objeto con que la habían conducido a aquel alcázar. Acumuláronse de pronto en su imaginación estas desagradables ideas, obligándola a guardar silencio durante algunos minutos; pero animándose por último en razón de la necesidad que tenía de hacerlo, pudo contestar al atrevido paladín con el decoro conveniente a su culta educación y nacimiento distinguido.

-Antes de instruirme, señor caballero, en si os habéis alegrado o entristecido con mi llegada, decidme por qué derecho se me ha traído aquí, y cuál es el destino que me espera.

-El más alegre, el más brillante que os pueden preparar los hombres: la magnificencia de la habitación que se os destina es bien poca cosa comparada a los regalos que recibiréis, y a la gentileza de los caballeros que os doblarán la rodilla. Mengua a la verdad hubiera sido que una joven tan amable viviera como sepultada en las selváticas asperezas de San Servando.

-Mi corazón, respondió Matilde, las prefiere en mucho a esa seductora opulencia: vuélveme a ellas si se abriga en tu pecho algún resto de generosidad; de lo contrario la hija de Armengol sabrá morir antes que ser el blanco de tus impúdicos sarcasmos.

-¡Morir!, respondió el caballero, ¡oh! No deis pábulo a tan lúgubres ideas: en la mansión de la felicidad y los deleites hacemos gala de no pensar en la muerte y aun de creernos inmortales. El más sabio de los monarcas de Israel, según dicen nuestros frailes, no era insensible al placer y a la hermosura, y como su ejemplo es de gran peso, nosotros humildes guerreros de Castilla, nos hemos propuesto imitarlo.

Si sólo oís a los venerables ministros del altar, respondió Matilde, para buscar los medios de defender vuestra vida licenciosa, os parecéis al que se afana en sacar un venenoso jugo de las yerbas más saludables y benéficas.

Encendiéronse en vivo fuego las mejillas del barón al oír esta reprensión tan justa como merecida. -Matilde, dijo, cálmate y escucha. Te he hablado con suavidad risueña, ahora voy a hablarte como un señor: eres mi cautiva, y aunque no te haya conquistado con la lanza y con la espada, no te declaran menos sujeta a mi dominio las imperiosas leyes de la guerra. En resolución: si renuncias prestarte blandamente a mis deseos, lo que niegas a mi amistad habráslo de ceder a la violencia.

-Detente, detente, exclamó Matilde, detente y escúchame también antes de hacerte reo de una abominable crimen. Tu fuerza es superior a la mía... tu fuerza puede lograr fácilmente una vergonzosa victoria, porque Dios ha hecho débil a la mujer, y ha depositado su honra en la generosidad del hombre; pero si das alguna importancia al lustre de tu opinión, teme no haga pública tu maldad por todas las cortes de la Europa, y que no deba al pundonor de sus más famosos guerreros una estrepitosa venganza. No habrá torneo donde no publique un heraldo tu vil procedimiento para dirigir contra ti las mejores lanzas del cristianismo, ni alcázar donde no cante algún generoso trovador la historia de mis infortunios para mover a piedad los barones que se precian de pundorosos e hidalgos.

-Pues bien, gritó el guerrero, prueba si te podrán oír desde los muros de este castillo.

-¡Oh Dios!, exclamó la doncella, ¡es posible que no te enterezcán mis súplicas!

-Ya me verás enternecido entre tus brazos...

Tiró el yelmo al decir esto y arrojóse con centelleantes ojos a la hija de Armengol, que en vano había procurado contenerle.- ¡Bárbaro!, exclamó Matilde, más vale la muerte que tus venenosas caricias.- Y precipitándose a la pequeña azotea subió resuelta sobre el muro que le servía de antepecho, amenazando desde allí al atrevido barón con que se tiraría al foso si daba un solo paso para alcanzarla. Quedóse sorprendido su perseguidor con tan inesperado arrojó, y permanecía como clavado en medio de la estancia extendiendo los brazos hacia la huérfana, sin atreverse a pasar del punto donde lo detuvo aquella terrible amenaza.

-¡Matilde! ¡Matilde!, exclamaba temeroso con triste y desesperado acento: ¡Matilde! ¿qué es lo que hacéis?...

-Preferir la muerte a mi deshonra: atrévete a traspasar esa línea, y verás mi cuerpo dividido en cien pedazos. Aquel Dios que tanto injurias es el que me ha abierto ese imprevisto camino para librar mi inocencia de tus impuros halagos.

En tanto que si hablaba tenía los ojos vueltos hacia el cielo como si le dirigiese la última plegaria, y su lánguido semblante brillaba momentáneamente, cual si lo iluminase un rayo de luz desprendido de las nubes en recompensa de resolución tan heroica. Estaban singularmente animadas sus facciones; latía su pecho más blanco que el alabastro, y había en toda su persona cierto noble abatimiento capaz de conmover al más sangriento caribe.

El guerrero, no obstante, vaciló un momento, y aquella su bárbara audiencia que nunca había cedido a los ruegos ni a la piedad, cedió a la admiración que hubo de causarle el heroico valor de una tímida doncella.

-¡Imprudencia joven!, le dijo, bajad de ese peligroso muro, y volved a entrar en el aposento: pongo al cielo por testigo que respetaré vuestro candor.

-No, no me fiaré de ti: hartó conocidas me son ya las virtudes de tu pecho: faltaras a ese juramento con la misma facilidad que te disponías a violar los preceptos de la religión y las leyes de la naturaleza.

-Vos sois injusta conmigo, Matilde, respondió el guerrero: vuelvo a juraros por el lustre de mi nombre, por la cruz de la vencedora espada que cuelga de mi tahalí, por los timbres en fin que ennoblecen mi familia que nada habéis de temer de mi impetuosa audacia. Y si os obstináis en despreciar mis ofertas, acordaos de que en esta peligrosa morada no os será inútil un corazón que os respete, ni un brazo, o Matilde, que os defienda.

-¡Ay de mí!, prorrumpió la hija de Armengol; sobradamente preveo los riesgos a que me expone este solitario castillo; pero ¿es cierto que puedo fiarme de vos?

-Rómpanse mis armas, deshonrado sea mi nombre, oscurecido para siempre el esplendor de mi linaje si os doy de aquí en adelante el más leve motivo de queja. No hay duda en

que he hollado las leyes y despreciado mil veces los vínculos más sagrados; pero nunca, oh Matilde, nunca he sido infiel a mi palabra.

-Pues ved aquí hasta donde llega mi confianza en vos, dijo Matilde bajando del antepecho y deteniéndose en la puerta colocada entre el aposento y la azotea: no adelantaré un paso de esta línea, y si tratáis de disminuir con el menor de ellos el espacio que nos separa, os convenceréis entonces de que la hija de Armengol más quiere confiar su alma a Dios que su honor a un paladín de Castilla.

Al decir esto, una determinación tan noble, tan correspondiente a la hermosura de sus rasgos, daba a sus miradas y acento cierta dignidad superior a la de un mortal. Si el temor de muerte tan cercana, o si la consideración más que todo del ultraje que recibía habían hecho correr por su divino semblante alguna lágrima fugitiva, la idea de que era dueña de su destino, y de que tenía en la mano el medio de salvar su honra y librarse para siempre de la infamia, animaba su tez con peregrinos colores, y daba a sus ojos un celestial resplandor.

-Está bien, Matilde, dijo el barón: conclúyase la paz entre nosotros.

-Enhorabuena, respondió ella; pero desde la distancia en que te hallas.

-Sin embargo, nada debéis temer de mí...

-No por cierto: gracias al que dio tanta elevación a esa torre, que es imposible caer de ella sin que se rompan todos los miembros de la víctima: gracias al Dios que protege la orfandad y la inocencia.

-Repito que eres injusta conmigo, exclamó el guerrero: injusta, vive Dios, puesto que no soy de tan perversa condición como quieres suponerme. Convengo en que al principio de nuestra entrevista heme manifestado contigo algo duro, arrogante, inflexible; pero mi carácter desconoce en su fondo tales defectos. Desde que una mujer inclinó mi corazón a la crueldad, he tratado despiadadamente a las demás de su sexo, porque no veía en ninguna las sublimes cualidades que resplandecen en ti. Escucha, Matilde; no hubo caballero que enristrase la lanza con mayor denuedo y valentía, con pecho más leal y apasionado, que el que se halla actualmente en tu presencia. Aunque hija la señora de mis pensamientos de un barón feudal, cuyos dominios consistían en cuatro aranzadas de tierra y un torreón medio arruinado, su nombre era conocido en todas las cortes de la cristiandad, y más celebrado donde quiera que se rompían buenas lanzas, que el de la orgullosa dama que tuviese por dote una corona ducal. Sí; continuó con tono más animado, olvidándose al parecer de que se hallaba en presencia de Matilde: mis hazañas, mi osadía, mi sangre salpicando con frecuencia el glorioso polvo de varios palenques, hicieron célebre el nombre de Isabel de Monredón, desde la corte de Bizancio hasta la corte de Castilla. ¿Y cuál fue la recompensa de tantos sacrificios? Al volver cargado de laureles, adquiridos a precio de mi sangre y de innumerables fatigas, encontrarla enlazada con un simple caballero de Asturias, cuyo nombre nunca habían proclamado los heraldos. Rompiéronse para mí desde aquel día los lazos que nos hacen cara la existencia: durante la juventud primera sólo me he ocupado en correr tras de los placeres y en hacer la guerra

a los descendientes de Agar, y ahora que empiezo a entrar en la edad viril no hallo quien me prometa vejez blanda y apacible.

-Pues entonces, dijo Matilde, ¿por qué no llenáis ese vacío con alguna dama de las que embellecen los torneos de Castilla?

-Porque entre todas ellas no hay una que se te parezca. ¡Matilde!, continuó después de breve pausa y alejándose de la huérfana; ¡Matilde!, la que puede preferir la muerte al deshonor debe estar dotada de espíritu lleno de arrogancia y fortaleza. Tú convienes a la fogosidad de mi carácter, tú sola puedes realizar las ilusiones de mi impetuosa imaginación; no te asustes; pero es preciso que seas mía.

-¡Que sea tuya!... exclamó retrocediendo la hija de Armengol.

-Atiende antes que me respondas, atájola el guerrero; reflexiónalo bien antes que me desaires. Voy a revelarte las atrevidas ideas que tú misma me sugieres: voy a levantar el velo que oculta mis misteriosos planes... ¿pero qué es esto?, preguntó interrumpiéndose a sí mismo al oír los ecos de una corneta guerrera: ¿qué es esto?, semejante clarín a tales horas parece anunciar algún acaecimiento extraordinario... Adiós, Matilde: pronto volveremos a vernos: entretanto perdóname el ultraje que hice arrastrado de un ímpetu amoroso a tu heroica virtud y a tu ruborosa belleza.

Dijo; y salió del aposento dejando a Matilde menos espantada quizás de la idea de la muerte que valerosamente había querido darse, que del empeño últimamente manifestado por el fogoso barón que intentaba seducirla. Así que le oyó bajar las escaleras su primer cuidado fue dar gracias al cielo por la protección con que acababa de honrarla, suplicándole también que no dejase de concederla a su muy querido hermano. Otro nombre se le escapó en medio del fervor de su plegaria: tal fue el del amable caballero del Cisne que corría a buscar los peligros y aun la muerte para volver a la casa de Urgel el poder y la consideración que le habían injustamente arrebatado. Acaso allá en lo interior de su pecho sintió algún secreto remordimiento por haber mezclado en su patética oración el recuerdo de un joven con quien no la enlazaban los vínculos de sangre; pero ya había dirigido sus votos al cielo, y a pesar de su timidez escrupulosa no quiso arrepentirse de lo que acababa de hacer, pudiendo más con ella el agradecimiento y la ternura.

CAPITULO XVII

Continuación del precedente

Desaliñado y confuso llegó don Pelayo de Luna, después de haber tenido con Matilde la escena de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, al salón del castillo de Arlanza, donde lo aguardaban otros caballeros de tan ruines y relajadas costumbres como las suyas.

-¡Bravo!, gritaron al verle, parece que la batalla ha sido larga, y si hemos de juzgar por el desaliño en que venís, bastante reñida. Vive Dios, que las bellezas de Aragón se resisten, según trazas, con más brío que las de Castilla.

-Vedme aquí, respondió, retirándome en desorden, sin haber podido conseguir la más ligera ventaja.

-¿Os burláis?, replicaron admirados sus compañeros.

-Por Santiago que no me burlo, y cuando sepáis el ardid de que se ha valido la rapaza, os inspirará tal vez más respeto.

¡Disparate! Repuso uno de ellos: me afirmo más que nunca en que si me llega mi turno, conocerá don Pelayo que me ha de ceder la palma en este género de contiendas.

-Allá lo veredes, exclamó el hijo de don Álvaro, a menos que consintáis verla morir, lo que os será mucho más fácil que gozar de su belleza.

-Me basta con el rescate que atraparé al perro de su hermano, dijo a la sazón el señor de Arlanza, y me pertenece de derecho como dueño que soy de este castillo.

Siempre fuisteis vos más codicioso de oro que de halagos, replicó el de Luna; y tal es, sin embargo, la impresión que me han hecho los desdenes de Matilde, que me parecen no lo cobraréis de otra mano que de la mía.

-Ahora digo que al sugerirnos la idea de robar la hermana del conde Arnaldo, no tanto os movía la aversión que tenéis a este guerrero, como la fama de la hermosura de Matilde.

-Y cuando fuese verdad lo que habéis dicho, atajóle bruscamente don Pelayo, no creo que su rapto y mis amores dejen de contribuir a los fines que entonces me supusisteis. Lo que os recomiendo es que veléis por su seguridad sin que nada le falte de cuanto pueda suavizar la aspereza de su situación, y dejéis lo demás a mi cargo.

Pasmáronse Rodrigo de Arlanza, Ramiro de Astorga y los demás caballeros allí presentes del tono sombrío y agitado en que profirió estas últimas palabras, tan opuesto a la petulante ferocidad de que siempre hiciera alarde en medio de su vida criminal y borrascosa.

-Ocupados en preguntarme de mis amores, dijo sonriéndose don Pelayo, habéis olvidado darme cuenta de lo que ocurre. Si mal no me acuerdo he percibido los ecos de una corneta guerrera.

-En efecto, respondió el de Arlanza; un caballero leonés nos ha venido a anunciar de parte de don Álvaro de Luna que ya el ejército ha salido a campaña, y que nos demos prisa a juntarnos con los adalides que van siguiendo sus banderas.

-¡Con que es fuerza partir! Exclamó con torvo gesto don Pelayo.

-So pena de pasar por desleales y cobardes, añadió don Ramiro.

-Por lo que a mi toca, dijo el de Arlanza, no veo el instante de acometer y desbaratar esos jabalíes del Pirineo. Vamos por el pronto a celebrar con repetidos brindis la próxima ocasión de poner vergonzosamente en fuga a nuestros naturales enemigos.

Pero el primogénito del condestable de Castilla no tuvo valor para salir de aquel alcázar sin hablar otra vez a la hermosa hija de Armengol. Ni un instante se separaba su imagen de su imaginación ardiente, desde que la viera resistir con tanta bizarría a sus deseos; y así es que llegó de todo punto a olvidarse de Blanca de Castromerín, cuyos halagos habían causado en su pecho una momentánea herida. Cual si fuese, empero, tan ligera que únicamente desflorase la superficie de su corazón endurecido por larga serie de crímenes, sólo de tiempo en tiempo se acordaba de sus gracias, y aun podía asegurarse que más que su hermosura le movieran su crédito y tesoros. No era de este carácter el efecto producido en su ánimo por los encantos de Matilde: la dulzura de aquellos rasgos, el melancólico brillo de sus ojos, y la calma heroica de sus acciones y sus palabras, trastornaron enteramente el juicio del impetuoso barón, que sentía desde aquel instante el desasosiego e inquieta turbulencia de un hombre que se enamora y tropieza con inesperados obstáculos, cuando hasta entonces todo se ha rendido a sus voluntades y caprichos.

Aguardó pues a que estuviesen sus compañeros frenéticamente entregados al calor de las bebidas y a la algazara de los brindis, y echándose una capa en los hombros se encaminó al aposento de Matilde. A pesar de su arrogancia flaqueaba su valor al acordarse de que se iba a presentar a lo único que amaba, mientras iba subiendo la escalera de la torre donde estaba la cárcel de su víctima. Después de correr con mano trémula los cerrojos, descubrió a la noble descendiente de los soberanos condes de Urgel, puesta en pie debajo del arco que conducía a la azotea. Ocultábase el sol en las montañas que terminaban aquel despejado horizonte, y la blanda luz de sus últimos reflejos derramaba un brillo sumamente apacible en torno de aquella delicada hermosura. Encubría el caballero con el manto una parte de sus propias facciones, y manteníase siempre en el umbral de la puerta temiendo que Matilde no cometiese algún arrojito. Por esto al creerla en disposición de verificarlo se apresuró a tranquilizarla.

-Ya sabéis, la dijo con apagado acento, que no hay para qué temer los impulsos de un carácter que vuestro heroísmo ha sabido refrenar: sentaos y oídme tranquilamente.

-¿Era poco a vuestra tiranía el sacrificio de la libertad para que exijáis también el de mi inocencia? ¡Desalmado! Sacia mi sangre el bárbaro rencor que profesan los barones de Castilla a la casa de Armengol, y alábate luego de haber conseguido una victoria.

-¿Por qué me habláis con tanta aspereza?, respondióle el caballero: olvidad las demasías que quise cometer con vos, olvidad el odio que divide nuestras familias, y sólo tened presente que si hay algo en el mundo capaz de reconciliarlas, es el cariño que me inspira vuestra alma resuelta y sublime. Escuchad, Matilde; encerrada en este castillo, en medio de caballeros sin hidalguía ni pundonor, segura tenéis la perdición o la muerte: en vano será llamar para que os socorran; todos estarán sordos a vuestras súplicas, pues Arnaldo y el Cisne, ignorantes del aciago destino que os condujo a este desierto, marchan tranquilamente entre las filas del infante de Aragón. Sin embargo, yo os defendería con tanta pujanza como ellos si no desdeñaseis el cariño del hijo de don Álvaro de Luna.

-¡Gran Dios!, exclamó Matilde, ¡en manos de los asesinos de mi padre! ¡Bien me vaticinó Arnaldo que mis palabras indiscretas me acarrearían la venganza de su exasperada sombra!

-Verdad es que nuestra casa, continuó el caballero, ha sido constantemente enemiga de la de Urgel, mas no por eso desconoce mi corazón el mérito de vuestros encantos, ni deja de saber despreciar esas rivalidades mezquinas.

Huye de mí, miserable, respondió Matilde; y puesto que no me des libertad, tampoco me aflijas con el suplicio de tener continuamente en mi presencia al hombre más impío y brutal de nuestro siglo.

-Sella ese labio y no insultes al que puede reducirte a polvo, dijo don Pelayo dejándose arrebatar de su carácter colérico y arrojándola una mirada penetrante como el dardo de la muerte; mas reprimiéndose luego arrepentido de su indiscreta vehemencia, prosiguió hablándola en tono blando y afectuoso. -Perdonad ese movimiento de enojo que me causaron vuestros últimos dicerios: yo os amo, Matilde, y no entiendo por qué capricho desprecias las ofertas de un hombre que os puede elevar sobre las más nobles damas de Aragón y de Castilla. ¿Es acaso un trono lo que desea vuestra alma verdaderamente grande y heroica? ¡Ah!, no hay infanzón castellano que no quisiese conquistarlo mientras le llevase don Pelayo a la pelea. Yo os colocaré si os place en los voluptuosos alcázares de Granada, donde respiréis bajo pabellones de lilas y de plata los aromas más suaves de Oriente, donde recibáis de manos de cien esclavas en copas de fragante nardo las deliciosas bebidas de la dulce Vélez y la jovial Almería. ¡Ah!, honradme con una ligera sonrisa, enardeced mi pecho con una amorosa mirada, y el trono del mundo me parecerá cosa fácil si se trata de ponerlo a vuestros pies.

-Os engañáis suponiéndome capaz de ceder a las ilusiones de una vana grandeza y a los falaces sueños de la ambición insensata. Cuando al atravesar un valle solitario, o al caminar por las orillas de un río sin nombre he visto la humilde cabaña de un pastor confundida entre los árboles del desierto, he pensado interiormente que ella bastaría a mi felicidad con tal que la habitasen conmigo aquellos a quienes debo amar como a mis parientes, amigos y bienhechores. Si tanto me halagasen las pompas y la opulencia, no reprendiera por cierto el espíritu de gloria que anima al conde de Urgel, antes hubiese procurado verle subir al solio de sus mayores. Un trono fue la desgracia del valeroso Armengol, y acaso un día me haga verter nuevas lágrimas sobre la tumba de mi hermano.

Mientras hablaba de esta suerte la resignada Matilde, permanecía don Pelayo con los brazos cruzados delante de ella, enternecido al eco de aquel lenguaje lleno a la vez de dignidad y de dulzura. No podía comprender como una joven de afectos tan blandos y tan bien sentidos, tuviese valor para darse la muerte antes que verse obligada a obrar contra sus inclinaciones y principios.

-Pues bien, Matilde, dájola después de haber callado un instante; si la púrpura y el imperio no son nada para ti, indícame que he de hacer para agradarte: todo te lo sacrificaré. ¿Te place el sosiego de la selva, o el solitario murmullo de una incógnita ribera? Iré a sepultarme contigo en la soledad más remota, en el más ignorado ángulo de la tierra, y haré que se borre mi nombre de la lista de los héroes. Impetuosos, arrebatado, turbulento, no he conocido freno en mis pasiones, y apuré frenética y rápidamente la copa de los placeres; pero tú me transformas en otro ser, y ya suspiro con ardor por una felicidad que me era desconocida.

Matilde olvidó por un momento el carácter feroz del guerrero que tenía delante: veíale agitado, convulsivo y creyó descubrir en sus animadas facciones algunas señales de sincero arrepentimiento. Enternecióse porque su hidalgo pecho era toda blandura, persuasión y amor: a pesar de verse cautiva y oprimida levantó los ojos con angélica mansedumbre, y penetrada de tristeza soltó la voz a semejantes razones:

-Yo deseo en beneficio de esa misma calma, que tan ardientemente anheláis, que os sea posible disfrutarla con persona más dispuesta que Matilde a haceros sentir sus delicias. No es decir que una vida sosegada al lado de un ser capaz de hacerla feliz no sea alguna vez el objeto de mis ilusiones, y que no haya envidiado con dulce llanto la historia de aquel patriarca peregrino, que después de largas fatigas gozó de pacífica ancianidad, y fue visitado por los ángeles bajo las sonoras palmas de Idumea; pero nací en mal hado, y aspiraría en balde a tanta dicha: mi juventud se consume lentamente como una flor solitaria cuando no la acaricia el céfiro, ni la baña el benéfico rocío. -Por lo demás la privanza de don Álvaro de Luna, vuestra fama en los combates, las riquezas, los poderosos amigos os harán encontrar, si moderáis la desenvoltura de vuestras acciones, una virgen angelical que os haga amar la suspirada templanza del ánimo, y la secreta paz del corazón. Tan tímida como sencilla, ignorante de los pasados extravíos, sensible al eco de vuestras hazañas, os podrá halagar sin rubor, y nadie tendrá derecho de achacarle como un crimen sus inocentes amores. Por lo que a mí toca, el destino lo ha dispuesto de otra manera, y es en vano que os forméis ilusiones absolutamente imposibles de realizar.

Oyendo el caballero estas últimas palabras pronunciadas con toda la entereza de un sano juicio y la frialdad de la indiferencia, revolvió los ojos fieramente por la estancia, y mordiéndose los labios de cólera sacudió el brazo derecho cual si descargase una tremenda cuchillada.

-¡Ingrata mujer!, exclamó con voz desentonada y bronca, quieres vengarte del encarnizamiento con que cortara mi padre el atrevido vuelo de Armengol: te aprovechas para ello esa pasión desesperada que me inspiras, y abusas inconsideradamente de un hombre que puede abandonarte ahora mismo a impúdicos y desalmados caballeros. Yo te juro por la diadema de barón que ciñe mi frente altiva, que innumerables víctimas serán sacrificadas al despecho que me infunde tu bárbara ingratitud, como no accedas más cuerda a conjurar con tus caricias el abrasador aliento de mi cólera. ¡Ay de ti si desoyes mis últimos acentos!, en vez del solio que te hubiera conquistado, de las naves cargadas de aromas y de sedas que hiciera venir para tu recreo desde las índicas riberas, verásme entrar en este mismo aposento, y arrojar a tus pies un funesto presente... la lívida y ensangrentada cabeza de tu hermano.

Matilde lanzó un horroroso grito, y arrastrada de no sé qué secreto impulso, corrió de nuevo al muro de la barbacana: viola don Pelayo al último reflejo del día deslizándose hacia el ángulo del torreón, y tembló de pies a cabeza con la idea de lo que podía suceder si continuaba hablándola en el mismo tono. Hizo por serenarse algún tanto, y sin nunca moverse del sitio que ocupaba, apresuróse a gritarle:

¿A do corréis, insensata? Excitáis las bárbaras pasiones de mi pecho, y os estremecéis luego como el inexperto discípulo de un mago, que llama por primera vez al demonio, y se horroriza al verlo aparecer por el fondo de la cueva. Creí hallar en vos un querubín

bajado del cielo para suavizar la ira de mi corazón, y guiarme por la senda de los grandes varones, y os veo removiendo con placer la ponzoña que se oculta en el fondo de mis entrañas. ¡Oh Matilde!, os ruego que no me abandonéis; vedme inclinado ante vos una rodilla que desdeñara doblarse al más poderoso de los reyes; vedme tendiéndoo los brazos con el mismo fervor que el sediento caminante al alto cielo, pidiéndole el alivio de una lluvia benéfica: hoy ha brillado para mi espíritu el primer rayo de luz que lo iluminó desde la cuna, y convertiráse en las más opacas tinieblas, si vos, virgen encantadora, me abandonáis a mí mismo, so la bárbara coyunda de la desesperación que me causen esos injustos desdenes.

-Vuélvete a tus impuras guaridas, gritóle Matilde desde la barbacana de la torre, y no seduzcas con lengua artificiosa a las que tienen la dicha de conocer tus maldades. Hay en tus palabras la suavidad de almibarada ponzoña, en tu sonrisa la astucia de la serpiente y en tus lágrimas rabiosas la falsa compasión del cocodrilo. Bien reconozco en esas señales a los verdugos de Armengol, a los raptores de su hija, y a los que aguzarán el puñal para herir traidoramente el noble pecho de Arnaldo. Huye, miserable monstruo, de quien conserva aún una conciencia tranquila, y corre a revolcarte en el cieno de tus vicios con las malhadadas víctimas de tus furores.

Levantóse el caballero de la humillante postura que hasta entonces conservara, y dijo a Matilde con voz hueca y bronca, medio sofocada por la cólera:

-¡Infeliz!, no puedo dejar de amarte a pesar de tus injurias: si yo no te defiendo me horroriza el destino que te aguarda; pues la muerte misma no podrá librar a tu cuerpo de criminales impurezas y vituperables sonrojos.

Echó hacia atrás el manto que lo cubría, recorrió con ojos de fuego los ángulos del aposento, y en tono trémulo y misteriosos prosiguió de esta manera:

-En el seno de las rocas que sirven de base a este lúgubre castillo hay una cueva vastísima, en cuyas cóncavas revueltas se celebran los más horrorosos misterios. Arde en su centro la llama impía que alumbrara en otros tiempos las aras de Baal y de Moloc, y elévase en vagarosas nubes el incienso que humeaba en la deliciosa Chipre al celebrarse allí los impuros sacrificios del gentilismo. ¿Qué sería de vos, amiga mía, si a ella os arrastrasen esos bárbaros codiciosos de vuestras gracias virginales? ¡Ah!, no: yo os serviré de escudo para que tal no suceda, y acaso de esta manera daréis a mis palabras el crédito que les negáis actualmente. He de partir por mi desgracia adonde me llaman el deber y la gloria: en mi ausencia haré que seáis respetada como mi propia persona: todo os será concedido, y amenizará vuestra soledad la doncella misma que arrebataron también de San Servando. Perdonadme, empero, que no sea bastante generoso para daros una libertad que me costaría la vida, y si algo merece la violenta pasión que me avasalla, acordaos de don Pelayo cual le habéis conocido hoy, y no cual la fama lo pinta.

Dijo; y saliendo de la estancia cerró nuevamente la puerta dejando a Matilde con la amarga agitación que no pudo menos de causarle este diálogo violento. Triste y silenciosa levantó los ojos al cielo, y cruzando los brazos sobre el pecho permaneció un minuto en esta postura, dando gracias al ángel que protege la inocencia, de haberla custodiado contra las asechanzas de aquel bárbaro guerrero. En la efusión de su gratitud cayó sobre

las rodillas y cantó el himno siguiente con blanda unción y ternura, mientras humedecían sus ojos algunas lágrimas vertidas en medio del entusiasmo puro que elevaba su ardoroso corazón al pie del trono Eterno.

Cuando salieron los hijos de Jacob de la tierra de esclavitud hacia la de promisión, guiábales el Dios de sus padres por las fragosas revueltas del desierto. Una columna de fuego brillando con los peregrinos colores del arco iris, deslizábase durante el día al frente de aquellas asombradas naciones, y al tender la noche el misterioso manto veían reflejar su limpia llama en las arenas purpúreas de la Arabia.

Elevábanse hasta el cielo los sagrados cánticos entre el sonoro estruendo de los salterios y de las trompas. Las hijas de Israel mezclaban sus dulcísimos acentos con la majestuosa voz del sacerdote y el clamor entusiasta del guerrero. ¡Ay de mí!, ningún prodigio espanta a los enemigos del pueblo escogido mientras anda errante y fugitivo por incógnitas riberas.

¡Adónde huyeron aquellos días de triunfo en que los mares se abrían ante los hijos de Jacob, dándole libre paso por sus profundos senos! ¡Adónde huyeron aquellos días de triunfo en que la ira del Altísimo sumergía en ellos al bárbaro Faraón con sus espléndidas falanges y la multitud de sus carros! ¡Oh Dios! Haz que brillen otra vez tan benéficas auroras, y que en las altas rocas de Judá resuene el victorioso canto que entonaron nuestros padres en las riberas del Mar Rojo.

Tu celeste cólera nos ha traído a los viciosos campos de Babilonia: aquí colgamos nuestras arpas de los desmayados sauces que sombrean las orillas del Eufrates: aquí aumentamos su majestuosa corriente con las lágrimas que nos hace verter la tristísima memoria de nuestra patria. Siempre víctimas del odio de los reyes, y menospreciado siempre de los gentiles e idólatras, en balde suspiramos por la mítica Jerusalén. ¡Ay de mí!, el aromático incienso ya no humea en nuestras aras; arrojamos las trompas; rompimos las cítaras y los salterios; rasgamos las vestiduras; todo anuncia en fin al desgraciado pueblo de Israel el brazo de la divina justicia. Pero tú has dicho, ¡oh Señor de los ejércitos!, que la sangre de los bueyes y corderos no tiene precio alguno ante tus ojos: si no hollamos nuevamente tu ley divina, tan propicia nos será nuestra pobreza, como la pompa que ostentó Salomón al consagrar tu santo templo. Una virtud modesta, un corazón humilde... he aquí, ¡oh eterno Dios! He aquí el holocausto que más te agrada.

Aún permaneció de rodillas después de haber cantado este himno, cuyo místico sentido inspirara a su pecho virginal cierta melancolía deliciosa muy digna de su alma pura. Desde entonces su cautividad fue en efecto más suave y llevadera: dejábanla pasear por una parte del castillo, y acompañábala siempre la joven ya destinada a su servicio en el palacio de San Servando.

Entretanto púsose al frente de sus compañeros el hijo del condestable de Castilla, y tardó muy poco en alcanzar las haces del rey don Juan. Los grandes y los hidalgos del ejército observaron unos con satisfacción, otros con desplacer y todos con el mayor asombro, que guardaba constantemente don Pelayo un aspecto sombrío y taciturno. A nadie era fácil atinar en la verdadera causa de esta mudanza súbita, y aún podía decirse que tampoco sabía él mismo lo que le pasaba. A medida que iba devorando su corazón la llama que encendieran en él los encantos de Matilde, avergonzábase de ser esclavo de una débil mujer: hacía por distraerse corriendo en busca de sus amigos y proponiéndoles nuevos placeres y violencias; pero al llegar la hora de verificarlas no le hallaban en parte alguna, en razón de haber salido a recorrer algún sitio solitario donde entregarse pudiera al borrascoso vaivén de sus negras reflexiones. Unirse a Matilde era difícil, atendiendo el odio que mediaba entre Arnaldo de Urgel y don Álvaro de Luna: espinoso seducirla en razón de la idea que ella formó de sus raptos; y a causa de los delicados principios que resplandecían en su carácter, imposible el violentarla. Perdíase el soberbio barón en este laberinto de pensamientos, sin hallar ninguno que calmase su frenético despecho. Luchaba de continuo con el seductor fantasma que le hacía olvidar sus propios deberes; maldecía la misma guerra que antes provocó con impaciencia y ardor, y sólo suspiraba por el momento de arrojarle a las plantas de su ídolo, y nuevamente ofrecerle el sacrificio de su fiereza, de su enemistad y de su gloria.

CAPITULO XVIII

La revista

No intentaremos la difícil pintura del pesar que cupo al famoso caballero del Cisne y el valiente conde de Urgel con la inesperada desgracia sobrevenida a Matilde. Habiendo salido el primero del castillo de su padre al frente de trescientas lanzas, iba marchando en dirección a la villa de Ampurias cuando llegó a su noticia, y bien que tuvo tentaciones de revolver en el mismo punto para ir en busca de la robada doncella, prevaleció en su pecho el deseo de cumplir lo prometido al impaciente Arnaldo, no haciendo falta en los reales del infante don Enrique antes de expirar el término que le habían señalado para ello. A medida que se aproximaba al campo aragonés, hallaba señores feudales de conocido linaje marchando también a la guerra con razonable número de lanzas; veía muchos soldados corriendo a alistarse para ganar el sustento, y no pocos caballeros, sin más séquito que la lanza que empuñaban y la espada que ceñían, deseosos de combatir bajo las órdenes de don Enrique, y conquistar nuevo renombre y vengar los ultrajes de la corona de Castilla.

Iba al lado de Ramiro de Linares otro guerrero de más edad. Echábase de ver en su frente despejada y serena, en la marcial desenvoltura de sus ademanes y en el gentil denuedo

con que se gallardeaba en la silla, un hombre petulante y quimerista, rebotando franca satisfacción por la idea de su propia valentía y de su mérito. A semejante señas habrán ya conocido los lectores a nuestro amigo Roldán, que había estado aguardando muchos días al caballero del Cisne en el castillo de Pimentel para acompañarle a la campaña de Castilla. Ufano de poder desplegar ante su discípulo los conocimientos que se preciaba tener en el arte de la guerra, andaba con mesurado talante a la cabeza de los vasallos de Ramiro, hablando a este al mismo tiempo no sin cierto espíritu de jactancia y vanagloria.

-¡Caiga sobre el rey de León y de Castilla la maldición de San Jorge! Exclamó al divisar al principio de una tarde los pabellones del campamento aragonés, formando vasto círculo en derredor de la villa de Ampurias y de su antiguo alcázar. ¡Caiga sobre el rey de León y de Castilla la maldición de San Jorge! Como no se despierte ahora al aspecto de tantos valientes reunidos para atacarle, digo que aún es más tímido e indolente de lo que la fama lo pinta. Por San Andrés, señor discípulo, que si no le acantonamos en las torres de Segovia, ni somos hombres de pro, ni merecemos un tan bravo capitán como el infante don Enrique. No dejaré de echar esta misma noche un par de tragos valientes a la salud de la primera lanzada que se dé entre los buenos caballeros de ambos ejércitos.

-Con perdón del caro maestro, respondió Ramiro, yo sé que los echaría en obsequio de todas las lanzadas del mundo.

-Eso bien podrá ser en tiempo de paz, repuso Roldán; pero has de saber, señor barbilindo, que cuando me hallo en campaña puedo disputar la sobriedad en la comida y bebida al más rígido ermitaño.

-¿Al de Arlanza por ejemplo? Preguntó irónicamente su discípulo.

-Si mal no me acuerdo, satisfízole Roldán algo mohíno, ya te dije antes de salir del Aragón que aún no sabías lo que valía Roberto cuando se trataba de hacer la guerra en debida forma. Bien tuve lugar de admirar tu destreza en los torneos, ahora veremos que tal lo luces en las batallas. Espero que así como aprovechaste para el arte de justar las lecciones que te diera en otros tiempos, no dejarás de sacar buen partido de las que me veas practicar actualmente en los combates. La ciencia de la guerra, señor discípulo, se conoce harto mejor en Italia que en Aragón y Castilla, y supuesto que pude darte tal cual idea del manejo de las armas antes de romperme los cascos en Sicilia y en Nápoles, calcula si va fuera de propósito el jactarme ahora de conocer razonablemente aqueste oficio.

-No lo dudo, no lo dudo, replicó el del Cisne; y si he de decir verdad más temo las emboscadas de la corte de Castilla, que las sangrientas lides donde nos lleva el infante.

-¡Válgame Dios!, gritó Roldán, ¡y no se avergüenza de decirlo! ¡Un soldado de pro tener miedo a las emboscadas! ¡Por San Cristóbal mártir puedo jurar haber dado en más de ciento, saliendo casi de todas con lucimiento y honor!

-Advertid que no se trata ahora de tales lances, y que según vuestra respuesta veo que no me comprendisteis.

-¡Cómo que no te comprendí!, replicó Roberto; ¿con qué no sabré yo lo que son las emboscadas, cautiva criatura? ¡Calla, calla por tu vida, discípulo, que me estás dando con cada una de tus palabras dos mil tragos de tormento! Yo te aseguro que no han de pasar muchos días sin que sepas el modo de averiguarte con ellas, porque ese era el ardid de guerra favorito del rey don Alfonso.

-Eso sí, caro maestro, dijo riéndose el Cisne; echad por el atajo, y más que estéis hablando despropósitos toda la tarde, puesto que nadie os va a la mano loado sea Dios, nome deis tiempo de decir si quiera, como sólo se trata de las perfidias y asechanzas que urdirme en la corte pueden los secuaces de don Álvaro, y en manera alguna de esos ardidés guerreros que tan inoportunamente celebrasteis.

-Será lo que tú quieras, señor risueño; pero te repito otra vez, y te repetiré otras mil, que si no aprendes a salir con gallardía de una emboscada, en mal hora espada ciñes y calzas luciente espuela. Y por lo que toca a esotras tramas y badulaques y enredos, allá te las avengas con los pícaros cobardes que tienen la malicia de tenderlos; bien que mi consejo fuera que sólo los desenredares con la punta de la lanza.

-¡Oh! Sí: con ella castigaré de un golpe los raptos de Matilde y vil que tanto persigue a Blanca de Castromerín.

-¿La remilgada reina del torneo, señor galán? ¡Tenga el cielo piedad de nosotros! Ya veo que no aprenderás las emboscadas en toda tu vida, ni aprovecharte sabrás de mis avisos en la próxima campaña. En hora aciaga rompiste un par de lanzas por aquella melindrosa hermosura; más te cumpliera haberlas corrido por las barbas del moro Gazul. ¿No es bueno que vayas distraído en esos devaneos y amoríos cuando te manda el deber tomar por asalto sus castillos y acuchillar su parentela? En nombre de San Cervantes, discípulo, que vuelvas en ti, y que no echas a rodar por no sé que briznas de enamorado y babiaca la ocasión de aprender a distinguirse entre los adalides de la fama. Pero alto: ha aquí las murallas de Ampurias; deja a mi vigilancia esos soldados, y corre, si te place, al castillo a presentarle al infante y a pedirle alojamiento.

Así lo hizo el del Cisne; y habiendo entrado en el alcázar atravesó por magníficas estancias, cuyas altas paredes estaban adornadas con retratos de los condes de Barcelona y reyes de Aragón. Caballeros y barones, jefes de todas clases y graduación, pajes, reyes de armas y multitud de ministros iban y venían por aquellas salas y corredores con cierta precipitación y aire de importancia, que daba a conocer a tiro de ballesta la urgencia y la gravedad de sus negocios. Distinguíase también algunos jefes y generales que habían ganado honrosa reputación en las campañas de Italia, y otros muchos cuyos nombres, ya célebres en los anales caballerescos, recordaban a la imaginación una ascendencia ilustre y proezas dignas de eterna nombradía. El carácter militar de aquella especie de corte parecía alejar de ella la envidia, la reserva y la tortuosa política tan comunes en los regios alcázares: todo anunciaba el deseo de distinguirse por la carrera del honor y de la lealtad en fuerza de noble emulación y de belicosos prodigios.

El caballero del Cisne, a quien nadie dirigía la palabra, se asomó a una de las ventanas góticas que adornaban la sala, con ánimo de aguardar tranquilamente a que el infante saliese para recibir sus órdenes. Mientras contemplaba desde ella la célebre villa de

Ampurias y el país donde se eleva, grato a la imaginación por haber sido en muchas épocas el teatro de famosas guerras, distrajéronle dos palmadas que le dieron en la espalda. Volvióse rápidamente para ver quién fuese, y con notable satisfacción suya se halló en los brazos de Arnaldo.

-Bienvenido seáis entre los valientes que ya tienen nuevo ultraje que vengar, díjole tristemente el conde. Os juro a fe de caballero, prosiguió apretándole la mano y fijando en su rostro unos ojos encendidos en cólera, que apenas ha podido el príncipe detenerme en sus reales, desde que esos salteadores de Castilla sorprendieran indefensas las torres de San Servando.

-Pues por lo que a mí toca, respondió su amigo, sólo la promesa que me arrancasteis hame conducido aquí sin primero arrojarne a socorrerla. Pero no me ganaréis en entusiasmo y rencor cuando tratemos de combatir a la vez por su libertad y venganza.

-¡Fementidos!, exclamó el señor de Urgel; ¡no en balde les he jurado un odio eterno, y lavar en su sangre impura las afrentas de la casa de Armengol! Venid, venid, amigo mío, que tiempo sobraré para que hablemos en orden a esto: -y tomándole de la mano lo condujo por medio de las guardias a la presencia del príncipe.

Al entrar en el salón donde se hallaba, salió de un brillante grupo de caballeros un mozo lleno de nobleza y majestad, adelantándose hacia los dos amigos. En su gallardo aspecto, en su culta y militar desenvoltura fácilmente reconoció el del Cisne al infante don Enrique de Aragón.

-Permitid, díjole Arnaldo, que os presente uno de los paladines más distinguidos de nuestra edad, único vástago de principal familia aragonesa...

-Y que más gloria ha ganado contra las falanges de Castilla, dijo el príncipe interrumpiéndole. Perdonad, querido conde; pero me parece que no había necesidad de ceremonial para presentar un Pimentel al más acérrimo defensor de la casa de Aragón.

Al decir esto tendió la mano a don Ramiro con marcial y amistosa franqueza, quien por su parte no pudo dejar de manifestar el debido respeto a sus heroicas prendas y elevada jerarquía.

-Caballero del Cisne, prosiguió el infante, no podéis figuraros el dolor que me cabe por la pérdida de la hermosísima Matilde; pero me lisonjeo de que sin necesidad de separarnos, como pretendía el conde, rescatar podremos a la amable huérfana persiguiendo de muerte a sus bárbaros opresores.

-Por lo menos, respondió Arnaldo, me sirve de algún consuelo el que pondréis en su punto un sacrificio de tanto peso. La misma Matilde me lo ha de agradecer cuando llegue a su noticia, puesto que es muy natural a la familia de Urgel el olvidarse de sí misma para acudir a la voz de sus reyes y manifestarse agradecida a sus bienhechores. Por lo demás yo la arrancaré aunque sea de las entrañas de la tierra; ¡tan fácil fuera a mi brazo enarbolar el lábaro en la Meca, o la oriflama en las altas torres de Sión!

-De mejor gana emprendería tal hazaña, respondió el príncipe, que la guerra contra gentes que hablan nuestro idioma y profesan la misma creencia. ¿No es un dolor que se derrame tanta sangre por el orgullo y manejo criminal de un despreciable favorito?

-¡Caiga sobre su cabeza el fulminante rayo que le preparan tantos héroes!, respondió Arnaldo.

La hermosa presencia del príncipe unida a su carácter abierto, al propio tiempo que decoroso y cortesano, le daba cierto ascendiente que no podía dejar de cobrar fuerza con el recuerdo de que recaían tan bellas cualidades en un joven ya cubierto de laureles, y descendiente de la más gloriosa estirpe de Europa. Sobre todo don Ramiro quedó como encantado de aquel afectuoso acogimiento, y resolvió en lo más íntimo de su corazón hacerse digno de pelear bajo sus gloriosas banderas.

-Dignaos, díjole doblando la rodilla, recibir el juramento de vengar las afrentas que ha recibido de don Álvaro de Luna la real casa aragonesa.

Sin permitir el príncipe que llegase a colocarse en tan humilde postura, recibióle en sus brazos, y estrechándole amistosamente en ellos: -¡Cuánto no os debo, dijo volviéndose al conde de Urgel, en haberme adquirido un amigo de semejante mérito!- Y presentándolo en seguida a los jefes y capitanes que se hallaban presentes: -Caballeros, continuó, la adquisición que acabamos de hacer en este gentil guerrero es un presagio feliz de la victoria: las falanges de Castilla temblarán ante las nuestras al saber que marcha en ellas el caballero del Cisne.

Arnaldo amaba sinceramente a Ramiro, ya por hallar cierta conformidad e hidalguía en sus ideas, ya por su reputación entre las buenas lanzas de que se jactaba la corte aragonesa. Teniendo además tanta ambición como bizarría, y fiero de la augusta amistad que le ligaba al infante dándole un lugar muy distinguido entre los jefes del ejército. Sentía la mayor complacencia en haberle proporcionado un joven de tal celebridad y linaje. Su satisfacción interior era tanto más bien fundada, cuanto que el príncipe, encantado con la presencia y marcialidad del nuevo campeón, le daba las mayores pruebas de consideración y afecto.

-Hace ya tantos días, le decía, que os halláis como separado del teatro de la guerra, que no miro fuera de propósito instruiros en los últimos acaecimientos. Detenido en este castillo de Asturias para reunir los escuadrones de Navarra y Aragón, no me ha sido posible sorprender al enemigo en el reposo de sus madrigueras. Confiaba, para decir la verdad, en el carácter indolente del monarca castellano; pero he sabido que pudieron tanto con él las hostigaciones de don Álvaro de Luna y el duque de Castromerín, que a banderas desplegadas le han hecho tomar la vuelta de Pamplona, habiendo ya reunido sus huestes a las del príncipe de Viana. Tal es el ímpetu de los enemigos, que hasta se vanaglorian de apoderarse de aquella célebre ciudad. Sin embargo, mi ejército ya reunido y perfectamente equipado debe marchar dentro de dos días a su encuentro. El consejo está dividido en bandos: defienden unos que dejemos internar al enemigo; que cuanto más se aleje de sus lares más segura y completa alcanzaremos la victoria. Otros piensan al contrario; que semejante lentitud, al paso que entibiará el fervor de nuestros amigos y partidarios, animará a los de Castilla, creyendo que no nos atrevemos a presentarles la

batalla. Entre los jefes que mantienen esta última opinión encuéntrase vuestro amigo el bravo conde de Urgel.

-Cierto, dijo Arnaldo; pues aunque seamos inferiores en número, les superamos en disciplina y valor.

Sea como fuere, continuó el príncipe, una vez sacado el acero arrojaremos la vaina y pondremos toda la esperanza en el Dios de los ejércitos, que es el que ve la pureza de nuestras intenciones y la justicia de la causa que defendemos. ¿Tendríais ahora, señor caballero, la condescendencia de decirnos vuestra opinión sobre estos puntos?...

Un vivo y modesto carmín sonroseó las mejillas de Ramiro antes de contestar a tal pregunta. -Príncipe, dijo, me guardaré muy bien de decidir sobre materias concernientes a una situación que sólo conozco muy superficialmente; pero puedo asegurar que aquel parecer me será más grato, que me proporcione con mayor prontitud la ocasión de manifestaros mi sincero agradecimiento.

-He aquí lo que se llama responder como un digno descendiente de los Pimenteles de Aragón. Para que ocupéis, empero, un puesto digno de la sangre que os ilustra y del espléndido renombre que os distingue, permitidme confiaros una de las alas del ejército que tengo el orgullo de mandar.

-Os suplico no atribuyáis a poco celo el que no acepte tan generosas ofertas. Veo en esta misma sala guerreros llenos de canas y cicatrices más dignos de estos favores: por mi parte, hartos felices si puedo llegar a imitarles, sólo os suplico me sea permitido combatir en la vanguardia mandando los fieles vasallos del conde de Pimentel.

-Por lo menos, repuso el príncipe encantado de oír contestación tan modesta, no me quitaréis el placer de veros pelear con mi propia espada. Sabed que la hoja es del más sobresaliente artífice de Milán, añadió presentándola al caballero; y que no os será posible hallar amigo que tan fielmente os sirva... Conde de Urgel, hagome cargo de que tendréis mil cosas que decir a vuestro hermano de armas, y no quiero abusar más tiempo de vuestra condescendencia. Ea, amigos míos, mañana al salir el sol desfilaremos en buen orden, y al día siguiente empezaremos a marchar hacia el enemigo bajo los felices auspicios del triunfo y de la gloria.

-Vaya ¿qué tal os parece? Preguntó Arnaldo a Ramiro bajando las escaleras del palacio de Ampurias.

-Que si mil vidas tuviera las sacrificaría gustoso por un príncipe tan bizarro.

-Harto sabía yo que no podríais menos de pensar así en cuanto le vieseis y hablaseis. No es esto decir que deje de tener sus flaquezas, bien que tal vez dimanadas de la crítica posición en que se encuentra. ¿Reparasteis en el enjambre de napolitanos que le rodea?, pues sabed que le meten en la cabeza los más extraordinarios proyectos sin que sean menos descabelladas sus orgullosas pretensiones. La envidia no duerme, amigo mío: tan lista anda por este campamento como por los alcázares de Burgos y Pamplona. Os doy la enhorabuena de que hayáis rehusado el mando del ala del ejército: Fabrique de Trastámara, López - Dávalos y otros muchos aspiran a tal honor, y como lo hubieseis

admitido a pesar de la limpia cuna y de la celebridad que os ennoblecen, verían en vos un estorbo a sus adelantos, y os trataran de advenedizo y aventurero. Por lo mismo no hay más que aguantar la tormenta; paciencia y barajar: como me interne yo con la vanguardia por tierras del rey castellano, ya les enseñaré lo que va de ellos a mí.

Bajaron a la villa, donde habiéndose reunido con Roldán, dispusieron para la revista general que había de tener lugar a la salida del sol. Después de dar el debido tiempo a indispensables preparativos, y proporcionar algún descanso a los soldados, retiráronse a descansar también, y no se levantaron hasta que el eco marcial de cien clarines les anunció la hora de presentarse.

-¡Cuerpo de mí!, exclamó Roldán: hace ya tiempo que no me despertaba el son de tan agradable música. Parece haber vuelto a los floridos años de mi juventud primera, según me remozan los aires de esos instrumentos bélicos. Mucho tardo en ver desplegada la antigua bandera ostentando las barras del Aragón al frente de brillantes escuadrones, y ondeando al soplo de los airados vientos que vienen de Castilla.

-Hola, maese Roldán, dijo Arnaldo entrando en el aposento: según trazas aún no habéis olvidado la costumbre de madrugar que nos hicieron aprender en las campañas de Italia.

-¿Pareceos, señor conde, respondió Roldán, que estéis hablando con algún soldado bisoño? Nunca me halló el toque de los clarines sin haber alegrado ya mi cuerpo con dos cuartillos de lo caro.

-Eso sí, dijo reuniéndoseles el del Cisne, y aún se puede dudar si son los cuartillos o el eco de las cornetas los que tienen la virtud de despabilar a cuantos siguen la honrada profesión de las armas. Pero ya es hora de que nos pongamos al frente de nuestras lanzas, y marchemos adonde se reúnen los escuadrones del ejército.

Aún no asombraba el sol por el horizonte cuando el infante don Enrique, con algunos de los principales caballeros más inmediatos a su servicio, estaba aguardando en la cumbre de una colina muy poco elevada que desfilase delante de él el ejército destinado a la guerra de Castilla. Al estrepitoso estruendo de músicas militares marchaba a la cabeza de la vanguardia el conde de Urgel con el acero en la mano, levantada la visera y moviendo airoso el penachudo yelmo que resplandecía en su cabeza. En sus ojos centellantes, en sus animadas facciones, y en la confianza con que le seguían los robustos montañeses descubriase un campeón arrogante y ambicioso, capaz de hacer temblar a los reyes en el solio, y de trastornar el mundo con su espada. Llevaban sus soldados gabán de grosero paño sujeto en derredor del cuerpo con apretado cinto de baqueta por el que salía agudo puñal con empuñadura de asta. Los botines de piel de búfalo subíanles más arriba de la mitad de la pierna, y encajábales hasta los ojos gorra graciosa y velluda, coronada de plumas, por debajo la cual asomaban pobladísimas cejas sombreando el torvo gesto de sus facciones. Por lo demás recios y fornidos, anchos de hombros, de elevada estatura y descompasados ademanes, daban idea de una robustez y fiereza las más a propósito para luchar a la vez con las inclemencias del cielo y con la pujanza de impetuosos enemigos.

Pasado este escuadrón que seguía al jefe de toda la vanguardia, divisábase el hijo de don Íñigo llevando en la cimera del yelmo un Cisne con las alas desplegadas, que arqueaba el

blanco cuello por entre las móviles plumas del penacho. Era la coraza de color azul con realces y perfiles de plata, y en medio del broquel triangular limpio de acero brillaban en campo de oro ilustres timbres de los Pimenteles de Aragón. Iba al lado de mancebo tan gentil Roberto de Maristán y con manso y reposado continente, luciendo una espléndida armadura que le regalara el ilustre conde don Íñigo.

Su rostro prolongado y desabrido, el aire, aunque intrépido y marcial, poco afable y cortesano, y cierta chispa de presunción nada graciosa, que se echaba de ver al través de su gravedad solemne y afectada, hacían singular contraste con los modales llenos de afectuosidad y finura, que recomendaban a tiro de ballesta el carácter de su discípulo. Seguían detrás de ellos las trescientas lanzas con que auxiliaba al príncipe el conde Pimentel: era agradable espectáculo el ver cual tascaban los caballos el duro freno, dando saltos y corbetas como en jactancia de su reprimida energía; y cual centelleaban con los rayos del sol las tersas armaduras de los jinetes, agitándose en lo alto de sus yelmos livianas plumas de caprichosos matices. Correspondió el príncipe con galán saludo a los honores de esos primeros escuadrones de la vanguardia, que iban al parecer a la guerra más briosos y confiados en razón de llevar a su frente los dos héroes del ejército, el conde Arnaldo de Urgel y el caballero del Cisne.

Numerosas huestes se sucedieron tras de aquestas, igualmente conducidas por belicosos barones y esclarecidos capitanes. Los soldados se presentaban erguidos en las marfiladas sillas tributando pleito homenaje al príncipe que iba a mandarles, y procurando hacer honor a sus respectivas insignias y militares banderas. Brillaban en larga perspectiva los que se muestran ufanos de haber nacido en la inmortal Sagunto, y los que danzan en las riberas fértiles del Ebro: aquellos pueblos zafios y salvajes que apacentan numerosísimos ganados y luchan con el oso en las enriscadas cumbres del Moncayo; los que beben las aguas del venerable Turia y los que respiran el aire puro de la gentil Valencia, iban sucesivamente desfilando animados de aquel espíritu marcial, infalible precursor de la victoria.

Notábanse después las milicias que seguían a los señores de Moncada, con las que habían levantado los condes de Benavente y del Ruisellón; y también, aunque más temibles por su astucia y ligereza que por la robustez de sus formas y sólida resistencia de las armaduras, los escuadrones de tropas sicilianas acostumbradas a la guerra, y ardiendo en deseos de señalarse. En vez de dobles corazas y anchos broqueles cubrían sus ágiles miembros flexibles mallas de acero que se prestaban fácilmente a las inflexiones del cuerpo, y resguardaba sus frentes un limpio capacete coronado de penacho azul que dejaba descubierto su semblante juvenil, ojialegre y travieso. Mandábalos Belisario Claramonti, famoso adalid de aquellos tiempos, el primero que había escalado los castillos de Nápoles, cuando los tomó por asalto el bravo rey don Alonso.

Sonrióse el príncipe al pasar este caudillo que le recordaba el esplendor de sus primeras campañas, y no dejó de mostrarse igualmente afable con el resto de falanges, que marchaban en buen orden y acompasado silencio en seguimiento de las ya nombradas. Los Aznares de Mondéjar, los señores de Albarracín y los Cominges de Francia se distinguían entre ellos no menos que el joven marqués de Montereal, quien volara a los campos del honor, a pesar de las lágrimas de una madre anciana que había visto perecer todos sus hijos en las guerras de Castilla.

Quedó el infante en gran manera complacido al ver la varonil disposición y el aguerrido carácter de las tropas que obedecían sus órdenes, y señaló el siguiente día para marchar a reunirse con los agramonteses que mandaba el rey de Navarra, y salir al encuentro de las tropas que defender pretendían a don Álvaro de Luna.

CAPITULO XIX

La batalla de Aivar

Entusiastas y bizarros los escogidos guerreros que componían aquel formidable ejército, vencieron los inconvenientes de una marcha penosa y dilatada hasta llegar a poca distancia de los escuadrones mandados por el rey de don Juan de Castilla. También el monarca de Pamplona iba animando con su presencia las haces capitaneadas por el infante de Aragón, el cual con su afabilidad y belicosas maneras, al paso que las mantenía en el fervor de su primitiva cólera, no dejaba de tener a raya sus naturales ímpetus. Nacido con el raro talento de mandar a los demás, supo obligar a aquella desordenada turba a que obedeciera ciegamente sus órdenes sin que echase de ver el impulso que la conducía. Así es que la licencia en tan numerosas huestes se convirtiera en disciplina, la temeridad en mansedumbre, la impaciencia en silenciosa confianza; y a pesar de ser un cuerpo compuesto de tan diversas pasiones y contrarios elementos, no parecía sino que tuviese una alma sola, según era dócil y sumiso a las voluntades de su general. No de otra suerte se reprime el impetuoso caballo para obedecer las insinuaciones del jinete: por más que riza la crin al estrépito de las armas, por más que le exalta el eco de la trompa guerrera, acorta el paso, reprime su ardor, y se contenta con bañar de espuma el freno, mientras no se le manda acometer.

Con tan felices disposiciones asentaron los aragoneses sus reales sobre la villa de Aivar que se tenía por los contrarios, haciéndola respetable y fuerte determinados guerreros, altos torreones y sólidos baluartes. Acudieron los castellanos y avistaron aquellos dos ejércitos cuyas filas encerraban los más célebres campeones de entrambos reinos. Sin embargo, la proximidad de la noche hizo que se mantuviesen tranquilamente en sus trincheras dispuestos a resistir al enemigo si trataba de forzarlas; pero resueltos a no pelear sino con la luz del día. Brillaban en uno y otro campamento innumerables hogueras, en derredor de las cuales se distinguían varios grupos de soldados con su férreo casco en la cabeza, apoyados en las picas, y absortos al parecer en serias meditaciones; mientras ocupábanse otros en bruñir paveses, acicalar yelmos, limpiar corazas y aguzar los filos de toda clase de armas ofensivas.

Los principales jefes del ejército enemigo se hallaban entonces reunidos en consejo discutiendo ya con prudencia, ya con belicoso ardor el plan del combate que se había de dar el siguiente día. Don Álvaro de Luna, su hijo don Pelayo, Rodrigo de Arlanza, el maestre de Calatrava, Ramiro de Astorga y otros capitanes defendían ser del caso, aunque hubiesen de abandonar para ello su ventajosa posición, acometer desde que amaneciese al enemigo contra el prudente dictamen del príncipe de Viana, del duque de Castromerín, de don Luis Biamonte, jefe de los biamonteses, del caballero Monfort y de los otros muchos, a los que parecía inclinarse el irresoluto monarca. Acalorábanse los

ánimos, proponíanse nuevos y descabellados medios, y puesto que no reinase la mayor sensatez en muchos de los pareceres, brillaba casi en todos la más temeraria audacia.

No fueron tan fogosas las discusiones entre los jefes del ejército de Aragón, a pesar de que se hallaban animados de un iracundo espíritu de venganza. El infante, por ejemplo, iba a destruir para siempre el bando que dio la muerte a su padre: peleaba el conde Arnaldo para colocarlo en el trono y libertar a Matilde: el caballero del Cisne por andar sediento de la sangre de su rival, y los demás combatientes para destruir de raíz los enemigos de Aragón, y volver triunfantes a su patria con nuevos y gloriosos timbres.

Salió el sol espléndido y sereno derramando sus rayos de oro sobre las haces aragonesas y castellanas, que puestas en orden en la espaciosa llanura observábanse en silencio cual antiguamente dos gladiadores antes de arrojarse el uno contra el otro en medio de la arena olímpica. En sus manos hallábase entonces colocada la suerte de la península, y en la actitud imponente que guardaban parecían como convencidos de los grandes resultados que acaso acarrearía a la España el éxito de la batalla. El príncipe don Enrique, acompañado de los jefes del ejército, iba recorriendo las filas y exhortando animosamente a los soldados. Otro tanto hicieron los capitanes de las huestes castellanas, y un prolongado grito fue la contestación de aquella muchedumbre de guerreros, señal evidente de que iba a darse principio la pelea.

Presentaban los infantes del ejército aragonés un dilatado frente de dos líneas, mientras dividida la caballería en dos legiones mandadas por Belisario y Ramiro de Linares, veíase en cada uno de los extremos dispuesta a sostener los flancos. Tomó su posición un poco a la espalda de los de a pie; y allá en remoto término formando punto céntrico con ella brillaba otro bosque de lanzas que componían el cuerpo de reserva al mando del conde del Ruisellón, donde también se hallaban los leales agromonteses, capitaneados por el marqués de Cortes, custodiando al rey de Navarra que escogiera en razón de la edad aquel puesto a pesar de su indómita altanería. Tan precisos eran los movimientos de estos escuadrones, que mirando el ejército de Aragón desde la cumbre de los montes inmediatos, se parecía al arco de un flechero cuando tira éste de la cuerda para disparar la saeta.

El centro de las falanges castellanas era conducido por el príncipe de Viana, y al frente de las dos alas destinadas a sostenerlo marchaban con gentil talante el membrudo Arlanza y el duque de Catromerín. Los grandes que iban en el ejército, los ricos-homes y los hidalgos de mayor pujanza rodeaban a don Juan el II, formando un muro impenetrable en derredor de su sagrada persona. Elevábase ondeando en medio de aquella espléndida cohorte el pendón real de Castilla, que a veces tantas se enarboló triunfante, ya a despecho de las lises de Francia, ya sobre las medias lunas de la imperial Toledo y la opulenta Sevilla.

Metíase en esto por entre las filas el condestable don Álvaro, dando las últimas órdenes a los jefes. En su rostro, desmejorado por las zozobras y cavilaciones de un espíritu artificioso, se notaba cierta desazón interior, efecto sin duda de su crítica situación, pues casi pendía la suerte de su bando del éxito de la batalla. Revolvía con frecuencia hacia el escuadrón sagrado que resguardaba la persona real, cual si temiese que durante aquella célebre jornada se la hubieran de arrebatar como había acaecido otras veces; y su aire

inquieto, receloso y algún tanto irresoluto hacía singular contraste con el del manso príncipe de Viana, cuyos apacibles rasgos indicaban sólo la profunda aflicción que causaba a su espíritu el verse luchando de poder a poder contra su propio padre el rey de Navarra.

Así bajaban en buen orden al valle, mientras el eco de los timbales y clarines se adelantaban también a su encuentro las inmensas líneas del ejército contrario, entre las cuales de cuando en cuando se oían las voces de ¡flecheros de Aragón! ¡lanzas de Navarra!, y otras a este tenor, indicando la porfía de los cabos en alinear las tropas y hacerlas avanzar, según los usos militares de aquellos tiempos. Levantaban marchando con silencioso compás una nube de menudísimo polvo, y al llegar casi a tiro de ballesta de los castellanos, doblaron unánimemente una rodilla y recibieron la bendición del anciano obispo de Albarracín, por cuyo pálido semblante se veían correr algunas lágrimas al cumplir con este deber triste de su augusto ministerio. Latió con violencia a tan tierno espectáculo el corazón del caballero Cisne, y no pudo dejar de pensar en que dentro un instante muchos de aquellos valientes dormirían en eterno sueño.

Arnaldo y Ramiro recibieron orden de verse con el príncipe don Enrique, al que hallaron bajo de un árbol sentado sobre un haz de sarmientos, en medio de algunos barones y capitanes.

-Las primeras líneas del ejército, dijo a los dos amigos, han empezado a disparar los arcabuces, y aún si no me engaño anuncian ya los clarines que están las haces próximas a revolver unas contra otras. Halláisme tranquilo, no obstante, debajo de este nogal sin participar del lauro de mis compañeros peleando a la cabeza de los escuadrones. No lo extrañéis: acaba de proponerme un labrador de esos campos que conducirá una parte de mi ejército por incógnitos senderos al través de lagunas y pantanos hasta pillar la espalda de los enemigos. Ardua es la empresa, ya por su celeridad, ya por el riesgo de que se descubra el trozo destinado a llevarla a cabo. Conde de Urgel, dos horas os doy de tiempo para su ejecución, y entre tanto con Ramiro de Linares y esos bravos capitanes que me acompañan, procuraremos sostener el choque de los castellanos, y dar con esto el tiempo necesario a la carga de vuestros montañeses.

-Me honráis con una comisión que pide de suyo más prudencia de la que esperar se puede de mis pocos años: sólo siento no pelear al lado de mi hermano de armas; pero le cito para que nos reunamos en el corazón del ejército enemigo.

Encendiéronse en vivo fuego las mejillas del conde Arnaldo, manifestando la impaciencia en que su gallardo pecho ardía por verse en medio de las falanges castellanas. Hizo un profundo acatamiento, abrazó al caballero Cisne, y echó a andar tras de su conductor, mientras subía el príncipe a caballo para irse a colocar al frente de las legiones, rodeado de algunas de las lanzas que obedecían al hijo de don Íñigo y a su impávido maestro.

Marchaba en tanto el fogoso conde al través de los matorrales y pantanosas malezas, sin poder reprimir el furor que le causaba el ver retardar el momento de arrojarse a los contrarios. Subía de punto su impaciente cólera oyendo a su derecha los gritos de los combatientes, el fragoso estruendo de las armas, los tiros de los arcabuces, las carreras y relinchos de los caballos, el son de las trompetas y el crujir de los botes, grandes

cuchilladas y portentosos reveses. Mandaba acelerar el paso a sus fieros catalanes, y se irritaba teniendo que andar a menudo con el cuerpo algo inclinado para no ser visto de los enemigos, o meterse en espesos erizales e infestadas lagunas, no pudiendo por lo mismo adelantarse con la velocidad que deseaba su alma turbulenta y belicosa.

Venció por último tan insuperables obstáculos, llegando a ganar una colina que se elevaba a espaldas de los castellanos, desde donde se descubría con la mayor claridad lo que pasaba en el campo de batalla. Era el día limpio y despejado, y lanzaba el disco del sol desde lo más alto del cielo viva y esplendorosa lumbre sobre la vasta llanura donde se decidía con tanta obstinación y pujanza la suerte de Aragón y Castilla. Contempló Arnaldo con silencioso placer aquel sangriento espectáculo: desenvainó el acero, y diciendo a sus soldados que se acordasen del conde de Armengol y de la pobre Matilde, arrojóse con ellos dando desaforados gritos a las falanges castellanas y leonesas, que enteramente ajenas de semejante acometida, no pudieron resistir un tan inesperado y valeroso ímpetu.

Disputábanse en tanto desde mucho rato los combatientes de ambas partes una victoria que con el esfuerzo de tantos héroes manteníase constantemente dudosa. Desde que el infante don Enrique apareció al frente de su ejército acompañado del caballero del Cisne, brilló un férvido entusiasmo en los escuadrones de Aragón, que cayeron con desatinada furia sobre las huestes enemigas. Don Álvaro y su hijo vieron ciar un poco desde lejos en el lado opuesto los hidalgos de Castilla, y alzándose la visera corrieron a todo escape para detener los fugitivos, llevando consigo a Monfort, al señor de Arlanza y a otros acreditados guerreros.

-¿Adónde vais?, gritábales don Álvaro de Luna; ¡insensatos! ¿do corréis? En la lid está la vida y la victoria; fuera del campo el deshonor y la muerte.- Sonrojáronse con tales razones aquellos famosos veteranos, y conducidos por sus jefes volvieron el rostro a la pelea, y no sólo detuvieron el ímpetu de los soldados de Aragón y Navarra, que ya les iban al alcance, sino que lograron dar a la batalla un carácter formidable e imponente.

-Haz tocar al arma, gritó Roldán al del Cisne al notar el singular esfuerzo con que de nuevo acometía la flor de los campeones de castellanos. Haz tocar al arma, te digo: ¿no ves, pecador de mí, que aquellos jayanes del ala derecha tratan de envolver la línea de nuestro ejército? Al arma, al arma, repito; he aquí el momento de hacer nuestro deber: por lo menos ha corrido media hora desde que se oyeron las cornetas de Claramonti anunciando el ataque contra el ala donde pelea el salvaje de Arlanza.

-En efecto, dijo su discípulo, pareceme que muestran los de don Álvaro la intención que acabáis de suponerles, y sólo nuestro escuadrón puede impedir que logren llevarla a cabo. Bien sabe Dios si quisiera aguardar el beneplácito del infante; pero esos perros no tienen traza de darnos tiempo.

-Repara sino, interrumpió Roberto, en el rey de armas que corre seguido de dos lanceros hacia aquella cuesta para asegurar el movimiento de la línea.

-Así es la verdad, repuso Ramiro, y volviéndose a sus guerreros: amigos míos, exclamó, ¡lanzas enristre!, corramos a salvar nuestros camaradas en nombre de Aragón y de San Jorge.

-¡Pimentel! ¡Pimentel! ¡viva el hijo de nuestro conde!, respondieron los soldados a grandes gritos, y arrojándose a todo escape detrás de Roldán y su discípulo.

Pero no tenían que haberlas con enemigos de flaco y desmayado espíritu. El numeroso cuerpo que iban a acometer era todo compuesto de infantería, a excepción de algunos oficiales que iban montados. Al ver la acometida de los caballos que mandaba el del Cisne, la primera línea dobló una rodilla en tierra, y la segunda y tercera permanecieron inmóviles. Los guerreros de aquella hincaron en sus mismos pies el acerado cuento de las lanzas, mientras presentaban los de las otras la punta de las suyas por encima de la cabeza de sus compañeros, oponiendo de esta manera al vigoroso empuje de los aragoneses la misma defensa que el erizo a sus mortales enemigos. Pocos caballeros lograron de pronto abrirse paso al través de aquella estacada de acero; pero el paladín del Cisne tuvo la suerte de ser uno de tantos. Metiendo la espuela a su caballo de batalla hizo saltar al pobre animal un espacio de doce pies, y hallóse de repente en medio de la falange enemiga. Trató entonces de buscar al objeto de su odio, y no se sorprendió poco de ver al buen Roberto combatiendo desesperadamente a su lado. La ternura, el valor, la firme resolución de vencer o morir con su discípulo, habían hecho acometer al honrado veterano con el mismo arrojo que sugerían a don Ramiro el amor, la gloria y la venganza.

-Ánimo, hijo del valiente don Íñigo, decíale Roldán descargando cuchilladas y reveses: ¡San Jorge! ¡San Jorge! ¡bravo! ¡lanzada estupenda!, ya se lo llevaron dos mil demonios. Guarda, guarda, discípulo; revuelve por vida de Satanás contra el de las armas negras: ¡excelente bote! ¡ah perros! ¡así os volveremos a todos patas arriba! ¡San Jorge! ¡San Jorge!...

Hirió entonces los aires desde la otra parte del campo castellano el estrepitoso son de las trompetas anunciando el imprevisto ataque de los montañeses acaudillados por el conde de Urgel. Ved allí la victoria, amigos míos, gritó el infante: nuestros compañeros de armas tienen cercada la columna central de los enemigos... ¡San Jorge por Aragón! y lanzando este grito de guerra hizo sentir el acicate a su caballo metiéndolo por entre los castellanos, que en balde para animarse respondían con las voces de ¡Santiago! ¡España! ¡España! Introdúcese desde aquel momento en ellos la confusión y el desorden, sin que don Pelayo de Luna, el príncipe de Viana, Arlanza, Castromerín y demás jefes pueden volverlos a alinear ni retraerlos de la fuga.

La formidable línea de los aragoneses envuelve el centro de los castellanos acosados por el repentino ataque del señor de Urgel: al mismo tiempo, habiendo el caballero del Cisne completamente desbandado el ala derecha de los contrarios, vuela a socorrer a Claramonti, que con este inesperado auxilio hace otro tanto con la izquierda. Ya no resisten las falanges: ábrese atemorizadas, y dejan penetrar hasta su seno los soldados enemigos. Llénase el suelo de penachos, hierros de lanzas, cotas de malla, alfanjes corvos y acuchillados broqueles; levántase una nube de polvo sobre el campo, y hácenla más densa los vapores de la sangre, el humo de las máquinas que arden, y el inflamado aliento de sesenta mil guerreros. Suceden entonces al combate general mil riñas particulares, y la

batalla se convierte en duelo: el jefe busca al jefe, el soldado lucha con el soldado, nadie se acuerda de vencer, a nadie seducen las ilusiones de la gloria, sólo se pelea para matar o vender cara la existencia, porque a todos igualmente hostiga el bárbaro placer de la venganza.

El soberbio Arnaldo, saciado de víctimas, contempla con insultante sonrisa desde el corazón del ejército castellano, cual huyen por todas partes los que se preciaban descender de Pelayo y Rodrigo de Vivar. Descúbrelo Montalván, señor de las Torres de Allende, que venía mandando los caballeros de Santiago, y sorprendido de ver brillar a la vista de tan lastimoso cuadro cierto aire de satisfacción en aquel gesto feroz, jura castigar su desalmada insolencia.

-¡Bárbaro!, le grita corriendo hacia él, no volverás a las horrorosas grutas de tus bosques, ni a vivir con las fieras que te dieron ser.

-¿Y quién eres tú, esclavo vil de un favorito, responde Arnaldo lívido y trémulo de cólera, para insultar a un guerrero que te desprecia por cobarde?

-¡Aleve!, replica Montalván casi llorando de rabia, eres valiente cuando traidoramente asaltas como el ladrón; pero tiembles delante de un hombre con quien hayas de pelear cara a cara.

El conde de Urgel se arroja sobre Montalván echando espuma por la boca: agítanse los músculos de su rostro, y en toda su persona se advierte una especie de sacudimiento o convulsión que le quita hasta la fuerza de contestar palabra alguna. El más profundo silencio reinó de repente en derredor, porque Roldán se puso a gritar con todas sus fuerzas: -¡Nadie se menea! ¡armas iguales!, dejadles guerrear como buenos caballeros... con lo cual todos suspendieron el golpe que iban a descargar para poner atención en el combate de los héroes.

Mátanse en el primer encuentro los caballos y desenvainan los aceros: rompe la espada de Montalván el escudo de su enemigo; pero la del rabioso conde corta de un revés las correas de su yelmo y deja indefensa la testa de aquel cruzado. Lánzase entonces con el instinto del tigre sobre el adalid de Castilla, que en balde procura resguardar la frente por medio del triangular escudo donde brilla en campo de plata la roja cruz de Santiago: cierra Arnaldo contra él; persíguelo sediento de su sangre sin generosidad, sin compasión, y alcanzándole con otra cuchillada derriba su cabeza que da tres saltos por el suelo murmurando fugitivas imprecaciones. El cuerpo cubierto de hierro de cuyos hombros cuelga todavía el albo manto de la orden, mantiénese un momento en pie; pero pronto pierde el equilibrio, vacila y cae también ruidosamente a las plantas del vengativo conde.

Con este último golpe empezaron a retirar en buen orden los caballeros de Santiago, que rato había eran los únicos que resistieran el ímpetu de los aragoneses, a fin de favorecer la fuga de los castellanos, y de que el rey don Juan tuviese tiempo para ponerse en salvo. Lograron su principal objeto combatiendo con valor sin igual; más no pudieron salvar al príncipe de Viana que quedaba entre los prisioneros. Veíales escapar el conde de Urgel con la ira del gavilán cuando huya la víctima entre sus garras, y no apartaba los ojos del blanco pendón que ondulaba a lo lejos, célebre insignia de aquellos ilustres campeones.

Cesó desde entonces el combate : a los gritos sucedieron los clamores, a los insultos el lánguido suspiro de los moribundos: aún quedaban varios pelotones de castellanos combatiendo; pero su escaso número, su desesperación, su desaliento mismo hacían de ellos un objeto de lástima y no de recelo.

Mandó entonces el infante don Enrique tocar la retirada, y los escuadrones fuéronse recogiendo a sus trincheras. Él mismo recorrió todo el campo para apaciguar el encarnizamiento de los vencedores y dar lugar a que no fuesen maltratados los enemigos que cayeran prisioneros. Errando por entre aquella confusión, polvareda y gritería, dirigíase a todo escape el caballero del Cisne hacia el pabellón del príncipe aragonés, y aunque empezaba a cubrir los campos el crepúsculo de la noche, vio desde lejos venir corriendo otro guerrero en quien reconoció muy pronto al infatigable conde de Urgel.

Abrazáronse tiernamente los dos amigos cual si hubiese mucho tiempo que no se hubieran visto, y siguiendo juntos su camino entraron enlazados por la mano en la tienda del infante, donde ya estaba reunido el consejo presidido por el monarca de Navarra. Por entre la estrepitosa llama de las hogueras que ardían en derredor de aquel sitio, se paseaban lentamente los soldados de escogida guardia con orden no permitir que se acercara persona alguna, y en lo alto del pabellón tremolaba la bandera aragonesa ostentando en campo blanco las armas de los antiguos condes de Barcelona. Los barones y capitanes que asistían al consejo se habían señalado en la refriega con hechos dignos de su alto valor y esclarecido linaje; más cuando al resplandor de las antorchas que iluminaban la sala vieron entrar al hijo de Pimentel y al impetuoso Arnaldo, se levantaron con un movimiento espontáneo y natural, tributando por un espíritu caballeresco esa especie de homenaje a las proezas que hicieran los dos héroes en aquella célebre jornada. Aumentóse con esto el entusiasmo de la heroica asamblea que acababa de ceñirse el laurel de la victoria, y celebrada su junta en medio de los restos todavía humeantes de los bravos escuadrones de Castilla. Felicitábanse mutuamente por tan próspero suceso, y ensalzando hasta las nubes al caballero del Cisne, al conde de Urgel y al infante de Aragón, aseguraban que al lado de aquellos valientes llevarían el terror hasta la corte misma de Valladolid, arrancando de su alcázar al pérfido favorito por quien tanta sangre se vertía.

-¿Quién habla de castigar solamente al indigno favorito?, gritó Arnaldo con voz de trueno en medio de la augusta concurrencia: ¿os parece que hemos abandonado nuestros hogares y permitido que nos robasen, durante la ausencia, las dulces prendas de amor, para que el monarca imbécil de Castilla se deje dominar de otro privado tan codicioso y fiero como don Álvaro de Luna? ¡Príncipes y capitanes!, cuando nuestros ilustres abuelos corrían al socorro de los castellanos para hacerles triunfar en las Navas o enarbolar la cruz en lo alto de las cúpulas de la santa ciudad de Córdoba, no creían por cierto que hubiésemos de venir un día a vengar las alevosías de un miserable aventurero. Mayores las sufriremos aún como no arranquemos de raíz el emponzoñado aliento que las vivifica y favorece. La victoria que acabamos de conseguir nos abre el camino hasta el trono de don Pelayo... ¡jay de nosotros si no colocamos en él un monarca amigo de la paz y de la justicia, que sepa conjurar con una sola palabra los elementos de eternas desavenencias que incesantemente atiza el débil príncipe que ahora reina en Segovia! Ya es tiempo de que cesen esas ominosas revueltas: ya es tiempo de que los estados diversos de la península, enlazados

entre sí por los vínculos del común interés, de la religión y de la sangre, sean como aquel antiguo pueblo, que se conservaba unido en medio de la corrupción universal, sin tener más que un templo, una ley, un sacrificio; ya es tiempo en fin de que la armonía de los españoles se aproveche de la enemistad de los africanos, repeliéndolos a los abrasados desiertos que los vomitaron. Para que luzcan tan benéficas auroras caiga don Juan el II, y un príncipe de la actual casa de Aragón haga conocer la felicidad a los pueblos de Castilla.

Este discurso pronunciado con vehemencia a la vista de los cadáveres y destrozados despojos de la batalla, y ante encarnizados guerreros, cuyos rostros polvorosos y sangrientos parecían aún más siniestros al reflejo de la luz artificial, produjo una fuerte impresión en los capitanes y príncipes del consejo. Unos querían partir sin dilación alguna contra el resto de las legiones castellanas: otros decían que se había de consultar primero al rey don Alfonso de Aragón: estos gritaban que era preciso atropellarlo todo para seguir un parecer dictado por el genio mismo de la guerra y de la justicia; respondían aquellos que la precipitación juvenil era un delito en orden a asuntos de tanta madurez e importancia. Inflamábanse los ánimos, el furor no bien apagado de la pelea renacía en aquellos caracteres siempre sedientos de sangre, siempre dispuestos a decidirlo todo con la espada; y con tantas voces, aclamaciones y pareceres convirtiérase aquel consejo, denantes grave y sesudo, en una tumultuosa asamblea casi semejante al encarnizado festín de los Lápitas, o a las reuniones nocturnas de los galos.

Cuando se apaciguó algún tanto aquel tumulto dejóse oír la voz sonora del caballero Cisne. -¿A qué os dejáis arrebatar, les dijo, de un fuego inútil? Temed que el enemigo revuelva contra vosotros y se aproveche de una discordia criminal. A pesar de que lo habéis completamente derrotado, no creáis por eso que nos hallemos triunfantes en las torres de Valladolid y de Segovia: preciso será valernos de toda nuestra unión y disciplina para acometer en el mismo corazón de las Castillas a los que arrancarlas supieron de la árabe pujanza. No dudo que reinando entre nosotros la misma armonía que hasta aquí, dejemos de confundir a don Álvaro de Luna y su partido; pero me parece no sólo injusto, sino contrario a los intereses mismos de la corona de Aragón el destronar a don Juan el II por una caprichosa venganza.

¿Qué ventaja nos produce semejante violación de los fueros ejecutada contra una rama de la misma familia, que tan gloriosamente reina en Nápoles y Zaragoza? Más nos conviene la imbecilidad del rey don Juan, que la energía de cualquier otro monarca: debilita aquel el espíritu marcial de los castellanos, al paso que despertándolos éste de su letargo los llevaría continuamente a las fronteras de nuestro reino, ahora en gran manera ocupado con las brillantes campañas que sostiene osadamente en Italia. Creedme ¡oh príncipes y barones!, favorece más nuestros proyectos la pusilánime indolencia de don Juan el II, que su ruina total: vacile enhorabuena sobre el trono: desaliente con su floja cobardía la audacia de los castellanos; mas no le demos otro rey que les recuerde los Fernandos y los Alonsos, ni atraigamos sobre nuestras cabezas los rayos del Vaticano y el odio de Europa entera con medida tan inútil como injusta, hija por consiguiente de una política falsa.

Las palabras del hijo de Pimentel apaciguaron las pasiones de aquella tumultuosa asamblea, y dieron a conocer a casi todos sus individuos lo que convenía obrar en tan críticas circunstancias, sin dejarse arrebatar de los inciensos de la primera victoria.

Aplaudieron el discurso de aquel héroe, que aún permanecía en pie con su talla gentil y majestuosa, mientras se extendía en torno un murmullo de admiración que encendía en vivo y modesto fuego su agraciado semblante. Las palabras del conde Arnaldo habían herido la fantasía, habían exaltado las pasiones marciales y violentas; pero hablando las del caballero del Cisne a la sana razón calmaron el volcánico movimiento causado por las primeras, en fuerza de blanda y flexible elocuencia, al propio tiempo dotada de un espíritu de claridad y convicción.

Quiso abrir otra vez los labios el descendiente de los condes de Urgel desesperado de ver que su hermano de armas acababa de echar a tierra sus planes favoritos; pero ya no halló los ánimos en la misma disposición que al principio, y se levantaron cien guerreros para demostrar la sandez y el ningún fruto de su descabellado proyecto.

El mismo príncipe don Enrique, en vista de lo que había dicho el hijo de Pimentel, manifestó enteramente contrario al plan de destronar al rey de Castilla, y aunque el monarca de Navarra aprobaba en su interior esta providencia negativa y destructora, reprimióse no obstante por ver tan pronunciada opinión de aquella especie de cortes, y manifestó quedar satisfecho con tener a su disposición al desgraciado príncipe de Viana.

Determinóse, pues, continuar la guerra contra Castilla, avanzando lentamente hacia Valladolid, sin más objeto que perseguir al condestable don Álvaro y exterminar su pérfido partido; después de lo cual levantáronse los personajes del consejo, y saliendo del ancho pabellón, atravesaron a la luz de la luna aquel lastimoso campo de batalla lleno de cadáveres ya desnudos, y oyéndose los débiles suspiros de lo que por falta de socorro luchaban con las últimas agonías.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

LOS BANDOS DE CASTILLA
O
EL CABALLERO DEL CISNE

INDICE:

CAPITULO XX
Los dos astrólogos

CAPITULO XXI
Relación de Merlín

CAPITULO XXII
Lance nocturno

CAPITULO XXIII
Preparativos de un asalto

CAPITULO XXIV
Continuación

CAPITULO XXV
La muerte del impío

CAPITULO XXVI
El incendio

CAPITULO XXVII
La muerte de don Álvaro de Luna

CAPITULO XXVIII

CONCLUSIÓN

CAPITULO XX

Los dos astrólogos

Mientras se detenía el ejército de Aragón en poner sitio a la ciudad de Burgos, había llegado a Segovia el monarca de Castilla con don Álvaro de Luna, gran número de grandes y las reliquias del ejército derrotado por el infante don Enrique. No es fácil pintar el desaliento del rey don Juan, ni lo crítico de su situación. Por una parte las desavenencias domésticas; por otra los bandos que assolaban las Castillas. Los portugueses andaban como en busca de nuevos mundos, y navegando por mares desconocidos, ensanchaban maravillosamente los límites de su poder: el rey don Alonso practicando otro tanto hacia levante, encadenaba las más fértiles provincias de Europa al orgulloso carro de sus triunfos, y mientras se hacían célebres estos estados con belicosos laureles y espléndidas conquistas, huía el monarca de Castilla de un infante de Aragón, por no sacudir resuelto el dominante carácter de don Álvaro de Luna.

También este célebre favorito sufría amargas angustias con el recuerdo de la derrota, y con el temor de que el rey, viéndose al fin apurado y en vergonzosos aprietos, no se ladease a los consejos de sus particulares enemigos. Sacudió, sin embargo, obligado de la necesidad aquella especie de abatimiento; y, animando a unos, adulando a otros, y recompensando a todos, pudo juntar algún dinero, ordenar nuevas haces y persuadir al rey don Juan de que tentase por segunda vez la suerte de una batalla. Hallábase la cosa adelantada para recibir el ejército aragonés con bastante fuerza y ahínco, si tan atrevido fuera que intentase penetrar hacia Segovia, y, sin embargo, el corazón del condestable

ardía en presa de inexplicables tormentos, nacidos de las desgracias que amenazaban su privanza y su persona.

Empezaba una de las breves tardes del mes de diciembre, y las noticias recibidas acerca de la marcha de los enemigos habían alarmado la Corte y echo que sé todo se dispusiese para salir animosamente a resistirlos, cuando se paseaba el condestable por uno de los aposentos de su gótico alcázar, resolviendo en su mente los más arriesgados proyectos para ver de acabar con todos sus émulos, o desviar a lo menos el temporal que tan turbio y revuelto corría. A veces daba vueltas a la estancia con veloces y descompasados pasos; a veces se detenía de repente en medio de ella juntando las manos, cruzándolas sobre el pecho o comprimiéndose las sienes. Parase al fin ante una ventana profunda practicada en el espeso muro del palacio, desde la cual se veían los floridos alrededores de aquella famosa ciudad. De pronto le ocurrió la idea del sosiego con que vive el labrador en su cabaña, y estuvo por envidiar la suerte de un zagal, que descubrió a lo lejos contemplando, apoyado en su bastón desde las riberas de un arroyo, cómo bebían tranquilamente sus ovejas. Pero estas reflexiones muy naturales al hombre ambicioso y turbulento cuando se ve amagado de alguna próxima desdicha, desaparecieron en breve de su imaginación ardiente para hacer lugar otra vez a mal concebidos planes de engrandecimiento y venganza.

-¡Y qué!, exclamó al fin, ¿desarme abatir de la fortuna mientras hay tantos que conspiran a la par para eclipsar mi nombre y oscurecer los timbres que esclarecen mi familia? Antes que tal suceda preciso será que corra la sangre de los Arnaldo y Pimenteles; Preciso será que se agite un dogal o brille un hacha en cada esquina para acabar con esta raza de perros que siguen las banderas del infante de Aragón. Voto a brios que les he de acechar los pasos como un viejo lebrel, y si no bastan los escuadrones que les hicieron correr tanta tierra en la batalla de Olmedo, las yerbas ha de bastar y los agudos puñales. ¿Qué se me da a mí verles expirar en el combate o sacudiendo las piernas al compás de lenta agonía, mientras el cuerpo les cuelgue del extremo de una soga?- Aquí soltó ruidosa carcajada cual si saborease el placer de semejante espectáculo; movió los ojos alegremente por la estancia, y un vivo calor animó sus tétricas facciones, después continuó su discurso: -Está resuelto, sea en dorada copa, en argentado plato, con el hierro de una lanza, o respirando el aire fétido de un calabozo, mis enemigos han de perecer. Años hace que los cuervos de estos campos no han envainado sus picos en tan robustos cadáveres: ¡con qué ansia espero ver los de esos mozalbetes de Aragón tendidos panza arriba en derredor de mis alcázares y castillos! Y si es verdad lo que me envía a decir el Arlanza por medio de su gitano, yo aseguro al fatuo señor de Urgel que no ha de morir sino en la plaza pública. ¡Habrás visto insolente más descarado que ese barón aventurero!, ¡destronar al rey don Juan! ¡Y de cuándo acá un miserable conde de aragón, un oso del Pirineo quita y pone reyes al solio de Castilla! El padre con ser tan bravo debió a mi conmisericordia el no haber muerto como un perro pagano y descreído, danzado bajo el peso de maese Diego, el más listo de nuestros verdugos; y el hijo me lo agradece tan bien que trata de destronar a mi protector, para más a su salvo divertirse con mi cuerpo. Casi no lo creo... ese rodrigo es un toro indómito y brutal, una hiena sedienta de sangre que se complace en enconar mi espíritu para recrearse después con las víctimas de mi cólera. Yo preguntaré a ese gitano, moro o lo que fuere, que le sirve de espía en el campo aragonés, y mucho será que no le arranque la verdad. ¡Hola!-

Abrióse la puerta y se presentó un paje que aguardaba en la antesala las órdenes del condestable de Castilla.

-¿Por dónde anda ese racimo de la horca que acaba de llegar de Burgos?, ¿el gitano, quiero decir, que me envía el señor de Alanza?, preguntóle don Álvaro de Luna.

Por la galería del Cid diciendo la buenaventura a los criados y flecheros del alcázar.

-¡Ah! Sí: los tales vagamundos hacen gala de profesar la quiromancia y las ciencias ocultas; no importa, traelo inmediatamente a mi presencia.

A poco rato volvió a entrar el criado en el aposento con el extraño personaje de que le habló don Álvaro de Luna. Era de mediana estatura, y se notaba en sus menudas facciones cierto aire de independencia indómita y salvaje. Llevaba en la cabeza un turbante colorado sobre el que flotaban dos plumas desmayadas y marchitas, y ceñía su flexible cuerpo una túnica verde, orillada de mugrientos galones de oro, de hechura igual a las de los estradiotes, tropas que levantaban entonces los venecianos en las provincias situadas al oriente de su golfo. Cubríanle los muslos anchos calzones blancos sujetos con un lazo debajo de las rodillas, por lo que sus piernas enjutas, descarnadas y casi negras hubieran estado del todo desnudas, a no cruzar por ellas multitud de cintas con el objeto de acomodar a los pies un par de leves sandalias. Recogía la túnica en sutiles pliegues hacia la espalda un cinturón carmesí del que colgaba cierto alfanje morisco de hoja estrecha y afilada, a imitación de los que se fabrican en Damasco. En cuanto al rostro, era muy tostado de los rayos del sol, rematando en negra barba sucia, puntiaguda y revuelta. Con todo no dejaban de llamar la atención un par de ojos vivarachos y penetrantes, nariz aunque pequeña graciosa, y dientes blancos como el marfil, menudos y bien colocados. En resolución: toda su persona despojada de una carnosidad superflua, pero llena de nervios y músculos, dotados de extraordinaria flexibilidad y vigor, hubiera hecho pasar al gitano por un mozo bastante agraciado, a no ser el cabello áspero y cerdoso que sombreaba sus facciones, y cierto aire feroz que le asemejaba más a un gato montés que a un hombre civilizado.

-Acércate, bribón, díjole bruscamente el condestable, y ten cuenta con lo que te voy a preguntar, porque si titubeas en la respuesta, juro por el bienaventurado San Martín que echarás bendiciones con los pies desde la rama más alta de una encina. ¿Eres tú el pícaro que ha escogido por mensajero don Rodrigo de Alcalá?

-El propio soy, respondió gitano.

-¿Y te mantienes en lo mismo que le dijiste acerca de los altercados habidos entre los capitanes del campo aragonés?

-Y sin temor de ser desmentido, replicó osadamente el espía.

¿Y añades, señor barbinegro, que después del consejo de guerra no parecían tan amigos como antes Arnaldo el conde de Urgel y el caballero del Cisne?

-Y añadido, satisfizo el africano, eso mismo que habéis dicho.

-¿Pues de quién hubiste semejantes noticias?

-Ese secreto es mío: cumplí con mi obligación revelandoos el de vuestros enemigos.

¡Perro infiel!, ¿ignoras que estás en mi poder?

-¿Y qué me importa estar en poder?... hiere y verás cuán poco temo la muerte.

-¿es decir, repuso con maligna sonrisa el condestable, que desempeñando el arriesgado oficio de espía, ya se te alcanza que ese cuerpo es carne para el verdugo?

-Lo que se me alcanza, respondió el mulato, es que nos tratan los cristianos como el mastín del pastor a los carneros y ovejas que defiende. Protégelos por algún tiempo, los lleva donde mejor parece, y acaba por conducirlos al matadero.

También muchas veces hacen lo mismo los reyes con sus favoritos, pensó interiormente el condestable, y cual si le hubiese mordido una víbora, púsose a dar veloces pasos por el aposento mientras los movimientos convulsivos de los labios y la barba, hacían patente la secreta inquietud que le oprimía. Calmóse algún tanto, y como si de repente le ocurriera otra idea, volvió a interrogar al gitano, bien que en tono áspero y desabrido.

-¿Es verdad que tu pueblo, aunque grosero e ignorante, tenga conocimiento de lo futuro, ciencia que no poseen los sabios y doctores de la Europa?

-No cabe duda, respondió, y es aún más natural ese talento entre nosotros que el furor de las disputas en los cristianos.

-¿Y cómo es posible, interrumpió don Álvaro, que el don celestial del vaticinio se haya concedido a linaje tan ruin y pordiosero como el vuestro?

-Yo no puedo decir porque así sea, replicó el gitano, por la razón misma que no me es posible explicar por qué el perro sigue las huellas del hombre por el olfato, mientras no puede el hombre olfatear las pisadas del perro. Esta facultad maravillosamente admirada de los europeos la posee nuestro pueblo por instinto; al través de las facciones del rostro y de las líneas de la mano vaticinamos tan fácil y positivamente la suerte de los demás como al ver un árbol en la primavera anunciáramos por la flor el fruto que debería producir a su tiempo.

-¿Y si te obligara a que me diese ahora mismo una prueba de tu decantado saber?

-Os diría, respondió sin titubear el africano, que cuando volvéis la cabeza tropiezan vuestros ojos con una horca más alta que la de Amán, o ven brillar en el arremangado brazo de un ministro el terrible instrumento de la venganza de los reyes sobre...

-Calla, calla, insolente, gritó atajándole don Álvaro entre colérico y atónito: no sé cómo no hago cumplir en tu malvada cabeza esa sangrienta profecía, a fin de enseñarte a elegir personas más a propósito para tus nigrománticos embelecos.

Don Álvaro volvió a dar vueltas por el aposento notablemente agitado, y mirábale el espía con insultante sonrisa y descarado aire de triunfo. Sus ojos montaraces y sombríos chispeaban de placer siguiendo los violentos ademanes del magnate, como los del

cazador cuando se recrea en contemplar al oso luchando en balde para arrancarse la enarbolada saeta.

No era nada extraño se olvidara el condestable de tal suerte de sí mismo que hasta depusiese la serenidad y la grave arrogancia de sus maneras; pues acababa de acertar el espía con el hueco de su armadura, adivinando unos recelos que había días atormentaban su espíritu, cual si tuviese un vago presentimiento del aciago fin que había de probar en el mundo. Siempre procuró encerrarlos en lo más hondo de su pecho, y su rabia fue igual a su asombro cuando con tanta prontitud y desenfado se los echó en cara el insolente extranjero.

Difícil sería buscar en otra parte que en la preocupación de su siglo el origen de aquellos temores que derramaron como un sombrío vapor sobre el último periodo de su vida. Lo cierto es que aquel cortesano sagaz y astuto, aquel flexible y diestro favorito, aquel hombre en fin que tantos obstáculos venciera para remontarse con el vuelo rápido del águila experimentaba como otros muchos varones de osado ingenio, los embates de un humor tétrico y melancólico, siempre temible a la verdad, pero mucho más cuando empiezan a lucir las áridas auroras de la vejez, sin que tengamos el consuelo de una conciencia tranquila. A esta frenética disposición de su ánimo debe atribuirse el ansia de que dio muestras para que le profetizasen el fin de su vida, consultando a este efecto el más famoso astrólogo de aquellos tiempos. Háblele hecho venir a fuerza de regalos de las cortes de Hungría y de Viena, donde últimamente se fijara, a fin de pedirle parecer en las ocasiones arduas, y valido de su amistad con Rodrigo de Alcalá, señalóle una parte del castillo de Alanza, donde pudiera dedicarse libremente a sus sombríos estudios y horribles experimentos. Aterrado en el momento de que hablamos con la atrevida predicción del extraño personaje que tenía ante los ojos, y no sabiendo si dar crédito a su ciencia o atribuirlo todo a su impúdica osadía, detúvose otra vez delante de él, y siguióle interrogando en esta forma:

-¿De qué país eres?

-De ninguno.

-¿Qué quiere decir de ninguno?

-Que no soy de ningún país. Seré si os parece un cingaro, un egipcio, un gitano, según nos llaman los europeos en sus diversas lenguas; pero no tengo patria.

-¿Eres cristiano?

Aquí hizo el extranjero con la cabeza un movimiento negativo.

¡Perro! Gritó don Álvaro, ¿adoras al falso profeta?

-Tampoco, repuso sin detenerse con tanta indiferencia como laconismo.

¿Eres pagano pues?, en una palabra, ¿cuál es tu secta?

¡Mi secta!, repitió el gitano; no soy de ninguna secta.

Horrorizóse don Álvaro de Luna, pues aunque había oído hablar de sarracenos e idólatras, jamás le pasó por las mientes que pudiese haber tal casta de hombres que no profesase ningún culto. No le impidió la sorpresa preguntar al africano donde tenía su domicilio.

-En los bosques, en las ciudades, en la ribera del mar, en la orilla de los ríos, y para acabar de una vez, en el sitio donde me encuentro.

-¿Y de qué manera conservas lo que posees?

-No teniendo más bienes que el caballo en que monto y la túnica con que me cubro.

-¿Cuáles son tus medios de subsistencia?

-Los que el azar pone en mis manos: como si me agujonea el hambre y bebo cuando tengo sed; he aquí mi modo de vivir.

-¿Pero bajo qué ley?, ¿a quién conoces por señor?

-Al padre de la tribu cuando me da gana de obedecerle.

-¡Luego, exclamó don Álvaro admirado y confundido, vives sin los dulces lazos que unen en sociedad a los demás hombres; vives sin rey que te mande, sin leyes que te protejan, sin medios de subsistencia, sin domicilio ni hogar; vives, desgraciado de ti, sin el cariño que la patria nos inspira, y sin el consuelo de un Dios que nos ama y nos perdona! ¿Qué te resta pues? ¿A qué dicha aspiras privado de la religión, destituido de amor patrio y de toda doméstica felicidad?

-A la de una verdadera independencia, yo no me arrastro a los pies de los magnates; a nadie tengo obediencia ni temor, voy a donde me parece; vivo según mi capricho, y moriré con la indiferencia misma que he vivido.

-Puedes, no obstante, verte preso y condenado cuando menos te cates de ello.

-Enhorabuena, respondió el gitano; todo se reduce a morir algo más pronto.

-¡Infeliz!, te sepultarán en lóbrega e inmundada mazmorra, y entonces ¿dónde existe la libertad de que blasonas?

-En mis ideas: sujetas están las vuestras so la coyunda de las leyes, de la religión y de la patria, mientras vuela libre mi espíritu, aun cuando yazca mi cuerpo descoyuntándose en un potro.

Todo sería muy bueno, repuso el condestable, si con tan sabias reflexiones se rompiesen los grillos de los pies, o el dogal que acomoda el verdugo a la garganta.

-No creáis que por eso fuese menos idólatra de mis principios, acostúbrase uno al peso de las argollas, y a no ver en la muerte sino un accidente inevitable.

-¿Y de dónde trae su origen tu pueblo errante y feroz?

-No lo sé, respondió el gitano.

-¿Cuándo desocupará estos reinos para volver al país de que ha salido?

-Cuando se cumpla el tiempo de su peregrinación.

-Pues qué, exclamó don Álvaro, ¿no descende de las tribus de Israel que fueron llevadas cautivas más allá del río Éufrates?

Si tal hubiese, conservaríamos su fe, practicaríamos sus ritos.

-Pronto y agudo es tu juicio, repuso mirándole de hito en hito el condestable; muy suelta tienes la lengua..., ¿cómo te llamas?

-Sólo mis hermanos saben mi verdadero nombre, los que no viven en nuestras tiendas me conocen por el de Merlín.

-Páreceme que te explicas demasiado bien para un pícaro de tus miserables hordas.

-Es que siendo niño me cautivaron los de Francia y me vendieron a un sacerdote de Castilla, que se le metió en la cabeza instruirme en las ciencias europeas. Travieso y antojadizo no aproveché como él quería, pero algo se me pegó de aquel torbellino de necesidades.

-¿Y cómo le dejaste?

-Robéle toda la plata, dijo Merlín con el mayor descaro, hasta la imagen de un Dios que él adoraba hecha del mismo metal. Descubriólo y me zurró; entonces para vengarme le atravesé de un navajazo, y eché a correr a los bosques.

-¡Aleve!, gritó don Álvaro echando involuntariamente mano a la daga, ¿te atreviste a asesinar a tu bienhechor?

-¿Y qué necesidad tenía yo de sus beneficios? ¿Por ventura era el joven cingaro un perro acostumbrado a lamer la mano del que le oprime, y a alcanzar meneando la cola un pan mugriento en medio de puntapiés y de porrazos? No señor, era un tigre sujeto a la cadena, que la rompe enfurecido en la primera ocasión, bebe la sangre de su amo y huye otra vez al desierto.

Es probable que a no haber sido por la protección del señor de Alanza y los ventajosos servicios que les prometía la astucia e intrepidez de Merlín, no hubiese salido de aquel alcázar sin probar los efectos del enojo que su crueldad e impudencia habían inspirado a don Álvaro de Luna. Lo que dijo además a ese poderoso valido con respecto a las inquietudes de su pecho, habíale dado cierta importancia a sus ojos; importancia que, si de un lado estremecía al condestable, inspirábale por otro el deseo de aprovecharse de su diabólica ciencia. Por tanto, es igualmente presumible que el respeto supersticioso profesado por don Álvaro de Luna a cuantos hacían gala de estar iniciados en los horribles misterios de la magia y hechicería, fue una especie de broquel diamantino para el gitano Merlín, o si se quiere un salvoconducto que le permitió hablar ante aquel célebre magnate con alguna parte de la cínica osadía que atemorizaba a sus prosélitos. Encargóle

don Álvaro que volviese al campo aragonés, espíase todas las acciones del conde de Urgel, objetivo particular de su aborrecimiento, y le diese parte de ellas. Regalóle después de esto, y lo despidió prometiéndole, si era capaz de guardar fidelidad, recompensas de más alto precio.

Volvióse aquedar solo el condestable de Castilla, y dar libre curso a sus ideas, aguijoneado más que nunca por supersticiosos temores. Habían éstos tomado tal incremento en su pecho, que la perspicacia y no la ciencia de Merlín los leyerá en su semblante. Durante la noche las más lúgubres imágenes exaltaban su fantasía, por lo que veía acercarse con temor la hora en que gozan los mortales del suspirado reposo. La luz del sol sorprendíale en su lecho aterrado con lo que había creído ver, y anunciando con la alteración de sus facciones la lucha sangrienta en que se agitaba su espíritu. Y como estos fúnebres presagios acababan de cobrar nueva fuerza con las palabras de Merlín, para hallar remedio a su desesperación frenética, determinó consultarlos al astrólogo, que, según hemos dicho más arriba, hizo venir a fuerza de recompensas de muy remotas regiones. Llamábase Ben-Samuel, judío de nación, célebre por su tratado *De rebus incognitis*, y por la fama que tenía de leer los decretos del destino en el curso y combinaciones de los astros. Nunca se había atrevido el condestable a exigirle el terrible vaticinio de cuál sería el fin de sus grandezas; pero en la ocasión en que más encarnizados se mostraban sus enemigos, cuando llegaban al colmo de las zozobras que despedazaban sus entrañas, y hasta un miserable gitano, en medio de su vida errante y de sus andrajos, tenía el derecho de recrearse en su amargura, y de creerse más dichoso que el privado de don Juan el II; parecióle el único remedio la resolución de arrostrar aquella consulta criminal y arriesgada. Algo tranquilo con la esperanza de hallar la certidumbre de su futura suerte en las predicciones de aquel mago, envolvióse en su capa el condestable de Castilla, y haciéndose ensillar un caballo, salió por una puerta falsa y tomó la vuelta del castillo de Alanza, a pesar de que la noche cubría ya la ancha tierra con su tenebroso manto.

Soplaba el viento del norte mientras don Álvaro de Luna atravesaba corriendo aquellos campos en una situación la más incierta y aflictiva. La sola idea de que iba a saber cuál sería su fin, si análogo a la prosperidad de que gozaba, si conforme a los presentimientos que tuviera, infundía pánico terror a su atormentado pecho, sin que el aspecto de una noche húmeda y borrascosa dejase de contribuir a sus mortales angustias. ¡Cuántas veces los prolongados silbos del viento se le figuraron alaridos del demonio, y creyó distinguir en las nubes, que corrían rápidamente por el cielo, misteriosos caracteres o siniestras figuras! Llamó, sin embargo, en su ayuda aquel valor que nunca le abandonara en el discurso de su vida, sólo así pudo luchar con las congojas que oprimieron su espíritu durante el largo camino.

Doraban los primeros rayos del sol las altas cumbres de la sierra cuando llegó el favorito al fuerte alcázar de Alanza. Apeóse demudado y macilento, y se encaminó en el mismo instante a la estancia que ocupaba Ben-Samuel en una de las alas del vasto edificio. Si bien no era sobradamente espaciosa, la magnificencia de las tapicerías, las delicadas labores de las sillas de ébano y el prolijo adorno de los estantes donde tenía sus libros, manifestaban el buen gusto de aquel famoso judío. Dos puertas colaterales en una y otra parte de la biblioteca conducían la de la izquierda a un estrecho gabinete donde dormía

aquel sabio, y la de la derecha a cierta escalerilla de ojo para subir al elevado torreón, que les servía de observatorio en sus cálculos astronómicos. Admirábase sobre la sólida mesa de cedro colocada en medio del aposento un bello tapiz de Turquía, parte de los despojos recogidos en la tienda de un Pachá después del reñido combate ganado contra los turcos por el monarca húngaro Matías Corvino, gran campeón de la cristiandad, y antiguo protector de nuestro mago. Campeaban en ella varios instrumentos de matemáticas y astrología tan preciosos por la delicadeza del trabajo, como por el valor de la materia: el astrolabio de plata era presente del emperador de Alemania, y la curiosa esfera cubierta con planchas del mismo metal, el espléndido regalo de otro monarca de Europa.

Alhajas, máquinas y utensilios de raras y caprichosas formas resplandecían colocados en los muros de la estancia. Chocaban en medio de tantos objetos dos armaduras completas, una de mallas y otra de acero, la obra maestra entrambas de artífice milanés, cierta espada toledana entre un sable de Escocia y una cimitarra turca, arcos y aljabas, multitud de armas guerreras, instrumentos de música, vasos sepulcrales de los tiempos antiguos, penates de bronce, y otras muchísimas cosas difíciles de describir, muchas de las cuales parecían destinadas al uso del arte mágica, según la supersticiosa opinión que de ella se tenía en aquel remoto siglo.

No menos extraña y variada era su copiosa biblioteca: manuscritos de autores clásicos con otros de filósofos árabes, algunos poetas persas, las máximas de Zoroastro, los cantos de los antiguos profetas, y los trabajos de aquellos sabios laboriosos, que cultivaban en absoluto retiro las ciencias químicas pretendiendo descubrir a sus prosélitos los misterios más ocultos de la naturaleza por medio de sutil filosofía, se hallaban confundidos o entremezclados sin orden en los pulidos estantes. Algunas de tales obras estaban escritas en orientales caracteres, obras en hebreo y en latín, y no pocas ocultaban su sentido místico, o los absurdos que aspiraban a enseñar, bajo el simbólico velo de figuras jeroglíficas y de signos cabalísticos.

Por lo demás todos los muebles y curiosidades del aposento ofrecían a los que entraban en él un extraordinario golpe de vista, calculado de antemano para herir la imaginación, a lo que contribuían mucho para formar cierta armonía con todo lo restante, el aire y los modales de nuestro astrólogo. No presentaba en su figura uno de aquellos descarnados profesores de las ciencias ocultas, cuyos rasgos lívidos y marchitos, cuyos ojos hondos y cadavéricos no sólo indican los meses que han pasado estudiando los misterios del arte en subterráneas cuevas, sino las muchas noches también contemplando la incierta luz de los cuerpos que figuran en el sistema planetario. Veíase muy al revés en el judío un hombre de alta talla, majestuoso y corpulento, frisando como en los cincuenta de la edad, sin estar por eso destituido de cierta lozanía y vigor. El turbante blanco como la leche sujeto con ardiente rubí en torno de su cabeza, la bala de seda forrada de armiños con presillas de oro, la túnica talar algo oscura, sembrada de lucientes estrellas, y el ancho cinturón carmesí donde brillaban sutilmente recamados los doce signos del zodiaco, daban a sus facciones, naturalmente severas un carácter de importancia muy conforme a la fama de su ciencia. Medio recostado entonces en ancho sillón de damasco, examinaba uno de los primeros ensayos hechos por Gutenberg con la máquina de la imprenta, que acaba de inventar. Recorríalo, pues, lleno de pasmo y placer cuando entró repentinamente en el aposento al condestable de Castilla. Levantóse el reverendo rabino, y lo saludó cortés con

el ademán de un hombre harto acostumbrado a tratar con personas de alta jerarquía para turbarse en su presencia.

-Parece que os halláis ocupado, dijo el magnate; y a no engañarme, en contemplar ese nuevo modo de multiplicar los manuscritos por medio de una máquina. ¿Cómo es posible, padre mío, que objetos tan fútiles y terrestres interesen a un hombre a quien revelan los astros los arcanos del destino?

-Porque reflexionando en las consecuencias de esta invención, leo con tanta certidumbre en ellas, como en las combinaciones de los cuerpos celestes, las más terribles y prodigiosas mudanzas. Cuando pienso con qué lentitud y escasez nos ha traído sus aguas el manantial de las ciencias, las dificultades en que tropiezan los que andan sedientos de beberlas, y lo muy expuestas que las veo a tener que trazarse de nuevo vías ocultas y subterráneas para librarse del furor de la barbarie, no puedo dejar de exaltarme al considerar la dicha de las generaciones futuras, recibiendo a manos llenas el tesoro de la sabiduría, tesoro que civilizará los pueblos, suavizará las pasiones y elevará monumentos donde la estudiosa juventud aprenda a rectificar los abusos, que escaparon a la perspicacia de sus padres.

-Un momento, si os place, un momento, preguntó algo inquieto el favorito; ¿Todas esas revueltas que decís han de verificarse en nuestro siglo?

-No, hermano mío, respondió el filósofo, esta invención puede compararse al arbolillo que acaba de nacer. No es tiempo aún de que produzca el fruto que de ella se espera, fruto dulce y amargo a la vez, tan precioso y tan funesto como el del árbol de la vida, pues que dará a la especie humana el peligroso conocimiento del bien y del mal. Ilustrarán se las gentes, pero correrá la sangre de los pueblos, adelantarán las ciencias, pero descubriránse con su auxilio nuevos medios de destrucción... es harto cierto que es medio de ese vaivén de innovaciones será el hombre más rico, más cortes, más civilizado... no sabré, empero, deciros si se podrá alabar de más dichoso.

-Allá se las campaneen, padre mío, respondió don Álvaro, sobrado tenemos que hacer en el siglo en que vivimos para ocuparnos de los negocios del venidero. Cada día que luce me trae una nueva calamidad, y temo que arrastrado por una cadena de desgracias no me guarde la fortuna en el último eslabón un precipicio. Vos me habéis servido en diversas ocasiones con la prudencia de un sabio y el cariño de un hermano; a vuestros vaticinios debí la esperanza que me sostuvo en el último destierro, sin la cual no hubiera visto la muerte de mi más fiero enemigo. A ellos, padre mío, la certidumbre de recobrar la gracia del rey don Juan y nadar nuevamente en la opulencia. Hace tiempo, es verdad, que no he venido a consultaros, porque si es dulce al desdichado el anuncio de la felicidad, ¡cuán amarga ha de ser al que es dichoso la predicción de su desgracia! No obstante, prosiguió el condestable adelgazando la voz, vuelven como os decía a tomar mal aspecto los negocios, y hasta llego a recelar no sacuda el rey don Juan el yugo de mi tutela. Entonces, ¡ay!, entonces ¿qué fuera de nosotros?... ¡oh!, separaríame ahora mismo de ese monarca pueril, si supiese que mis contrarios me dejasen vivir tranquilamente en mis castillos...

Interrumpióse el condestable al decir estas palabras cubriéndose el rostro con ambas manos, cual si el peso de sus angustias le quitase hasta la fuerza de proseguir el discurso.

Mirábale entre tanto Ben-Samuel, apoyada la mejilla sobre su brazo derecho, recreándose en el hervor de las pasiones que devoraban el corazón de aquel magnate, que, a pesar del orgullo con que trataba a los demás, venía como a humillarse y a confesar sus celos a las plantas de un judío. Animóse después de un rato don Álvaro de Luna, y continuó su interrumpida relación de esta manera.

-No extrañéis, docto Samuel, la opresión que me agobia. Otras veces he venido a hablaros con la cabeza erguida y el semblante más alegre, pero no veía entonces en mis sueños como ahora los preparativos de un suplicio, ni tropezaban mis ojos donde quiera con un sangriento cadalso. Por esto, padre mío, deseo saber cuál será el fin de mis días: ¿las visiones con que luché durante la noche son anuncios positivos de que he de morir como los traidores, o he de considerarlas solamente como delirios de una fantasía exaltada en fuerza del enojo que inspiran esos bandos, rivalidades y encuentros? Tal es la cuestión que someto a vuestra divina ciencia para que me decidáis, si os place, sin la más leve tardanza.

Levantóse el astrólogo al oír esto, y echando mano a varios de los instrumentos que había en aquella estancia, preparóse como para leer en las páginas de lo futuro. Fijando después en don Álvaro sus negros y vivaces ojos, contemplólo largo espacio cual si pretendiese analizar las muchas líneas que cruzaban por su rostro. Tomóle la mano diestra y examinó escrupuloso todas sus rayas sin hablar palabra alguna, observando con inalterable gravedad las prácticas y ceremonias prevenidas por las artes cabalísticas. Así que dio fin a estos preliminares, animó leve sonrisa sus majestuosos rasgos, y clavando otra vez la vista en la cara de don Álvaro de Luna, soltó reposadamente la voz a semejantes razones:

-Extraño mucho que agitado como estáis por ilusiones fantásticas, no hayáis venido más presto a buscar en este humilde aposento la tranquilidad de vuestro espíritu. Aunque émulo indigno de Galeotti y Nostradamus, no dejo de leer el destino de los hombres en las revoluciones de los astros, y, a menos que tuvieseis poca confianza en la lealtad o sabiduría de vuestro intérprete, no acierto por qué razón habéis descuidado hasta ahora mis consejos. No por eso dejaré de deciros lo que mi débil juicio alcance, puesto que el término adonde os ha de llevar vuestra opulencia ha sido no pocas veces el objeto de mis observaciones profundas. Sabed, por lo tanto, don Álvaro de Luna, que por la parte de Asturias leo el nombre de cadalso, y alejaros debéis de aquellos ángulos, si es que deseáis evitar el fin de vuestras grandezas.

-¿El hombre decís de cadalso, padre mío?, preguntó tranquilamente el condestable.

-He aquí las efemérides prosiguió el astrólogo: ved la posición de la Luna con respecto a Saturno, y el ascendiente de Júpiter sobre entrambos. Esta combinación es de feliz augurio para el que ha nacido debajo de su influencia; pero hallándose Saturno al propio tiempo en directa oposición, amenázale súbita y violenta muerte en edad algo avanzada y en determinado punto; no sabré decir de fijo si en un infame cadalso, aunque aseguraros puedo que veo indicado tan espantoso nombre hacia las regiones septentrionales de estos reinos. Por esto debéis rehusar el ir, o el que os lleven, hijo mío, a tan peligrosos sitios. Repasad ahora en vuestra mente la analogía que pueden tener tales indicaciones con los lances y particularidades de vuestra vida, y vendréis a conocer, al efecto de calmaros y alejarlo, el fin próspero o desastrado que os aguarda.

Es de pensar que nada comprendió don Álvaro de la explicación científica del filósofo; pero llevó en la imaginación muy impreso aquello de que moriría *en cadalso*. Cabalmente llamábase así uno de los muchos pueblos de sus dominios, y como por su posición inclinábase hacia el norte, dedujo de todo ello el condestable, que en él había de morir y no en la plaza pública, según creyó por sus sueños. La singular coincidencia que veía entre el nombre de este pueblo y el del objeto de sus continuos terrores, hízole dar mayor crédito a la predicción del astrólogo, a lo que se añadía la certidumbre en que estaba de no haber comunicado a persona alguna sus desesperadas visiones. Disimuló con todo la secreta alegría de su ánimo, metió la mano en el pecho, y sacando una bolsa púsola en las del judío en prueba de veneración y agradecimiento. Despidióse enseguida, y repitiéndole que no dejase de considerarle como su mejor amigo, salió del aposento y tomó sin más tardanza el camino de Segovia.

Violo partir el astrólogo desde una de las ventanas de su estancia, y seguro de que estaba harto lejos para volver hacia atrás, abrió la puerta por donde se subía al observatorio, e hizo salir de debajo las revueltas que formaba la escalera al gitanillo Merlín, ya bastante conocido de nuestros lectores.

-¿Veis cómo no os engañaba, dijo al judío Ben-Samuel dando un brinco desde su madriguera al aposento, cuando os aseguré ayer noche que vendría muy presto a consultaros?, ¿y qué decís de mi caletre y perspicacia para adivinar donde le pica la mosca?

-Que tienes excelente olfato, y una vez puesto en vereda no pierdes la buena pista. Por la descendencia de Abraham nunca hubiera creído que fuese tan simple ese orgulloso nazareno.

-Pues si hubierais visto ayer tarde cuando yo me divertía en irritarlo, diciéndole a sus mismas barbas el miedo que le consume, no podríais concebir cómo un hombre que hace largos años despotiza en estos reinos; un hombre, cuya audacia y valor han sido célebres, sucumba tan fácilmente a imaginarios terrores. Bien sospeché algo de lo que pasaba por la charlatanería de los criados; pero nunca me lo figuré con tal extremo hasta haberlo averiguado por mí mismo.

-¿Y dices que has de seguir las pisadas de aquel terrible nazareno llamado Arnaldo de Urgel?

-Así me lo encargó anoche el condestable de Castilla. También el señor de Alanza alimenta odio implacable contra tan fiero barón, y paréceme que ha de ser rica además la recompensa de ese valiente espionaje. Ya las huestes del infante marchan, según pública voz, con gentil compás de pies en dirección a la corte, y como tengo carta blanca para uno y otro ejércitos, no temo andar barajando entre los israelitas y los filisteos. Ello es harto positivo que un arcabuz disparado por inadvertencia, una flecha extraviada por azar, podrían darme recelo a tener menos viveza en los ojos y agilidad en las piernas..., pero quiero enseñar a mi tribu la manera de vengar la opresión que sufrimos, chupando el oro y la sangre de nuestros implacables verdugos.

-Veamos entretanto, dijo interrumpiéndole el astrólogo, que recompensa ha dejado aquel soberbio, pues es justo que también participes de ella. ¡Miserable avaro!, exclamó echando mano a la bolsa: estoy seguro de que cualquiera mujercilla me la diera más repleta para que le vaticinase la vuelta de su galán o la muerte del marido. ¡Miserable avaro!, ¿y no se había puesto en la cabeza adquirir algunas luces en esta ciencia sublime? Sí por cierto; cuando el hocicudo lobo, cuando el montaraz jabalí tendrán gusto por la música. ¡Miserable avaro!, ¡aspirar a leer en el glorioso blasón del firmamento!... más fácil sería al mochuelo mirar con ojos de lince... ¿y son tales sus presentes después de haberme tentado con tan pomposas ofertas para arrancarme de la corte del magnífico Matías, donde el huno y el turco, el nazareno y el idólatra, el Zar de Moscovia y el Kan de la Tartaria se esmeraban a porfía en ganar mi voluntad con espléndidos regalos? ¿Juzga en mal hora que soy hombre para vivir sepultado por indecente pensión en este viejo castillo, y que me ha de tratar como el jilguero que meten en jaula ruin y le hacen cantar cuando le silban? ¡No, por las aguas del Jordán!, primero pierdan los descendientes de Jacob la esperanza que les sostiene si...

Interrumpióse de repente Ben-Samuel, y volvió a tomar la bolsa que arrojara sobre el tapiz en los primeros impulsos de su cólera. -Quizás, murmuró entre dientes, se halle en el fondo algún diamante de alto precio; pues he oído decir que llega a ser generoso hasta la prodigalidad cuando lo exige su interés o le mueve su capricho.

Vacióla al ofrecérsele esta idea con curiosidad codiciosa, y no cayendo más ni menos que unas veinte medallas, irritóse nuevamente aquel avaro filósofo.

-Mira, mira, hijo Merlín, dijo al gitano, hasta donde llega su desvergüenza. ¿Piensa el viejo miserable que ha de gozar por salario vil de los frutos de la ciencia celestial que estudié con aquel armenio llamado Istrahoff, que no había visto el sol en más de cuarenta años; con el griego Dubravins, que tiene fama de haber resucitado los muertos, y con el hebreo Eba-Alí, a quien hube de buscar entre las grutas de la Tebaida? ¡No, por las torres de Sión! El bárbaro que desprecia la ciencia, perezca por su propia ignorancia. ¡Veinte medallas!, rubor me daría ofrecerlas a Raquel para comprarse un turbante.

Mientras de esta suerte hablaba, echó algunas a Merlín, y metió las restantes en un bolsillo de cuero pendiente de su cintura; bolsillo que la muchacha Raquel y otras de su errante tribu, hallaban con más facilidad el secreto de vaciarlo, que de proveerlo el filósofo, a pesar de su decantada ciencia.

CAPITULO XXI

Relación de Merlín

No es nuestro intento, ni hace tampoco al plan que nos hemos propuesto, el seguir en sus varios sucesos a los ejércitos de Aragón y de Castilla. Baste saber que al disponerse don Enrique a penetrar por tierras de Segovia, recibió órdenes del rey don Alonso para que revolviere hacia Barcelona con sus mejores soldados, donde debía tomar el rumbo de las costas de Sicilia.

Desde el famoso consejo de guerra de que dimos cuenta en el capítulo XIX, observóse alguna tibieza entre Arnaldo de Urgel y Ramiro de Linares. Enfurecido el primero al ver la destrucción del plan de venganza, que fraguara tiempo había contra el pusilánime don Juan de Castilla, no podía perdonar al del Cisne haber sido el autor de agravio semejante; y bien que no procediese hostilmente contra él, acaso le hubiera sido agradable la ocasión de un rompimiento. Y si no es fácil pintar el despecho que produjo en los capitanes aragoneses la inesperada noticia que les hacía renunciar a las esperanzas fundadamente concebidas en orden a los resultados de aquella guerra, es mucho más difícil, por no decir imposible, por no decir imposible, el dar idea del frenesí que se observó al haber de soltar la presa en el iracundo Arnaldo. Ciego de cólera, y luchando a la vez con las más embravecidas pasiones, llegó hasta tener la audacia de indicar que se desobedecieran las órdenes del monarca; y viendo que no había uno solo en el consejo que dejase de afearle aquel movimiento de rebeldía, casi perdió el uso de la palabra formando el mismo furor como un dogal en su garganta, y llevó involuntariamente la diestra a la empuñadura del puñal, mientras brotaban rabiosas lágrimas de sus ojos en noble desacato de la ilustre concurrencia.

Sin embargo, no quiso salir del reino el infante don Enrique sin sacar algún partido de las ventajas conseguidas en aquella campaña. Para esto entabló negociaciones de paz, proponiéndose con ellas dejar tranquilo el Aragón durante su ausencia, y recuperar una parte de los bienes que debía heredar en Castilla.

Felizmente no dejaron de ser oídas sus propuestas en la corte del rey don Juan. Empezaban a levantar la cabeza los enemigos del condestable a la sombra de las mismas guerras de aragón, y llenos de osadía por los reveses que habían probado los castellanos, indicaban sordamente a don Álvaro como la única causa de todos ellos. Crecían las hablillas y las murmuraciones, juntábanse en corros los descontentos, y advertíase en el rencor de los ánimos una conjuración venenosa, próxima a estallar sobre la cabeza del suspicaz favorito. Por esta razón érale conveniente alejar de cualquier modo los peligros de la guerra, y revolver contra los grandes que amenazaban de cerca su opulencia y su persona. Y como principió el infante las gestiones políticas antes de verificar su retirada ni hacer públicas las órdenes que del rey don Alonso tenía, fuele fácil lograr su pretensión; por manera que cuando tomó el rumbo de Cataluña, pudo manifestar a don Álvaro que solamente lo hacía en fuerza del tratado de paz ya próximo a publicarse. Esto no obstante los dos ejércitos no dejaban de espiarse mutuamente con apariencias hostiles, y aún eran muy frecuentes algunos choques sangrientos entre la retaguardia aragonesa y la vanguardia castellana.

En uno de ellos salió peligrosamente herido el caballero del Cisne, y no siéndole posible el seguir la marcha de sus banderas, retiróse con Roldán y varios vasallos suyos hacia la derecha del camino real, para buscar de buscar algún asilo donde curarse las heridas y aguardar la publicación de la paz, que, en vista de todo lo dicho, no podía retardarse. Discurriendo por los bosques, siempre llevando en los hombros al doliente caballero, llegaron a las tapias de un molino enteramente solitario. Elevábase en las orillas de un limpio arroyo, que se deslizaba por entre floridas riberas con sesga y apacible corriente, y ofrecía en su aspecto la habitación de una familia rústica, pero no del todo escasa en los bienes que llaman de fortuna. Salió el molinero a los gritos acompañado de una doncella,

que según trazas era su hija, y algo tranquilo al observar la cortesía y llaneza de sus huéspedes, díoles franca y amistosa acogida con cuantos auxilios estuvo en su mano ofrecerles.

Varios días permanecieron en aquel cómodo retiro y cuando empezaba el Cisne a levantarse, y apoyado en el brazo de Roldán a dar vueltas por una huerta inmediata, vieron saltar la empalizada, que les servía de cerca, al gitanillo Merlín, a quien conocieran en el ejército aragonés en tiempo que a banderas desplegadas entraba por los campos de Castilla en alas del triunfo y de la gloria. Admiráronse de verle por allí, y aún más se sorprendieron al oírle decir que tenía que hablar sin tardanza a don ramiro.

-Pues no te parezca, gritó Roldán al ver que su discípulo se disponía a escucharle, que hayas de ir después con el cuento de nuestro hallazgo a los que te sueltan como un podenco para olfatear a los guerreros de fama; porque si tu embajada trae visos de superchería, ¡por el sacrosanto templo de Jerusalén!, que con la cuerda de aquel arco te he de hacer dar aquí mismo muchas más vueltas que un trompo.

Miróle el gitano de hito en hito sis pestañear siquiera, y volviéndose otra vez al caballero del Cisne, le dirigió la palabra en esta forma.

-Aunque en alguna ocasión me hayáis visto pasar por junto a vos entre los blancos pabellones del campo de don Enrique sin manifestar conoceros, sabed que tuve mis barruntos de espiar un momento en que participaros sin testigos la suerte de cierta hermosura, desde algún tiempo cautiva en el castillo de Alanza.

-¿Y se llama?..., preguntó con viveza el caballero.

-Matilde de Urgel...

-¡Matilde!, ¡y en el castillo de Alanza!, exclamó Ramiro.

Y oprimida y hostigada, replicó Merlín, y próxima a sucumbir bajo el riguroso yugo...

-¡Infeliz!... Explícate, vive Dios, y si en algo estimas la inmunda vida que arrastras, indícame los medios de liberar a Matilde.

-Poco a poco, respondió Merlín, esa impetuosidad de que hacen gala los cristianos, contribuye a que olviden casi siempre lo más esencial de los asuntos. Lo primero de todo conviene saber qué recompensa daréis al gitanillo si os pone en camino de salir airoso de tan negra aventura.

-Te perdonamos por el pronto, dijo Roldán adelantándose a su discípulo, la zurra que no hubieras dejado de llevar si fuese la noticia de menor quilate. ¿Te parece, señor bribón, que se me haya borrado de las mientes lo que hablaste cierta noche con otros dos pícaros de tu ralea, a la margen de un arroyo que baña el castillo de Alanza? Jurada te la tengo desde entonces, y como no trates de dar pruebas de honrado comportamiento en pro de la ilustre huérfana, yo haré que arrojes esa maldita ponzoña que te carcome los sesos.

-Sobre todo, prosiguió el del Cisne, cuenta por mi parte con un par de caballos negros como el ébano, arrogantes, erguidos y espumosos, de generosa raza, ondosas crines, descarnadas piernas, fervoroso pecho, resonante casco, y en fin...

-Basta, basta, interrumpió el gitano, por el brillante astro que adoro eso pido y barras derechas. Habéis, pues, de saber, señor caballero, que Matilde de Urgel fue presa por orden del señor de Alanza y don Pelayo de Luna, no sabré decir si por vengarse del conde Arnaldo, si por reprimir su condición altiva, o deseosos de pillar un cuantioso rescate. Así que llegó al alcázar, determinaron tratarla con más respeto que a las bellezas arrastradas a tan lóbrego edificio para los pasatiempos y deleites de aquella gente descomunal y soberbia. Desde luego no pudo resistir don Pelayo la tentación de ver si era tan linda cual la celebrada fama, y subiendo al aposento que le servía de cárcel, quedóse tan deslumbrado al resplandor de su belleza, que empezó a ponerse tétrico y pensativo sin ya tomar parte en las públicas revueltas, sin aspirar a los honores y a la gloria y pensando solamente en aquella melancolía hermosura. En balde sus amigos y satélites quisieron desvanecerle; en balde se empeñó su propio padre en que apresurase su unión con cierta dama de Asturias de quien anduvo en otro tiempo enamorado; todo fue inútil: viéronse desairados sus amigos, desobedecido don Álvaro, y suspensa la corte toda a tan siniestra y súbita mudanza, atribuyéndola a disparatadas conjeturas, sin dar en la verdadera por ignorarse en Castilla quienes fuesen los raptos de Matilde. Resistía entre tanto la noble dama las persecuciones de su impetuoso seductor, manteniéndose firme en que se daría la muerte primero que ser víctima.

Hace muy pocos días entró don Pelayo en su aposento, y le dio parte de la prisión de su hermano...

-¡Arnaldo!, interrumpió don Ramiro...

-Arnaldo, repuso Merlín, prendiéronle, según noticias, el mismo día en que vos desaparecisteis del ejército.

-¡Desgraciado conde!, exclamó el del Cisne; ¡cuál será la suerte que te espera habiendo caído en manos de sus mortales enemigos!

-Figuraos, prosiguió Merlín, el sentimiento de Matilde al oír que se hallaba su hermano a la merced del condestable, quien podía hacerlo morir antes de publicarse la paz con cierta apariencia de justicia, en razón de ser notorio el empeño que formó el conde de Urgel para destronar al rey don Juan. Quiso suavizar don Pelayo su amargura ofreciéndole defender al ilustre prisionero, pero como dejó traslucir en su alborozo la recompensa que exigía por tamaño beneficio, los ojos de Matilde que brillaran, al oírle con un rayo de esperanza, eclipsáronse de repente, y la sonrisa pronto a embellecer sus labios desapareció ligera, como los círculos formados en el terso cristal de un río por las amarillentas hojas que de los árboles caen a principios del otoño. Y al insinuarla después abiertamente el descomedido guerrero que hallar esperaba en su enlace y su cariño el galardón de tales esfuerzos; al irse empeñado en el cotejo de la vida holgada y opulenta que le podía proporcionar, con la oscura y oprimida en que ahora la veía, dejó caer la doncella la lánguida cabeza entre las manos, y vertió lágrimas ardientes de sus ojos,

sintiendo desmayar toda su entereza e intrepidez, cual si viese ya extinguido el esplendor de su alcurnia.

Este recibimiento, no obstante, era benigno y bondadoso comparado con los que tuvo hasta entonces el caballero de Luna; por lo cual alegre sobremanera interpretólo como un primer paso hacia el amor, y un reclamo a su ternura y a su crédito.

Ya no disimuló cual antes el proyecto de unirse por formal vínculo con la hija de Armengol. Sus ideas y modales cambiaron súbitamente; no manifestaba a los amigos la misma benevolencia, y anunciábase en fin como un hombre subyugado por Matilde, muy capaz de venderlos a la menor insinuación de esta belleza, y de abandonar los intereses de la corona de Castilla. No podéis figuraros la cólera que causó a Rodrigo de Alanza y sus compañeros esta contradicción de don Pelayo: irritados hasta lo sumo por la audaz insolencia de que pensase en aliarse con la familia de Urgel, determinaron de mancomún, tanto por frustrar ese plan ese plan, como para que cesase la causa de tantas discordias, y no se hiciesen públicos en Segovia los crímenes cometidos en el castillo de Alanza, que pereciese Matilde por la copa o el puñal. Ocultaron tan negro proyecto a Mauricio de Monfort y al caballero y al caballero de Astorga, por saber de cierto que no suscribirían a él; pues aunque jóvenes relajados y adictos al bando del condestable, brilla en su pecho cierto espíritu de hidalguía que les hace mirar con horror, y fieramente oponerse a tan pérfidas violencias.

Subió en esto conmigo al aposento de Matilde el brutal señor de Alanza con el intento, a lo que presumo, de trasladarla a las cavernas del alcázar, donde fuese sacrificada a la ambición del partido, que fraguaba él mismo bajo la sombra de tantos desórdenes y de la protección que sin conocerle bien le dispensaba el favorito. Adelantóse a paso lento hacia ella, y fijó los ojos en su angelito semblante, cual si hubiese querido ejercer la diabólica influencia de aquellos verdinegros reptiles, que con sola la vista o el aliento fascinan y emponzoñan las aves. Detúvose en medio de la estancia algo cortado al aspecto de la divina beldad que tenía ante su vista; pero volviendo de su asombro levantó orgullosamente la cabeza, desplegando de este modo su prodigiosa estatura, y disponiéndose a hacer gala contra Matilde de todo el ascendiente de su alma pérfida, como el águila cuando eriza las plumas para lanzarse rabiosa sobre la indefensa víctima.

Cual si la pobre huérfana adivinase su intención, y leyese en la feroz fisonomía de Rodrigo el medio de amansar las iras de tamaño monstruo, apresuróse a decirle que estaba pronta a pagar por su rescate el caudal que le pidiera. Bien es verdad que no plugo mucho al de Alanza semejante ofrecimiento por las voces que corrían de que andaba preso el conde; más habiéndole contestado Matilde que eso no era obstáculo para que lo aprontasen sus vasallos, y aun el mismo infante don Enrique, si presto y forzoso fuera, marchóse a pesar en lo que mejor le estaba, gruñendo entre dientes, a guisa de selvático mastín cuando vacila entre acometer la presa u obedecer a su amo que le manda sosegar. Mucho contribuí por mi parte a que adoptara el partido de pillar un buen rescate; y aún supe persuadirle, para que enteramente desistiese de dar la muerte a Matilde, observase tal conducta que pudiera serle fácil el enlazarse con ella y suplantar al de Luna, si al rigor de la actual tormenta cayese el fiero partido del condestable don Álvaro. De esa manera, añadíle, os hacéis independiente, puesto que podréis hallar

consideración y riquezas en la hermana del conde Arnaldo, al tiempo que seguridad completa en Cataluña o en Nápoles.

Habléle con tanta osadía, ya por el grande prestigio que ejerzo con aquel magnate debido a mi rara ciencia, ya también porque yo sólo he sabido merecer su confianza. Semejante valimiento proporcionóme algunas veces tratar de cerca a la doncella cautiva, y de tal suerte admiraba su resignación virtuosa, que perdían mis facciones de su salvaje aspereza al ver aquella interesante criatura, que aunque sola y sin amigos, se defendía no obstante con sostenido valor y sin desdeñosa arrogancia. Prendado, pues, de la inalterable mansedumbre con que llegó a domeñara mi condición zafia e indómita; y descubriendo en ella a un ser que se interesaba por mi orfandad e infortunios, en vez de echármelos en cara y reír de ellos, como hasta entonces hicieran cuantos habitan la tierra, no pude contemplar sin compasión el destino de una virgen infeliz, tan digna por su generosidad y pureza de haber nacido en los blandos países que baña el Nilo con sus ondas.

-Mira, hijo Merlín, dagame un día el señor de Alanza; tú tienes la astucia de la serpiente y la travesura del galgo que sabe seguir sin desviarse la buena pista. Tú solo, pues, entrarás la comida a la dama que tengo encerrada en las galerías del norte. Oyes: procura ganar su confianza; insinúate halagando sus vanidades, sus caprichos, y..., harto me entiendes, bribón; haz que caliente y acaricie la víbora en su propio seno. Ya sé que eres como aquellos selváticos mastines que siempre le gruñen a la carne humana; por lo mismo te arrojé ese cordero..., pero no, no la maltrates: envaina las uñas; esconde por ahora los dientes; lame suavemente su mano, y dispón su pecho a favor de don Rodrigo. Cuenta con que me has de decir cuanto se le escape o te confíe, porque si la cosa se dispone de modo que no pueda llamarla mía... ¡por las voraces llamas del abismo!..., yo te juro que el pozo más hondo de mi alcázar recibirá nuevo huésped en su húmedo y cóncavo seno.

Pero en lugar de seguir los avisos de aquel tigre, determiné arrancar la cándida paloma de sus garras. A fin de conseguirlo y buscar quien me ayudase, hice valer cierto espionaje que me encargara don Álvaro de Luna en el campo aragonés. Concedióme el de Alcalá licencia para desquitarme de él, sobremanera orgulloso al notar que echaban mano de su lebrél favorito, y pude convencerle de que durante mi ausencia tratase a Matilde con blandura y cortesía, sin permitir que nadie la sirviese más que su propia doncella; para lo cual le hice sospechar que aspiraba por mí mismo a concluir felizmente el consejo ventajoso que le diera. Algo suavizada con esto la brutal aspereza del gigante, faltábame únicamente participar mis intentos a la desgraciada huérfana.

Subí una tarde a su aposento, y encontréla en cierta azotea que hay en él, apoyándose contra el antepecho que la resguarda y la ciñe. En su rostro levantado hacia la bóveda celeste había algo de sobrenatural que inspiraba admiración y respeto a una criatura tan baja como el gitano Merlín. Yo no sé qué creí ver en aquella joven tímida, resignada y doliente; su actitud era bella, suave su melancolía, y apenas podían contemplar sus ojos, ya lánguidos y amortiguados, el brillante firmamento de que en otro tiempo fueran la más limpia y candorosa imagen.

Estúvela mirando silencioso; pero pronto reparó en mí. -Merlín, me dijo, ¿vienes a anunciarme la muerte?, heme dispuesta a recibir de mis verdugos la copa o el puñal, cual

si fueren un suspirado presente. -Así diciendo, dejó caer la cabeza entre las manos, lanzando un penetrante gemido que atravesó mi bárbaro corazón.

-En hora desusada venía, respondí, para aseguraros que deseo hacer algo por vuestra libertad. Noble señora, mi pecho se ha enternecido por la vez primera, y no dudéis un momento que si antes hubiera sido constante en despreciaros, lo será actualmente en serviros. Hasta ahora fui comparable a la hiena que revuelve con el inmundo hocico el polvo de los sepulcros, y sale de noche frenética a desterrar cadáveres; pero tanta resignación, tantas virtudes han apagado mi saña, han dulcificado mi aspereza y mi barbarie.

Con tardo movimiento, y no sin dificultad, levantó la suave frente dejándome ver un semblante ya pálido y cadavérico. Habíase extinguido la divina lumbre de sus ojos, y notábase en el desfallecimiento de sus miembros el pernicioso efecto de aquel alcázar húmedo e hipocóndrico. Con una de las manos comprimíase las sienas cual si percibiera en ellas agudísimos dolores, y se afianzaba con la otra en las almenas que coronaban el antepecho o el muro de aquella singular galería. Sin duda le inspiraron mis ofertas sensible agradecimiento; pues miróme con la sonrisa en los labios, y por un instante complacióse su alma pura en la idea de que aún había en el mundo quien se complaciese de la desgracia huérfana. Alargóme una mano que besé con respetuoso fervor, y díjome dulcemente buscarse por el campo de Aragón algún noble paladín que quisiese libertarla.

-Y si acaso no le encuentras, o amigo mío, prosiguió, pueden ya llorar por mí las hijas de San Servando, como por la flor que pisa codiciosa espigadera. Puesto que gime en cárcel lóbrega el infeliz conde de Urgel, sólo conozco un guerrero capaz de luchar con los desalmados barones que habitan en este castillo... Ramiro de Linares, hijo del noble don Íñigo, a quien apellidan las gentes el caballero del Cisne, el cual creo que consentiría en romper una lanza por libertar a la huérfana Matilde. No dejes de rogárselo en mi nombre, y de decirle que aunque no le sea dable hacer este nuevo beneficio a la hija de Armengol, no por eso dejará de agradecerle los muchos que ya debe a su familia. Añádele también que no deseo la libertad para evitar una muerte, que un presentimiento triste ya me indica muy cercana, sino por buscar los medios de salvar la vida de mi dulcísimo hermano. Adiós, pobre Merlín, he aquí esa sortija para que mejores tu suerte, y te acuerdes de Matilde, y enseñes a mis amigos el lugar donde sepultan mis virginales despojos.

Faltóle de repente el momentáneo esfuerzo con que pronunciara estas palabras: quedóse pálida, y el lívido velo de la muerte marchitó, desencajó sus delicadas facciones dándome una idea rápida de lo que sería su cadáver. Escuchéla traspasado de amargura, y prometíla hasta con cierto entusiasmo, buscaros por todas partes recorriendo el olor de vuestro nombre el Aragón, la Navarra y la Castilla. Supe por los de mi tribu que desaparecisteis del campo aragonés la noche misma en que cayó prisionero el conde de Arnaldo, y como nadie ha hablado de que hubiese acaecido tal desgracia al caballero del Cisne, sospeché que andaríais oculto por estos alrededores, y no perdí con mi natural sagacidad la esperanza de encontraros. Ello es, que con la sortija de diamantes que me regaló Matilde, las medallas que sabré arrancar al montaraz jabalí de Alanza y los dos caballos que no dejaréis de darme a su tiempo, sacaré pingüe recompensa de este negocio, y además no sé qué género de satisfacción por haber procurado libertar a la única cristiana que se ha

compadecido del vagabundo Merlín, y no le ha apellidado con arrogancia y desdén cingaro, gitano y egipcio.

Atónitos estuvieron el del Cisne y su maestro a la relación de Merlín, y mientras revolvía el primero grandes pensamientos en su imaginación para librar a la hermana del conde Arnaldo, penetrado el segundo de sus desgracias juraba a Dios y en su ánimo, romper lanzas con el mismo Rodrigo de Vivar, cuanto más con don Rodrigo de alanza, en pro de su gentileza y donosura.

Puesto que te hallas en tan buena disposición para obrar siquiera una vez a derechas, dijo pasados algunos momentos Ramiro de Linares al gitano, ¿qué medios te parecen más adecuados al efecto de socorrer aquella desgraciada hermosura?

-Como no sé lo que ha ocurrido en el castillo desde el día de mi ausencia, mal os puedo aconsejar sobre este punto, respondió el gitano. Con todo, hallaos dentro de seis días al pie del torreón del ángulo que mira a la ermita de Alanza como a eso de la media noche. Yo tendré prevenida a Matilde, y aún dispondré la cosa de modo que podáis hablar con ella, y tratéis entre los dos el medio de libertarla, contando sin ninguna restricción con mi eficacia y mi astucia. Hacia el amanecer os esperaré sentado en las gradas de una cruz, que ya de lejos anuncia la célebre encrucijada que se encuentra tomando desde el alcázar el camino de Segovia.

-¿Y qué seguridad nos das, díjole entonces Roberto, para que prestemos crédito a toda esa algarabía de protestas?

Metió el mozo la mano dentro del pecho, y sacando una sortija preguntó a los dos guerreros si la conocían.

-La conozco, la conozco, respondió Ramiro; no pocas veces he visto brillar en la mano de Matilde por las selvas de San Servando.

-Pues tal es mi garantía, dijo con cierta satisfacción el mensajero.

-¡Tu garantía!... ¡Oiga!..., repuso Roberto; sólo falta haya quien nos asegure haber llegado a tus manos por sano y regular conducto.

-De manera, respondió Merlín mirándole con sobrecejo, que si dudáis por capricho hasta ese extremo, púdrase en el calabozo la ilustre joven de Urgel, quedaos enhorabuena con esa flema tan ridícula en los guerreros que de valientes se precian, y más que pierda yo el par de caballos de arrogante condición y famosa raza.

-No, ¡por vida de San Jorge!, exclamó el del Cisne poniéndose en pie y dirigiendo la mano hacia la cruz de su espada: por esta insignia te juro que he de aguardar al pie del torreón que dices, desde que asomé la luna en el término preciso de seis días.

-Alto, pues, dijo levantándose el gitano, cerrado y concluido queda nuestro trato: corro desde este instante, a pesar de mis fatigas y asendereamiento, a disponer los ánimos en el alcázar de Alanza para que no echéis en balde ese viaje; y arranquemos a los verdugos de mi pueblo una víctima tan desgraciada como ilustre.

Desapareció al concluir estas palabras, y un altercado muy serio empezó entre maestro y discípulo acerca del plan que convenía adoptar en tan grave y arriesgado negocio. Roldán no quería abandonar al del Cisne alegando para ello el estado débil y vacilante en que le veía, y empeñábase Ramiro en marchar solo, tanto por no apartarse de las instrucciones de Merlín, como por creerse bastante firme para sobrellevar la armadura.

-Y sobre todo, decía al buen Roberto, según el giro que ha tomado nuestra empresa, más nos hacen al caso el poco aparato y el silencio, que el ruido y la muchedumbre. Dejad que el gitano haga que Matilde escape del castillo por alguna de las aspilleras o ventanas ocultas en las revueltas de sus muros; dadme que yo bravo y resuelto más que el paladín don Gaiferos la reciba en la grupa de mi bribón de batalla, y me bastan tres minutos para reírme de cuantos salgan a nuestro alcance.

-¡Muy bien!, ¡excelente idea!, respondió Roldán; pero si una punta del faldellín se clavara por azar en los hierros de la reja, mucho temo que no pillase el rey moro a don Gaiferos en el acto de robar las cautivas del serrallo. ¡Dios mío! ¿y qué sería de ti, pobre Babieca, si comenzara a decirte con blando y dulce meneo, con voz algo almibarada:

Caballero, si a Francia ides
por Gaiferos preguntad,
¿a quién hacen bravas lides
cautiva esposa olvidar?

No, no, reserva ese brío para ocasiones en que tu corazón corra menos riesgo; pues ya sé por experiencia que en oliendo algún lirio como ese de San Servando, te vuelves todo suspiros y te deslíes como el ámbar.

En fin, después de varias y porfiadas contestaciones, prevaleció la opinión del caballero del Cisne, reducida a que él partiría inmediatamente para el alcázar de don Rodrigo, al efecto de arrebatar con maña, ayudado de Merlín, la hermana del conde Arnaldo, y que Roberto, con los pocos soldados que se hallaban en el molino, tomaría después la vuelta del mismo punto para socorrer la tentativa o la retirada de su discípulo.

CAPITULO XXII

Lance nocturno

La noche cubría la tierra con su manto, y su silencio profundo reinaba en derredor de las almenas de Alanza, levemente interrumpido por el sonoro murmullo del raudal que bañaba aquellos campos, bajando con manso ruido desde el centro de la sierra. Nubes densas y flotantes corrían por la estrellada bóveda del cielo: lanzaban luna creciente débil y argentada lumbre, y todo manifestaba la hora del universal descanso.

Salía entonces el caballero del Cisne vestido de todas armas de la más cercana selva, donde permaneciera oculto y dejara su bridón atado a los mismos árboles, y enderezaba

el paso lento hacia aquel triste y misterioso edificio. Habiendo dado la vuelta en derredor de los muros, detúvose pensativo al pie de uno de sus erguidos torreones, y con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplólo largo espacio mientras brillaba su alto yelmo al plateado vislumbre que despide el melancólico astro de la noche. Aguardaba, confiado en las promesas de Merlín, que le hicieran cierta seña desde la robusta torre, e iba atisbando sus claraboyas y rejas no sin agitación curiosa, deteniéndose algunas veces en su callado paseo, y otras aplicando el oído cual si anhelase percibir alguna voz que le llamara. Desvanecida, empero, esta presunción, volvía el paladín a su incertidumbre primera, hasta que el murmullo del arroyo o el suspiro del viento de la sierra engañaban nuevamente su acalorado deseo. Después de dos horas mortales la campana del castillo señaló la media noche: oyóse entonces el grito de las centinelas y un lejano rumor de pasos y armaduras, dando la idea de que iban a relevarlas. Pasó, no obstante, aquel momentáneo ruido; volvió todo a caer en un sepulcral silencio, y el ánimo del caballero en la indecisión y el desaliento que inspira el ver desvanecido un débil rayo de esperanza. Otra hora había lentamente corrido desde que sonó la que hemos dicho, y lleno de inquietud y zozobra iba a regresar a la selva, cuando le pareció distinguir el reflejo de una luz pálida en los aposentos superiores de la torre. Estúvola mirando con cierto enajenamiento cansado de verla brillar siempre inmóvil, y apoyándose contra un árbol corpulento que allí mismo se elevaba, sin nunca apartar los ojos de su llama moribunda, cantó con voz tímida y doliente este antiguo romance:

La vuelta del Cruzado.

Cubre del Albión los campos
noche silenciosa y triste,
y al pie de antiguo castillo
un paladín se distingue.
Lleva brillante armadura,
victoriosa espada ciñe,
y en su alto yelmo tremolan
plumas de varios matices.
Vuelve del mágico oriente
donde intrépido y felice,
fue terror de los infieles
en las más sangrientas lides.
Canta, empero, sus pesares
a la hermosa que allí vive:
pesares que el eco blando
muy tiernamente repite.
¡Ay!, ¡quién sabe si a sus cuitas
dejó ya de ser sensible!...,
que la porfía y la ausencia
mayores constancias rinden.
«Grata mi canción escucha,
gallarda joven, le dice,

y mis ardientes suspiros
eterna pasión te inspiren.
Ellos mi ardor mitigaban
en los áridos países,
que del Jordán milagroso
baña la corriente humilde.
Entregado allí mil veces
a memorias juveniles,
lágrimas de entrambos ojos
verter lánguido me hiciste.
Llevan tu plácido nombre
cien palmeras, y esculpíle
también por las altas peñas,
que aquel lugar santo ciñen.
Repitiéralo soberbio
al poner la lanza en ristre,
arremetiendo impetuoso
con pujantes adalides.
Luché, vencí; sin aliento
unos a mis plantas vide,
otros perdón alcanzaron
y en tu nombre fueron libres.
Mas, ¿de qué, fortuna ingrata,
a un desdichado le sirve
besar ausente los grillos,
que un tiempo arrastró felice?
La beldad por quien constante,
mísero amador, suspires,
ensálzanla trovadores
en voluptuosos festines.
Los requiebros allí escucha
de guerreros más gentiles,
y hónranla de nuevo amante
cien regalados rubíes.
¡Oh!, ¡nunca de Sión volvieran
en busca de prez tan triste
los sin ventura nacidos,
los burlados paladines!»
Así dijo el caballero,
porque la dama insensible
desoye un canto más dulce
que el del moribundo Cisne.
De nube sutil saliendo
la luna en tanto despide
un melancólico rayo,
que al héroe doliente aflige.

Del solitario castillo
las galerías distingue,
y hasta las lindas labores
de sus góticos perfiles.
Ya el paladín se marchaba;
mas vuelve a mirarlo y gime,
y una lágrima en su rostro
fugitiva se percibe.
De nuevo a la selva oscura
el lento paso dirige,
cruza en el pecho ambos brazos,
y sollozando repite:
«¡Nunca de Salen volvieran
en busca de prez tan triste,
los sin ventura nacidos,
los burlados paladines!»

Apenas finalizaba la última estancia, observó que le habían escuchado dos hombres de armas desde las plantas acuáticas del frondoso cuanto humilde riachuelo que iba lentamente humedeciendo aquellos prados. Dirigióse con altanería hacia ellos el caballero, y díjoles en tono bastante áspero:

-¿Quién va allá?, ¿es amigo o enemigo?

-Alto, detente, le gritaron; y si aprecias la vida dinos tú mismo quién eres.

-Adivínalo si te place en el modo de esgrimir una hoja toledana.

Echaron sin más ceremonia mano a las espadas, habiendo mandado el guerrero del bosque al otro que iba con él, que se mantuviese quieto. Pero el éxito no anduvo por largo tiempo indeciso: el caballero del Cisne se hallaba entonces sin fuerzas, y el que escuchó su romance parecía bastante diestro y vigoroso. De consiguiente derribólo a las primeras cuchilladas, y corriendo encima de él, mandóle con arrogancia que se rindiese y declarase el objeto que allí le traía, amenazándole de lo contrario con la muerte, para lo cual introducía la punta del acero por entre las barras de su calada visera. Viendo que nada le hablaba, mandó a su escudero que trajese agua del cercano arroyo, y empezó a rociarle el rostro después de haber desatado las correas de su yelmo. Escapándose entonces la luna de entre un grupo de nubes que la tuvieron momentáneamente oculta, derramaba sus limpios rayos sobre el lánguido semblante del desmayado adalid, a quien continuaba prodigando su contrario los más atentos y obsequiosos servicios.

-Corre, corre, dijo, repentinamente al escudero al distinguir las facciones del caballero del Cisne: vuelve por vida tuya al raudal y llena de agua mi propio casco. ¡Es posible que haya visto caer tan fácilmente la mejor lanza de aragón y de Castilla!, bien he pagado por cierto la cortesía de que usó conmigo en las justas de Segovia. Dame ese yelmo, Guzmán, prosiguió diciendo al escudero que ya volvía, dame ese yelmo, te digo, y sosténlo por la espalda mientras yo le baño el rostro. Ya vuelve, ya vuelve en sí: ánimo, hijo del ilustre

de don Íñigo; nada temáis, en nombre del cielo os lo juro; la suerte os ha hecho caer en manos de Mauricio de Monfort, el más ardiente de vuestros admiradores..., pero ¡oh Dios!, todo fue ilusión..., mírale, oh Guzmán, mírale pálido y exánime a pesar de su denuesto y del glorioso renombre que lo hiciera tan famoso.

-Pues no hay más, señor, dijo el escudero, sino llevarlo al castillo donde veamos de curarle las heridas, y detener sobre todo la sangre que va saliendo por ellas.

-Dices bien, respondió el caballero, sólo recelo que le conozcan don Pelayo o don Rodrigo, y que no haya en el alcázar quien sepa razonablemente el arte de cirujano. No obstante, continuó dándose una palmada en la frente, como pudiera hacer de modo que Matilde de Urgel le viese y le cuidase..., no hay que preguntar si será diestra en arte tan precioso y divino, pues forma parte esencial de educación algo noble y esmerada, y la hija de Armengol la ha recibido muy culta en las monjas parisienses de San Dionisio. Por la virgen de Monserrate que si llego a conseguir esto, yo haré en cuanto a lo demás que pase el del Cisne por uno de mis amigos; a cuyo efecto ya tendrás cuenta, oh Guzmán, de esparcir esta voz por el alcázar, y aun de andar en derredor del aposento donde coloqué a don Ramiro, para alejar de allí a los curiosos e importunos.

Introdujo Monfort al ilustre herido en el castillo de Alanza, y haciéndolo pasar por cierto amigo que acababa de tener un desgraciado encuentro, acomodólo en estancia bastante bien alhajada, no lejos de la que entonces con su doncella ocupaba la dulcísima Matilde. Enseguida pudo enterar a esta joven de todo lo que ocurría, la cual no acababa de expresar su noble agradecimiento, al oír que la sería permitido cicatrizar las heridas del caballero del Cisne. Ya sabía por el gitano que el hijo de don Íñigo iba a enristrar la lanza para libertarla; pero el haberla destinado por aquellos días aposento más suntuoso en razón de las miras que secretamente tenían con ella don Pelayo y don Rodrigo, y la casualidad de emplear este último hasta muy entrada la noche el astuto y tracista Merlín, frustraron el plan concebido, y sumergieron nuevamente a Matilde en la desolación y el cautiverio.

Cuando acompañada de Monfort y de su doncella se acercó al lecho del caballero del Cisne, hallaron que aún no había recobrado el conocimiento. Examinó Matilde sus heridas, y ayudados por los dos que iban con ella delicadamente vendólas con cierto decoro y primorosa eficacia, que a tiro de arcabuz indicaban no sé qué agradable mezcla de compasión y de ternura. Sabido es que en aquellos siglos heroicos o caballerescos, las mujeres de alta clase estaban iniciadas en los secretos de la cirugía, y que era bastante común debiese un paladín la curación de sus heridas a los cuidados de la hermosa cuyos ojos habían abierto otra más profunda en su alma.

Así se pasó todo el día siguiente, y ya se ocultaba el sol entre los montes cuando recobró el caballero del Cisne el uso de sus sentidos. Cual si despertara de largo y confuso sueño, vagaba su débil espíritu entre mil ideas incoherentes y revueltas. Incapaz de recordar exactamente las circunstancias que habían dado margen a su último combate, ni de seguir la cadena de los acontecimientos que le traían a tan desagradable término, no sabía en qué fijarse, y aun dudaba si le estaban fascinando las ilusorias imágenes de algún momentáneo delirio. Al dolor que le causaban las heridas, a su debilidad y pocas fuerzas, mezclábanse recuerdos vagos de enemistad y refriegas; veía ardientes caballos

arrojándose unos contra otros, chocar y derribarse en la arena; oía el sonoro ruido de trompetas y armaduras, los gritos de los combatientes y el fragoso tumulto de una reñida batalla. En esto hizo un esfuerzo por apartar la cortina del lecho donde le habían colocado, y al lograrlo, aunque con bastante dificultad, hallóse lleno de sorpresa en aposento tan magnífico y suntuoso, que le confirmó la idea de que sólo la mágica oscilación de un sueño podía de repente transportarle desde ensangrentada pendencia a un encantado castillo. Ya se puede presumir que esta ilusión sería maravillosamente sostenida al ver entrar con silenciosos pasos en la misma estancia una dama cuya belleza y compostura indicaban desde lejos esmerada educación y el más noble nacimiento. Otra joven la seguía con las mismas precauciones, destinada, según pudo juzgar el doliente, a su particular servicio.

Lance tan singular e imprevisto era una especie de aparición celestial para el caballero del Cisne, quien al afecto de salir de la curiosidad y admiración con que luchaba, iba a dirigir la palabra a la más ilustre de ellas, cuando con el dedo en la boca le hizo seña de que guardase silencio. Entretanto descubrió la sirvienta el pecho de don Ramiro, y examinando sus llagas la ruborosa Matilde, vio con singular complacencia que le daban fundadas esperanzas de cicatrizarse en breve. Manifestó una modestia y simplicidad tan llenas de gracia y decoro en el desempeño de este servicio, que aun en siglos más civilizados habría desvanecido cuanto pudiese ofender la delicadeza de la más tímida doncella de su sexo. No era una verdad tierna inclinada sobre el lecho de gentil y lastimado caballero, a fin de catarle y vendar suavemente sus heridas..., desvaneciase esta idea para hacer lugar a la de un espíritu bienhechor que desviaba con angelical influjo la guadaña de la muerte. Dios Matilde algunas órdenes en su dialecto provincial a la sirvienta que iba con ella, la que habituada sin duda a ayudarla en lances de la misma especie, ejecutólas con notable prontitud e inteligencia.

Los acentos de una lengua extraña parecen regularmente duros a los oídos de aquel que no la comprende; pero saliendo limpios y sonoros de la boca de Matilde, produjeron el efecto mágico y novelesco que atribuye la imaginación a los encantos de aquellos genios, que se complace en crear durante sus más poéticos arrebatos. Verdad es que no eran inteligibles al doliente don Ramiro; pero el suave metal de la voz que los pronunciaba, y la mirada bondadosa y tímida que los ennoblecía, hacíanlos llegar hasta el corazón, y excitaban suavísima ternura. Dejóse vendar el hijo de don Íñigo sin abrir nunca los labios, y sólo se determinó a practicarlos al ver que le abandonaba el ángel a quien tantos favores debía.

-Celestial criatura, djóla sin conocerla a causa de su debilidad, del desorden de las ideas, y de la luz algo sombría que daban al aposento los pintados vidrios de la gótica ventana: celestial criatura, os doy las más sinceras gracias por tanta oficiosidad y cortesía; sólo deseara saber a quien debo esos singulares beneficios.

-Si logro la dicha de que os sean agradables, os suplico que observéis severo silencio, hasta tanto que lo podáis romper con mi permiso.

-Así diciendo, una sonrisa leve animó momentáneamente su hermosísimo semblante, en el cual se leían no sé qué indicios de un melancólico abatimiento.

-Yo callaré cuando sepa quien sois y el nombre de la generosa belleza que, según me plazco en creer, os ha enviado tan oportunamente a socorrerme. Desde ahora vuelvo a jurarla el justo reconocimiento a que su ternura y sus bondades le dan un derecho para siempre sagrado: desde ahora...

-No os fatiguéis, señor caballero, y desvaneced toda suerte de ilusiones peligrosas. A mí nadie me envía; os sirvo por amistad y por ley de agradecimiento. El héroe que a pesar de sus heridas arriesgóse a combatir por la desgraciada Matilde, es justo que sea curado y socorrido por ella. Aun prescindiendo de esta nueva obligación ¡cuántas, señor caballero, cuántas no os debe la antigua casa de Urgel para que de repente las olviden sus infelices herederos!

-¡Matilde!, exclamó el herido, ¿es posible que seáis vos? Ahora recuerdo los sucesos que han motivado mis heridas, aunque no puedo atinar como nos dejan estar juntos.

-Todo prometo explicároslo; pero aguardaremos para ello a que el descanso os restituya las fuerzas.

No podemos decir si la hermosa Blanca de Castromerin hubiera quedado muy complacida al ver la tierna emoción con que su caballero fijara los blandos ojos en las nobles facciones de Matilde, y en aquellos dulcísimos luceros que brillaban suavemente por entre sombríos párpados, lo que diera margen a un célebre trovador para compararlos a la estrella vespertina, vibrando sus trémulos rayos al través de una selva de jazmines. Pero Ramiro era demasiado buen amante para manifestar a otra dama que a la suya más que cortesanía y agradecimiento. Cual si la hija de Armengol lo hubiese previsto, apresuróse a desvanecer su error, haciéndole comprender que no lo cuidaba por particular encargo de ninguna otra persona interesada en su suerte; mas como a pesar de sus talentos y alma grande, no estaba exenta Matilde de algunas flaquezas peculiares a la especie humana, no pudo menos de suspirar secretamente al ver que la ternura y el enajenamiento manifestados por Ramiro a su bienhechora, cambiábanse de repente en amistoso respeto, sabiendo que los debía a la hermana del conde Arnaldo. Pensativa y bondadosa cedió a las impacientes súplicas del caballero, y refirióle los últimos acaecimientos enterándole de cuanto debía a la cortés correspondencia de Mauricio de Monfort, su admirador y su amigo.

-Una sola palabra, dijo el del Cisne después de haberla escuchado con la mayor atención; una sola palabra y prometo moderar mi curiosidad importuna. ¿Sabéis lo que ha sido de un guerrero veterano llamado Roberto de Maristany?

-Siento, respondió Matilde, no poder satisfacer a vuestra pregunta; pero estaré a la mira haciendo por enterarme de cuanto ha ocurrido y suceda. Entretanto acordaos de que no podéis hablar sin permiso de vuestro médico, el cual, puesto que ignora el arte de hacer las heridas, se precia de tal cual inteligencia en el modo de curarlas. Si os abandonaseis en manos de cualquiera de los guerreros que ejercen la cirugía en este castillo, estoy segura de que ni en cuatro meses os vestiríais la coraza.

-¿Y vos, generosa Matilde, cuánto tiempo necesitáis para ponerme en estado de ceñirla?

-Ocho días solamente, con tal que seáis dócil a mis mandatos.

-Lo seré, no lo dudéis; pues vivimos en un tiempo en que todo buen caballero debe desear hallarse en disposición de poner la lanza en ristre. Sabe Dios si apetezco montar a caballo para volar al socorro de mis amigos; libertaros a vos, cara Matilde; salvar al noble Arnaldo, y correr a la ilustre joven..., -aquí se detuvo temeroso de ofender a la hija de Armengol, nombrando a Blanca de Castromerin.

-A la ilustre joven queréis decir, continuó Matilde atando el hilo de su interrumpido discurso, por quien tan esforzadamente peleasteis en el torneo de Segovia.

A pesar de la sangre que había perdido nuestro héroe, encendiéronse en rápido fuego sus mejillas al ver que había dejado traslucir su cariño a la heredera de Castromerin, sin embargo de sus esfuerzos para ocultarlo; por lo que penetrando Matilde la lucha interior que lo agitaba, apresuróse con generosa ternura a suavizarla o distraerla.

Permitidme, le dijo, que haga valer la autoridad de médico para imponeros nuevamente el más profundo silencio: de otra manera no vería recompensadas mis officiosas atenciones, ni agradecerias al caballero de Monfort lo mucho que arriesga en socorrernos.

Perdón, amable Matilde, vuelvo a decir que callaré, y que no tendréis motivo de reprenderme; pero ¿no es cierto que parezco destinado a causar la desdicha de cuantos me manifiestan algún interés? Honróme el conde de Urgel con su amistad, y aherrojado lo tiene el vengativo condestable de Castilla; funestas han sido mis miradas a la más linda de las damas de esta comarca; y por socorrerme el caballero Monfort, puede de un instante a otro perecer a las manos de un aleve. Ya veis, oh Matilde, cuán desgraciado es el guerrero a quien auxiliáis bondadosa: abandonadlo, abandonadlo al influjo de su estrella, o temed de lo contrario el peso de las desgracias que despiadadamente le persiguen.

-Mal interpretáis, señor caballero, los favores del Altísimo; con su ayuda humillasteis el orgullo de los enemigos de vuestro rey, cuando parecía haber llegado a su colmo; con su ayuda ennoblecisteis y ensalzasteis las banderas de aragón, y acabáis de hallar en medio de vuestros mismo verdugos quien os proteja y os cure. Alentaos, pues, y creed que os ha conservado el cielo para obrar por vuestro medio acciones dignas de aplauso y de recordación eterna. Así que toméis la bebida que os traerá mi doncella, procurad conciliar un apacible descanso desvaneciendo de vuestra imaginación toda idea que no os sea grata y deliciosa.

Dócil el caballero a los preceptos de Matilde, bebió el calmante que le había preparado con sus propias manos, el cual procurándole un sueño tranquilo dulcificó de tal suerte el hervor de su sangre, que la hija de Armengol hallóle al siguiente día sin ningún síntoma de calentura.

CAPITULO XXIII

Preparativos de un asalto

Mientras Ramiro de Linares era tan esmeradamente cuidado en uno de los más retirados aposentos del edificio de Alanza, reuniéronse una mañana en el salón del mismo alcázar el noble Mauricio de Monfort y don Pelayo de Luna.

-Ya presumo, dijo el primero, que venís deseoso de saber lo que nos anuncia el eco del clarín que se acaba de oír en el puente levadizo. No sería malo que esos bárbaros de Aragón hubiesen vuelto a traspasar los lindes de Castilla.

-Indolencias siempre, respondió don Pelayo, de la maldita corte de Segovia. ¿Por qué diablos no publican de una vez la paz que ya está secretamente concluida? Reniego del hombre sin carácter por cuyas venas circula, en lugar de sangre ardiente, insustancial agua de fresa. Ayer mismo salí de aquella corte infernal por no serme ya posible el presenciar tamaña irresolución y falta de toda energía. No andan las cosas tan en popa como solían, y harto hay que temer que así que rompa esa embravecida borrasca se hunda para siempre nuestro barco.

-¡Qué decís!, interrumpió Monfort, ¿tan seria es la conjuración que amenaza al condestable?

-¡Sería!..., y aún mucho más de lo que os la pinto. Muy poco hay que esperar del rey don Juan: si nosotros mismos no nos reunimos para atacar con mano armada el bando de los contrarios; por Santiago, caballero Monfort, que nos arrojaran en parte donde nunca más embracemos la rodela. Pero, ¿en qué sótano se ha metido ese demonio de Alanza?... Sepamos de una vez lo que significa el son de aquella corneta.

-¿Qué significa?, dijo entrando don Rodrigo, ahí lo tenéis: acábame de entregar ese maldito pliego que a no engañarme es un cartel de desafío. -Al decir esto volvíalo por todos lados como si de esta manera hubiese querido penetrar su contenido; pero después de examinarlo tan minuciosamente por la superficie, lo puso en manos del caballero Monfort.

-Para mí son garabatos, dijo francamente Mauricio, quien participaba de la ignorancia general en los hidalgos de aquel siglo. Un sabio monje que había en el castillo de mi padre quiso enseñarme a escribir; pero viendo que por más que lo hacía no alcanzaba de mi diestra que formase letra alguna, sino el borrar corvos alfanjes y algunas puntas de lanza, cansóse de su trabajo y dejóme dar pábulo a mis inclinaciones favoritas.

-Venga acá ese papelucho, replicó el de Luna, pues me precio de unir algunos conocimientos a la profesión de las armas.

-Bravo, gritó Monfort, y díganos su reverencia lo que canta esa misiva.

-Un desafío formal, por vida de San Lorenzo: y os aseguro que es el más raro cartel que jamás haya pasado por un puente levadizo: por decir estoy que me parece una chanza.

-Pues desearía saber, interrumpió don Rodrigo, quién es el guapo que se atreve a chancearse conmigo en semejante materia..., leed, leed por vida vuestra, noble Pelayo de Luna.

-Que me place, dijo éste, y en alta e inteligible voz empezó de esta manera:

-«Yo, Roberto de Maristany, Roldán por sobrenombre, y yo, Pedro Gutierre, molinero de Navarra...»

-¿Estáis loco?, atajóle don Rodrigo.

Dígoos, voto a mí, que no leo más ni menos de lo que el mensaje canta. -Y atando el hilo de su lectura prosiguió diciendo:

-«Y yo Pedro Gutierre, molinero de Navarra, con auxilio de los que hacen con nosotros causa común en tan singular querella, sobre todo de un valiente caballero llamado por ahora el holgazán de San Servando, participamos a vosotros Pelayo de Luna, Rodrigo de Alanza, y cuantos sean vuestros aliados y cómplices, que en atención a que robasteis sin más ni más a una noble doncella llamada Matilde de Urgel y a otra que la servía, encerrándolas ilegal y violentamente en ese castillo, donde detenéis también a un célebre paladín que campea bajo el nombre del caballero del Cisne, os pedimos y requerimos que dichas nobles y libres personas, a saber: la ilustre Matilde con su doncella, y el famoso campeón del Cisne con los demás objetos a ellos pertenecientes, nos sean remitidos después de una hora de recibida la presente a nosotros mismos, o a aquellos a quienes facultaremos para recibirlos, sin que les sea hecho daño, injuria ni desaguizado alguno. De otra manera, desde ahora os declaramos malandrines y traidores, y haremos todo género de esfuerzo para aniquilarlos y para destruirlos.

»Firmado por Nos, hoy día víspera de San Macario, en las gradas de la cruz que llaman de la encrucijada, entre las torres de Alanza y las murallas de Segovia».

Más abajo de este escrito veíase una lanza groseramente dibujada con una nota que decía ser aquella la firma del intrépido Roldán; después de tan respetable emblema, hallábase cierta cruz que servía de otro tanto al molinero, y un poco más adelante tropezaban los ojos con letras trazadas por mano menos delicada que atrevida, en las cuales se leía: «*el holgazán de San Servando*».

Atentos por demás estuvieron los dos caballeros a la lectura de esta singular epístola, y mirándose uno a otro cuando concluyó don Pelayo, como en muestras de la extrañeza que les causaba. Monfort fue el primero que rompió aquel silencio soltando una carcajada violenta, en lo que imitóle, aunque con más moderación, el hijo del condestable. Únicamente el de Alanza conservó la gravedad, y aun manifestóse algo colérico por aquella súbita y destemplada alegría.

-Sabéis lo que francamente os digo, caballeros, que obraríais mejor en pensar lo que debemos hacer, que en dejaros arrastrar de importunas risotadas.

-Nadie diría, respondió Monfort, sino que aún os silban por las orejas las saetas que nos dispararon en la batalla de Aivar. De otra suerte no os hiciese perder el buen humor un cartel de desafío enviado por un holgazán y un molinero.

-Por San Andrés, Mauricio respondió Rodrigo, quisiera que semejante aventura sólo concerniese a tu persona: sabed que no obrarán tales pícaros con ese atrevimiento, si no se viesan favorecidos por alguno capaz de sostenerlos. Por desgracia no faltan cuadrillas de salteadores en nuestras selvas, y yo sé que nada desean tanto como vengarse de mí,

por lo muy riguroso que anduve en defender de sus dardos a las liebres y a los venados que las pueblan. Porque hice atar a uno de esos ladrones en las astas de un ciervo montés, que le dio la muerte en menos de cinco minutos, hanme arrojado más flechas que todo el ejército de Aragón en la última campaña.

-Y bien, ¿qué noticias traes?, dijo a un escudero que entraba en el salón, ¿has hecho el reconocimiento que te dije?, ¿pudiste calcular el número de esos vagabundos?

Según se puede colegir por los que se descubren desde la torre más alta, habrá como unos doscientos hombres.

-¡Valiente trago!, exclamó don Rodrigo: ¿ven aquí, señores míos, a lo que me ha expuesto la condescendencia de que sea siempre mi castillo el teatro de vuestros malditos planes? De tal manera y con tal sigilo los concebisteis y llevasteis a efecto, que reunido habéis en torno todas las abejas de la comarca.

-Los zánganos queréis decir, interrumpió Monfort, pues no merecen otro nombre las hordas de gente holgazana, que en vez de ganar honradamente su vida, pásanla por bosques y encrucijadas a expensas de los ciervos que matan, y de los pasajeros que limpian. Zánganos, repito, porque si bien parecen abajas, no tienen travesura ni agujijones.

-¡No tienen agujijones!, respondió el de Alanza, ¿pues qué nombre daréis a esas flechas de tras pies con las que atraviesan la armadura de más fino temple, excepto las mallas de Vizcaya, y que dan siempre en el blanco, aunque no les presente más campo que la línea de un cabello?

-Ea, basta, señor caballero, interrumpió don Pelayo; reunid la gente de vuestro alcázar, y salgamos a dispersarles. Un solo paladín, un hombre de armas siquiera, basta para poner en huida a veinte de esos cobardes.

-Basta y sobre, interrumpió Monfort, y si algún escrúpulo me queda, es el de enristrar la lanza contra canalla tan pérfida.

- No dejarais de tener razón si se hablase de los moros de Granada, caballero de Luna, o siuviésemos que haberlas con franceses de la frontera, Mauricio de Monfort; pero se trata de paisanos de Castilla, bravos, valientes y tercos, de robusto puño y de brazo muy certero, contra quienes no tenemos más ventajas que las de nuestras armaduras y caballos, harto débiles por cierto si continúan abroquelándose en los bosques. Habláis de hacer una salida, y apenas tenemos el número necesario de guerreros para la defensa del castillo, estando mis mejores hombres de armas haciendo cada día generosa muestra de su denuedo y pujanza en la vanguardia del ejército.

-Sin embargo, dijo el de Luna, no creo que debamos temer que asalten este castillo.

-No lo temo porque les falta un capitán que les mande, porque carecen de máquinas guerreras, y porque están destituidos de conocimientos militares; pero como pudiesen contar con alguno de estos recursos, no dejaríamos de hallarnos en presto y notable aprieto. Añadid a eso que ocupaba la corte de sí misma, y aburrida con el continuo

espectáculo de tantas luchas y guerras intestinas, no hace caso de semejantes contiendas, y hállase sobrado débil para impedir que se tomen a viva fuerza los alcázares.

Y es tal, sobre todo, dijo don Pelayo, la persecución que en el día arman a nuestro partido, que en vez de darnos socorro, verían nuestra destrucción los grandes con extraordinario júbilo.

-Pues enviad un mensaje a los amigos, diciéndoles que preparen sus gentes para correr al auxilio de tres caballeros sitiados en el castillo feudal de don Rodrigo, por un molinero y un vagabundo.

-La chanza no es de sazón, noble Mauricio: ¿a quién diablos queréis que me dirija?... Astorga y Castromerin se hallan en el ejército, y Villena y Santillana al lado de don Enrique para concluir esa perezosa paz que nunca acabará de publicarse.

-Pues lo mejor que hay que obrar en tan singular apuro, dijo el de Luna, es enviarles un mensaje, intimándoles que se retiren, a ver si se gana algún tiempo y cambian de aspecto los asuntos.

-Cuando dais ese consejo, respondió el de Alanza, supongo que sabréis de escribir. No nos falta quien se encargue del pliego, pero sí lo necesario a fin de extender la carta. Vive Dios, que si fuera posible hallar el escritorio del antiguo capellán del alcázar, que se murió por no poder tolerar mis malas mañas, estaríamos medianamente socorridos.

-A lo que presumo, dijo el escudero, está en el último aposento de la torre que mira a la ermita de Alanza, pues lo conservaba la pobre Bárbara como un recuerdo de aquel santo hombre.

-¿Allí donde murió hace pocos días esa carcomida vieja?, preguntóle don Rodrigo.

-Precisamente, prosiguió el soldado, y donde se halla aún su desagradable esqueleto, arrojando inmundia peste.

-¡Pícaro!, gritó el de Alanza, ¿y tienes el insolente descaro de decirlo en mi presencia?

-Es que la otra noche subí una luz a la torre para alumbrar el cadáver que yo mismo había envuelto en una sábana blanca; pues bien..., pero, señor, os suplico no os alteréis en manera alguna...

-Prosigue, holgazán, prosigue: y como no acabes pronto ese desventurado cuento, yo haré que vengan a refrescarte la memoria.

-Dejé la luz junto al cadáver de la vieja, y quise rezarla un rato a fin de que perdonase las indecentes injurias que le dije el otro día para hacerla salir de la estancia donde hilaba. Apenas había empezado mi plegaria silenciosa, parecióme que se movía el cadáver debajo de la sábana, y oí una voz peregrina que en medio de la quietud de la noche entonaba cierta canción misteriosa y melancólica. A tan desusado incidente temblé, me estremecí; y aunque al través de una aspillerá quise averiguar si el canto venía de persona humana, no descubrí alma viviente en todo el campo, y salí con precipitación del

apuesto, sin que después de esta ocurrencia se haya atrevido a entrar en él ninguno de mis camaradas.

-Miserable cobarde, dijo don Rodrigo, ¿y eres tú aquel valiente Bullanga que acometía el primero los más erguidos alcázares? Vete de mi presencia, poltrón, y como no me traigas la escribanía que te digo, hete de arrancar los ojos y meter en lugar de ellos un par de ascuas ardiendo.

-Iré, dijo Bullanga entre dientes y encaminándose a la torre; pero Merlín me ha asegurado mil veces que he de morir a las manos de un desalmado hechicero; y cuando le conté mi negra aventura confirmóme que sin duda era el diablo el que cantaba. Voy a probar si le encuentro y me hace la merced de subir por el tintero, pues nada tiene que recelar de parte del demonio, si es cierto lo que por ahí dicen que es ahijado suyo.

Prepárese el señor de Luna a escribir una respuesta a ese atrevido cartel, conforme voy a dictársela, dijo Rodrigo en cuanto salió el escudero.

-Más gustaría responderles con la punta de la lanza; pero no habiendo otro recurso, aquí me tenéis dispuesto a todo lo que gustaréis.

Trajeron dentro de un rato la escribanía que pidieran; y sentóse ante una mesa el hijo del condestable mientras dictábale su amigo una carta concebida en los términos siguientes:

«D. Rodrigo de Alcalá, señor del alcázar de Alanza, y los caballeros de hidalga cuna que en su compañía se hallan, no reciben carteles provocativos de siervos ni de vasallos. Si hay entre ellos alguno que aspire al derecho de caballero, debe saber que se degrada con mezclarse entre gentes de baja y perversa ralea. Por lo que respecta a los prisioneros que hemos hecho, usaremos de ellos según nuestra voluntad y talante, sin aguardar el beneplácito de salteadores de caminos, a quienes participamos por un movimiento por un movimiento de caridad cristiana, que hemos elevado una horca de cuarenta codos en el patio grande de nuestro castillo, a fin de que luzcan su habilidad y se gallardeen en ella a medida que los vayamos cazando».

Una vez cerrado el pliego, mandáronlo llevar al paisano que trajera el de Roldán y sus camaradas, y esperaba la respuesta a poca distancia del castillo.

Habiendo desempeñado este audaz mensajero su comisión de la manera que se ha dicho, volviere al cuartel general de las tropas aliadas, establecido, según se manifestaba en la demanda, al pie de la cruz poco distante de aquel ominoso alcázar. Hallábase en ella Roberto de Maristany con algunos de los vasallos de Ramiro, el molinero que había dado acogida al caballero del Cisne, y varios amigos y dependientes suyos que acudieron recelosos de que no hubiese acaecido algún desmán a tan célebre guerrero. Veíase también entre ellos un paladín cubierto de armas negras con la visera caída, llevando el séquito de unos ochenta hombres de armas, robustos, obedientes y resueltos. Era el caso que habiendo hallado a Roldán con la tropa que le obedecía, hablóle privadamente, y enterado sin duda del objeto de su expedición, quiso acompañarle en ella y coadyuvar con todas sus fuerzas al logro de tan osada y recomendable empresa. Además de tales gentes, notábase asimismo gran número de los flecheros que andaban divagando por aquellos campos, los cuales, como temiera el de Alanza, aprovechaban gustosos la

ocasión de acometerle. Si bien los soldados de Roldán ofrecían en su aspecto un aire imponente y guerrero, no dejaba de observarse igual marcialidad en los que determinadamente seguían al paladín que hemos dicho, y se firmaba en la carta el holgazán de San Servando. Y sea por el mayor número de hombres de armas que iban a sus órdenes, ya por ciertos indicios de pericia militar y elevado nacimiento que se traslucían en él, profesábanle cierto respeto, y obedecíanle todos con absoluta confianza. Hasta los mismos paisanos de las selvas se manifestaban a su presencia disciplinados y comedidos, dando bien a comprender que solo de su valor esperaban el buen éxito de su temerario arrojó. A él, pues, y al buen Roberto dirigióse el mensajero, y presentóles la respuesta que le habían entregado en el castillo de Alanza.

-Por el báculo de San Macario, gritó Roldán, aquel báculo digo que llevó más ovejas al redil que ningún otro cayado sea de mitrado abad o de reverendo obispo, desearía comprender lo que canta ese pergamino viejo. Pero siempre encomendaba al diablo al que cuando era más joven quiso enseñarme a leer, y más me alegraba el corazón la vista de un zafio lencero, que la de un tieso doctor con sus hábitos de ceremonia.

-Dijo, y entregó la carta al molinero, el cual, abriendo extraordinariamente los ojos y la boca, pasóla al campeón de las armas negras, como si fuese para él un animal del otro mundo.

-¡Con que al fin he de ser yo el escribiente y el intérprete!, dijo el caballero, vaya, pues, estadme atentos mientras leo lo que contiene el tal escrito.

-¡Disponer a su talante de la doncella de Urgel, y del caballero del Cisne!, exclamó Roldán así que acabó el incógnito la lectura: ¿estáis bien seguro, noble señor, de que dice ese mensaje lo mismo que nos leísteis?

-Segurísimo, honrado Roberto, y aún más lo estoy de que son muy capaces de obrar con la misma ferocidad y arrogancia que se explican.

-Pues no hay, dijo el molinero, sino apoderados del castillo, aunque hubiésemos de arrancar con nuestras propias manos cada una de sus piedras.

-No obstante, repuso el incógnito, tal vez sea un ardid para ganar tiempo; pero si no me engaño ahí tenéis al gitano Merlín, que viene a darnos cuenta de lo que pasa en Alanza.

-Acércate, hijo del diablo, grítóle Roldán, y mira a que desesperado término nos traen tus ponzoñosos avisos. Bien haces en volver los ojos tiernamente hacia ese roble, porque entre sus altas ramas echarás ahora mismo la última cabriola.

-No será antes de librar a la hija de Armengol y al noble campeón del Cisne, respondió Merlín. Sabed que cuando cumplió la cita que yo le dí al pie del torreón donde guardaban entonces a la inocente Matilde, tuvo la maldita ocurrencia de cantarnos un romance a eso de la media noche. Venía de Segovia el caballero Monfort, y acudiendo a los ecos de aquella música intempestiva y nocturna, estúvolo escuchando desde muy corta distancia. En cuanto lo reparó don Ramiro fuese arrogante hacia él preguntándole quién era, y después de no sé qué dimes y diretes, cometieron la sandez de echar mano a las espadas y acuchillarse muy a su sabor, cual si fuesen dos mortales enemigos. El del Cisne estaba

herido, el de Monfort es robusto, y aquel cayó por lo tanto sobre la ensangrentada yerba exánime y sin aliento. Su contrario trató de rociarle el rostro, y al levantarle la visera reconoció fácilmente las varoniles facciones de Ramiro de Linares. Allí fueron los lamentos y el renegar de sí mismo; mas no pudiendo remediar el mal que estaba ya hecho, mandó subir al castillo, donde se reveló su nombre atiende a su curación, en agradecimiento a la mucha cortesía de que ha usado con él en varias justas y torneos. De consiguiente corre el peligroso riesgo de que descubran quién es, y se venguen en su sangre el de Alanza y el de Luna.

-No se vengarán, por vida de San Jenaro, mientras mi brazo pueda empuñar una espada, dijo Roldán poniéndose en pie y mirando con inflados ojos a los soldados y flecheros que acudieron impacientes a saber la decisión de aquel consejo de guerra.

-¿Y cómo es, preguntó a Merlín el de las armas sombrías, que nada nos dices con referencia a Matilde?

-Matilde, respondió el gitano, ha logrado por medio de Monfort el poder curar las llagas del caballero del Cisne, y parece como resuelta a morir desde que la desgracia de este único amigo se agrega a la prisión del conde Arnaldo. Ella me envía a decirnos, que no perdonéis diligencia para asaltar el alcázar y libertar al héroe del aragón, que actualmente se halla en él por haber querido socorrerla.

¿Lo oís?, ¿lo oís, bravos y ardientes amigos?, gritó el caballero a la multitud que le rodeaba: preparaos a la vez y arrojémonos contra aquella perniciosa guarida, mientras nos prometen ocasión algo oportuna el retardo de la paz y las jaranas de Segovia.

-Harto preparados y resueltos nos hallamos, respondió el de Maristany: llevadnos, noble señor, al duro asalto; llevadnos donde muramos por Linares y Matilde, o les demos la suspirada libertad gloriosos y triunfantes.

Percibióse en esto un murmullo de voces y un ruido de armaduras que anunciaba el entusiasmo de aquellos guerreros. ¡Pimentel!, clamaban unos; ¡Matilde!, respondían otros; ¡muerte al de Alanza y al de Luna!, gritaban todos ardiendo en bélica saña.

-ánimo, hijos míos, exclamó el paladín de los lúgubres arneses: ese marcial movimiento es el presagio feliz de nuestro triunfo: hoy daremos al mundo un ejemplo de generosa amistad, y purgaremos esta comarca de los monstruos que la infestan.

Alzaron aquellos valientes mil bulliciosos clamores, y retiróse el caballero don Roberto y el gitanillo Merlín para enterarse algo a fondo de la situación del castillo, y ver de combinar el plan más favorable y la hora más conveniente de atacarlo.

Tan prontas y ejecutivas fueron las hostiles disposiciones que tomaron, que no sin justísima causa, desde el romper de la aurora hubieron de alarmar súbitamente a los jefes y guarnición del fuerte alcázar de Alanza.

-Venid, venid con mil diablos, decía don Rodrigo al de Luna y a Monfort; corred y veréis desde esta ventana el alarde que hacen esos pícaros de avanzar y acometernos. Por Santiago juraría que levantan parapetos enfrente de las murallas, mientras aquellas

muchedumbre de flecheros que aparece entre las primeras líneas de los árboles del bosque, ya indica la negra nube precursora del granizo.

Acudieron los dos caballeros a las voces de Rodrigo, y en tanto que observaban los movimientos de los sitiadores, tocó la corneta el de Alanza, y reuniendo sus gentes mandóles correr a las murallas y ocupar el puesto que ya tenían señalado.

-Mauricio, añadió volviéndose al de Monfort, encargarte debes del lado que corresponde al oriente: tú, noble don Pelayo, defenderás el opuesto; y yo con veinte y cinco de mis mejores soldados recorreré incesantemente todo el muro. Obre todo, amigos míos, no os ciñáis a la defensa de un solo sitio; preciso es que nos hallemos en ciento; que nos multipliquemos, por decirlo así, de tal manera, que nuestro brazo siembre por mil partes la confianza en nuestras gentes y el terror en los contrarios. Escasos somos en número; pero la actividad, la pericia y el valor, pueden darnos admirables ventajas sobre una turba de villanos y bandidos. ¡Hola! ¡Anselmo!, manda hervir calderas de aceite y de pez para rociar los cráneos de esos rebeldes: amontónense las piedras, ármense las ballestas, y enarbólese en la torre más alta del castillo la antigua bandera de los señores de Alanza: poco saben esos bribones a qué casta de pájaros andan buscando quimera. Encerrad todas las mujeres en la capilla del alcázar para que no nos aturdan con sus gritos, y recen tranquilamente en ella en disposición de escarmentarlos para siempre.

-En cuanto hubo dicho esto fuéronse los tres barones a los muros del castillo, donde aguardaron con grave calma e imponente esfuerzo el recio y denodado ataque que les estaba amenazando.

CAPITULO XXIV

Continuación

Comúnmente en los momentos del peligro es cuando se abandona el corazón a dulcísimas confianzas. Una agitación general nos hace manifestar a pesar nuestro ciertas emociones, que en tiempos naturalmente tranquilos hubiéramos disimulado sin duda, puesto que no nos fuera posible el sacudirlas. Sorprendióse Matilde de la secreta satisfacción que sentía hallándose junto a Ramiro en un instante en que todo anunciaba el peligro y la desesperación en torno de ellos. Así es que al tomarle el pulso, al preguntarle por su salud, era tan blando, tan afectuoso su acento, que en él se echaba de ver tomaba por el herido un interés más vehemente del que acaso se figuraba ella misma. Temblábale la mano, espiraba la palabra entre sus labios, y sólo la fría pregunta de Ramiro; ¿sois vos, buena Matilde?, pudo hacerla volver en su acuerdo y disipar su ilusión, recordándola que el afecto que sentía no hallaba por su mal la menor correspondencia. Escapóle una leve sonrisa; pero apenas entendióse lo que respondió al caballero, mientras las preguntas que le dirigió desde entonces volvieron a tomar el carácter grave y poco sensible de una amistad respetuosa.

-Encuéntrome, le dijo el del Cisne, mucho más aliviado de lo que pudiera prometerme, gracias a vuestra ciencia y esmero, amada Matilde.

Llámame amada Matilde, pensó interiormente la hija de Armengol; pero en tono tan poco tierno, que no guarda la menor armonía con la dulzura de estas palabras. Su casco de acero, su perro favorito le serán quizás más apreciables que la huérfana infeliz de San Servando.

-Los dolores de mi cuerpo, continuó el hijo de Pimentel, son leve cosa comparados con las inquietudes de mi espíritu. Según el diálogo de dos hombres de armas que se han detenido frente de la puerta de mi cuarto, veo que el de Alanza y el de Luna se hallan en el castillo y no en la corte o el ejército donde yo les suponía. Y si es esto así, ¿cómo me será posible tomar la vuelta de Asturias adonde me llaman imperiosos deberes?

Ya no habla de Arnaldo ni de Matilde, pensó nuevamente la huérfana; ya no ocupamos en su pecho sino un lugar secundario: el cielo me castiga con justicia por haber fijado tanto tiempo mis ideas en ese buen caballero.

Después de haberme acusado tan generosamente a sí misma, enteróle de que don Rodrigo y don Pelayo se disponían a hacer frente a una tropa de guerreros y paisanos que tenían sitiado aquel castillo.

-¿Y por dicha no sabéis de dónde vienen?, siguió preguntándola el del Cisne: decid, Matilde, ¿no os es conocido su objeto, ni bajo qué ilustre campeón se reúnen y acometen, ni reparasteis tampoco en los timbres de las banderas que tremolan?

-Nada he visto, nada sé, respondió suavemente la hermana del conde Arnaldo: sólo me ocupa el interés de serviros, y de que cuanto antes veáis satisfechos vuestros más dulces deseos.

No tuvo tiempo de responderla el caballero, porque el ruidoso y marcial movimiento que rato había empezara a percibirse en el alcázar, efecto de los preparativos de defensa que se hacían, subió considerablemente, cambiándose en volcánico tumulto y en continuos clamores. Los veloces pasos de los hombres de armas que corrían a las murallas resonaban por los ángulos, por los corredores, por las escaleras de altas torres, y por las prolongadas galerías. Veíanse los barones del alcázar animando a los guerreros, indicándoles lo que debían hacer; y sus voces eran frecuentemente sofocadas por el estrépito mismo de las armas, y por los gritos de guerra en que prorrumpían los soldados. Por muy terrible que fuese semejante escena, y sin embargo de que aumentase su horror la idea de la que iba por momentos a seguirla, mezclábase en ella cierto impulso heroico y sublime, al cual se prestaba el espíritu exaltado de Matilde aun en aquellos instantes de confusión y peligro. Brillaban sus negros ojos, a pesar de que perdieran sus mejillas los suavísimos colores, y resplandecía en su semblante y ademanes no sé qué mezcla de temor y entusiasmo, mientras iba repitiendo en voz baja aquel sagrado texto: «ya se ven brillar los escudos de acero, ya se percibe el silbido de las flechas, el sacudimiento de los venablos y lanzas, y distínguese la imperiosa voz del capitán en medio de los gritos de mil y mil combatientes.»

Pero el caballero del Cisne, semejante al belicoso caballo de este sublime pasaje, ardía de impaciencia al verse sujeto y detenido en el lecho a causa de sus heridas, y hubiera dado

cuanto poseía para poder tomar parte en el combate atroz que ya le estaba anunciando aquel espantoso tumulto.

-¡Ah!, ¿si pudiese arrastrarme, exclamó, arrastrarme siquiera hasta aquella ventana, para ver los nobles hechos con que van a distinguirse tantos valientes!... ¡Si pudiera a lo menos disparar una ballesta, o levantar una maza, aunque únicamente fuese para descargar un solo golpe!... ¡Vive Dios!, ¡vive Dios!, ¡me arrancaría las entrañas al verme en situación tan crítica encadenado y sin fuerzas!

-En nombre del cielo moderad esa inquietud, díjole Matilde; templad esa amargura: el estrépito ha de repente cesado, y acaso ya no tendrá lugar el combate que temíamos.

-Nada entendéis en eso, Matilde, respondió el caballero con tono de impaciencia, este silencio solamente prueba que los hombres de armas ya coronan los altos muros, aguardando con imponente calma el embravecido asalto. Lo que oíamos entonces no era más que el bramido precursor del huracán; ahora, empero, está próximo a estallar sobre nuestras propias cabezas..., no hay remedio, quiero probar el asomarme a la ventana.

-No lo lograréis, dijo Matilde con interés y dulzura, y tales esfuerzos retardarán vuestro restablecimiento. Pero al ver su inquietud y su desasosiego:

-Yo misma me colocaré en ella, añadió resuelta, y os iré enterando de cuanto ocurra.

-Os lo prohíbo, Matilde, os lo prohíbo, exclamó con viveza el caballero; cada ventana, cada claraboya va a servir de blanco a los flecheros, y una saeta disparada al azar...

-¡Oh Dios!, yo la bendeciría..., dijo la noble virgen en voz baja, y subiendo un par de escalones construidos debajo de la ventana gótica.

-¡Matilde!, ¡amada Matilde!, prosiguió Ramiro, ved que no se trata ahora de pasatiempos de doncellas: no os expongáis a recibir alguna herida, tal vez, ¡ay de mí!, alguna herida mortal...; ¿quisierais, imprudente niña, que hubiese de echarme en cara el haber sido la causa de vuestra temprana muerte, y que semejante recuerdo envenenase el resto de mis días?... ¡Oh Dios!, no me escucha..., ¡en nombre de la Virgen, cubríos siquiera con aquel escudo, y mostrad el cuerpo lo menos que podiereis!

Siguió Matilde este último consejo, y descolgando el escudo de que le hablaba el caballero, colocóse en la ventana de manera que sin correr un gran peligro podía observar cuanto pasaba en el campo, e instruir a Ramiro acerca de la audacia, intrepidez y pericia de los sitiadores. La situación, por otra parte, del aposento no podía ser más ventajosa para ello; pues colocado en un ángulo del cuerpo principal del edificio, no sólo dominaba todo el país donde se había elevado su gran mole, sino también las fortificaciones exteriores, contra las cuales parecían dirigirse los primeros esfuerzos de los contrarios. Consistían éstas en una especie de barbacana o reducto, ni muy ancho, ni muy elevado, que servía de defensa y parapetó a la principal puerta del alcázar. Sin embargo, un foso bastante profundo lo separaba de él, por manera que aun en el caso de que cayese en manos del enemigo, era fácil cortar toda la comunicación, retirando algunas tablas que formaban un puente provisional y endeble. Había también en el parapeto una puerta de socorro practicada con bastante disimulo en el muro de su espalda, la que venía a caer

frente de la del castillo, y rodeándolo en toda su circunferencia espesas, robustas y puntiagudas estacas. Del número de guerreros destinados a la defensa de este punto, dedujo la generosa Matilde que temían los de Alanza ser atacados por él, cuyo recelo confirmaron desde poco los sitiadores moviendo todas sus fuerzas hacia la misma barbacana de que hablamos. Comunicó la doncella todas esas observaciones a Ramiro de Linares, añadiéndole que una nube de flecheros aparecía junto al bosque, cuyo número no era fácil de calcular, en razón de que la mayor parte de ellos se ocultaba entre los árboles.

-¿Bajó qué bandera marchan, bajo qué insignias campean?, preguntó el caballero.

-La verdad es, respondió Matilde, que no descubro insignia ni bandera alguna.

-¡Cosa bien extraña por cierto!, replicó el del Cisne: ¿quién vio atacar a ordenados escuadrones fuerte castillo feudal sin marchar a banderas desplegadas? ¿Y podréis decirme a lo menos cuáles son sus capitanes?

-Un caballero cubierto de negros arneses es el más notable entre ellos, pues que cuantos le rodean respetan y obedecen sus órdenes.

-¿Y qué armas ostenta su escudo?

-Páreceme distinguir una joven puesta de rodillas, brillando en campo de plata con las manos levantadas y la cabellera tendida.

-¡Doncella en campo de plata!, repitió admirado el caballero del Cisne: a la verdad que no acierto quién haga ostentación de una insignia, que en el lance en que me veo pudiera adoptar por mía ¿Y os sería fácil leer lo que dice la divisa, Matilde?

-Imposible: aun para reconocer la empresa he tenido que espiar el momento en que los rayos del sol hiriesen el limpio escudo.

-Decidme, ¿no distinguís otros jefes?

-Desde esta ventana sólo se descubre el que os he dicho: acaso se hallen por la opuesta parte del alcázar, donde también es probable estén preparando otro asalto; pero helos allí que ya avanzan... ¡Dios de Israel, protegednos!, ¡qué espectáculo tan terrible!, los que marchan en la primera línea van cubiertos de anchos broqueles, e impelen delante de ellos una especie de muro de tablas: síguenles sus compañeros armando sendas ballestas con flechas largas y agudas... ¡Perdona, oh Dios de los ejércitos, perdona a las débiles criaturas que te ofrecen la ira de sus corazones, en vez del pío holocausto de su recíproco amor y de su reconocimiento!

Aquí fue interrumpida por la señal del ataque que repentinamente dieron las trompetas del incógnito y las bocinas de los flecheros, a las que contestaron los de don Rodrigo con timbales y clarines tocando cierta marcha oriental, adoptada por los moros en el acto de trabarse la pelea. Los gritos de ambos partidos aumentaban el tumulto: ¡San Jorge!, decían los sitiadores, y ¡Alanza!, los que desesperadamente defendían el alcázar de este nombre.

Golpes, ardidés y esfuerzos siguieron súbitamente a esas demostraciones hostiles. Los flecheros de aquellos bosques acostumbrados a hacer uso del arco contra los venados, lobos y jabalíes que andaban por la sierra, y en las guerras intestinas que se suscitaban todos los días entre poderosos barones, tenían un ojo tan certero, que todas las aberturas de las murallas donde aparecía alguno de los soldados de Alanza, eran el blanco de infinitas saetas, muchas de las cuales no dejaban de penetrar silbando por las angostísimas aspilleras. No es decir por esto que las disparasen al azar: cada flecha llevaba su particular destino bien hacia lo alto de las almenas, bien al través de las claraboyas o boquerones donde se movía un penacho, o donde suponían que pudiese ocultarse algún guerrero. Descargas tan cuerdamente asestadas y sostenidas mataron a dos o tres hombres de la guarnición, e hirieron a otros muchos; mas no por eso lograron los de fuera infundirles desaliento; pues llenos de confianza en su propia intrepidez y en el abrigo que les procuraba el alcázar, mostraban una obstinación en defenderse igual al encarnizamiento de los que les acometían. Hacían llover sobre ellos robustas piedras, dardos y calderas de pez e hirviente aceite, con lo que causaban al enemigo más estragos de los que recibir podían en el murado recinto. Manifestábase tal el coraje y el odio de ambos partidos, que el silbar de las flechas y venablos era sólo interrumpido por los grandes gritos que alzaban los combatientes, cuando experimentaban alguna notable pérdida de sus contrarios.

-¿Y es posible, exclamó Ramiro, que haya de permanecer en este lecho como un perro sujeto a la cadena, mientras otros están disputando una victoria de tal peso para nosotros, que nos puede procurar la libertad y librarnos de la muerte? Subid, subid otra vez a la ventana, buena y generosa Matilde, teniendo el cuidado de cubriros bien con el escudo: subid y decidme por vida vuestra si continúan avanzando llenos de entusiasmo y fervor los sitiadores.

Con un valor fortificado por cierta súplica que dirigiera mentalmente al cielo durante aquel intervalo, volvióse a colocar Matilde en la peligrosa ventana, tomando las posibles precauciones para no ser vista desde fuera.

-Y bien: ¿qué es lo que descubriste, Matilde?

-Nubes de flechas que deslumbran mis ojos, y no me dejan distinguir siquiera los hombres que las disparan.

-¡Flechas!, ¡flechas!, interrumpió el caballero, ¿qué diablos de mal pueden hacer con ellas a esas murallas de piedra? ¡Ah!, no tremolarán sus insignias en las torres de Alanza, si no tratan de asaltarlas a viva fuerza. Pero, Matilde, búscadme al paladín de la virgen, y decidme de su denuedo y conducta, pues por el carácter del capitán vendremos en conocimiento del valor de los soldados.

-No le veo, no le veo, respondió la doncella.

-¡Cobarde!, ¡mal caballero!, interrumpió el del Cisne; ¿sería capaz de soltar el gobernalle cuando brama más recio el huracán?

-No tal, respondió Matilde, no lo suelta, don Ramiro; claramente le descubro marchando a la cabeza de un denodado escuadrón hacia la estacada del parapeto. Ese ruido son los

hachazos con que derriban y rompen los aguzados troncos que la forman El negro penacho del caballero ondea sobre los soldados, que se inclinaron para esta operación, como el cuervo que ya vuela por encima de un campo de batalla aguardando el momento de verlo cubierto de cadáveres. Abrieron una brecha..., arrójanse a ella..., recházanlos..., el barón de Alanza pelea al frente de los que defienden el reducto: reconózcolo en la clava que maneja, en la furia con que avanza y en la agigantada estatura. Pero revuelven los sitiadores contra los sitiados; a palmos, a palmos es la brecha atacada y defendida; combaten furiosamente los guerreros cuerpo a cuerpo... ¡Dios mío!, ¡qué cuadro tan sangriento y espantoso!..., ¡se asemejan en su cólera a dos ensañados océanos que impeliese el uno contra el otro el ímpetu de cien huracanes!

Volvió un momento la cabeza la tímida hermana de Arnaldo, por no estar sus ojos acostumbrados a tan horrorosas y desesperadas escenas.

-No los perdáis de vista, Matilde, díjola impaciente el del Cisne, y sin ocurrírsele cuál podía ser la causa que la obligaba a retirarse: ya no se disparan tantas flechas desde que han venido a las manos; el peligro no es tan grave, el interés es mayor; continuad por Dios diciéndome lo que ocurre.

Resignada y obediente volvió a subir Matilde el escalón, que por un impulso maquinal bajara retrocediendo, y otra vez fijó la vista en el campo de batalla.

-¡Virgen santa!, exclamó, Rodrigo de Alanza y el paladín de las armas negras luchan como dos atletas sobre lo más alto de la brecha en medio de la gritería de los feroces soldados, que los atizan y hostigan como se hace con los perros y los toros. Bien se echa de ver en tan bárbaros clamores la importancia que cada partido espera del éxito de ese singular combate. ¡Proteja el cielo la causa del aherrojado y del cautivo!

-Y elevando entonces un doloroso grito: -¡Cayó!..., dijo Matilde.

-¿Quién?, preguntó vivamente el caballero; ¡en nombre de San Cervantes!, decidme, ¿quién ha caído?

-El de los negros arneses, respondió la doncella consternada y angustiada; pero alzando al mismo tiempo un clamor de júbilo: -No, no, dijo, ¡gloria al Dios de los ejércitos!, ya se levanta el héroe; ya está en pie; ya combate como si tuviese su brazo la pujanza de veinte guerreros. ¡Cielos!, vuela su espada en mil pedazos; pero echa mano al hacha de un soldado y cierra contra el de Alanza sin darle tiempo de respirar si quiera. Tiembla el gigante..., vacila, como una robusta encina bajo la segur del leñador..., ¡cayó!, ¡cayó!...

-¿Quién, vuelvo a decir?, ¿el brutal barón de Alanza?, exclamó Ramiro.

-El de Alanza, sí, el de Alanza. Arrojándose sus soldados a socorrerle llevando a su frente a don Pelayo de Luna: arrebatan al herido de las garras de sus contrarios, y entran lo exánime en el alcázar mientras el campeón de la virgen se ve detenido en su gloriosa victoria.

-Pero los sitiadores, preguntó el del Cisne, ¿han logrado colocarse en la parte interior de la estacada?

-Lo lograron, lo lograron..., y estrechan a los sitiados en las últimas barreras: fijan las escalas para asaltarlas, y suben unos sobre la espalda de otros, llenando la tela del muro como un enjambre de abejas. Arrójanles desde arriba piedras, aceite hirviendo, troncos de árboles, y cuando hieren alguno, otro ocupa inmediatamente el sitio que defendía. ¡Poderoso Dios!, ¿has criado al hombre a imagen tuya para verlo destruir por mano de sus semejantes?

-No penséis en eso, amiga mía; el momento no es a propósito para dar cabida a tales ideas. Decidme qué partido es el que queda vencedor.

-Dóblanse las escalas debajo de los que subían por ellas, prosiguió Matilde; caen en el suelo heridos, moribundos o maltrechos, y los del castillo han vuelto con esto a recuperar la ventaja.

-¡Por la lanza de San Jorge!, ¿serían tan cobardes los sitiadores que ya les hiciese desmayar este primer contratiempo?

-No, no, que ya vuelven al asalto con más encono y bravura. ¡Válgame Dios!, siempre el caballero negro combate en primera fila: acércase ahora con el hacha en la mano a la puerta del reducto... ¿oís los tremendos golpes que descarga en ella?, ellos por sí solos sofocan el tumulto de las armas y los desesperados clamores de tan fieros combatientes: Llueva sobre el casco del audaz campeón furiosa granizada de piedras, flechas y troncos; pero él hace tanto caso de eso como si fuesen leves plumas o balsámicos aromas.

-¡Por vida de San Crisóstomo!, dijo enérgicamente el del Cisne incorporándose en el lecho; no conozco más que un hombre en toda España capaz de descargar unos golpes tan recios y furibundos. Continúa, Matilde.

-Cede la acerada puerta; rómpela el paladín de la virgen; húndese con ruido infernal; todos se precipitan por ella, y el reducto cae en manos de los sitiadores. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ahora arrojan al foso a los infelices que lo defendieron. Yo les veo dando vueltas y estrellándose de cabeza contra las mismas piedras del muro: ¡oh hombres!, ¡si sois verdaderamente tales, economizad la sangre de los que ya no pueden resistiros!

-Pero el puente, interrumpióla don Ramiro, el puente que comunica con el castillo ¿ha caído también en poder de los que atacan?

-Nada de eso: don Pelayo, después de haber entrado en el alcázar con unos cuantos de los de su comitiva, ha logrado quebrantar las tablas que lo formaban. ¿oís, noble don Ramiro, oís los gritos que anuncian el triste destino de aquellos que no han podido seguirle? ¡Ay de mí!, ¡ya veo que ofrece la victoria un espectáculo más doloroso aún que el combate mismo!

Y ahora, ¿qué es lo que hacen?, observadlo bien, Matilde, pues en momentos como estos el derramamiento de sangre no debe causarnos impresión ni oscurecer nuestros ojos.

-Parece que cesó la matanza, satisfizo la doncella: nuestros amigos se hacen fuertes en la barbacana que han ganado, y les ofrece un abrigo contra las flechas que disparan desde lo alto del alcázar.

-No, no creo que abandonen una empresa tan gloriosamente comenzada: grande confianza me inspira el bravo campeón cuya hacha ha derribado al de Alcalá y ha hecho astillas la puerta. ¡Jamás hubiera creído que hubiese dos hombres dotados de tal ímpetu y pujanza! ¡Una virgen en campo de plata, con el cabello tendido y las manos en alto implorando la misericordia del cielo! Si no estuviera preso diría, al ver su coraje y su divisa, que no puede ser otro que él mismo.

-Escuchad, Matilde, ¿no podéis distinguir en el caballero negro ninguna otra señal por la que vengamos a rastrear su verdadero nombre?

-Nada más distingo en él. Oscuros y sombríos son los arneses que lleva como las alas del murciélago sin que otra insignia resplandezca en su persona; pero después de haberle visto desplegar tan gallardamente en la pelea su vigor y su bravura, reconocerle quisiera entre cien mil combatientes. Lánzase con tanta serenidad a lo más revuelto de la refriega, como si se tratara de las delicias de un festín. Brilla en su aire y movimientos algo de más noble e imponente que la fuerza corporal: toda la elevación de un grande espíritu, toda la energía de un héroe resplandece en cada uno de los golpes con que amedrenta, desbarata y aniquila a sus contrarios. ¡Cuánto recuerdan a mi corazón sensible estas nobles cualidades el carácter impetuoso y brillante de mi hermano!... ¡perdónele Dios, no obstante, la sangre que ahora ha vertido! De todas maneras hay algo de sobrenatural y sublime en el espectáculo de un solo hombre, aterrando con la fuerza de su brazo a inmensa y desalmada muchedumbre!

-¡Matilde!, con tales palabras acabáis de pintar a un héroe. Por lo demás no penséis que tomen los sitiadores algunos momentos de reposo sino para recobrar las fuerzas, y revolver otra vez contra esos lóbregos muros. Conducidos por un jefe tan valiente, ni el temor ni los peligros podrán hacerles desistir de una empresa, que las dificultades mismas hacen más grande y gloriosa. Juro por la señora de mis pensamientos, que consintiera sufrir diez años de cautiverio, por el goce de pelear un solo día al lado de ese paladín triunfante, en una lucha tan noble cual la que ahora se presenta.

-¡Ay de mí!, exclamó Matilde bajando de la ventana y acercándose al lecho del herido, esa indiscreta impaciencia, esa sed de gloria que os agita en medio de la debilidad y la flaqueza retardan en gran manera vuestra cura. ¡Cómo pensáis en hacer heridas a los demás, antes que se hallen las vuestras perfectamente cerradas!

-¡Oh Matilde!, vos no podéis comprender lo que sufre el hombre, a quien alienta el verdadero espíritu de la caballería, al verse encadenado y en inacción vergonzosa como un monje o una dueña, mientras oye el belicoso rumor de victoriosas hazañas. La afición a los combates es la esencia de nuestra vida, y el polvo que se eleva en medio de las batallas la atmósfera donde más libremente respiramos. Sólo apreciamos la existencia en cuanto nos proporciona ocasiones de ceñir brillantes lauros y adquirir grande renombre. Tales son, noble doncella, las leyes de la caballería, leyes que juramos obedecer, y a las que sacrificar debemos lo que tiene el hombre de más precioso y de más caro.

-Y todo eso que decís, oh valiente caballero, ¿no pudiera interpretarse como un sacrificio al genio de la vanagloria, una ofrenda pasada por llama impura para colocarla en las impías aras de Moloc? Cuando rompe la muerte la lanza del hombre guerrero, cuando lo

derriba con golpe mortal de su caballo de batalla, ¿qué le resta, decidme, en premio de la sangre que ha vertido, de las fatigas que ha pasado, de las amargas lágrimas que sus temerarias proezas han hecho derramar en el mundo?

-¡Qué le resta!, exclamó Ramiro, ¡qué le resta!..., la gloria, o joven, la gloria que inmortaliza su nombre y hace respetable y sagrada la losa de su sepulcro.

-¡La gloria!, repuso Matilde: ¡ay de mí!..., ¿el trofeo queréis decir de armas cubiertas de orín, pendientes del árbol silvestre que sombrea la tumba de un héroe? Y si no consiste en eso, ¿consistirá en la inscripción medio borrada por el tiempo, que el más hábil de los monjes puede descifrar apenas al curioso peregrino? ¿Y es esa recompensa suficiente para consagrar a sus aras los más suaves afectos de la vida, y desgraciadamente pasarla en sumergir cien familias en el luto y la miseria? ¡Oh Dios!, ¿es posible que los desaliñados versos de un bardo errante, que las proclamas de un heraldo vagabundo, hayan de tener tanto prestigio que les sean sacrificadas la paz, la felicidad, las más dulces emociones? ¡Quién diría que tal pudiese el deseo de figurar en una de esas incultas poesías que los trovadores cantan en magníficos festines, mientras entusiasman a los convidados las protestas y los brindis!

-Por San Andrés, Matilde, exclamó impaciente el caballero, que habláis en orden a materias, para vos según vislumbro absolutamente desconocidas. En vano quisierais extinguir la pura llama del valor caballeresco, aquella llama que distingue al noble del plebeyo, y al caballero del villano, que nos hace anteponer el limpio honor a la vida, sobrellevar mil fatigas, sufrimientos y asperezas, y que nos enseña a no tener miedo sino a la vileza y a la infamia. Pues que, Matilde, ¿no podéis apreciar en su justo valor el sublime fuego que hace palpitar a una doncella ilustre, cuando ejecuta su amante célebres proezas que justifican el cariño que ella le tiene? ¡La caballería!, ¡la caballería!..., he aquí lo que alimenta en pecho hidalgo la generosidad y el heroísmo; he aquí la que socorre al desvalido, protege al huérfano, y hace impotente y odiosa la tiranía y la barbarie. Sin ella fuera la nobleza un nombre vano, y nadie hallaría protección en su broquel y en su lanza.

-En efecto, dijo Matilde, mis ideas no estarán nunca conformes con las de los que hacen gala de esos marciales sentimientos, porque los varones más esclarecidos de mi linaje perecieron en el campo de batalla, o en calabozos oscuros por dejarse arrebatar de esa pasión impetuosa. Hace ya tiempo que no suena la campana de San Servando para convocar a mil guerreros en torno del señor feudal, porque sus fieles vasallos gimen bajo la coyunda de ominosa servidumbre. Tenéis razón, señor caballero; hasta tanto que la bandera de mis padres vuelva a ondear triunfante en los muros de Balaguer o en los torreones de Lérida, la pobre huérfana de Armengol no debe hablar de heroicos hechos ni de sangrientos combates.

Pronunció Matilde esas palabras con cierta sensibilidad y fiereza realzadas por un acento algo patético, muy conveniente a la aflicción que le causaba la memoria del eclipsado esplendor de su familia, y el haberla supuesto el caballero del Cisne incapaz de penetrarse de aquel sublime entusiasmo, que en la carrera del ingenio y de las armas produce los grandes hombres.

-¡Cuán poco, cuán poco conoce la hidalguía de mi pecho, pensaba interiormente la doncella, si lo cree capaz de bajeza y cobardía porque no apruebo esa sed de venganza y de gloria, que sofoca en el ánimo de un guerrero toda venturosa idea de felicidad doméstica! ¡Pluguiese al cielo que mi sangre derramada gota a gota pudiera restablecer la paz entre Aragón y Castilla! ¡Pluguiese al cielo que tuviese la virtud de romper las cadenas de mi hermano, y las de ese mismo joven que tanto me menosprecia!... Entonces viera si la hija de Armengol, aunque sin brillantez ni opulencia, sabría morir con tanto valor por él como esa dama de Austrias que llamaba el otro día en medio de sus delirios!

-¡Fijó entonces los ojos en el caballero del Cisne, y contemplándolo tiernamente, prosiguió con voz muy suave diciendo de esta manera:

-Ya duerme: el cansancio y la fatiga le han procurado un reposo que trataba él de evitar, y que le es tan necesario. ¡Ay de mí!, ¿seré culpable en mirarle, quizás por la vez postrera? ¡Quién sabe!, ¡acaso dentro muy breves instantes no serán ya animadas esas varoniles facciones por el alma fogosa e intrépida, que les presta aún en el sueño mismo una dignidad tan noble! ¡Acaso se verá súbitamente extinguido el resplandor de sus ojos, borrado el carmín de sus entreabiertos labios, pálidas esas mejillas, y al más vil de los impíos satélites que defienden el alcázar arrastrando con los pies sus ensangrentados miembros!... ¡Oh Arnaldo! ¡Oh hermano mío!, ¿es posible que me hagan olvidar de tu ternura las gracias de un paladín que no corresponde a mis afectos?, ¡qué dirías, oh valiente guerrero, si te refiriese alguno en el negro calabozo donde te habrán sumergido, las lágrimas que derrama, y no por ti, la desconsolada Matilde! ¡y qué sé yo si todas las desgracias que nos suceden no son más que el castigo de ese desnaturalizado cariño! Pero he de hacer un esfuerzo para destruir tal flaqueza, aunque tan áspera lucha hubiese de costarme la vida.

Envolvióse en su velo y se sentó a poca distancia del lecho del herido, volviéndole la espalda y armándose de valor, no solamente para sobrellevar los peligros que la amenazaban, sino al efecto de resistir los amorosos movimientos de su pecho, aún más terribles para ella que el cautiverio y la muerte.

CAPITULO XXV

La muerte del impío

Cuando descansaban del primer ataque sitiadores y sitiados, y mientras ocupábanse aquellos en sacar partido de las ventajas conseguidas y en procurarse aquestos nuevos medios de resistencia, reuniéronse a conferenciar en el salón del castillo Mauricio de Monfort y don Pelayo de Luna.

-¿Por qué no se halla con vos Rodrigo de Alcalá?, preguntó el primero: ¿sería verdad que lo hubiesen muerto, como me han dicho, en el ángulo que yo defendía?

-Todavía vive, respondió fríamente don Pelayo; pero aunque hubiera tenido la cabeza de un toro, y la llevase resguardada con siete planchas de acero, no pudiera resistir el último hachazo que le ha descargado el negro de la virgen. Dentro de muy pocas horas ya estará

el señor de Alanza en la tumba de sus padres: ¡sensible pérdida por cierto para el bando del condestable de Castilla!

-Y ganancia limpia para el reino de Satanás: he aquí lo que sucede a los que hacen burla de los santos, y mandan tirarlos a la cabeza de esos pícaros flecheros.

-¡Necio!, interrumpió el de Luna: tu sandía superstición corre parejas con la brutal impiedad de don Rodrigo.

-Mil gracias, señor catedrático; pero hacedme la merced de no meterme en comparaciones odiosas. Me precio de mejor cristiano que vos; y aún si hemos de dar crédito a ciertas voces, más puntas tenéis de gentil que de miembro de la iglesia.

-Oyes: no te des la menor pesadumbre por esos vagos rumores, y tratemos de los medios más a propósito para defender este alcázar, que es lo que nos tiene en cuenta. ¿Qué tal se han portado los perros que nos sitian por la parte que mandabais?

-Como demonios del infierno. Avanzaron hasta el pie de las murallas conducidos por un veterano guerrero, valiente como un Cid, y no destituido de pericia militar. Las flechas han sido tantas que a no cubrirme esa malla vizcaína del más fino temple, mil veces atravesáranme con ellas: me las dirigían con más encono y astucia que si fuera yo un hambriento lobo de esas montañas.

-No obstante, vos habéis sabido tener firme de aquel lado, mientras por la parte que defendía don Rodrigo hemos perdido la barbacana, a pesar del refuerzo con que yo traté de socorrerle.

-No deja de ser la tal pérdida gravísimo contratiempo, en razón del abrigo que proporciona aquel fuerte a los enemigos que nos cercan. Y lo peor de todo es que si no observamos la más estrecha vigilancia, podrán introducirse por cualquiera ventana o descuidada claraboya, puesto que con tan poca gente no nos es dado cubrir todos los puntos. Por San Andrés os juro que si llegasen a meterse en el castillo, una legión de demonios no podría resistirles. Añadid a eso el desaliento que observa en nuestros soldados al ver que no pueden mostrarse en parte alguna sin ser el blanco de un enjambre de saetas, que el de alcalá se muere, que no podemos contar con su brutal y robustísima pujanza, y convendréis conmigo, noble Pelayo de Luna, en hacer ahora mismo de la necesidad virtud, entrando en capitulación con esos pícaros para restituirles la dama por quien pelean.

-¡Quita allá, Mauricio de Monfort!, ¿es posible que haya pronunciado tu labio tal afrenta? ¡Ser donde quiera el objeto de las hablillas y murmuraciones, y dar margen a que todos nos señalen con el dedo por no haber sabido mantenernos en alto y fuerte castillo, contra molineros y jayanes, la escoria más vil del género humano! Vergüenza me da el pensarlo, y me sepultaré entre los escombros del alcázar antes que consentir en capitulación tan innoble y vergonzosa.

-Pues a las murallas, repuso Monfort con algún despecho, y a ver si hay alguno que sea más pródigo de su sangre que yo mismo. Sin embargo, no creo que juzguéis indecoroso el echar a menos en tal conflicto treinta de mis buenas lanzas. ¡Oh, amigos míos!, ¡si

supierais el apuro en que se encuentra vuestro hidalgo capitán, muy poco tardaríais en desplegar mi gloriosa bandera y en arremeter con los miserables que le acosan!

Lamentaos cuanto quisierais; pero defendámonos como desesperados con los hombres de armas que nos quedan. Son la mayor parte de los que servían al de Alanza en sus tropelías y violencias; por lo cual los aborrecen de muerte las gentes de esta comarca.

-Tanto mejor, así estarán convencidos de que más les trae a cuenta el morir peleando como buenos soldados, que exponerse a la venganza de esos villanos y aventureros. Ea, pues, cada uno a su puesto, don Pelayo: ahora observareis si Mauricio de Monfort sabe acreditar su reputación y su linaje.

-¡A las murallas!, exclamó el de Luna.

-Y así diciendo, ambos subieron a ellas a fin de tomar todas las medidas que su experiencia les sugería para la defensa de aquel solitario castillo. Convinieron al momento en que el sitio más expuesto era el que caía enfrente del reducto tomado por los sitiadores. Verdad es que un profundo foso los separaba del alcázar, y que les era imposible llegara la puerta del muro sin vencer primero este obstáculo; pero a pesar de eso pensaron el de Monfort y el de Luna, que se esforzarían en atraer por medio de un ataque impetuoso todas las fuerzas de Alanza hacia aquella parte, al mismo tiempo que tratarían de entrar en él por diverso punto. En vista de la escasa guarnición con que contaban, todo lo que pudieron hacer para frustrar este ardid de guerra, fue el colocar de trecho en trecho soldados de centinela, encargándoles que gritasen al arma a la menor apariencia de peligro. Acordaron también que Mauricio defendiese la puerta principal del edificio, mientras don Pelayo, al frente de un cuerpo de reserva compuesto de veinte guerreros, estuviese pronto para correr a cualquiera punto donde necesitasen de su ayuda.

Otro inconveniente traía la pérdida de la barbacana: tal era el que sin embargo de la elevación superior de las murallas, no podían los sitiados enterarse tan exactamente como antes de las operaciones del enemigo, por cuanto una de las dos puertas que tenía confinaba con los primeros árboles del bosque. Por esta razón no sólo era fácil a los contrarios introducir nuevas fuerzas por allí sin que nadie lo notase, pero aún sin estar expuestas a los dardos del castillo. No sabiendo, pues, hacia qué ángulo descargaría el nublado, ni el número de enemigos con que tenían que haberlas, viéronse precisados los dos campeones a tomar medidas generales para precaver toda clase de asechanzas y de insultos. En medio de tamaña incertidumbre, y luchando con la irresolución de no saber cuál fuese el plan más ventajoso de defenderse, reanimaron con enérgicas arengas el ánimo de los soldados, que a pesar de muy valientes, empezaban a sentir aquel desaliento que trae consigo el verse uno cercado de enemigos, ignorando por qué punto se adelantan a atacarle.

Entretanto yacía tendido en el lecho el dueño criminal de aquel castillo, sufriendo agudísimos dolores en el cuerpo, y luchando con los remordimientos del espíritu. Oprimiendo por la aciaga memoria de sus crímenes, carecía de confianza para dirigir al cielo sus plegarias, y hacía por apartar de la imaginación los castigos que amenazaban a su alma, buscando aquel adormecimiento espantoso que precede muchas veces a la muerte.

Como era la avaricia el vicio más dominante de don Rodrigo, no le ocurrió siquiera que podía distribuir grandes caudales en limosnas y obras pías para alcanzar del Altísimo un sincero arrepentimiento. Había llegado el instante en que los placeres y los tesoros iban a desvanecerse ante aquel orgulloso magnate, y aunque era su corazón mucho más duro que un canto, probó por la vez primera un estremecimiento de horror cuando quisieron penetrar sus ojos en el sombrío abismo de la eternidad. Como la fiebre que lo consumía aumentaba la agitación y el despecho de sus últimas agonías, veíase en aquel hombre colosal la horrorosa mezcla de remordimientos nuevos y de envejecidas pasiones pugnando por sofocarlos. ¡Situación terrible únicamente comparable a la que se experimenta en aquellas lóbregas mansiones, donde los llantos son sin esperanza, las iras sin arrepentimiento, y a la agudeza de los males presentes se añade la desesperada certidumbre de que no pueden cesar y no pueden disminuir!

-¿Dónde se hallan ahora, exclamó rechinando los dientes, esos clérigos que regalan hasta al vasallo más vil las indulgencias y las absoluciones? ¿Dónde están aquellos hambrientos canes para quienes fundó el viejo Leopoldo de Alanza el convento de San Cervantes, robándome a mí, su legítimo heredero, cien aranzadas de tierra de mis posesiones más pingües? ¿Dónde están que no vienen a dar consuelo al hidalgo por quien tienen obligación de rogar y decir misas?... ¡Ingratos!, ¡dejarme morir sin confesión e indulgencia lo mismo que el perro rabioso que arrojan a la basura! ¡Ah!, ¡voto a todos los demonios del infierno!, si los convidase a mis propios funerales andarían más listos y despabilados que un suelto escuadrón de cabras... Pero acuérdome de haber oído decir a algunos hombres ancianos, que se puede pedir perdón de las culpas sin necesidad de presbíteros ni de persona viviente... ¡pedir perdón!, ¿y a quién he de pedir perdón si no hay quien tenga poder bastante para lavar mis delitos? No, mi soberbia no se atrevería a tanto...

-¿Y vive el señor de Alanza para confesar que hay cosa a la que no se atreve su soberbia?, exclamó junto a su lecho una voz cascada y trémula.

Debilitado por la sangre que manaban sus heridas y por sus propios remordimientos, creyó que el mismo demonio le interrumpía en su soliloquio para que no tuviese lugar de implorar la misericordia del cielo. Estremeciéndose al pronto y cubrió sus miembros un frío sudor; pero recobrando muy luego su feroz altanería volvióse hacia el ángulo del lecho desde donde le habían dirigido la pregunta, y dijo con la arrogancia que le permitían sus fuerzas:

-¿Quién anda por ahí?, ¿quién eres, o tú, que a repetir te atreves mis palabras con más funesto graznido que el de las aves nocturnas? Acércate de manera que yo pueda distinguerte.

-Soy tu ángel malo, Rodrigo respondió la voz.

-Pues toma tal forma que te haga visible a mis ojos, respondió el moribundo caballero, y no tengas la jactancia de presumir que tu vista pueda en manera alguna intimidarme. Voto a los cuernos de Satanás, que si me fuese dado luchar con los horrores que me cercan, como bravamente luché con los peligros del mundo, ni el cielo ni el infierno vanagloriarse podrían de hacerme retroceder un solo palmo.

-¡Acuérdate de tus crímenes, Rodrigo! Rebeliones, asesinatos, saqueos, violencias... ¿Quién animaba al príncipe don Enrique a rebelarse contra su propio padre, y quién atizó la llama de la discordia entre don Juan de Castilla y los infantes de Aragón?

-Aunque seas el mismo Satanás, te digo a tus mismas barbas que mientes como un pícaro bellaco. No soy yo el que agujonea al rey don Juan y al príncipe don Enrique, o por lo menos no soy solo. Más de cincuenta barones, la flor de la caballería, las mejores lanzas del cristianismo han hostigado al uno contra el otro como se hace con los perros. ¿Y debo yo ser responsable de las faltas de todos ellos? Ea, ya puedes echar a correr, pues sabes muy poco para disputar conmigo. Si eres un mortal, déjame morir en paz; si eres un demonio, aún no llegó la hora de que me echés el guante.

-No, no morirás en paz: presentes has de tener en la hora de la muerte cuantos crímenes y atrocidades cometiste. Acuérdate de las doncellas que violaste, y de los usureros encerrados en las cavernas de Alanza: acuérdate de aquella dama que por despreciar tus amores envenenaras con yerbas; acuérdate...

-No te figures atemorizarme con espantajos, respondió Rodrigo soltando una carcajada convulsiva: los muchos moros que ha degollado mi acero favorecerán mi causa con el cielo, y si entre ellos se mezcla tal cual acreedor cristiano, también cayó no pocas veces algún usurero judío. ¡Ah!, ah, ah!, ya ves que la balanza está casi en equilibrio, y que no puedes acertar con el hueco de mi armadura.

-Por él he de meterte el puñal hasta ensangrentar mis dedos. Sí, detestable parricida: ¡acuérdate también del fiero autor de tus días, de su lastimosa muerte, de la sala tenebrosa donde comió la ver postrera teñida en su propia sangre alevosamente derramada por la mano pérfida de su hijo!

-¡Ah, puesto que sabes ese horrible secreto, ya no me cabe duda de que tú eres el príncipe de las tinieblas! Yo creía que semejante asesinato yaciese oculto en lo profundo de mi pecho, y en el de otra persona mi tentadora y mi cómplice. Déjame, demonio, y vete a encontrar la bruja Inés que es quien te puede decir lo que solamente nosotros dos hemos visto. Corre, corre en busca de aquella que borró las sangrientas huellas de mi crimen, que lavó con una esponja las heridas del cadáver, vistióle negra mortaja, y dio a una muerte violenta las apariencias de una muerte natural: corre en busca de aquella que no cesó de hostigar mi encarnizamiento y mi barbarie, y haz que pruebe como yo mismo un anticipado martirio de los tormentos que nos reserva el infierno.

-Hace tiempo que lo prueba, dijo sor Brígida corriendo las cortinas del lecho, y mostrándose súbitamente a los desencajados ojos de Rodrigo: hace ya tiempo que bebe en semejante copa; pero hállala menos amarga desde que también mojas tus labios en ella. No rechines los dientes, Rodrigo de Alcalá, no revuelvas esos ojos, ni tomes un aire arrogante; tu brazo, antes tan formidable y terrible, yace actualmente sin fuerzas, y aquella misma Inés que te atreviste a menospreciar, te desprecia e insulta en tus últimos momentos.

-¡Malvada! ¡Furia del abismo!, exclamó el de Alanza; ¿vienes a recrearte con el espectáculo de mis postreros dolores?

-Sí, bárbaro don Rodrigo; Inés, la desventurada Inés viene a reclamar de ti su honor y su inocencia. Tú fuiste el que me inspiró con falsas promesas y con pérfidas caricias amorosos pensamientos. Bien hallada con mi humor algo tétrico y solitario, nunca aspiré sino a dar pábulo a semejante inclinación, hasta que tus ponzoñosos consejos hicieronme cometer el mayor de los delitos. ¡Acuérdate de aquella infeliz que sacrificaste por mi mano a tu rabiosa venganza!...

-Calla, calla, espíritu malhechor..., ¿por qué vienes a ejercer tu diabólico prestigio contra un desgraciado barón a quien dejan revolcar por el lecho con tanto abandono y desprecio como si fuera el animal más soez y más inmundo?

-¡Pobre duquesa de Castromerin!, prosiguió sor Brígida: no era acreedora por cierto a un fin tan desgraciado y prematuro. Su alma angelical y tímida se horrorizó al oír las desenvueltas palabras con que quisiste seducirla: resistiólas llena de pureza y mansedumbre, y aún probó si podría hacerte entrar en la senda del honor y la virtud..., ¡bárbaro!, ¿y era eso una razón para sacrificarla a tu orgullo? Ni su inalterable dulzura, ni su divina belleza hallaron cabida en tu corazón brutal..., pude verla tendida sobre el féretro cuando aún no aparecían por su rostro las señales de la ponzoña; pero mancháronlo muy pronto convirtiéndola en espantosa figura. ¡Rodrigo, Rodrigo!, ¡cuántas veces te hablé de ella al darme el mal tratamiento que al fin me hizo prestar atención a las amonestaciones del suave abad de San Mauro, y encerrarme en retirado monasterio!...

-¿Acabaste, bruja de Barrabás?, gritóle interrumpiéndola el impío señor de Alanza.

-Súfreme, vil seductor, continuó la monja, desesperate al eco de tus infernales recuerdos. Hace ya tiempo que vivo frenética y demente a causa de mis remordimientos, mientras tú nadabas en la opulencia y en el cebo de vergonzosos placeres. Varias veces se me ha aparecido la imagen de mi desgraciada amiga, y una de ellas en la capilla de los cazadores del parque de Castromerin, allí mismo donde pusiste en mis manos la copa que debía envenenarla ¡Ay de mí!, la capilla está abierta, y era la noche muy borrascosa y oscura, andaba yo errante por las revueltas del parque, habiendo huido del convento en uno de mis delirios para rogar a Dios en aquellos parajes donde cometí mis crímenes..., la misma tempestad empujóme con fuerza sobrenatural hacia el lóbrego recinto, y..., ¡oh Rodrigo!, levantóse del sepulcro nuestra desventurada víctima...

-Huye de mí, insaciable verdugo: vete a recrear con el cadáver de la hedionda Bárbara a quien aborrecías de muerte porque era tu rival.

-La aborrecí cuando recelé que te hiciera olvidar la solemne palabra que te hiciera olvidar la solemne palabra que me dieras; pero compadecíla como a una compañera de infortunio por ser víctima de suerte aún más infausta que la mía. Su edad era mayor que la nuestra, ¡oh Rodrigo!, y no por eso la tuviste respeto ni consideración: la pobre vio morir a todos sus parientes bajo su propio puñal y el del autor de tus días, y esta es la disculpa que tiene en haberme sugerido el diabólico pensamiento de enseñar tus pasiones indómitas contra el forcejado barón que te había dado la existencia. Una vez cometido tan horroroso delito, su fatal memoria esparció lúgubre velo sobre mis angustias y placeres: mi vida nada tuvo desde entonces de repugnante ni atractivo: la alegría había perdido sus encantos y la

aflicción sus amarguras. En semejante estado de insensibilidad o indiferencia, sólo causáronme alguna impresión las amonestaciones del prelado de San Mauro. Sospechó la causa de mi huida, y enterado del inquieto refugio que buscara entre tus brazos, vino, me amonestó, diome consuelos, y aprovecharonse de lo muy desgraciada que me hacías, púdome persuadir que pusiese entre los dos impenetrables barreras. Antojadiza y estúpida fui feliz en San Bernardo, hasta la llegada de un trovador que en versos llenos de número y vehemencia pintó la fuerza de la desesperación y el poder de los remordimientos. Temblé al oírle... representáronse en mi mente las horribles escenas de Castromerin y de Alanza, y hube de ceder a frenéticos delirios, y empecéme a desesperar viéndome del todo indigna de la clemencia del cielo. Tú fuiste mi mal ángel, ¡oh Rodrigo!, ahora quiero ser yo el tuyo, y sólo al son de mis maldiciones despedirás el último suspiro.

-No has de lograrlo, infernal oprobio de tu sexo! ¡Hola! Clemente, Gil, Sancho, Bullanga, corred a mis voces y tirad a esa bruja en el pozo grande del castillo donde luché con las culebras y las sabandijas que tanto se le parecen. Ea, arrastradla por los cabellos, y recreaos en la música de sus trémulos clamores... Pero, ¿qué es esto?, pícaros desleales, ¿cómo no acudís a mis voces?

-Bien puedes llamarlos, oh valiente don Rodrigo, dijo sor Brígida soltando sardónica risotada: amenázales con la prisión o la muerte que no por eso has de recibir asistencia ni socorro. Escucha, señor de Alanza, añadió interrumpiéndose; ¿no percibes el ruido de las armaduras y el grito de mil combatientes? ¿Y no te indica ese tumulto el desesperado asalto que están dando en el alcázar? ¡La pujanza de los ricos homes de Alcalá, aquella pujanza cimentada a fuerza de tropelías y de crímenes, está próxima a desplomarse bajo el peso de los enemigos que más despreciaron en vida! ¡Los aragoneses, don Rodrigo, los aragoneses pugnan para derribar los muros! ¿Y tú, orgulloso barón, yaces en ociosas tablas mientras do quiera retumba el estruendo del combate?

-¡Espíritus del abismo!, exclamó el hostigado caballero enarcando las cejas y con crujimiento de dientes; volvedme un instante las fuerzas y dejadme arrojar a lo más recio de la refriega, donde reciba una muerte digna de mi glorioso nombre.

-No pienses en ello, bravo campeón, pues no eres digno de acabar tus días con la muerte de los héroes: aquí morirás abandonado como el lobo carnívoro y cobarde preso en el rústico lazo que les arman los villanos de la aldea.

-Mientes, indecente bruja: mis hombres de armas sabrán tener firme contra esos viles enemigos: robustas son las murallas de mi alcázar, y capaces de burlarse el de Monfort y el de Luna de cuantos guerreros cuenta la corte de Zaragoza. ¿Oyes su grito valiente anunciando la victoria? Nuestro es el triunfo: ¡Alanza! ¡Alanza!... Voto el bridón de Santiago..., la hoguera que encenderemos para celebrar nuestros lauros te ha de consumir hasta los huesos. Sí, yo me recrearé oyendo crujir entre las llamas el armazón de tu esqueleto, y viéndote pasar de los fuegos de este mundo a los fuegos del abismo. En su más ardiente saña nunca ha vomitado el infierno un demonio tan execrable y rabioso como tú, maldita hechicera.

-Pues goza de esa esperanza, dijo Brígida con venenosa sonrisa..., pero no, añadió de repente interrumpiéndose; conoce desde ahora mismo el destino que te aguarda, destino

que tu pujanza y tu soberbia no podrán desviar de ti aunque te haya sido preparado por esta mano tan descarnada y tan débil. ¿No echas de ver una especie de vapor denso que va llenando la estancia?, acaso lo atribuyes a que ya se oscurezcan tus ojos y empiece tu respiración a sentirse entorpecida..., pues no, Rodrigo de Alanza, no es nada de eso: ¿te acuerdas del depósito de leña que tienes almacenado debajo de ese mismo aposento?...

-¡Mujer!, exclamó el barón: ¿habríasle pegado el fuego?... Sí, ¡por los santos del paraíso!, humo de leña es lo que huelo..., ¡arde mi antiguo castillo!, ¡no tardarán mucho las llamas a penetrar hasta mi lecho!

-En efecto, respondió Brígida con la mayor indiferencia, y si tus guerreros quieren apagar el incendio, yo misma avisaré a los sitiadores para que no desperdicien tan favorables instantes. Hace ya días que huí del monasterio, y andaba errante por tus dominios con el objeto de vengarme de ti, y de que acabasen en el mundo tus desafortunados crímenes. ¡Muere, miserable parricida; muere como los animales feroces, mientras te recuerdan esas bóvedas las puñaladas que diste al fiero autor de tus días! ¡Que su sombra y la de tantas víctimas, dignas de mejor suerte, inmoladas a tu ambición y a tus placeres, se agiten ahora en derredor de ti, y te presenten frenéticas las hondas heridas que les abriste! ¡Que la sangre que vertieron a raudales, enrojezca tus labios y tus ojos, y te eche en cara en los últimos momentos tus atrocidades y violencias! ¡Ay, aún así será muy suave la venganza de la humanidad, y nunca llegará tamaño castigo al menos atroz, o monstruo, de todos tus delitos!

Dicho esto salió del aposento, y oyó Rodrigo de Alcalá las dos vueltas de la llave y el ruido que hacía para sacarla de la cerradura y quitarle de este modo hasta la más remota esperanza. Desesperado el barón levantó el grito llamando a sus amigos y criados que no podían oírle.

-Anselmo, Clemente, Merlín, Bullanga, ¿dejaréisme perecer desesperado y rabioso en medio de tanto incendio?... ¡Socorro, socorro, noble Pelayo de Luna! ¡Socorro, bravo Mauricio de Monfort!, ¡vuestro amigo y camarada se halla en el más horrible trance! ¿Abandonaríais a un hermano de armas, caballeros desleales y perjuros?... Y vosotros, vasallos pérfidos, esclavos viles, ¿os haréis sordos a las órdenes de vuestro dueño? ¡Caigan sobre vuestras cabezas las torres de este castillo!, ¡malrayo disloque y rompa vuestros pestíferos miembros!... Pero ¡no me oyen!, ¡no pueden oírme!, ¡el tumulto del combate sofoca el eco de mi voz ya menos robusta!, ¡oh rabia de lo que ostentase solía! ¡Vuélvese el humo más denso!..., ¡ah!, si pudiese respirar por un instante el aire puro, reanimárase tal vez mi desalentado espíritu... ¡Voto a bríos!, ya la llama penetra por entre las piedras; ya se levanta estallando como un bárbaro gigante; ya viene el demonio hacia mí bajo las banderas de su estrepitoso elemento..., huye, huye, ángel rebelde; sin mis pérfidos amigos no hayas miedo que te siga..., todos los vivientes que encierran estas murallas son cosecha de tu imperio. ¡Imbécil!, ¿querías arrastrar solo al impávido señor de Alanza?, no: el impío don Pelayo, el libertino Monfort, la infame Inés, mis soldados, mis satélites, cuantos me han ayudado en las violencias que he cometido, deben seguirte también a tus tenebrosas bóvedas ¿No será una caravana brillante, muy digna de alborotar los infiernos?

Al decir esto, soltó una estrepitosa risotada, que repitieron los ecos de la espaciosa estancia.

-¡Hola!, prosiguió, ¿quién es el que se atreve a reírse? ¿eres tú, mala hechicera? Sólo tú o el mismo Satanás sois capaces de reiros luchando con tan rabiosos tormentos... Ven, ven a mis brazos; dame el consuelo de que te vea arder antes que yo; de que pueda oprimirte, estrujarte en ellos, y azotar tu inmundo cuerpo con el látigo sangriento que descargué tantas veces en las carnes de mis esclavos...

Pero sería una impiedad sacrílega el no correr un velo sobre la muerte de aquel impío barón, blasfemador y parricida.

CAPITULO XXVI

El incendio

Merlín se había vuelto a meter en el castillo de don Rodrigo, después de haber prometido a los jefes de los que lo tenían sitiado hacer lo posible desde dentro para facilitarles la entrada, espionando una ocasión favorable. En vista de esto, y animados por un espíritu de encono y de entusiasmo, determinaron los sitiadores arrostrar pronto el general asalto, temerosos de la suerte que podía caber a los prisioneros del feroz barón de Alanza.

-La sangre de Armengol está en peligro, decía el caballero negro.

-La vida de mi discípulo corre riesgo, respondíale Roberto de Maristany.

-Y aunque sólo se tratase de salvar al pobre Merlín que tan fiel y diligente se nos muestra, interrumpió el molinero, consentiría en que me cortasen un brazo, antes que permitir le arrancaran un cabello.

-Eso es hablar como un héroe, por vida del rey don Alonso, exclamó Roldán; pues si bien Merlín es perro gitano, cuando se encuentra uno de ellos que como por caprichoso ostente tamaña lealtad e ingenio, digno le juzgo de que beba a su salud un hombre honrado un jarro de vino añejo, y aun de que haga la salva con él a huesos de blando jamón, sabrosos y entretenidos. Mala pascua me diere Dios si no tuve mis tentaciones de ahorcarle; pero ahora digo, hermanos míos, que nunca ha de faltar en el mundo quien brinde por su salud, mientras pueda mi garganta entonar alguna trova y mi brazo empinar una botella.

-Bravo, maese Roberto, dijo el incógnito: el mismo buen Lancerote, a quien reverendas dueñas escanciaban el vino, no pudiera expresarse con más eficacia y energía. Paréceme, no obstante, que si el gitano Merlín puede darse por más que medianamente complacido de los numerosos brindis que acabáis de prometerle, Matilde y el de Linares exigen de parte nuestra otro género de obsequios.

-No cabe duda, respondió el molinero: corramos al asalto, que por mi parte os prometo dirigir con Roldán a ésos perillanes de las flechas, y arrancar la barbacana de su asiento, si en efecto queréis empezar por ella el ataque del alcázar. Mucho ha cautivado su

voluntad el caballero del Cisne; pero como buen navarro tenía ya grande ley por el valor que desplegara, humillando en cien encuentros a los orgullosos campeones de Castilla.

-Aplaudo tanto denuedo, repuso el Negro de la virgen, y si los hombres de armas que nos ayudan quieren seguir a un caballero, ¡por los derechos que tengo a semejante título!, heles de conducir al asalto con toda la experiencia que me han dado diez campañas.

Después de esta conferencia, y habiéndose encargado Roldán de acometer con los flecheros mientras seguido de los soldados verificaba el incógnito el ataque del reducto, lograron apoderarse de él como han visto los lectores.

En el tiempo que medió desde el primero al segundo asalto, hizo construir el paladín de las armas negras un puente de troncos de árboles para colocarlo sobre el foso, y atravesar el espacio que había desde la poterna de la barbacana a la puerta grande del castillo. Semejante trabajo no dejó de ocupar algunas horas, y aunque los jefes de los sitiadores se desesperaban de ver el precioso tiempo que perdían, no tuvieron en realidad motivo de llorarlo, por cuanto en aquel intervalo pegó fuego la demente Brígida a los almacenes de leña del alcázar, y anduvo la llama sordamente minando por lo más recóndito de sus sótanos y bóvedas, para elevarse después estrepitosa, voraz e inextinguible sobre las más altas torres, burlándose de los esfuerzos que se hicieron para apagarla.

-No hay que perder tiempo, dijo el caballero negro así que acabaron el puente, marcha el sol hacia su ocaso, y es indispensable apresurar el instante de entrar dentro del castillo. Paréceme imposible que no venga cuanto antes algún escuadrón de Segovia a socorrer los sitiados, por lo cual apresúrense los flecheros a figurar un asalto en la parte opuesta del alcázar, mientras vosotros, oh valientes veteranos, vendréis conmigo al verdadero ataque. Ea, todo consiste en arrojar el puente sobre el foso, osadamente seguirme en cuanto se abra la puerta de la barbacana para atravesarlo, y después forcejar conmigo a fin de romper la que debe facilitarnos la entrada en el vasto edificio. Y si hay alguno entre vosotros que no se crea competentemente armado para una acometida de este género, colóquese en lo más alto del reducto y dispare desde allí tantas flechas como pueda a los que asomen por las almenas de Alanza. Bravo Roberto, ¿queréis encargaros de mandar a los flecheros?

-Lo que yo quiero, respondió Roldán, es la gloria de seguiros a dos dedos de distancia, y que me sepulsen las ruinas de ese castillo si me separo de vos en tan porfiada pendencia. Y obedecen los flecheros a sus propios capitanes, entre quienes se baraja y gallardea nuestro molinero insigne.

-A la mano de Dios, exclamó el caballero, abrid pronto la poterna, y en nombre de San Jorge arrojad el tosco puente.

La puerta que desde el reducto conducía al foso colocada enfrente de la principal del castillo, como dijimos arriba, abrióse entonces de golpe, y en el mismo instante cayó el puente con descomunal estruendo, llenando el espacio que mediaba entre ambas, bien que sólo podían marchar sobre sus tablazones dos guerreros pareados. Convencidos de cuanto importaba aprovecharse de la sorpresa del enemigo, precipitóse en él sin la más leve

tardanza el paladín de la sombría armadura, a quien siguió Roldán desesperado y resuelto, y llegaron brevemente a la parte opuesta. Empezaron a descargar grandes hachazos en la puerta del castillo, hallándose al abrigo de las flechas y los cantos a beneficio de unas piedras que empezaban a formar el viejo puente, mandado destruir por don Rodrigo, las cuales quedaban aún suspendidas en el muro, indicando el arranque del arco antiguo. Como los que se arrojaron detrás de ellos carecían de semejante resguardo, cayeron los dos primeros dentro del foso acribillados de flechas, y los demás volvieron a entrar precipitadamente en el reducto.

Muy crítica era entretanto la situación de Roldán y del caballero negro, y hubiéralo sido más aún si los flecheros de la barbacana no hubiesen asaetado continuamente a los que se divisaban por las almenas del muro, impidiéndoles de esta suerte el aplicar todos sus esfuerzos contra los dos aislados campeones. Sin embargo, no dejaba de ser muy grande su peligro, e ir cada instante en aumento.

-¡Qué vergüenza!, exclamó Monfort dirigiéndose a los soldados que le rodeaban; os preciáis de saber disparar una flecha, y sufrís que dos hombres solos se mantengan impunes al pie de las mismas murallas del castillo. Arracad las piedras del arco roto si no sois buenos para otra cosa, y dejadlas caer sobre la cabeza de ese par de aventureros. Ea, vengan picos y azadones, y empecemos por la base de esa almena, añadió señalándoles una piedra enorme en la que estribaba el puente de que hemos hablado, la cual precisamente caía sobre la puerta del edificio.

Viose flotar en aquel momento un estandarte negro en la torre más alta del alcázar. El molinero fue quien lo descubrió primero, y extrañado la ocurrencia, dejó una parte de las gentes que mandaba para continuar el fingido ataque, y con los más valientes corrió a tomar parte en el ataque verdadero.

¡Al asalto, flecheros!, gritó al verse entre los hombres de armas de Roldán y del incógnito: ¿cómo podéis sufrir que aquel bravo paladín y aquel jovial veterano ataquen solos la puerta? Ea, muchachos, San Jorge y a ellos: nuestro es el castillo; acordaos del botín, de las víctimas que gimen en aquel recinto, y haced el último esfuerzo para que caiga en nuestras manos.

Al decir esto armó su arco y atravesó de un flechazo a uno de los guerreros, que obedeciendo a Monfort, forcejeaba para arrancar la enorme piedra, y hacerla caer sobre la cabeza de Roldán y del incógnito. Otro soldado tomó el férreo pico de las manos de su moribundo compañero, y púsose a continuar la obra comenzada; pero una segunda flecha hendió silbando los aires, clavóse trémula en su cráneo, e hízole dar mil vueltas desde lo alto de los muros hasta lo más profundo del foso. Retrocedieron aterrados los demás, y ninguno se atrevió a reemplazarles, porque cada dardo de los enemigos hería mortalmente una víctima.

-¡Cobardes!, gritóles Mauricio de Monfort, ¿no hay ya quien se atreva a hacer frente a los contrarios?, malditos sean los muros que así afeminan y amilanan a los que se jactan de valientes. Dadme acá una palanca; venga y dejadme operar a mí solo en nombre de España y Santiago.

Dijo; y con mucho afán puso manos a la obra. Era la piedra de tan descomunal tamaño, que no sólo hubiera aplastado a Roldán y al caballero, sino roto en mil pedazos el puente construido por los sitiadores. Aunque éstos conocieron el peligro, tampoco hubo quien se atreviese a poner los pies en aquel liviano tronco: tres flechas lanzó uno de ellos y todas se despuntaron en la impenetrable armadura de Mauricio de Monfort.

-Llévese el diablo tu malla vizcaína, dijo el villano con el mayor despecho: a buen seguro que si la hubiese forjado un armero de otra tierra atravesáranla mis saetas como si fuese de hojas de plátano.

-¿Qué murmuras entre dientes?, interrumpió el molinero: más valiera que tratases de acorrer a los dos osados campeones.

Y volviéndose entonces hacia éstos puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Camaradas!, ¡amigos!, ¡caballero negro!, ¡valiente Roldán!, a la espalda, a la espalda, notad, pecador de mí, que os va a caer encima una piedra tal que puede servir de cimiento a gruesas torres.

Pero sus gritos no pudieron ser oídos, por cuanto los redoblados golpes que descargaban en la puerta de Roldán y su compañero bastaban a sofocarlos. En vista de tal peligro, el honrado molinero se precipitó en el puente para avisar a los dos jefes; pero su diligencia hubiera sido tardía: arrancada la piedra de sus quicios por los reiterados esfuerzos de Monfort, empezaba a vacilar, y hallábase ya en el punto de perder el equilibrio, cuando la voz de don Pelayo detuvo su brazo próximo a precipitarla.

-Todo se ha perdido, Monfort; el alcázar se convierte en una hoguera.

-¡Qué decís!, respondió medio confuso el caballero.

-En menos de dos minutos veréis las llamas envolviendo la torre del oriente: mis esfuerzos para apagarlos han sido vanos.

Don Pelayo de Luna comunicó en breves palabras a su compañero todas las circunstancias de tan aciago suceso con aquella sangre fría que formaba la base de su carácter; pero Mauricio de Monfort no lo oyó con la misma indiferencia.

-¡En nombre de todos los santos del cielo!, dijo entre colérico y pasmado; ¿qué hemos de hacer en tal conflicto? Un candelero de oro purísimo ofrezco a San Marcos Evangelista si nos saca de este apuro y...

-Buena ocasión, vive Dios, para ofrecer candeleros, interrumpióle flemáticamente don Pelayo; dejad ese maldito atolondramiento y oídme con calma y atención un breve instante. En medio de tantos peligros nos resta un rayo de esperanza: reunid los hombres de armas, y haced una salida por la puerta grande; sólo ese infernal caballero y uno de sus secuaces encontraréis junto a ella; precipitadlos al foso, y atravesando el puente atacad con desesperación la barbacana. En tanto llamaré bajo mis banderas el resto de la guarnición del alcázar, y saliendo por la puerta del otro lado correré a daros auxilio atacando a los bandidos por la espalda. Si nos es posible reconquistar el reducto, aún

podremos mantenernos en él hasta ver si nos llega algún socorro, o alcázar de lo contrario capitulación noble y honrosa.

-Apruebo, dijo Monfort, y os prometo desempeñar el encargo que acabáis de confiarme; ¿pero vos, señor de Luna, seréis exacto y leal en desquitaros del vuestro?

-Os lo juro a fe de caballero: lo que importa, vive Dios, es no perder un minuto.

Reunió Monfort su gente y corrió a la puerta grande; mas no tuvo necesidad de hacerla abrir, por cuanto cediendo entonces a los reiterados porrazos de Roldán y el caballero, caía una parte de ella con estrepitoso ruido. Los dos campeones atacaron vigorosamente a los primeros que se les opusieron, y el terrible brazo del incógnito derribó a tres hombres de armas, y mantuvo a raya los restantes que se apartaron a razonable distancia, sin que se atreviesen a acercársele.

-Villanos, les dijo Monfort, ¿sufrir podéis sin moriros de vergüenza que nos cierren dos hombres solos la última esperanza que nos queda?

-Ése no es hombre, respondió un veterano mientras paraba con el escudo las recias cuchilladas del incógnito, ése es un diablo contra el cual de nada sirven la robustez y la osadía.

-Y aun cuando sea más diablo que Belcebú, respondió Mauricio, ¿es cordura el huir de él para echarnos al infierno? Arde el alcázar, miserables; combatid por desesperación si quiera, ya que no por valentía, o retiraos a un lado mientras peleo yo mismo con ese atrevido guerrero.

Mauricio de Monfort sostuvo en tan reñido encuentro la reputación que adquiriera en las guerras civiles de aquel siglo. Combatían los dos campeones bajo la misma bóveda de la puerta, que repetía con robustos ecos los mandobles y cuchilladas que se descargaban furibundos: la espada de Monfort no pudo hacer frente por largo tiempo al hacha que manejaba diestramente su contrario. Al fin dirigióle éste tal porrazo, que si bien un recio escudo de siete cercos de bronce quiso detener su ímpetu, no dejó de penetrar hasta el yelmo del paladín del alcázar, que aturrido y vacilante cayó a las plantas del Negro, cual si le hubiese herido un rayo.

-Ríndete, Mauricio de Monfort, dijo el incógnito inclinándose sobre él y apuntándole la daga por el hueco que dejaba la coraza; ríndete, vuelvo a decir, socorrido o no socorrido.

-Pues dime tu nombre, o mátame: no se publicará en parte alguna que Mauricio de Monfort se haya rendido a un incógnito.

El caballero habló entonces algunas palabras al oído de su contrario.

-Ahora digo que me rindo, y que socorrido o no socorrido ya soy vuestro prisionero, respondióle Monfort convirtiendo su tono de arrogancia en el de cierta sumisión respetuosa.

-Corred, pues, a la barbacana, repúsole con cierta autoridad el extranjero, y aguardad allí mismo mis órdenes.

-Antes quisiera decirlos que Matilde y el caballero del Cisne perecerán en el incendio si no os dais prisa a socorrerles.

-¡Matilde y el caballero del Cisne perecer en el incendio!, gritó dando una gran voz el paladín misterioso: las vidas de cuantos hay en el castillo me responderán de las tuyas. ¿Dónde están, Mauricio?

-Aquella escalera de rojo que se descubre hacia el ángulo de la derecha, os llevará al corredor en que se hallan sus estancias.

-Está bien: aguardame en el reducto, y nada temáis por vuestra seguridad: En vuestro propio vencedor hallado habéis un amigo.

Desapareció al decir esto, y siguióle con los ojos Mauricio de Monfort avergonzado y confuso.

-¡Un amigo!, repitió con mal reprimida cólera, ¡arrebátasme el honor, empañas mi ilustre nombre, y quieres llamarte amigo! Pero ¿no tengo bien merecido ese castigo del cielo?... Recogió su espada, quitóse el casco en muestra de su vencimiento, y dirigióse lentamente a la puerta del reducto.

Durante el combate que se acaba de referir, y el rápido diálogo que le siguió, había pasado Roldán el puente a la cabeza de gran número de flecheros, que derramándose por todo el castillo, empezaron a perseguir de muerte a sus desesperados defensores. Unos pedían cuartel, ensayaban otros una resistencia inútil, y muchos tomaban la huida hacia el patio grande de aquella fortaleza feudal.

Entre tanto, a medida que iban undulando las llamas de aquel incendio, fuese haciendo algo visible en el aposento donde cuidaba Matilde al doliente don Ramiro. Había despertado al héroe el tumulto del segundo asalto, y a su ruego la hija de Armengol volvióse a colocar en la ventana para darle relación de lo que acontecía. Pero las nubes de humo muy denso que flotaban en derredor del alcázar impidiéndole muy pronto el ver las ocurrencias de aquel campo de batalla; y los gritos de *¡fuego!, ¡fuego!*, sobrepujaron de repente los clamores y denuestos de los que seguían luchando.

-Arde el alcázar, dijo Matilde: todo Alanza es ya pavesas, amado Ramiro..., ¿quién podrá salvarnos de esta última desgracia?

-Huid, Matilde, huid, exclamó el del Cisne, salvad una vida tan inocente y preciosa: en cuanto a mí ya no hay poder humano que me pueda sacar de este peligro.

-¡Huid!, no, no huiré, respondió Matilde; o juntos nos salvaremos o pereceremos juntos. ¡Ah!, si mi brazo tuviese la pujanza de un guerrero yo os sacaría por en medio de las llamas y de las humeantes ruinas.

Abrióse entonces la puerta del aposento, y viose entrar en él a don Pelayo de Luna con aire arrogante y resuelto. Su aspecto tenía algo de sañudo y de terrible: rota llevaba en mil partes la perfilada armadura: en las manos y en el rostro veníanse algunas manchas sangrientas, y habían chamuscado las llamas el luciente penacho de su yelmo.

-Al fin te hallé, dijo a la agitada huérfana mirándola con centelleantes ojos: mira, oh Matilde, cómo sé cumplir la palabra que te di de correr contigo una misma suerte. Sólo resta una esperanza; y cuando sepas que he despreciado millares de riesgos para venir y hacerte participar de ella, por fuerza has de ver en mí el hombre que más te adora. Levántate y sígueme.

-¡Ah!, no he de seguiros sola, respondió Matilde; si sois hijo de mujer; si alimenta vuestro pecho algún resto de la caridad cristiana; si no es vuestro corazón tan duro como la coraza que lo cubre, salvad a ese pobre herido cuyas heroicas virtudes son dignas de mejor suerte.

-Matilde, respondió el de Luna con su imperturbable calma; un paladín debe saber despreciar la muerte, ora la vea en un incendio o en la punta de una espada; pero ¿a qué diablos pretendes que me encargue de un herido?, déjale que arda en Alanza, mientras logremos nosotros alejarnos de sus muros.

-¡Hombre feroz!, exclamó Matilde; yo moriré en el incendio antes que deber a tu brazo tan aborrecido auxilio.

-Eso será si te dejas la libertad de que elijas, respondió el de Luna: escapáste una vez; pero ningún mortal se me escapó la segunda.

Dijo; y tomándola en sus brazos, llevóla fuera de la estancia como si fuese un objeto de muy liviano peso, sin parar la atención en sus clamores ni tampoco en las amenazas e imprecaciones de Ramiro, que con voz de trueno le gritaba:

-¡Bárbaro, vil seductor, oprobio de los caballeros, deja a esa ilustre doncella o he de beber tu sangre!...

-¡Cuerpo de mí!, dijo Roldán entrando en el aposento; a no haber sido por tus voces nunca me fuera posible topar con tu madriguera.

-Si os precias de caballero, siguió gritando el del Cisne, no os acordéis de darme auxilio: corred al alcance de aquel pérfido barón que acaba de llevarse a la más generosa doncella.

-Linda flema, por vida de San Jenaro, exclamó Roldán: ¿es posible que nunca hayas de sentar esa cabeza? ¡Con qué vengo a librarte de las llamas, y en vez de abrazar al caro maestro sales con la niñería de que cargue con alguna de las muchas que alucinas! A cada puerco llegará su San Martín, señor discípulo, y ahora déjate llevar por mí, mal que te pese, si no quieres morir chamuscado como el murciélago que cae por su desgracia en manos de algún chiquillo.

Y sin aguardar más tomólo en sus brazos, y cargado de este peso corrió a una de las poternas del alcázar, confiólo a sus propios vasallos para que lo llevarsen a descansar en la barbacana, y volvióse a meter en el castillo a fin de favorecer las pesquisas del incógnito.

Aunque el fuego se había comunicado a todos los ángulos del edificio no hacía muy rápidos progresos, en razón de la solidez de las bóvedas y de la profundidad de los muros. Pero aquellos sitios donde no ejercía el incendio sus estragos, eran el teatro de un

espectáculo no menos horroroso, puesto que las pasiones del hombre desplegaban en ellos sus furores. Perseguían aún los aragoneses y los flecheros de aposento en aposento a los defensores del castillo, y apagaban en su sangre la venganza y el encono en que ardían contra ellos desde muchísimo tiempo. Vanamente algunos habían pedido cuartel; no fue posible alcanzarlo, lo cual obligó a muchos de ellos a defenderse y vender caras las vidas hasta el postrimero instante. Resonaban donde quiera las cuchilladas, los denuestos y los gritos, e inundaba el pavimento la sangre que derramaban heridos y moribundos.

En medio de estos lances de confusión y de lástimas, andaba como frenético el paladín de las armas negras en busca de la cándida Matilde. Alguno le dijo que la acababa de ver en el patio grande del alcázar, y corriendo el héroe hacia aquel punto, ofrecióse a su vista otro cuadro de luchas, resistencias y combates. Gran parte de los soldados de la guarnición, unos a pie, otros a caballo, habíase reunido en torno de don Pelayo de Luna a fin de abrirse con las armas en la mano una brecha por donde huir al través de los enemigos que les acosaban. Colocóse por lo mismo multitud de éstos frente de la puerta grande a fin de cortarles el paso, mientras por el lado opuesto atacábanles otros varios de los que habían entrado en el castillo por diversos puntos. Animado por la desesperación, y enardecido con el ejemplo del invencible capitán que lo mandaba, hizo prodigios de valor aquel puñado de guerreros, y como eran sólidas y completas las armaduras que vestían logró más de una vez rechazar los enemigos, a pesar de ser un número notablemente mayor. Montado en soberbio bridón de batalla, veíase a don Pelayo descollando en medio de sus satélites, y protegiendo a Matilde, a quien sostenía al lado del noble campeón un escudero igualmente cabalgando en alazán enérgico y orgulloso. A cada instante volvía el insigne paladín junto a la ilustre doncella, y cubrirla con el escudo olvidando su propia defensa para defender bizarro al ídolo de su cariño. Alzando después súbita e inesperadamente su clamor de guerra, arrojábase como el rayo en medio de la refriega, derribaba a los más audaces enemigos, hacíaales retroceder hasta el umbral de la puerta, y colocábase de nuevo al lado de la exánime Matilde.

-¡Renegado!, exclamó entonces uno de sus más valientes enemigos; deja en libertad aquella doncella ilustre, o defiéndete de mí, perjuro y mal caballero.

-¡Perro!, respondióle don Pelayo rechinando los dientes; yo te enseñaré a blasfemar de los hidalgos de Castilla.

Y levantóse sobre los estribos contra el soldado de Aragón para dar más fuerza a su diestra, descargóle cuchillada tan tremenda, que hendió su casco y su cráneo.

-¡Alanza!, ¡Alanza!, exclamó don Pelayo: así perezcan cuantos empañan la gloria de los nobles castellanos.

Y aprovechándose de la consternación que causó tamaño tajo a los sitiadores, dijo dando un grande grito:

-¡Síguenme los que salvarse desean!

E iba a abrirse camino por en medio de las filas enemigas, cuando presentóse corriendo el caballero negro, y echando mano a las riendas de su bridón cortóle el rápido impulso con extraordinaria fuerza.

-¡Bárbaro!, le dijo: ¿arrebatar contigo pretendías a mi hermana Matilde?... Acuérdate de aquel guante que me echase antes de la batalla de Aivar, y que me trajo un faraute con descomedida arrogancia... He aquí la ocasión de satisfacer tu deseo: defiéndete, vil impostor, defiéndete del conde de Urgel, mientras tu pérfido padre va a perecer en un patíbulo en la ciudad de Segovia.

-¡Mi padre!... ¿a qué valerte, oh Arnaldo, de indignos medios para amedrentar mi espíritu?...

-Lo juro por la sangre de Armengol... Ahora mismo acaba de llegar, con objeto de pretenderte y de llevarse también a don Rodrigo de Alanza, un escuadrón de la corte.

-¡Oh Dios!..., exclamó el de Luna: ¡oh Matilde!..., ya no me resta sino morir..., todos quedaréis vengados: con risotadas y brindis celebraréis tal desgracia, y dejando mi cadáver sin honores ni sepulcro. Pero no creas, oh Arnaldo, que don Pelayo se rinda..., no sé que aciago destino me hace pelear contra ti, cuando respetarme quisiera como al hermano de esa infeliz que ves pálida y moribunda en brazos de mi escudero. ¡Matilde!, ¡dulcísima Matilde!, yo siento debilitar mi pujanza al tenerla que emplear contra tu querido Arnaldo!

Pero había llegado el momento en que don Pelayo de Luna, a pesar de su valor, de su alta jerarquía y de su brillante renombre sufriese una muerte que no dejaba de tener bien merecida. Ello es que el cansancio de toda aquella jornada, los innumerables riesgos que hubo de vencer, la lucha que sentía por haber de pelear con el hermano de Matilde, y la inesperada noticia del aciago fin que aguardaba a su padre el condestable de Castilla, despertó cien encontradas pasiones en su rencoroso pecho, que le cortaron el brío y aquel indómito aliento de que diera tales muestras en el discurso de su juventud guerrera. Con flaca diestra anduvo parando los golpes del conde de Urgel, y todos echaron de ver que el audaz señor de Luna se había repentinamente convertido en otro hombre. Sus ojos no se separaban del rostro pálido de Matilde, y parecía como que desease morir embebido en contemplarla. Al fin pronunciando su nombre cayó del cabello en que montaba, habiéndolo más bien derribado la volcánica fuerza de sus propias pasiones, que los ataques y los golpes de su mortal enemigo. Mandó el infatigable Arnaldo que le quitasen el yelmo por ver si daba señal de vida, y oyéronsele murmurar sordas palabras parecidas a un lejano graznido de aves nocturnas. Abrió un instante los ojos ya desmayados y sin brillo; eclipsóse el fuego de sus mejillas; lívido color de muerte cubrió su altivo semblante, y pereció finalmente en aquel campo de batalla, víctima de su ardiente amor y de sus muchos errores.

El conde de Urgel mandó respetar su cadáver, y asimismo que no fuesen perseguidos los pocos guerreros de Alanza que habían quedado con vida. Corriendo luego impaciente a dar socorro a Matilde, estrechábala contra su pecho, y decíale mil fraternales caricias, mientras el buen Roldán andaba dando órdenes por el castillo, y repartía el botín con imparcialidad y justicia entre cuantos tuvieron parte en la gloriosa contienda. Ya el fuego

en aquellos momentos dominaba el espacioso edificio que se veía en medio de un bosque de llamas, al tiempo que ocultaba el sol sus rayos de oro en los montes de occidente. Desmoronábanse las paredes; temblaban sobre sus cimientos los más robustos torreones, y venían ruidosamente abajo las elevadas almenas y antiquísimas techumbres. A veces abrían las mismas llamas una especie de boquerón, al través del cual se divisaban a lo lejos los aposentos más interiores del alcázar, aguardando el instante de ser también consumidos por el general incendio. De entre un montón de escombros, atropellando las piedras y atravesando por en medio de ondeantes llamas, viose salir a deshora a un mozo alto y corpulento huyendo de una muerte horrorosa, guiado por el gitano Merlín, e implorando ya desde lejos la conmiseración de los vencedores. El humo había ennegrecido su turbante, y las llamas apagaron el resplandor de las estrellas y medias lunas que brillaban antes de su oriental vestidura. Los soldados al verle alzaron un grito contra él y recibieronlo a silbidos, asegurando ser el demonio que tanto aterraba a las gentes en el castillo de Alanza; y es de creer, que sin la intervención del gitano y lo mucho que hizo para que Roldán y el conde lo protegieran, el judío Ben-Samuel habría sido víctima de aquel popular tumulto. Por lo demás él había dado margen a la opinión supersticiosa de los habitantes de aquella comarca; pues el ruido de sus máquinas, la llama que elevaban a veces sus experimentos nocturnos y el manifestar de tiempo en tiempo por alguna galería retirada su grave y misteriosa figura, hicieronles pensar que la parte del alcázar donde vivía estuviese dominada por infernales espíritus.

Y cuando el fuego no tuvo ningún ángulo que conquistar, sino que ejercía igualmente en todos ellos su devoradora influencia; semejante a una de las furias pintadas por los antiguos poetas, apareció la delirante Brígida cantando en la cumbre de la torre más alta cierta letra áspera y furibunda que entonaban los antiguos castellanos en el momento de arrojar a los infieles. Notábase en sus ojos el furor de la demencia y la embriaguez de la venganza: sus cortos y entrecanos cabellos formaban una especie de diadema en derredor de su frente, y con la mano derecha agitaba un velo negro suspendido en una vara, con el que había querido anunciar anteriormente a los sitiadores la muerte del señor de Alanza, y que su alcázar iba prontamente a convertirse en estéril monte de ruinas. Por tradición se han conservado algunas estrofas del himno bárbaro que cantaba aquella infeliz, próxima a recibir la muerte, con cierto ademán de triunfo:

Corre, corre a las playas del norte
do Tarif ha incendiado mil pueblos;
sangre claman sus áridas ruinas,
y con sangre vengarlas debemos.
Caiga humilde a tus plantas el moro,
y en lugar de atender a su ruego,
una vez y otra vez con tu lanza
atraviase su bárbaro pecho.
No en la cuja, oh guerrero, descansa
tremolando listones al viento,
contra el ristre valiente la afirma
y amedranta al feroz agareno.
Corre, corre a las playas del norte

do Tarif ha incendiado mil pueblos;
sangre claman sus áridas ruinas,
y con sangre vengarlas debemos.

Elevábanse las llamas hasta la bóveda del cielo a manera de brillantes columnas, y podíase divisar fácilmente desde muchas leguas de distancia. Cada torre, cada parte del edificio iba sucesivamente desplomándose, y obligados los vencedores a cesar en el codicioso saqueo, consideraban admirados y taciturnos aquellas voraces pavesas, cuyo amarillento reflejo daba un siniestro color a sus rostros y armaduras. Los soldados de Alanza que buscaron en el mismo alcázar un asilo contra el furor de los del bosque, cayeron sepultados bajo de los humeantes escombros. La torre del centro fue la última que tuvo firme contra la violencia de la llama, y por largo tiempo se vio a sor Brígida en su cumbre extendiendo los brazos y haciendo con cierta arrogancia salvajes y repugnantes gestos, como si se jactase de indicar por arte mágica la dirección y el ímpetu al indómito elemento. Por último vino también aquella torre al suelo con horroroso estampido, y la infeliz demente pereció en el suplicio mismo que había devorado a su pérfido tirano. Un silencio de terror reinó en los espectadores después de ese tristísimo lance, apresuróse a romperlo el conde de Urgel temeroso de que no flaquease el ánimo de los soldados, en vista de tamañas calamidades y horrores.

-¡Flecheros y hombres de armas!, alzad un grito de júbilo por la conseguida victoria: destruida para siempre ha sido esa morada de crímenes; y sepultáronse entre sus ruinas los tiranos que la habitaban. La llama que aún se eleva de en medio de sus escombros es la hoguera de nuestro triunfo, y el astro que nos ilumina en tan célebre como tenebrosa noche. Cesen desde hoy las guerras de esta comarca, e inmortales sean nuestros nombres por ese resplandeciente esfuerzo de venganza y de justicia.

CAPITULO XXVII

La muerte de don Álvaro de Luna

Después que con tales palabras volvió el conde Arnaldo la jovialidad y la valentía a los diversos soldados que componían su corto ejército, retiróse con el capitán de los lanceros que habían llegado de Segovia, para detenidamente enterarse de la caída y prisión del condestable de Castilla. Supo entonces de su labio que se aguardaba en la corte al caballero del Cisne, al efecto de unirlo con Blanca de Castromerín, y cumplirle con este enlace el rey don Juan las condiciones que se habían publicado con el célebre torneo de Segovia. Y como el partido, que a la sazón triunfaba de don Álvaro tenía un particular interés en que cesasen los alborotos de Castilla, y se destruyese la proyectada alianza entre las familias de Luna y Castromerín, hiciera todos los esfuerzos imaginables, no sólo para persuadir al padre de la hermosa Blanca a que depusiese su ira contra los Pimentales de Aragón, sino para mover el ánimo del rey don Juan en favor de los dos amantes. Contóle asimismo como la publicación de la paz ya estaba hecha, y que la corte de Castilla interponía su mediación poderosa con el rey don Juan de Navarra, a fin de que no

abrigase rencor ni tomase venganza alguna del apreciable príncipe de Viana, el cual iba a quedar sin el mejor de sus protectores, así que se embarcase el infante don Enrique.

En vista de esto llevó Arnaldo al hidalgo de Castilla a la presencia del caballero del Cisne, que aún permanecía recogido en la barbacana, y manifestáronle uno y otro que debía abrazar una ocasión tan propicia para obtener la mano de la heredera de Castromerin.

-Os agradezco, nobles señores, esas favorables nuevas y el consejo que me dais de aprovecharlas, díjoles Ramiro de Linares; pero recelo que mi ilustre padre se oponga a tan suspirada unión.

-No lo temáis, caballero del Cisne, respondió el hidalgo: para remover ese obstáculo y apresurar vuestra venida, enviáronle un mensaje los grandes de Castilla, invitándole a que hiciese el noble esfuerzo de olvidar sus particulares enemistades en beneficio de la paz de entrambos reinos.

-¿Y creéis, señor capitán, preguntóle con voz débil el del Cisne, que esos mensajeros que decís podrán persuadir a don Íñigo?

-Lo creo en razón de la mucha confianza que nos inspiran. El principal de ellos es el respetable y suavísimo abad de San Mauro, antiguo y fiel amigo del conde de Pimentel.

-En efecto, replicó Ramiro: Gómez de Salazar es el varón más a propósito para semejante embajada: sus virtudes, su condición mansa y persuasiva atraen el respeto de los demás, y apaciguan fácilmente las pasiones de los hombres. El cielo que de golpe derrama sobre mi cabeza tan singulares beneficios, acabará de completarlos con la aprobación de don Íñigo. Encerrado y mal herido encontrábame en Alanza, y un ángel del cielo, la dulcísima Matilde, suavizó el encono de mis llagas: entusiasmados amigos vinieron inesperadamente a libertarme, y he hallado entre ellos a mi hermano de armas, el bravo conde de Urgel, ejecutando altas proezas de valor en mi defensa, cuando le suponía gimiendo en subterránea mazmorra. Pero ¿dónde está Matilde, amado conde?

-Bajo la vigilancia de Roldán en una de las alquerías más inmediatas a ese arruinado castillo. Así que rompa la aurora iré a buscarla, y vendremos a daros gracias de cuanto hicisteis por ella.

-No digáis eso, amigo mío, sino que nos hemos mutuamente socorrido a guisa de leales y amantísimos hermanos. Y vos, valiente conde, ¿cómo habéis podido escapar de la prisión en que os hallabais?

-Equivocado anduvisteis en semejante opinión, hermano mío, respondió Arnaldo. Yo no caí prisionero, sino que al ver la retirada de nuestro ejército, escogí como ochenta de mis vasallos más fieles para correr las Castillas en busca de la pobre Matilde. La casualidad hízome encontrar al buen Roberto cuando venía a socorreros, y él me instruyó de que mi hermana se hallaba igualmente presa en el castillo de Alanza. Lo demás ya lo sabéis: ahora sólo os resta tomar la vuelta de Segovia, donde os podréis restablecer y esperar el resultado de las negociaciones pendientes.

-Cierto, interrumpió el capitán; y yo me adelanto a prevenir todo para que seáis bien alojado y servido. Los buenos de Castilla tendrán nuevo beneficio que agradeceréis, desde que sepan que vinisteis a pelear contra el de Alanza y el de Luna, así como se creerán igualmente en deuda con el noble conde de Urgel, en cuanto publique la fama que su terrible brazo ha librado a nuestro reino de aquellos turbulentos y descomedidos barones. Voyme, pues, nobles hidalgos, y dejo una parte de mis lanceros, a fin de que pongan orden en los paisanos de esta comarca que han cooperado a la toma del castillo, mientras se arreglan las cosas de manera que dejen la vida licenciosa que les habían hecho adoptar los disturbios civiles y las persecuciones de don Rodrigo de Alanza.

Desapareció el capitán al decir esto, y Arnaldo de Urgel, dejando al del Cisne en medio de sus vasallos, se encaminó a la alquería donde su amable hermana tomaba leve descanso después de tantos peligros y agitaciones violentas. Comunicóle el conde las noticias recibidas por el capitán de lanceros, y la felicidad que iba al fin a coronar la constancia y los esfuerzos del noble campeón del Cisne. La infeliz Matilde parecía no atender a los razonamientos de Arnaldo, y reclinando su cabeza en el robusto pecho de héroe, derramaba abundancia de lágrimas al mismo tiempo que amorosamente lo ceñía entre sus brazos.

-¡Oh Arnaldo!, castígueme el Dios que adoro si no posee tu amigo toda la gratitud, toda la ternura de mi pecho... Yo le manifestaré un día mi hidalgo afecto; afecto nacido del corazón y cimentado en las brillantes cualidades que engalanan el carácter de tal héroe. Por lo demás vuelvo a suplicarte, oh hermano mío, que no conduzcas a la turbada Matilde a la presencia de aquel que ha generosamente lidiado con la resolución de verla libre, o de perecer en la demanda.

-¡Pobre y sensible Matilde!, exclamó enternecido el conde Arnaldo; ya me parece comprender el motivo de esa inesperada resistencia. Enjuga tus lágrimas, levanta la hermosa frente y vámonos a San Servando, donde olvides la desagradable impresión que te causa este último infortunio. Tan discreta como hermosa, tan llena de mansedumbre y ternura, ¿es posible que hayas de ser en el mundo para siempre desdichada? Ven, ven, paloma tímida y solitaria, ven a embellecer con tus melancólicos recuerdos aquellos antiguos bosques célebres todavía con las hazañas de nuestros padres: ven a respirar en ellos bajo la protección de un hermano que te admira, y cuyo noble cariño no te faltará a lo menos durante tu peregrinación en la tierra.

Matilde no respondió palabra alguna, pues sólo pudo manifestar su agradecimiento estrechando entre las suyas las manos del noble conde. Dentro de pocas horas partieron los dos hijos de Armengol con los guerreros de Urgel que habían contribuido a tomar el alcázar de Alanza; y aunque el caballero del cisne extrañó aquella marcha súbita, dijéronle que el conde se había visto precisado a emprenderla en el momento para dar inmediatamente cobro a la salud de Matilde.

El mismo día que se siguió al ataque del castillo, tomó el caballero del cisne con su maestro Roldán el camino de Segovia. Había dado libertad a Mauricio de Monfort, quien sabiendo la muerte de don Pelayo y la caída de don Álvaro de Luna, marchóse hacia la Francia para pelear en las guerras civiles que entonces ardían dentro de aquel territorio. Bien recompensado Merlín por el conde de Urgel y Ramiro de Linares, fuese a reunir

después con las hordas de su tribu, temeroso de que los castellanos quisiesen vengarse de él como a espía y mensajero de los capitanes del bando a quien cupo la desastrada suerte de vencido; y por iguales razones creyó prudente el astrólogo judío comenzar con gentil compás de pies el viaje hacia Viena, en cuya espléndida corte prometíase otra vez hallar la más ventajosa acogida. Los flecheros de aquellos bosques reunidos con los hombres de armas que habían acudido desde Segovia, permanecieron aún escudriñando las ruinas del castillo de Alanza, de entre las cuales levantóse durante algunos días, una manga de humo que iba adelgazándose a medida que se consumían las materias combustibles revueltas con tantos escombros. Ya el buen molinero de la frontera, a quien dieron gran parte del botín, había tomado con los suyos el camino de Navarra, después de haberse tiernamente despedido del caballero del Cisne, considerado por él como el modelo de los paladines, la flor y la nata de cuantos quisieran hacer gala de heroicos y generosos sentimientos. Por indicación de Ramiro, y a ruegos del gitanillo Merlín, accedió en conducir sano y salvo al judío Ben-Samuel hasta el territorio de Francia, con el objeto de evitar al grave astrólogo todo pernicioso encuentro.

Aunque las heridas del hijo de don Íñigo sólo estuviesen levemente curadas, no quiso que le llevaran en litera, lisonjeando de que atendida la poca distancia que había de allí a Segovia, fuérale fácil llegar a esta población montado en caballo pacífico y pasicorto. Con la idea de entrar en ella sin el menor aparato que pudiese llamar la atención de sus moradores, envió delante de sí, a larguísimo trecho, los vasallos de su padre, mientras les iba siguiendo lenta y pausadamente con su imperturbable amigo el veterano Roldán. Andaba el discípulo bastante silencioso y absorto en sus meditaciones, lo cual movía al maestro a dirigirle la palabra con frecuencia, ya para preguntarle por su salud, ya para reprenderle francamente y sin rebozo aquella taciturnidad. Y cuando veía que a pesar de sus discursos y punzantes reprensiones, seguía el del Cisne cavilando y sin hacer mayor caso de su peregrina elocuencia, soltaba algo mohíno y picando las riendas de su bridón, y poníase a cantar con cierto aire indiferente alguna de sus trovas favoritas. Al fin tuvo Ramiro compasión de su despecho o aburrimiento; pues en el instante de que hablamos para dar campo a su humo parlero y bullicioso, empezábale a dirigir la palabra en los términos siguientes:

-Sabéis lo que pienso, maese Roldán, que si hallamos por este camino alguno de los ínclitos ballesteros que atacaron bajo vuestra dirección el castillo de Alanza, le he de regalar el rocín en que monto, a ver si con el aguijón de una flecha le hace empinar esas orejas tan mustias y alicaídas.

-Valiente pensamiento para salirnos con él a cabo de rato, respondió Roldán. ¿Con que después de una hora que lo andabas discurriendo se te ha ocurrido el rogar a Dios para que topemos con aquella brava gente? Muy bien: empieza por echar mano a tu bolsillo y averiguar si tienes con qué satisfacer el derecho de pasaje.

-¿Qué queréis decir con eso?, preguntó el del Cisne.

-Nada, por vida de mis pecados, respondió Roldán mirando en torno con aire inquieto y receloso: por semejantes andurriales suelen las matas y los arbustos tener dos pares de orejas. Pero ven acá, y pues eres tan discreto, a ver si aciertas en qué ocasión es preferible

hallarse un hombre honrado con la bolsa y la calabaza vacías, que llenas de rancio néctar y de amarillentas doblas.

-En ninguna por el bienaventurado San Jorge, repuso sin detenerse el caballero del Cisne.

-Ahora te digo por el mismísimo que juraste, que mereces no verlas en tu vida medianamente provistas por tan sandía respuesta. Pues, ¿cómo no se te alcanza que la calabaza y la bolsa es bueno que estén vacías cuando se brinda a un borrachón con la primera, y se viaja por solitarios senderos con la segunda?

-Entiendo, entiendo, amigo mío; queréisme decir, según trazas, que vuestros camaradas de las ballestas son ladrones de esos caminos reales.

-Pongo a esos árboles por testigos de no haber hablado tal cosa, replicó Roldán elevando algún tanto la voz. Muchas veces se hace un beneficio al pasajero descargándole de un peso inútil, y no debemos por lo mismo injuriar a los que desempeñan tan amistosos deberes. Lo único que puedo decirte es que si se rodeasen las cosas de modo que topase por esas encrucijadas con tales hombres de bien, no me sabría mal haber dejado la bolsa en la posada para quitarles el engorro de tener que cargar con ella.

-A pesar de la buena fama con que les honráis, amigo Roldán, no hay duda en que les somos deudores de muy grande beneficio.

-Y estoy por lo mismo en rogar a Dios por su salud y buenandanza; mas no quisiera haberlo de practicar en medio de los bosques y a la fuerza, como sucedió a mi compadre el sacristán de Santa Engracia. En cuanto le echó mano esa gente alegre, maleante y juguetona, amarrólo contra un árbol y divertíase en hacerle cantar como el gallo de noche buena, mientras andaba repasando a sus mismas barbas su flaca y humilde valija.

-Pues si tan perversa es la intención que les anima, ¿cómo diablos se interpreta la generosa bravura de que han dado tantas muestras en los asaltos de Alanza?

-¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡y qué poco sutil es mi discípulo!..., ¿no echas de ver que tal procedimiento es un rasgo de la cuenta que tienen abierta con el cielo?

-¡Cuentas con el cielo! Por San Juan Bautista suplico que os expliquéis lisa y llanamente sin ningún género de rodeos, digo como no me haya de quedar en ayunas de cuanto andéis ensartando.

-Pues no puede ser más listo y llano de como lo voy diciendo. Establecen con el cielo una especie de cargo y data, semejante a la de aquel viejo judío que me anduvo prestando buenas doblas mientras me quedaron fincas con que poder asegurarlas. De la misma manera que el usurero de que te hablo, dan muy poco y toman mucho, y sin embargo el fiel de la balanza, según ellos, se halla siempre en equilibrio, porque exigen de los empréstitos un exorbitante premio.

-Mejor será, Roldán amigo, que me deis un ejemplo algo palpable de tales préstamos, balanzas y usuras entre el cielo y los ladrones, sin lo cual dificulto que consigáis el objeto de hacerme comprender esa diabólica jerga.

-¡Válgame Dios!, dijo Roldán dando un grito: ¡y qué menguado y obtuso tienes hoy ese caletre!, ¡no parece sino que las heridas hayan oscurecido aquel apacible y desenfadado entendimiento que mostrar solías, así como no habrán dejado de debilitar su estómago!, ¿y es posible no comprendas que esas honradas gentes casan y contrapesan una buena acción con otra que no lo es tanto? Por ejemplo, si pillan cien doblas a un hidalgo, dan dos maravedís a un mendigo: si roban el anillo de un obispo, regalan una vela a San Antonio; y si torcean y hacen burla de una vieja en el camino público, acarician linda muchacha en las revueltas de un despoblado.

-¿Y cuál de esas acciones es la buena, y cuál la que no lo es tanto, señor maestro?

-¡Gracioso chiste!, ¡excelente!, mal año para el bufón del rey don Alonso. Ello dicen bien que para saber sazonar las pláticas con gracias y agudezas no hay mejor cosa que acompañarse con los que a cada paso las siembran y derraman, de donde encaja perfectamente el manoseado refrán: *Dime con quién andas y a decirte voy quién eres*. Apuesto la armadura que me regaló don Íñigo, a que en tu vida has proferido gracia tan original y a tiempo. Pero volviendo a nuestro asunto, repito para que me comprendas, que cuando los ballesteros de que hablamos incendian un castillo, construyen una cabaña: si desadornan una iglesia, alargan pobre limosna para reparar una capilla: si asesinan a un alcaide, dan la libertad a un preso; y en fin si hacen arder en ardiente hoguera a un perverso hidalgo de Castilla, dan socorro inesperado a un paladín extranjero. Ya ves, ramiro, que en su singular sistema todo tiene cierta compensación, por lo cual convendrás en la idea de que maguer ladrones algo honrados, y villanos un poco caballeros, es bueno topar con sus mercedes cuando se inclina la balanza por el cielo, y nunca en el caso contrario.

-¿Y por qué, si os place?

-Porque entonces para meterla en equilibrio tienen que añadir algo que pese en el platillo de las acciones laudables. Yo te aseguro, discípulo, que después de la que han hecho ante los muros de Alanza, se crearán facultados para dejar más limpio que una patena al primer pasajero que caiga en sus rampantes garras.

-Pues siendo así mucho me alegro, dijo el del Cisne, de que la pobre Matilde haya ido escoltada por los soldados del conde.

-También me complazco en ello, respondió Roldán, aunque a decir verdad no llegó a comprender la razón de su marcha repentina. Pero no hay rosa sin espinas, ni hermosura sin caprichos: todas las hembras son de suyo antojadizas, casquivanas, y nada tiene de extraño que le suceda lo mismo a la hermana de nuestro intrépido y asendereado conde. He aquí la razón, señor barbilindo, porque no me curo de echar flores como tú a bichos de tan pícara ralea; y por cierto más quisiera hender gigantes, descabezar vestiglos, arrastrar rinocerontes y cometer otras mil insolencias dignas de claro renombre y escritura, que vivir avasallado por canalla tan fraudulenta, disimulada y serpentina.

-¿Y es posible que un hombre que ha brillado en cien campañas, un hombre que se precia de valiente y caballero, hable de las damas en esos denigrativos términos, e injurie a la generosa y angélica Matilde?

-No hay que amohinarse ni andar buscando quimera por tan frívolo pretexto, repuso Roldán interrumpiéndole: excluirémos del número a las que honras con tu lanza, y la paz quedará para siempre establecida entre nosotros.

Con tan festivas y sabrosas pláticas íbanse acercando a las puertas de Segovia. Supieron al entrar por ellas que la corte se hallaba en Valladolid, seriamente ocupada en sentenciar el proceso de don Álvaro de Luna; con cuyo motivo andaban solícitos y desencadenados los grandes de Castilla, deseosos de ver por tierra el orgullo y la osadía del antiguo favorito. Dejámosle nosotros en el capítulo XX de nuestra historia, luchando con el triste presentimiento del aciago fin en que debía terminar una vida tan llena de opulencias y de triunfos, pasada entre los tumultos, los alborotos, los escándalos, las guerras civiles, y siempre figurando en medio de tantos desórdenes como uno de los principales perturbadores de la tranquilidad pública. Por esto le acusaban ahora de haber enconado el ánimo del rey contra su propio hijo el príncipe don Enrique, y contra los grandes que siguieron a los infantes de Aragón: de haberse valido de su ascendiente para hacer de don Juan el II un monarca perplejo, espantadizo y menguado, obligándole con insaciable codicia a concederle mercedes de notabilísima importancia, incompatibles muchas de ellas con el estado seglar de don Álvaro de Luna. Pero lo que acabó de echar el sello al resentimiento del rey y al oído de los grandes, fue el haber dado bárbara muerte a un dependiente de la cas real, llamado Alfonso de Vivero, por sospechas de ser enemigo suyo. Sin consideración a su clase, al favor de que gozaba en palacio, ni a lo sagrado del día, que era el de viernes santo, ciego, disimulado y colérico atrájolo mañosamente a una de las más altas torres del alcázar donde habitaba, y mandólo arrojar desde su cumbre. Aquel infeliz anduvo volteando por los aires despidiendo tales alaridos que hacían erizar los cabellos; y dando en fin de cabeza contra los pilares de un puente que se apoyaba en la misma habitación del condestable, rompióse en mil pedazos, y quedáronse los sesos horrorosamente clavados en las ensangrentadas piedras.

En vista de tan sacrílego desacato, púsose de acuerdo el rey don Juan con el conde de Plasencia, enemigo mortal del condestable, para que viniese desde su castillo con buen número de lanzas a prenderle. Resistióse don Álvaro de Luna desde su propio alcázar, mientras no creyó desesperada la defensa; pero al ver la poca gente que tenía consigo, y el número excesivo de los que le sitiaban, hubo de resistir de su resolución valerosa y entregarse, bajo ciertas capitulaciones que después no le cumplieron, en manos del enojado monarca. Mandóle encerrar el rey con buena guarda, y que entendiesen al mismo tiempo en su causa algunos varones escogidos entre lo más docto e ilustre de la corte de Castilla.

Esto acontecía en Valladolid mientras descansaba de sus trabajos el caballero del Cisne en la ciudad de Segovia, e íbanse poco a poco cicatrizando las heridas que le dieron junto al castillo de Alanza. Bien que tratara de permanecer incógnito, no dejó de cundir la voz de su llegada, por lo que fueron a complimentarle las personas de más noble jerarquía, sumamente complacidas de ver que al fin le adjudicaban el premio que ganara allí mismo un año antes en el más célebre torneo de aquel siglo. Y como ya se ha dicho que la grandeza y el pueblo consideraban la unión de Blanca de Castromerín y el caballero del Cisne como la base de la alianza que había de poner término a los bandos de Castilla, era general el contento que manifestaban por su llegada, y lo mucho que ardían en deseos de

verle dispuesto para partir a la corte, donde debía pública y magníficamente celebrarse aquel suspirado enlace.

Aunque no pudo esto ser tan pronto por el débil estado del doliente, no era de sentir esta tardanza en atención a que la causa del condestable traía alborotados e inquietos los ánimos de los habitantes de Valladolid, recelosos unos de que se levantasen los secuaces de don Álvaro, y dispuestos otros a sostener con todas sus fuerzas la sentencia que contra él fallara el consejo de los jueces. Al fin, bien discutido aquel asunto tan grave, pronunciaron la de muerte que debía ser ejecutada en la misma plaza de Valladolid, queriendo dar con semejante providencia mayor publicidad a tan famoso acto de justicia. Lleváronlo desde Portillo, donde le tenían preso, a la antigua población, residencia entonces de la corte, y por el camino hízosele encontradizo un religioso franciscano, llamado Alonso de Espina, varón de mucho saber y singular elocuencia; el cual del mejor modo que pudo, dióle a entender el amargo trance en que se hallaba. Óyete el condestable con resignado talante, y suplicóle que le preparase para despedir como esforzado caballero y buen cristiano el último suspiro de su vida.

Desde que amaneció el día en que debía darse cumplimiento a la terrible sentencia, el pueblo de Valladolid, y el de muchos lugares circunvecinos, corría tumultuosamente las calles, y colocábase en la espaciosa plaza preparada de antemano para recibir al noble reo. Andaba también por aquellos sitios gran número de ballesteros y hombres de armas de los que obedecían a los más ínclitos capitanes del bando que se había manifestado contrario a la ambición desmedida del condestable don Álvaro. Y aunque este poderoso valido era generalmente odiado, no se advertía en los semblantes la complacencia del triunfo o el gozo de la venganza satisfecha, sino mustio y compasivo silencio, cual si tan notable escarmiento llenase de desconocido terror sus corazones.

En tanto permanecía el condestable en la torre de su prisión aguardando la hora de ser conducido al cadalso. Veíasele escuchando en ella a veces cejijunto, a veces compungido, las amonestaciones del docto religioso, quien no cesaba de recordarle que debía olvidar toda idea mundana para únicamente fijarlas en la misericordia divina.

-Sí, padre mío, díjole tiernamente el condestable; vuestras palabras vierten en mi pecho el bálsamo de la consolación; pero para que suba al patíbulo con sereno rostro y el ánimo dispuesto a hacerse digno de la clemencia del cielo, prometedme amparar a los criados de mi casa que han permanecido fieles a su infelicísimo señor. Si los arrojan de sus míseras moradas los satélites de mis enemigos, acordaos de mis últimos momentos, y haced de modo que los alcancéis del rey don Juan la benevolencia que me niega. ¡Ah!, como me fuese posible dejaros en herencia el amor de esos desgraciados, los únicos tal vez que derramarán alguna lágrima sobre mi tumba, yo sé que me agradecerais algún día esta fineza. Ellos han sido los solos amigos del condestable de Castilla: conmigo se resistieron leal y desesperadamente, y conmigo estaban resueltos a perecer antes que verme en manos de los que me han traído a tan desgraciado término. Pero, ¡ay de mí!, añadió vertiendo algunas lágrimas; vos no podéis ser para ellos lo que ha sido don Álvaro de Luna: vuestro estado os impide llevarlos a pelear por el rey y por la patria, al paso que os obliga a predicar la paz y a dar el ejemplo de inalterable mansedumbre... Sin embargo, cuando os llegue la hora moriréis santa y tranquilamente en vuestra celda, y a mí después

de tanto valor y opulencia, arrástranme a perecer como un bandolero en medio de la plaza pública.

El buen religioso les exhortó a que se ocupase de ideas más pacíficas.

Sí, sí, respondió don Álvaro: sólo os pido un instante para los negocios de este mundo, y veréisme después manso y dócil como un cordero... ¿Qué pensáis, padre mío, acerca de las predicciones y profecías de los astrólogos? Uno de ellos me dijo, no ha mucho tiempo, que moriría en cadalso, y dentro dos horas habrása ya cumplido su sangriento vaticinio... Más piadoso fue conmigo que esos encarnizados barones que ni despedir me dejan de don Pelayo de Luna..., ¡desventurado hijo mío!, ¡cuál será tu desesperación cuando sepas que la cabeza de tu padre ha rodado desde lo alto de un patíbulo, sin que hayas volado a socorrerlo!..., ¿abandónasme también como los muchos desleales que olvidaron en mi desgracia los beneficios que les hice?... ¡Ah! no, no es posible: ellos te habrán enterrado en espantosa mazmorra para que no pelees por mi libertad, ni dulcifiquen tus consuelos mis últimas agonías.

Reclinóse al decir esto sobre la misma camilla donde estaba sentado, y oyó con bastante fervor las persuasivas y edificantes palabras, que con la mayor unión y dulzura íbale diciendo el venerable religioso. Interrumpióles el eco de los clarines y el ruidoso movimiento de caballos y armaduras, causado por los que iban a buscar al condestable para custodiarlo hasta el lugar del suplicio.

-¿Los oís, oh padre?, exclamó don Álvaro de Luna: aquella trompeta lúgubre y plañidera será la última señal militar a que obedecerá en la tierra el vencedor de la batalla de Olmedo. Os suplico que no me abandonéis y queráis disculpar las demostraciones de flaqueza arrancadas por el amor que profeso a los que se me muestran fieles, y por la sensible pérdida de mi honra. Ahora, empero, cubridme, oh padre, con vuestro sangrado manto, y disponedme para que suba cándido y puro a la presencia del Altísimo.

Oyéronse en esto los cerrojos de la torre y el tropel de los caballos que entraban en el patio del castillo. En el mismo punto metióse en la prisión de don Álvaro Diego López de Estuñiga, acompañado de varios hombres de armas, y ordenóle que descendiese; después de lo cual hízole cabalgar en la mula que ya tenía para este objeto con tristísimos jaeces aderezada.

De esta manera lenta y acompasadamente anduvieron marchando por las calles de Valladolid hasta la fatal plaza donde habían levantado un cadalso cubierto de negras alfombras, y en medio de él una cruz con dos antorchas a los lados. Iban tocando los clarines en triste y desapacible son, y levantábase de tiempo en tiempo, en medio del tético y universal silencio, la clara voz del pregonero, declarando que iban a degollar a aquel hidalgo, porque con grande orgullo e injuria de la majestad, se apoderará del rey y usurpaba el lugar que no era suyo, cometiendo en notable deservicio de la república, diversos crímenes, tiranías y cohechos.

Al llegar a la plaza, llena de un gentío inmenso, descabalgado de la mula el infeliz condestable de Castilla, y subió con bastante desembarazo los escalones del patíbulo. Cuando estuvo encima de él hizo reverencia a la cruz, y entregó a un paje suyo el anillo

de sellar y el sombrero que llevaba, diciéndole que aquella era la última demostración de cariño que en el mundo le podía hacer. Prorrumpió el mozo en grandes gritos acompañados de sollozos y de llanto, ocasión que hizo verterlo a muchos de los circunstantes, que no podían dejar de plañir el espectáculo de tal desgracia, comparado con las opulencias de la pasada felicidad. Con semblante tranquilo y apacible preguntó don Álvaro al verdugo para qué habían puesto un garfio de hierro que vio clavado en la punta de un madero; y habiéndole respondido que al efecto de colgar su cabeza en él, repuso el condestable sin inmutarse, que después que lo hubiese muerto hiciera de su cuerpo lo que mejor le pareciese, por cuanto al varón ínclito y esforzado no le servía el patíbulo de afrenta, ni el desmedido rigor le amilanaba el espíritu.

-Lo único que te ruego, añadióle, es que desempeñes tu oficio de un solo golpe, sin que me tengas luchando con las bascas de la muerte.

-No tengáis miedo, respondió el sayón haciendo un gesto: hasta ahora no se ha dicho de ninguna de mis víctimas que haya suspirado dos veces bajo el filo de mi cimitarra. Lo que conviene para asegurar el porrazo, es que os sujete los pulgares con esa sogá que traigo aquí prevenida.

-Aguarda, hermano, interrumpióle con un movimiento de repugnancia el condestable, aguarda y átalos con esa cinta que cuelga acá de mi pecho. Pero deja primero que me desabroche el vestido, a fin de dejar más campo a tu cuchilla.

Hízolo así con ánimo imperturbable y sereno, mientras le exhortaba fervorosamente el religioso a que ofreciese al cielo las amarguras de un trance tan aciago. Despidióse de él don Álvaro de Luna con muestras de piedad y agradecimiento, e inclinando resuelto la cabeza sobre el madero, descargó el verdugo el golpe mortal en su garganta. Oyéronse en el mismo instante sordos y mal reprimidos sollozos de aquel inmenso gentío, que se aumentaron notablemente en cuanto vieron enarbolar la cabeza del magnate, ya descolorida y cadavérica, y fijarla en lo alto del palo, puesto allí como hemos dicho con tan sanguinario objeto. El cuerpo quedó tendido sobre la negra alfombra, alumbrando por las antorchas que ardían junto la cruz, y en uno de los ángulos del patíbulo colocada una bacía, a fin de recoger limosna para enterrar a un hombre que poco antes se igualaba con los reyes. El pueblo, los grandes y hasta los mismos enemigos de aquel varón célebre permanecieron como suspensos y mudos de terror: los unos no cesaban de admirar la inestabilidad de las cosas humanas; los otros sacaban de aquel ruidoso escarmiento ejemplos contra las guerras civiles; y los últimos, cual si viesen en ello un sueño engañoso, volvían los ojos al enlutado patíbulo, y asombrábanse de su propia victoria.

En esto vinieron a parar tantas vanidades, tanto poder e insolencias en esto aquel carácter colérico, aquella fiera y descompuesta arrogancia con que ponía pavor y enardecía el encono de sus contrarios. Tales son los portentosos sucesos con que place de cuando en cuando al Ser supremo mover el ánimo ensoberbecido de los prepotentes hacia sentimientos más generosos y pacíficos; *tal fue el aciago fin de don Álvaro de Luna.*

CAPITULO XXVIII

Conclusión

Pocos días después de la muerte de don Álvaro de Luna, cuando habían ya dado sepultura a su mutilado cadáver en la misma capilla donde enterraban a los ajusticiados, y cuando comenzaban los trovadores de aquella era a cantar en lamentables versos aquel grande ejemplo de las vicisitudes humanas, oyéronse en una de las puertas de Valladolid alegres vivas y numerosos vítores prodigados por el pueblo a dos guerreros, que armados de punta en blanco, iban entrando por ella. Entre los personajes ilustres que los acompañaban distinguíase al noble duque de Castromerin, marchando al lado de uno de los nuevos campeones, objeto particular de aquella aclamación festiva por haber reconocido en él los habitantes de Valladolid al animoso Ramiro de Linares, cuyo denuedo tantas veces ensalzaran en los torneos de Castilla. Correspondía el caballero del Cisne a tan lisonjeras demostraciones con afable y risueño semblante, mientras satisfecho de sí mismo y rebosando de júbilo y complacencia miraba su maestro Roldán aquel tumulto de honores, como un homenaje debido a su propio mérito, y al que también resplandecía en el amado discípulo.

De esta suerte marchando en medio de un brillante grupo de caballeros, y seguidos de innumerable muchedumbre, llegaron al rico alcázar del rey don Juan el II. Descabalaron en el primer patio, subieron a besar la mano del complaciente monarca, y a medida que se iban acercando a su trono, recibía el caballero del Cisne elogios y enhorabuenas de parte de los ilustres cortesanos que ocupaban las antesalas y galerías. Prodigóselos después el mismo rey, no sólo por el esfuerzo que desplegó en varias ocasiones, sino también por haber abogado su causa en el consejo de guerra, que celebraron los aragoneses al conseguir la victoria de Aivar. Anuncióle que era su voluntad el que se celebrase cuanto antes en la corte misma su enlace con la heredera de Castromerin, añadiéndole que ya para este objeto se habían logrado vencer las dificultades que ofreciera la enemistad de ambas familias. Apenas concluía de decir esto, adelantóse hacia el solio el abad venerable de San Mauro, y después de haber saludado afectuosamente a don Ramiro, participóle el consentimiento del conde de Pimentel, a quien acababa de dejar en su castillo de Aragón, y puso en sus manos una carta de aquel noble anciano en que le manifestaba lo mismo con la más cariñosa ternura. Aquí hubo en el salón un murmullo general aplaudiendo la constancia y la próxima felicidad de aquellos dos amantes, y el momento en que con su unión se diese fin a los partidos que traían alborotado el reino.

Con esto mandó el rey levantar la conferencia, dando permiso al caballero del Cisne para que marchase al convento de San Bernardo. En él permanecía aún Blanca de Castromerin esperando el feliz momento de ver a Ramiro de Linares; pues ya había ido por mandato del duque a juntarse con ella su aya Leonor y enterarla de los últimos acaecimientos a cuya influencia benigna debía el colmo de sus deseos y el término de sus pesares. Quería el noble duque acompañar al impaciente hijo de don Íñigo; pero viendo el caballero que semejante ceremonia retardaría su viaje algunos días, rogó encarecidamente al señor de Castromerin, que le permitiera partir en aquel mismo momento, y aguardarle en el monasterio de San Bernardo. En él permanecía aún Blanca de Castromerin esperando el feliz momento de ver a Ramiro de Linares; pues ya había ido por mandato del duque a juntarse con ella su aya Leonor y enterarla de los últimos acaecimientos a cuya influencia benigna debía el colmo de sus deseos y el término de sus pesares. Quería el noble duque

acompañar al impaciente hijo de don Íñigo; pero viendo el caballero que semejante ceremonia retardaría su viaje algunos días, rogó encarecidamente al señor de Castromerín, que le permitiera partir en aquel mismo momento, y aguardarle en el monasterio de San Bernardo. Considerando los retardos y perjuicios que le había causado con sus ambiciosos proyectos, no pudo negarle el duque esta primera demanda, y diole su bendición paternal, sobremanera complacido de ver que sin mengua de sus esperanzas cortesanas, cabía a la tierna Blanca un esposo tan ilustre y preferible a don Pelayo de Luna. El abad de San Mauro, encargado de sentar las bases de aquella suspirada alianza, dijo al caballero del Cisne que volase a los brazos de su amante enteramente tranquilo dejando a su amistad y experiencia el cuidado de arreglar los intereses de las dos ilustres familias.

El sol lanzaba sus rayos desde la mitad de su carrera, cuando emprendió el caballero del Cisne con su maestro Roldán el camino de San Bernardo. Admirábase el veterano de los raros y peregrinos incidentes que habían concluido un matrimonio entre los Castromerines de Castilla y los Pimenteles de Aragón, y no se pasó mucho rato sin que se lo manifestara abiertamente a su satisfecho discípulo.

-Por el siglo de mi abuela que nadie hubiera conseguido sino tú el apagar los envejecidos rencores de tu padre y de tu suegro. Vaya, hombre, no te ladees tanto sobre la silla, y deja al pobre animal que ande con paso más comedido, pues de lo contrario dudo mucho de que llegues sano y salvo a las plantas de la reina del torneo.

-No parece, respondió el del Cisne, sino que nunca haya palpitado un corazón debajo de la malla que os cubre.

-¡Oiga!, ¿ni cuándo me has visto pelear a tu lado resuelto a triunfar o a perecer contigo?

-No digo eso, respondió Ramiro: hartó sé cuán noble sea la ternura con que me ama Roberto de Maristany...

-Pues entonces, ¿qué es lo que dices?

-Que me parece no habéis amado en vuestra vida a ninguna de las hijas de Eva.

-Te diré lo que hay en eso, señor discípulo; pero tira un poco de las riendas a ese rocín, para que podamos hablar holgadamente, y no se crean los transeúntes que andemos a tomar por asalto ese decantado monasterio. Has de saber que un zapatero de mi tierra, hombre capaz de alzar una figura al mismo rey don Alonso, vaticinó a mi padre que se le morirían todos los hijos, de manera que sólo le había de sobrevivir el que pudiese escapar de la muerte. En efecto, por esta razón le hemos sobrevivido mi hermana y yo, aunque, según tú me dijiste, la pobre muchacha no ha podido cantar victoria por largo tiempo. Pero sea como fuere, viendo el raro caletre de maese Crispín, y la buena manderecha que le diera Dios para eso de los vaticinios, fuime a él en cierta ocasión llevándole media docena de quesos y una bota de vino, con la pretensión de que me revelase cuál había de ser mi suerte en este desventurado mundo. Mi hombre guardó rumbos, observó las esferas, espizó la marcha de los planetas, y metiéndome en lo más retirado de su tienda, aseguróme después a fe de profeta honrado, haber leído en los astros que Roberto de Maristany haría su fortuna por medio de un matrimonio. Confiado en esa predicción, y

seguro de que no puede faltar, estoy aguardando tranquilamente que me presente el destino la mujer con quien deberé unirme; y por eso la guardo todo el caudal de mi cariño, sin desperdiciarlo a cada paso como indiscretamente has hecho.

-¿Y pensáis aguardar mucho tiempo?, preguntó el del Cisne.

-De manera, respondió Roldán, que como es la dama la que se ha de enamorar de mí, eso me da que sea ahora que de aquí a un año.

-¡Calle!, ¿con quién estáis tras de la mata esperando bonita y pasitamente a que pase la figura que os levantó el zapatero, que será, no lo dudo, muy hermosa además, e irá montada en soberbio palafrén, ricamente aderezado, para que tampoco os disguste? Voto a tal, maestro, que es el modo más nuevo y peregrino de efectuar un casamiento que de muchos siglos acá se haya visto. Bien haya maese Crispín que os quitó el fastidio de tener que luchar con rivales y parientes; digo, si es que no los ha de tener la princesa.

-¿Qué princesa?, preguntó Roldán un poco colérico.

-¡Por San Jorge!, la que os prometió el zapatero.

-Pues, ¿he yo nombrado princesa en todo el cuento de mi vaticinio, señor boquiblando?

-Ya; pero le corresponde semejante jerarquía, repuso el del Cisne, para que se cumpla la predicción de que por su medio hagáis una gran fortuna.

-Vive Dios, discípulo, que hay veces hablas de tal suerte que no parece sino que ayer te hubiesen calzado la espuela y dieran la pescozada. Cuando despuntas de agudo ante las damas y los reyes, no creo que seas el mismo que dice tantas sandeces por los caminos reales. ¿De dónde viniste a sacar en limpio que un hombre tan discreto como maese Crispín hubiese querido juntar una belleza de alta esfera con pobre maestro de esgrima? No señor: ruin con ruin casan en Dueñas, y todo lo más que me ha de traer la dama de mis pensamientos será un castillejo medio desmoronado, del que se nombre Roldán a un mismo tiempo el barón y el alcaide.

-Pues tan moderadas son las esperanzas que concebisteis, os cedo desde ahora el de Miranda, con las tierras a él pertenecientes, para que vivas holgado y orgulloso y satisfecho. Os acordaréis, supongo, de que confina con el que habita mi padre el conde de Pimentel, lo cual será un poderoso motivo para no desdeñar ese presente.

-¿Cómo desdeñar?... lo acepto, lo acepto, exclamó alborozado Roldán: bien haya maese Crispín que columbró desde su tienda la benigna estrella que había de influir en mis destinos. Verdad es que no ha venido el regalo de parte de hermosa dama, ni de complaciente amiga; pero al fin hay castillo y medios con que sostenerle, que es lo que importa; y bien sabe Dios si doy por bien recompensadas todas mis andanzas e interminables aventuras. No obstante, mientras tu buen padre viva he jurado no abandonarle, y de más peso es para mí su ancianidad y mi promesa, que toda la independencia que me ofrece el castillo de Miranda.

-Muy bien, querido maestro; yo os ayudaré a endulzar las penalidades que acarrea la vejez al benemérito don Íñigo, y viviremos siempre unidos, sin que por eso deje de perteneceros el alcázar que ya teníamos destinado para vos desde muchísimo tiempo.

Sería por demás el empeñarnos en manifestar lo agradecido que se mostró el jovial Roberto de Maristany, y los sabrosos diálogos que hubo con este motivo entre el discípulo y el maestro. Durante el viaje dieron pábulo a la estimación que mutuamente se inspiraban, y fueron tales las cosas que Roldán dijo, y tales sus amonestaciones y disparatados consejos, aunque nacidos siempre de un carácter abierto y un corazón bondadoso, que Ramiro se propuso tener toda la vida junto a sí aquel amigo tan franco, honrado y valiente.

Ahora es necesario que se preste el condescendiente lector en trasladarse con nosotros al locutorio de las monjas de San Bernardo. Consistían en una sala abovedada y algo oscura, llenando todo el muro de enfrente la espaciosa reja que correspondía a la parte interior del monasterio. Notábanse en las dos paredes colaterales algunas ventanas góticas, cuyos prolongados arcos describían hacia el techo la línea curva de la bóveda, y sólo cuatro bancos de piedra y un crucifijo adornaban aquella antigua, lúgubre y misteriosa estancia.

Ya el sol se iba ocultando entre los montes cuando entró en el locutorio el caballero del Cisne, después de haber prevenido que avisasen, para que saliese a él Blanca de Castromerin. Detúvose entre tanto en medio de la sala y con los brazos cruzados sobre el pecho, fijos los ojos en la reja, aguardaba impaciente el momento en que vería correr la cortina morada que por la parte interior de arriba a abajo la cubría. Como el aposento del monasterio tenía más luz que la sala del locutorio, vio el caballero al través de aquel sutilísimo velo ligeramente deslizarse la figura de una mujer alta, flexible y bien proporcionada, semejante a las aéreas imágenes de la belleza ideal que nos ofrecen las peregrinas ilusiones de la primavera de la vida, o a las sombras de los justos errando por el delicioso jardín de los Elíseos.

-¡Blanca!, ¡querida Blanca!, exclamó Ramiro adelantándose hacia la reja; ¿es posible que al fin te vuelva a ver?... ¡Blanca!...

-¡Suspiráis, amiga mía!..., prosiguió enajenado el hijo de don Íñigo: en nombre del cielo, oh Blanca, haz que desaparezca esa cortina, y dime que aún merece tu indulgencia este infeliz caballero.

Al pronunciar la última palabra desapareció en efecto el largo lienzo, y tan pálida como las tocas que la cubrían, presentóse a los ojos del pasmado don Ramiro la infeliz Matilde de Urgel. Ya no se veía en ella la brillante joven nacida para enardecer la imaginación del trovador y coronar a los héroes, y tampoco aquel ángel de dulzura al parecer descendido del cielo para indicar a los afligidos una vía de consolación..., ¡ah!, ¡era una estatua de mármol vestida con un sayal penitente!... El negro color del velo y de la túnica dábale cierto aire lánguido y abatido, que hacía verter lágrimas y resaltar de un modo maravilloso la extremada blancura de su piel. Sus lindos pies iban encubiertos debajo del hábito, y sus descarnadas manos parecían ser del alabastro más puro y limpio.

-¡Cielos!, ¡qué veo!, ¡Matilde!, exclamó retrocediendo don Ramiro; pero no, no puede ser ella..., su pálida sombra..., tal vez su cadáver..., ¡Oh Dios!, ¿te habrían dado muerte al abandonar con Arnaldo las cercanías de Alanza?... ¡Ah!, si descendes de las moradas celestiales, añadió doblando una rodilla y extendiendo los brazos hacia la cándida doncella, si descendes de las celestiales mansiones para implorar de mi amistad el reposo de tu espíritu...

-¿Tan demudada me halláis, amado Ramiro, interrumpióle la hija de Armengol, para creerse ya lo que voy a ser en breve tiempo? ¡Y sin embargo esta es la última vez que os hablará en la tierra la pobre Matilde de Urgel!..., ¡la última vez!...

-¿Y por qué la última vez?... No, Matilde: yo te arrancaré de ese sombrío recinto, yo pelearé para colocarte en el antiguo palacio de tus mayores; no querré ser feliz hasta que tú lo seas...

-¡Ah!, no lo permita Dios: cúmplanse nuestros destinos: a vos os espera un tálamo nupcial, y a mí el consuelo de la tumba. ¿Veis esa frente, don Ramiro, esa frente destinada a ceñir con arrogancia una brillante diadema en los estados de Armengol?, pues ahora se inclina bajo el humilde velo de las vírgenes que renunciaron a las pompas del mundo ¿Y qué halago podrían ya tener para un alma sensible, bárbaramente burlada cual la mía, las opulencias del magnate, el esplendor de un rey, o las coronas cívicas de un guerrero? No eran por cierto los engañosos sueños de la ambición aquellas cavilaciones que me sedujeron un día en los desiertos de San Servando: ideas más pacíficas, escenas tumultuosas rodaban por mi imaginación, prometiéndome en la tierra un destino correspondiente a mi malhadada ternura.

-¿Y qué destino era ése, o Matilde?, preguntó vivamente el caballero: habla; yo te lo ruego en nombre de tu ilustre padre..., si pueden los hombres conseguirlo, si es dado a la amistad más vehemente vencer los obstáculos que se opongan a ello, me echaré a las plantas del monarca, correré lanza en ristre cuantos países se encierran desde el estrecho de Bizancio hasta el de Hércules, plantaré en la más alta torre de San Servando la soberana bandera de los señores de Urgel.

Al decir esto fijaba Ramiro sus ojos centelleantes en el inanimado semblante de Matilde. La doncella la escuchaba con melancólica calma, aunque no sin cierta complacencia, y sus apagados ojos volvieron por un instante a animarse al dirigirle tiernamente estas razones.

-¡Siempre impetuoso y valiente!, ¡siempre aspirando a los lauros de la lid, al bien de la humanidad, y al aplauso de la victoria! En balde quise apagar el ardor de vuestro pecho, ese ardor que tanto me seducía y deslumbraba, al mismo tiempo que mi labio..., ¡Oh Dios!, yo me olvido de que no he venido aquí para hablaros de una infeliz en quien se ensañó la desgracia, sino para suplicar al hijo de mi bienhechor, que en cuanto se lo permitan sus nuevos deberes, corra a suavizar la amargura de mi generoso hermano. Él ha quedado solo en el mundo por haberme yo metido en un convento; y según su desesperación y su angustia, temo, amado don ramiro, que se dé la muerte o la busque en los combates.

-¿Y no me explicaréis, oh Matilde, el incomprensible arcano de tan súbitas mudanzas?

-¡Ramiro!, ¡amado Ramiro!, respetad mi dolor y mi silencio..., cuando la campana del monasterio anuncie a las gentes de la comarca el último suspiro de la hija de Armengol, os lo dirá de mi parte el abad respetable de San Mauro..., hay secretos que matan, y los hay que quitan a un alma generosa, cual la vuestra, la tranquilidad y el sosiego... ¡Ramiro!, acordaos alguna vez de la huérfana de San Servando..., ¡ah!, quería decir que no olvidaseis la petición que os hice de consolar y desvanecer a vuestro amigo el conde de Urgel. Creed que os ama como a un hermano, y que vos sois el único que puede reemplazar en su corazón el lugar que ocupaba Matilde.

-Pero cualesquiera que sean vuestras desgracias, ¿no las pasaríais mejor en medio de las personas que tanto os aprecian? No dudéis, noble doncella, que nos esmeraríamos en ablandar la agudeza de vuestros pesares.

-¡Oh!, no lo dudo; pero ya no hay dicha, ya no hay tranquilidad en el mundo para la infeliz Matilde. Corrí al santo asilo que la religión me ofrece, como la paloma tímida que se acoge al seno de una matrona ilustre. He deseado imitar a aquella virgen de Israel, que viendo próximo el instante de su muerte quiso llorarla algunos días en la soledad de una montaña. Adiós, amado ramiro; conservad esa cruz que siempre llevaba consigo mi buena madre, y que pendiente de esa misma cadena habréis varias veces colgando sobre mi pecho. ¡Ojalá os sirva de talismán contra las secretas turbulencias del corazón!

Faltóle la voz, y algunas lágrimas escaparon de sus ojos: veíanlas correr el caballero del Cisne por aquel pálido semblante, y sintió un peso indefinible en su corazón, y un vehemente deseo de acompañarla en ellas. Al fin, temiendo que se desmayara, preguntóla si quería que tocase la campana del locutorio para llamar a las religiosas.

-No hagáis tal, respondió Matilde con aquella expresión de profunda melancolía que tanto interesaba en sus facciones y en el metal de su voz: na hagáis tal, amado Ramiro, pues me parece que podré llegar sin ayuda de nadie a mi solitaria celda. Por lo que a vos respecta no salgáis del locutorio: yo haré que avisen a Blanca de Castromerin, y os ruego que me perdonéis entrambos el haberos retardado el momento de tan suspirada entrevista. ¡Ay de mí!..., sed felices, sin que emponzoñen vuestras delicias las desgracias de aquella que no cesará de pedir al cielo el perdón de sus errores... ¡adiós otra vez!...

-No, no, interrumpió condolido el caballero: no os marchéis sin revelar a vuestro amigo la verdadera causa de tales cuitas, y sin permitirle arrancaros de esa lóbrega mansión que en breve sería vuestro sepulcro.

-¡Desgraciado!..., ¡para qué deseáis saberlo!..., volved el rostro: ¿no distinguís la brillante estrella de la noche por entre el arco de aquella ventana?... pues bien, amado Ramiro, ella habrá visto el último momento de felicidad que ha disfrutado Matilde...

Sobresaltado el caballero por la especie de temblor y mal reprimida ternura que se notaba al articular estas palabras en el acento de la virgen, revolvió los ojos de la estrella vespertina para elevarlos en la reja; pero ya el locutorio estaba desierto: Matilde había desaparecido. Entonces cual si un rayo de funesta luz hubiese herido su acalorada fantasía, recorrió rápidamente los postreros acacimientos de su vida, y parecióle

vislumbrar la misteriosa causa de las angustias de aquella angelical hermosura. Sombrío y meditabundo permanecía inmóvil en la lóbrega estancia, sin apenas acordarse del objeto que le trajo a ella. Cierta melancolía vaga, cierta pesadumbre profunda le inclinaba a solitarias reflexiones, y sin embargo un presentimiento inexplicable hacía temer los nuevos e inesperados movimientos de su pecho. Al fin la presencia de Blanca desvaneció algún tanto su tristeza; cuando en medio de los raptos de su felicidad le confesó inocentemente la doncella que sentía dejar en San Bernardo una joven novicia, a quien era deudora de la más blanda ternura; el corazón del caballero latió con desconocida violencia, mientras hubo de apoyar la frente contra los mismos hierros del locutorio.

Parece que Matilde había preferido aquel monasterio para conocer a Blanca de Castromerin, y tener ocasión de recomendar su hermano al caballero del Cisne. No obstante, de nada sirvieron las instancias del hijo de Pimentel en orden a mitigar la desesperación del conde Arnaldo. Desde que Matilde tomó el velo desapareció de su carácter aquella brillante impetuosidad que le hiciera famoso en las campañas de Nápoles y en la última guerra de Castilla: a veces se enfurecía amenazando derribar los muros de San Bernardo para arrancar de allí a la más linda doncella de Aragón, a la dama más discreta de la España y de la Italia; pero en cuanto se templaba su frenético entusiasmo, caía de nuevo en desesperada tristeza.

Solía acusarse a sí mismo de las desgracias de su hermana, y ver un justo castigo del cielo en su abandono, por el tenaz espíritu de venganza que siempre opuso a las pacíficas insinuaciones de Matilde. Imaginábase odiado de las gentes, perseguido por la irritada sombra de Armengol, y no pudiendo resistir a la ardentísima vehemencia de tantos delirios, huyó de su alcázar, y volvióse a Italia donde acabó gloriosamente sus días en las guerras intestinas de los Adornos y los Fregosos, favorecidos aquellos por Alonso de Aragón, y éstos por el duque de Lorena, hijo de Renato de Anjou. Pudiera aplicársele con poca diferencia lo que se dijo cerca de tres siglos después de Carlos XII de Suecia: «el destino lo llevó a que pereciese por mano desconocida lejos de su país natal; y aquel célebre nombre, que tanto hizo temblar a los enemigos de su patria, sólo sirve para ofrecernos un triste ejemplo contra la ambición desmedida de la gloria, o para adornar con su prestigio las páginas de una novela».

El rey don Alonso mandó recoger sus restos y enviarlos al monasterio de San Bernardo, a fin de que se cumpliese la última voluntad del héroe en quien desgraciadamente acababa la antigua y celebrada casa de los señores de Urgel. Matilde, recibió ya casi exánime la urna que los contenía, y derramando las postreras lágrimas de su vida sobre el fúnebre presente, suplicó a sus compañeras, de quienes era amada y compadecida en extremo, que le enterrasen con aquellos fríos y amadísimos despojos.

Indiscreto sería el empeño de averiguar si la memoria del último coloquio con aquella joven delicadísima y sublime turbó en alguna ocasión la tranquilidad del caballero del Cisne; pero ello es cierto que vivió respetado y feliz con Blanca de Castromerin, y que Roberto de Maristany envejeció a su lado lo bastante para poder dar lecciones de esgrima a los nietos de su discípulo. Por lo demás la boda de los dos amantes habíase celebrado con la mayor pompa y esplendidez en la corte de don Juan el II: ella unió a la grandeza de entrambos reinos, y cual si les augurase el próspero e inesperado enlace de sus dos

coronas, restableció entre ellos los vínculos de sagrada alianza, poniendo un término feliz a *Los Bandos de Castilla*.

FIN de la OBRA